

Nikolái Yákovlev

La CIA contra la URSS

¹El profesor N. Yákovlev, quien en 1949 se licenció a un tiempo en la Facultad de Historia del Instituto Estatal de Relaciones Internacionales de Moscú y en la Facultad de Derecho de la Universidad Estatal de Moscú, conjuga las investigaciones históricas con el estudio del Derecho. A su pluma pertenecen unas 20 obras que han aparecido en muchas ediciones, alcanzando en la URSS una tirada total de 5 millones de ejemplares. N. Yákovlev ha escrito varios cursos generales y monografías especiales sobre la historia de los EE.UU., las biografías de G. Washington y T. Roosevelt, los libros “Los que traspasaron los límites” —sobre John y Robert Kennedy— y “Las siluetas de Washington”.

Si bien N. Yákovlev empezó hace 25 años su labor en la Academia de Ciencias de la URSS como especialista en asuntos norteamericanos, en la última década viene prestando cada vez mayor atención a la Historia patria, y ha publicado los libros “La hazaña de la División Especial Extremoriental”, “El 19 de noviembre de 1942”, “El 1º de agosto de 1944” y “La revolución se defiende”. Obras suyas han sido publicadas en Argentina, Canadá, los EE.UU., Hungría, Italia, Polonia, la RDA y Rumanía.



EDITORIAL PROGRESO

¹ Esta ficha sobre el autor, insertada aquí por el escaneador, aparece originalmente en la contracubierta del libro.

¹Traducido del ruso por M. CIUTAT y O. KARÁNDASHOV

Н. ЯКОВЛЕВ

ЦРУ ПРОТИВ СССР

На испанском языке

© Молодая гвардия, 1983

© Traducción al español

Editorial Progreso

1983

Impreso en la URSS

Я $\frac{0804000000-575}{014(01)-83}$ без объяв.

¹ La redacción de la traducción fue corregida por el escaneador. La paginación no coincide con la original.

EXPLICACIÓN NECESARIA

Es muy difícil realizar un análisis objetivo de cómo actúan los servicios especiales de Occidente. El estudioso y el escritor necesitan abrirse paso a través de una selva enmarañada, para a veces, llegar a un laberinto, caer en trampas. Las dificultades son de dos tipos: definir el concepto y buscar y seleccionar los hechos. Los servicios especiales son una realidad que, sin dudas, tienen fuerzas motrices propias, pero, ante todo, son promotores de las políticas de los respectivos gobiernos, sólo que por otros medios. La índole de las misiones de estos servicios hace que muchas veces los respectivos gobiernos aparenten renegar de ellos, incluso con cierto grado de credibilidad. Tomando en cuenta esta situación y sin necesidad de subrayar el secreto con que actúan esos servicios, los límites en la determinación de los hechos traban las posibilidades de la investigación científica, cuando los hechos son al investigador como el oxígeno a la gente. Esa carencia provoca una suerte de asfixia, hace aspirar miasmas, porque se llega al ambiente donde más incide el engaño acerca de la acción del Estado en Occidente.

Pero es una necesidad imperiosa ingresar en tal ámbito. No se puede comprender integralmente la realidad del mundo actual sin considerar las funciones de esos servicios especiales, en particular de la CIA de los Estados Unidos. No es exagerado afirmar que se trata de un problema que importa a todos.

En los últimos decenios muchos de los actos de la CIA han sido denunciados y comprobados, se conocen en el mundo entero. Se explica que buen número de personas identifiquen a los Estados Unidos con la CIA. Por cierto, no es una imagen saludable. Esto se sabe en Washington, donde se han apresurado a enmascarar su propia actividad contra los pueblos sin olvidar glorificar, al mismo tiempo, a su Agencia.

...Era el 23 de junio de 1982. Junto a la sede de la CIA, en Lan-

gley, reinaba un ambiente festivo. “Centenares de funcionarios y otros invitados se habían reunido en una colina cubierta de césped con el fin de escuchar al presidente Reagan. Entretenía a los presentes la música ejecutada por una banda militar. Corrían ponches helados entre los periodistas. Mientras tanto, un selecto auditorio de un millar de personas escuchaba el discurso de Reagan en una sala de actos de la sede de la CIA. La dirección de la Agencia no dio a conocer los temas tratados por el presidente.

“Por fin, radiante, Reagan se presentó ante aquella multitud para firmar en público la nueva ley sobre la CIA votada en el Congreso. Pronunció un discurso que comenzó con un relato humorístico:

“Cierta vez surgió la necesidad de establecer rápido contacto con un funcionario de la CIA en Irlanda. Los jefes en Washington dieron la orden a otro funcionario:

— Debes viajar de inmediato a Irlanda. Tienes que contactar con el agente Murphy. Para que él sepa quién eres, tu contraseña es: 'Está lindo el día, pero la tarde será mejor'.

“Apenas llegado a Irlanda, se dirigió a un bar, se sentó, pidió una copa y preguntó al dependiente:

— ¿Conoce a Murphy y dónde podría encontrarlo?

— Si busca al ranchero Murphy, vive a dos millas de aquí, en una casa a la izquierda del camino; pero si necesita al zapatero Murphy, puede encontrarlo en su casa, frente al bar. Por otra parte, yo también me apellido Murphy.

“El agente bebió de un sorbo y dijo:

— Está lindo el día, pero la tarde será mejor.

— ¡Ah!... ¡Entonces está buscando a Murphy el espía!”

Hubo risas y aplausos. El presidente esperó a que callaran, frunció el ceño y, en tono grave, afirmó: algo así no se repetirá. Añadió que los colaboradores de la CIA, todos ellos, son “héroes de una lucha sombría, a media luz”, y les prodigó palabras halagüeñas. Por lo visto, para que en el futuro los laureles no sean adjudicados a los funcionarios de la Agencia a título personal, Reagan firmó la ley delante de ellos: hasta 10 años de prisión y hasta 50 mil dólares de multa a cualquier persona que dé a conocer el nombre de un “héroe” de la CIA, incluso tratándose de “información ya hecha pública”¹, enfatizó *The Washington Post*. La ley del 23 de junio de 1982 es uno

¹ *The Washington Post*, June 24, 1982.

más entre los muchos velos tupidos que el Gobierno de los EE.UU. echa últimamente sobre la CIA y sus actividades. Ahora se reconoce que la desorientación sistemática y el silencio parcial en torno a la CIA son insuficientes. O sea, que el ocultamiento es imprescindible.

Allen Dulles, clásico de la actividad subversiva y el espionaje estadounidense (sí, el sector ha crecido tanto que ya tiene hasta clásicos), concluyó con una afirmación categórica la obra de su vida *El arte de la Inteligencia*: “La amenaza militar en el siglo de los cohetes nucleares se comprende bien y es justo que gastemos billones de dólares en contrarrestarla. Debemos tener una actitud similar en todos los aspectos de la guerra invisible... Lo último que deberíamos hacer es poner trabas a nuestro servicio de inteligencia. Sus funciones de protección e información son indispensables en una era de peligro extremo y permanente.”¹ Es un razonamiento significativo en muchos aspectos: tanto por la indicación de los gastos del servicio de inteligencia (no menores que los destinados a los misiles estratégicos y las bombas termonucleares), como por el valor semántico de lo expresado.

F. Prouty, hombre enterado que había sido jefe de enlace del Pentágono con la CIA, en un arrebato de franqueza, a mediados de los años 70, al final de la guerra de Vietnam y en vísperas del caso Watergate, se refirió a las citadas palabras de Dulles: “El párrafo final y resumen del libro del viejo maestro es el mejor ejemplo de cómo la comunidad de inteligencia considera necesario vivir en nuestro siglo nuclear. Quiere que dispongamos del servicio de inteligencia mejor financiado y extendido, capaz de rechazar automáticamente todo cuanto parezca una amenaza. Aunque Allen Dulles no lo dice en su libro, su concepto de Inteligencia prevé un 10 por ciento para la Inteligencia clásica y un 90 por ciento para las operaciones subversivas clandestinas. En otros términos, en opinión de Dulles, debemos estar ocupados día y noche en todo el mundo en resistir 'en todos los aspectos de la guerra invisible'. Se sobrentiende en este caso, que se refiere la intervención en los asuntos internos de otros países, sin im-

portar que lo sepan o lo permitan. A esto se han estado dedicando los Estados Unidos en medida creciente, desde la injerencia en Berlín e Irán en los años cuarenta. La culminación de este modo de actuar fue

¹ A. Dulles. *The Craft of Intelligence*, N.Y., 1963, p. 264.

la terrible catástrofe de Vietnam, donde todo empezó por una importante operación de las fuerzas del servicio de inteligencia, y luego pasó a la etapa de la actividad subversiva que llevó inevitablemente a la guerra abierta en la era de Johnson”.¹

Se comprende por qué Prouty fue iluminado por esta clara idea. Lo escribió en 1973, cuando en los EE.UU. se sacaban indignadas conclusiones ante el resultado de la guerra de Vietnam. Se hacían numerosos cálculos. Después de analizarlos, R. Sigford (en su tesis inédita para la Universidad de Minnesota *Retórica de la guerra de Vietnam: los presidentes Nixon y Johnson*, del mismo año en que se publicó el libro de Prouty) sostuvo: “Por diferentes que sean los estimados, el costo directo e indirecto para los Estados Unidos de la guerra de Vietnam en dólares y centavos equivale a unos 350 mil millones de dólares”². ¡Muy caro! Por supuesto, tal como corresponde a los superpragmáticos de los Estados Unidos, las vidas humanas, sobre todo las de los vietnamitas, no cuentan.

En 1978, pasado el primer choque, el ex director de la CIA William Colby explicó tranquilamente que en los años setenta los gastos para la actividad subversiva de la CIA “disminuyeron rápidamente. La CIA cercenó tanto las sumas para las operaciones políticas y paramilitares, que los gastos para las actividades subversivas —peso muerto en el presupuesto de la Agencia—, cayeron desde más del 50 por ciento en los años 50 y 60 a menos del 5 por ciento”. ¿Significa esto que se redujeron los fondos para tales fines? Nada de eso. Simplemente a la actividad subversiva se dedicaban los fondos asignados a otros departamentos. El propio Colby indicó cómo se había llegado a esa situación en la CIA: “Los gastos para prácticamente todas las operaciones políticas y paramilitares... los ha asumido el Pentágono”, y cómo “se costean, por ejemplo, las radioemisoras 'Europa Libre', 'Libertad' y 'Fondo de Asia', lo deciden el Departamento de Estado y el Congreso”³. Colby habló de todo esto también en la obra de su vida *Personas honorables. Mi vida en la CIA*, memorias largas y mal escritas.

¹ F. Prouty. *The Secret Team. The CIA and its Allies in Control of the United States and the World*, Englewood Cliffs, 1973, pp. 66-67.

² R. Sigford. *The Rhetoric of the Vietnam War: Presidents Johnson and Nixon*, University of Minnesota, Minneapolis, 1973, p. 193.

³ W. Colby and P. Forbath. *Honorable Men. My Life in the CIA*, N. Y., 1978, pp. 300-301.

Para el título utilizó la sentencia de Richard Helms, su igual y predecesor en el sillón de director de la CIA, quien a comienzos de los años setenta aseveraba públicamente a cuantos dudaban de las virtudes de la Agencia: “Ustedes deben tener confianza en nosotros, somos personas honorables”. Ocurrió, sin embargo, que muy pronto Helms fue acusado por falso testimonio ante el Congreso, delito por el cual a los estadounidenses comunes se les aplica penas de multa y cárcel; pero los funcionarios de la CIA están por encima de las leyes de la “democracia” yanqui. Cuando, pese a todo, fue citado a juicio, Helms y su abogado se pronunciaron categóricamente contra toda condena, pues “dejaría una herida para toda la vida”. El tribunal atendió la petición y se limitó a imponer a Helms, en noviembre de 1977, una multa de dos mil dólares, pero por un motivo insólito: en lugar de sentenciarlo por el delito de “falso testimonio”, se inventó una figura que no existe en el Código Penal: falta de deseo de dar “testimonio completo, exhaustivo y preciso” al Congreso.

No sin malicia, comentó la revista *Nation*, el 19 de noviembre de 1977, que absolviendo a Helms, las autoridades se defendían a sí mismas porque si se celebraba “el proceso judicial, el ex director de la CIA podría sacar muchos trapos sucios al sol. Entre estos podían quedar expuestas a la vista de todos las camisas de Henry Kissinger asombrosamente manchadas”. Al salir del Tribunal sólo con una multa simbólica en proporción a lo cometido —prosigue la revista—, Helms “habló con los periodistas y aquella 'herida', cicatrizada, pasó a ser, como por arte de magia, 'signo de honor' e incluso 'bandera', agregó el astuto abogado”¹. Rechazar exitosamente los ataques, de dondequiera que provengan, comprender a fondo el sistema de la administración de los EE.UU., es para la CIA causa de honor y nada menos. Para ello existe, por lo demás. Pero nos hemos apartado un tanto.

No puede haber equivocación más profunda que considerar a la CIA exclusivamente como un organismo de espionaje y contraespionaje. Con todas las enmiendas que hizo Colby, la proporción que señaló Prouty, alegando a la autoridad de Dulles, es justa: el espionaje en el sentido directo, posiblemente constituye el 10 por ciento o algo más de las preocupaciones de la CIA. Si no fuera así, la CIA no tendría razón de ser. Como veremos más adelante, los EE.UU. dis-

¹ *The Nation*, November 19, 1977, p. 514.

ponen de suficientes organismos para el espionaje. Según se estima, serían una decena. Kennan, pensador político de vocación y diplomático, observó con razón en el libro *La nube del peligro. Realidades actuales de la Política exterior norteamericana* (1977): “El servicio de inteligencia como tal, era una actividad normal de los Estados mucho antes de aparecer la Unión Soviética o los Estados Unidos, y es pura utopía esperar que desaparecerá totalmente. Pero todo tiene sus límites”. ¿Cuáles? “Yo mismo —escribe Kennan— he tenido ocasión de ver cómo una vez tras otra las autoridades de la Inteligencia norteamericana llevaron a cabo o intentaron llevar a cabo operaciones que no sólo minaban de manera directa las relaciones diplomáticas soviético norteamericanas, sino las propias posibilidades de alcanzar mayor comprensión entre ambos gobiernos”¹. Lo referido no es sino un pálido reflejo de lo que cabe decir respecto a la política que, por medio de la CIA, practica Washington.

Se trata no sólo y no tanto del espionaje. La CIA tiene la misión de realizar la llamada “guerra psicológica”, a ella se destina ese convencional 90 por ciento de los medios de esta gigantesca Agencia. En los manuales de instrucción de los servicios especiales yanquis, la guerra psicológica se define en los siguientes términos: “Coordinación y uso de todos los medios, incluidos los físicos y los síquicos (exceptuando las operaciones militares del ejército regular, pero explotando sus resultados psicológicos), que sirvan para destruir la voluntad de vencer del enemigo, minar su capacidad política y económica; al enemigo se le ha de quitar el apoyo, la asistencia y las simpatías de sus aliados y los neutrales, o se previene que reciba tales apoyo, asistencia o simpatías; se crea, se mantiene y se incrementa la voluntad de vencer de nuestro pueblo y nuestros aliados; se adquiere, se mantiene y se incrementa el apoyo, la asistencia y las simpatías de los neutrales”². Por lo visto, es una definición clásica, nada deslucida con los años.

Los métodos enumerados de guerra psicológica equivalen a intentar minar el régimen del Estado elegido como objetivo y, al final de cuentas, a derrocarlo. El espionaje es algo derivado y supeditado a este propósito. La mira de la guerra psicológica que sostiene Was-

¹ G. Kennan. *The Cloud of Danger. Current Realities of American Foreign Policy*. Boston, 1977, pp. 212, 210.

² *War Report of the Office of Strategic Services*, Washington, 1949. p. 99.

hington por medio de la CIA está dirigida a la Unión Soviética. Este es el sentido de la creación y la existencia de la CIA, organización que no tiene análogos en la historia de la sociedad humana.

En un plano amplio, la CIA es uno de los instrumentos más importantes y, posiblemente, el más agudo de la élite gobernante de los EE.UU. para moldear el mundo según el modelo estadounidense, e implantar normas ajustadas al paladar de Washington.

Independientemente del tono y el colorido de la retórica de los voceros oficiales, es tradicional en la política de los Estados Unidos el imperio de la intolerancia. Se remonta a cuando del otro lado del Atlántico, llegaron sus fundadores en peregrinaje disconformes con el Viejo Mundo, a fundar un Estado acorde con sus objetivos. Ya entonces se formó la concepción egoísta de “nosotros o ellos”. Todo analista perspicaz comprende que abogando de palabra por el pluralismo político, los dirigentes de los Estados Unidos en los hechos no lo toleran y consideran que la única forma de administración posible y perfecta en todos los aspectos, es la existente en su país. De ahí la inevitable y permanente contradicción de los Estados Unidos con el resto del mundo, debido a causas que radican en esa primordial tradición política estadounidense. La función de la CIA es hacer todo lo posible para resolver esa contradicción a favor de los EE.UU.

Intolerancia en todo, tanto fuera como dentro de los límites de la “magnífica democracia”. Auténticas costumbres sectarias. Todo cuanto proviene de la Casa Blanca se considera sabiduría de última instancia. No hay por qué buscar lejos en el pasado, se pueden ver algunos ejemplos recientes. El presidente Lyndon B. Johnson expuso como criterio de aptitud de los pretendientes a los más altos cargos públicos lo siguiente: “No necesito lealtad en general. Necesito una *lealtad* tal que, cuando me besen el culo a plena luz, exclamen que huele a rosas”¹.

¿Qué pensar entonces de los medios de comunicación masiva, de la famosa gran prensa? Escriben cada uno a su manera. Sí, escriben, pero el honor más alto para el periodista yanqui es gozar de crédito en la corte presidencial. De eso escribió, asqueado, un periodista de los no favoritos: “mírese a tipos como Mears (Walter Mears, de *Associated Press*) y Semple (Bob Semple, de *The New York Times*) arrastrarse por el suelo y besar el trasero de Ron Ziegler (responsable

¹ D. Halberstam. *The Best and the Brightest*. Greenwich, 1973, p. 526.

de prensa de la Casa Blanca bajo la presidencia de Nixon)”¹. No puede ser de otra manera, la guerra psicológica también dentro del país está orientada a la reafirmación de un extremo conformismo.

Son campeones del conformismo, se comprende, los altos funcionarios de los EE.UU. Dan permanente ejemplo en este sentido, por la veneración —dicho al pie de la letra— a los servicios de la policía secreta. Por ejemplo, Ronald Reagan conoció a su actual esposa, la actriz Nancy, en circunstancias dramáticas. En 1951 —relató *Washington Post* en la segunda mitad de 1982— su nombre apareció en una “nómina de izquierdistas” publicada en el periódico *Hollywood Citizen News*. De inmediato acudió a pedir ayuda a Reagan, entonces presidente del sindicato de actores de cine. Ya se le consideraba experto en la cuestión: junto con los inquisidores del comité del Congreso había echado a los “comunistas” del trabajo en Hollywood. “Pasados los años —relata románticamente *The Washington Post*—, Nancy Reagan reconoció que el deseo de ver a Reagan en persona venció su temor a ser injustamente inculpada de comunista”.

Tras comprobar el pasado de Nancy, Reagan se convenció de su plena lealtad. En 1952 contrajeron matrimonio como buenos actores...²

Gerald Ford refiere con orgullo en sus memorias que antes de ser elegido vicepresidente en 1973 “pasó una prueba larga e intensa” ante los servicios secretos. El Buró Federal de Investigación (FBI) utilizó para ello 350 agentes. Gerald Ford consideraba que eso era muy útil para los EE.UU. Resulta, pues, que elogiar a la CIA, el FBI y compañía, para los jefes de los EE.UU., casi equivale a dar pruebas de valor cívico³.

Es notorio que en los Estados Unidos se ha escrito y se escribe acerca de la CIA, incluso se han “investigado” sus actividades al igual que las de otros órganos de espionaje político. Veamos de qué se trata.

La ola de sentimientos de indignación, que a mediados de los años setenta dio motivo a varias “investigaciones” del trabajo de los servicios especiales, en nuestros días ha sido encauzada casi entera-

¹ H. Thompson. *Fear and Loathing: On the Campaign Trail 72*, N.Y., 1973, pp. 403-404.

² *The Washington Post*, September 13, 1982.

³ G. Ford. *A Time to Heal*, N.Y., 1979, p. 109.

mente por los ramificados canales del sistema oficial estadounidense. Ahora, cuando en los insondables pozos negros de la “democracia” se ha hundido hasta la espuma de aquella ola, se pueden ver fácilmente los restos sólidos que salieron a la superficie desde los laberintos administrativos de la CIA, el FBI y compañía. Es evidente que los “investigadores” alcanzaban con las manos no lo que querían o lo que estaba mal, sino que obtenían, en lo fundamental, únicamente los datos que la Administración o los propios servicios especiales creían posible dar a publicidad. Datos abigarrados, a veces de naturaleza pavorosa, pero invariablemente pasados a través del riguroso tamiz de la censura política.

A consecuencia de esos trofeos, se quebraron lanzas en la liza sin par entre los medios de comunicación masiva de los Estados Unidos y otros países de Occidente. En el presente, dentro de los límites permitidos, los estadounidenses conocen, y se han indignado bastante, datos escrupulosamente seleccionados hechos públicos sobre el funcionamiento del sistema represivo en los EE.UU., sobre los servicios de inteligencia, sobre experimentos con personas para controlar su conducta. Fueron pronunciadas tremebundas palabras condenando esa práctica indecente. ¿Cuál fue, no obstante, el propósito principal de toda esa campaña realizada no más allá de los límites impuestos desde arriba? No se exagera al afirmar que el resumen bastante detallado (con siniestras omisiones), digamos, de los actos para poner la razón bajo control es parte sustancial del objetivo de establecer ese control en las más vastas dimensiones. A todo disconforme se le previene sobre lo que le espera. No sería exagerado decir que el propósito de ese espectáculo era advertir al mundo, mostrando quién está en custodia del dominio clasista del capital. Sobre todo fuera de los límites del país.

La revista estadounidense *Progressive*, portadora de razonamientos ajustados a su denominación, observó con motivo de las “investigaciones”: “Los informes pasaron una rigurosa censura. El comité del Senado fue bastante sincero respecto a las ilegalidades y los excesos del FBI, pero casi lisonjero en algunas de sus evaluaciones sobre la CIA...” “Lo mejor de todo esto es que ya ha pasado —sentenció Howard Baker, senador por Tennessee, refiriéndose a la investigación de quince meses, cuando llegó el gran momento de su conclusión—. Hemos realizado y terminado la investigación sin

causar ningún perjuicio, ningún daño a las respectivas agencias”¹. Claro que ningún daño, más bien les dieron publicidad. Y de una naturaleza horripilante, en primer lugar, para los propios estadounidenses, que saben perfectamente qué les espera a quienes no se ajusten a la “ley y el orden”.

¿Qué hacer con los simplones que, inspirados por las “investigaciones”, pretendieron defender las leyes pisoteadas y sus derechos? Los desmanes del FBI en el entorno del fin de los años sesenta obligaron a la fiscalía a instruir causa contra Patrick Gray, entonces director del FBI, y dos altos funcionarios de éste, Mark Felt y Edwards Miller. A Felt lo soltaron a fines de 1980 por “falta de pruebas”. Los otros dos llegaron a comparecer ante los tribunales y se reveló que a los agentes del FBI se les ordenaba penetrar incluso con fractura en las viviendas de los ciudadanos y se practicaban otros actos ilegales. Aunque tales hechos se castigan con largos plazos de prisión, para los del FBI el tribunal se limitó a una modesta multa: 8 500 dólares entre ambos.

Pero el presidente Reagan encontró que aquello era inadmisibile. En abril de 1981 concedió el perdón a los multados, declarando que “no tenían intención criminal”. El fiscal en el juicio, se disgustó: “Eso es lo que precisamente hemos demostrado durante el juicio de dos meses... Ahora el Gobierno se perdona a sí mismo por la violación de los derechos civiles”². En resumen, cuando en los EE.UU. se trata de delitos cometidos por los organismos de espionaje político, no rige legalidad alguna.

De ello ha podido convencerse el ingenuo dueño de un estudio fotográfico en la ciudad de Fairfax. Por los materiales de las “investigaciones” de 1975 supo que en 1971 agentes de la CIA y policías habían entrado en su estudio luego de forzar la puerta. Evaluó los daños en 12 millones de dólares y presentó una demanda judicial que le fue denegada en 1977; pero en el país de la perfecta democracia se lleva cuenta de cada centavo, y las autoridades de Fairfax demandaron resarcirse los costos judiciales provocados por su rechazo de los ataques de tan apasionado amante de la Justicia que acusaba a la CIA y la policía. En septiembre de 1982 el Congreso indemnizó a la ciu-

¹ G. Lardner Jr. *The Intelligence Investigations: Congress Cops Out*. — In: “*The Progressive*”, July 1976, pp. 16-17.

² *Newsweek*, April 27, 1981, p. 36.

dad, asignándole 41 mil dólares. La legalidad departamental triunfó y al pobre demandante lo dejaron con un palmo de narices.¹

En tal ambiente, suenan ridículas las afirmaciones del ex presidente de los EE.UU. Richard Nixon, quien en 1980 escribió en su libro *La guerra verdadera*: “Siguiendo a las sensacionales investigaciones del Congreso, hemos arrancado los colmillos y demoralizado a la CIA”. Se explaya a lo largo de más de doscientas páginas y añade: “Hemos castrado a la CIA y a otros servicios de inteligencia”.²

Lo que no pasa de ser un deseo en la punta de la pluma del ex presidente, se transforma en la acción del presidente en ejercicio, Reagan. Al salir de la Casa Blanca las primeras noticias de su propósito de fortalecer a la CIA, los periodistas comprendieron: se ampliarán, además, las funciones de la “burocracia” que los republicanos condenaban en la campaña electoral para las presidenciales de 1980. En un almuerzo con redactores de periódicos, el 17 de octubre de 1981, le preguntaron a Reagan cómo compaginaba esa decisión con las promesas de “quitar el fardo del gasto gubernamental de las espaldas del pueblo”. Hizo una mueca: “Perdonen, pero estoy comiendo” y encargó responder a su ayudante Edwin Meese, quien comía a su lado.

Meese primero se limpió y luego abrió la boca: “Para comenzar, algunas palabras acerca de la CIA es lo más fácil”. Hablando atropelladamente, afirmó que nadie pensaba “ampliar las funciones de la CIA”. “Todo eso es totalmente falso, es propaganda que hacen algunos funcionarios del Congreso que en otros tiempos servían al infame Comité senatorial de inteligencia de Frank Church. Este causó enorme perjuicio hace unos años a nuestros órganos de inteligencia”.

El corresponsal de *The Washington Post* que asistió al almuerzo observó mordazmente en su periódico: “Da la impresión de que en nuestra capital son muchas las personas que no saben leer”. Citó seguidamente palabras de la novela antiutópica de George Orwell *Año 1984*, que pinta un futuro Estado de opresión total: “El que controla el pasado —es el lema del partido— controla el futuro, y el que controla el presente, controla el pasado... Todo es simple. Lo único que se precisa es una serie infinita de triunfos sobre la propia

¹ *The Washington Post*, September 14, 1982.

² R. Nixon. *The Real War*, N.Y., 1980, pp. 40, 264.

memoria “¹.

Al parecer, el periodista supone que aquellos tiempos horribles ya llegan a los EE.UU. antes del plazo previsto en el título de la sátira futuroológica de Orwell. La CIA ha hecho mucho para que se cumplan las más siniestras profecías.

* * *

Como vemos, la actividad subversiva de la CIA se hace cada vez más secreta, pero los esfuerzos de la Administración Reagan hacen recordar la conducta del avestruz cuando esconde la cabeza en la arena. No se puede ocultar hechos de la historia de la CIA que son memorables.

En el presente todo indica que sin desperdiciar otros medios, la CIA emprende contra la URSS y otros países socialistas acciones especiales en el terreno de la ideología. La atención se ha centrado en este aspecto de la guerra psicológica por una serie de razones que no dependen solamente de la voluntad de la dirección de la agencia. ¿Por qué? Será útil comprenderlo.

Intentaremos esclarecer este aspecto de las actividades de la CIA. Como no es posible separarlo totalmente del cuadro general de la actividad subversiva de los servicios especiales de Occidente, inevitablemente habrá que tocar otras cuestiones.

¹ *The Washington Post*, November 13, 1981.

GUERRA DESPUÉS DE LA GUERRA

1

1947 fue un año de trascendencia y rigurosa majestuosidad en la historia de nuestra patria. Durante aquel año comenzaban a cicatrizar las heridas que la guerra había dejado en el cuerpo del país: al llegar el otoño el volumen de la producción industrial había alcanzado el de la preguerra. Detrás de las líneas escuetas y precisas de la Dirección Central de Estadística se encontraba la labor gigante del pueblo para restablecer lo destruido por la guerra en el oeste del territorio histórico de Rusia, arena de las gigantescas batallas de la Gran Guerra Patria.

Sobre las ruinas de las ciudades y las aldeas, de las fábricas y las empresas, gracias al esfuerzo de los soldados de ayer, renacía la vida pacífica. Los capotes, los chalecos guateados, las camisas de uniforme que los celosos sargentos habían dado de baja por inutilizables, servían ahora de ropa de trabajo. Impregnados de pólvora y guardando el polvo de Europa, pasó a usarlos un ejército de constructores. La vida era difícil y los problemas que el país afrontaba eran enormes. No había otro remedio que restablecer firmemente el Estado con las fuerzas propias y sólo propias para mirar el futuro con seguridad, que devolver cuanto antes la vida normal al pueblo heroico que había soportado la guerra más dura de la historia.

Los soviéticos se merecían, se habían ganado el derecho a un ascenso notable en el nivel de vida y el derecho al descanso después del peso agotador de la guerra. Se hacía todo lo necesario, pero la magnitud del trabajo a realizar era enorme. No se trataba sólo de las consecuencias de la guerra, que se hacían ver a cada paso. Grandes recursos del país, también después de la victoria, debían destinarse a necesidades militares que habían pasado a ser de defensa. La necesi-

dad perentoria de asegurar la defensa surgió cuando aún no habían callado los cañones del Ejército Rojo. Llamadas más fuertes que un millón de soles —los bombardeos atómicos de Hiroshima y Nagasaki— advertían a la humanidad de qué era capaz el imperialismo armado según la última palabra de la ciencia y la técnica. Apenas cruzada la divisoria de la guerra a la paz, fue necesario buscar y gastar enormes recursos para elaborar nuevas y costosas armas, en primer lugar, la atómica. A la vez, había que contar cada rublo. Esto afectaba la vida de los soviéticos, repercutía necesariamente en todo y en todos.

En 1947, el coronel general E. Smírnov, que en la guerra había sido jefe del Servicio Médico de las Fuerzas Armadas, cambió, como tantos, el uniforme militar por la ropa civil. A este magnífico organizador del titánico trabajo en los años de la lucha armada, se le había confiado el cargo de Ministro de Sanidad de la URSS. Llevó al ministerio su rica experiencia: ningún ejército del mundo había tenido tan alto porcentaje de combatientes que regresaban a filas después de curar las heridas; durante los más duros años de la guerra en la URSS no hubo enfermedades infecciosas. E. Smírnov, hombre de una profesión humanitaria, emprendió con la energía propia de él, la organización de la sanidad posbélica. Se conmovió al recorrer las regiones devastadas. En la cuenca del Donets, en Makéevka, a los hospitalizados se les daba de beber en latas de conservas por falta de vasos. Esas latas de bordes torcidos en las manos de los enfermos tenía en mente el ministro cuando informaba al Gobierno de las necesidades primordiales de la sanidad. Se necesitaba dinero. Lo asignaban, pero siempre por debajo de lo necesario. El ministro se exaltaba, demostraba lo evidente, pero sin mucho éxito. Stalin, reconociendo que esa preocupación era indudablemente legítima, señaló a Smírnov, quien debido a su cargo tenía conocimiento de los trabajos para elaborar el arma atómica, que él debía saber adónde se estaban destinando los fondos.

Se aplazaba la satisfacción de muchas necesidades apremiantes. No había otra salida. Sobre el pueblo soviético, que se había salvado a sí mismo y había salvado la civilización, de nuevo se cernía una amenaza mortal.

Entonces el único país en el mundo que disponía de recursos abundantes en exceso eran los Estados Unidos. No sufrió, sino, al contrario, prosperó en los años cuando en los campos de batalla se decidía la suerte de la humanidad. Durante la guerra nos encontrábamos en las mismas filas, pero nuestro aporte y el aporte estadounidense fueron muy diferentes. En suelo norteamericano no estalló ni un solo proyectil, no fue destruida ni una sola casa. Nosotros perdimos 20 millones de vidas cuyo valor no puede calcularse y los estadounidenses, 400 mil hombres. Por cada 50 soviéticos caídos, un estadounidense. En mis trabajos dedicados a la historia de la segunda guerra mundial he recurrido reiteradas veces a esa relación. Algunos historiadores que en los EE.UU. están lejos de compartir nuestros puntos de vista, no obstante no pueden dejar de reconocer la razón de esta comparación, aunque, claro está, no de buen grado. El profesor John Gaddis, historiador estadounidense, en el libro *Rusia, la Unión Soviética y los Estados Unidos: Intento de interpretación* (1978), refiriéndose a uno de mis trabajos, acota: “El autor destaca con acentuada precisión que por cada norteamericano muerto en la guerra, hubo 50 muertos rusos”¹.

Las pérdidas materiales fueron absolutamente diferentes. La guerra se llevó una tercera parte de nuestro patrimonio nacional. Recordemos que la misma proporción de la riqueza nacional se perdió durante la primera guerra mundial y la Guerra Civil. Expresado en cifras, el cuadro de nuestras pérdidas de 1941 a 1945 es el siguiente. Según la cotización monetaria de entonces, la guerra costó a la URSS 485 mil millones de dólares (evaluación de lo que fue destruido). Los gastos militares de los EE.UU. en la segunda guerra mundial fueron de 330 mil millones de dólares. A la ayuda *lend lease* prestada a los enemigos de las potencias del “eje” nazi fascista los EE.UU. destinaron 43 600 millones de dólares. Los suministros *lend lease* a la Unión Soviética alcanzaron unos 10 mil millones de dólares, aproximadamente el 3,5 por ciento de los gastos militares de los EE.UU. en la segunda guerra mundial. Este 3,5 por ciento, que refleja exactamente el aporte de los Estados Unidos a las gigantescas batallas en el principal frente de lucha contra Alemania y sus aliados, debe estar siempre presente cuando volvamos mentalmente a la

¹ J. Gaddis. *Russia, the Soviet Union and the United States: An Interpretive History*, N.Y., 1978, p. 154.

cooperación combativa de nuestros países en aquel período.

En los primeros años posbélicos visitaron la Unión Soviética no pocos estadounidenses influyentes o destacados en su país. Se les recibía cordialmente, recordando la reciente cooperación militar. A algunos los recibía Stalin o respondía a sus preguntas. Cuando un corresponsal de *United Press* preguntó “si Rusia estaba interesada todavía en recibir un empréstito de los Estados Unidos”, Stalin, el 29 de octubre de 1946, respondió: “Está interesada”.

El corresponsal preguntó: “¿Cuánto tiempo se necesitará para restablecer las regiones devastadas de Rusia Occidental?” La respuesta fue: “Seis o siete años, si no más”.¹

El hijo del presidente Franklin Delano Roosevelt, Elliott Roosevelt, en una entrevista con Stalin el 21 de diciembre de 1946 planteó la cuestión de manera diferente: “Si entre los Estados Unidos y la Unión Soviética se llega a un acuerdo sobre el sistema de empréstitos o créditos, ¿traerán esos acuerdos beneficios duraderos a la economía de los Estados Unidos?” La respuesta: “El sistema de tales créditos, sin dudas, debe ser de ventaja tanto para los Estados Unidos como para la Unión Soviética”.²

En aquel tiempo se esperaba, en efecto, que los EE.UU. tenderían una mano al aliado de los años de guerra en la defensa no sólo de nuestra Patria, sino de la causa de las Naciones Unidas. No se pasó de la fase de las conversaciones, por cuanto en lo alto del poder de los EE.UU. se tomaron decisiones contrarias. Dos decenios después, George Kennan (entonces consejero de la embajada de los EE.UU. en Moscú) escribió en el primer tomo de sus memorias aparecidas en 1967: “Las administraciones norteamericanas de entonces, tanto la de Roosevelt como la de Truman, fueron posteriormente criticadas con frecuencia por haber reducido bruscamente en el verano de 1945 la ayuda *lend lease* a Rusia, y porque no le ofrecimos a la Unión Soviética un crédito mayor, aun cuando, en opinión de algunos, a los líderes soviéticos se les dio a entender que podían esperarlo... Debo confesar que si el Gobierno de los EE.UU. merece ser criticado por su línea rígida en todos estos asuntos, yo merezco una crítica mucho mayor por haber asumido una actitud aún más rígida ya antes que el Gobierno, por haber inspirado la rigidez de Washington... Quiero

¹ *Izvestia*, 1946, 29 de octubre.

² *Izvestia*, 1947, 24 de enero.

poner un ejemplo de mis opiniones expuestas en aquellos días al embajador y al Departamento de Estado: 'No hay ninguna justificación, ni económica ni política, para prestar a Rusia ayuda sucesiva en base al *lend lease* o para nuestro asentimiento a que Rusia, que no es un país que contribuya a la UNRRA¹, reciba ayuda sustancial alguna de la UNRRA o para dar a Rusia un crédito gubernamental norteamericano sin obtener ventajas políticas equivalentes'... No encuentro, en definitiva, ninguna razón para lamentar lo hecho”.

¿Es que Kennan no conocía el País Soviético y al pueblo soviético, aun cuando era considerado en aquellos años el mejor experto en los asuntos de la Unión Soviética? Encontramos en sus memorias fragmentos aleccionadores que arrojan luz sobre el modo de pensar de aquellos que ayudaban a elaborar la política estadounidense. “Mis puntos de vista acerca de la posible ayuda económica a la Unión Soviética —escribe— se formaron bajo la impresión que recibí durante un viaje por la Unión Soviética al poco tiempo del fin de las hostilidades en Europa”. El consejero de la embajada estadounidense visitó Novosibirsk y Kuznetsk, siendo cordialmente recibido en todas partes.

Kennan quedó muy satisfecho del viaje: había visto todo cuanto deseaba. Recorrió regiones donde en los años de la guerra que acababa de terminar se forjó el poderío militar del País de los Soviets. Posiblemente, se convenció de éste. Al pasar decenas de años, describe idílicamente los días grabados en la memoria en que a él, estadounidense que hablaba con soltura en ruso, nadie lo tomaba por extranjero.

“Tenía la impresión de que yo no era extranjero, sino un soviético como todos. Al menos mis compañeros del avión no me tomaron por otro. En el aeropuerto de Omsk, con mucho calor, sentado en la hierba a la sombra del ala del avión, leí en voz alta a su petición, el

¹ UNRRA: Agencia de Rehabilitación y Reconstrucción de las Naciones Unidas creada en 1943 para los fines que se derivan de su nombre. El Consejo de la UNRRA estableció que los países miembros cuyos territorios no habían sido ocupados, hicieran aportes a su fondo en la cantidad del dos por ciento del ingreso nacional en 1943. Se llamaba a los otros países miembros a hacer las aportaciones posibles. Pero en realidad los representantes de los EE.UU. en la UNRRA aprovechaban la ayuda para alcanzar los propósitos apuntados por Washington. La organización fue disuelta en 1947.

libro de Alexéi Tolstói *Pedro Primero*, que llevaba conmigo.

Pasaba las tardes en los pequeños hoteles de los aeropuertos con ellos, igual que ellos, como uno más. Me sentía bien con ellos, sin dificultades”.

Pero el deber está por encima de todo. Los rusos sinceros no podían imaginar lo que pensaba y resolvía junto a ellos aquel hombre de modesta chaqueta usada y una gorra de visera ordinaria.

“Cuando debajo del avión empezaron a pasar lentamente las extensas llanuras al oeste del Volga, me puse a pensar en mis amistosos compañeros de viaje, sobre los problemas de la ayuda norteamericana a Rusia. Los rusos, como confirmó una vez más esta visita mía, son un pueblo grande y atrayente. Hace poco han pasado enormes sufrimientos, parcialmente por causa nuestra. Claro que quisiéramos ayudar, pero ¿acaso eso es posible? Si el pueblo se encuentra bajo control de un fuerte régimen autoritario, especialmente hostil a los EE.UU., a mi modo de pensar, los norteamericanos no lo pueden ayudar casi en nada sin ayudar al mismo tiempo al régimen... En otras palabras, el pueblo y el régimen se encuentran relacionados dialécticamente. Por ello no se puede ayudar al pueblo sin ayudar al régimen, y no se puede perjudicar al régimen sin perjudicar al pueblo. Dadas las circunstancias, lo mejor es no ayudar ni perjudicar, sino dejar todo tal como está. En fin de cuentas, la situación difícil es suya y no nuestra”.

¡Elevadas divagaciones, casi filosóficas, pero en realidad ruines! El “experto” en cuestiones sobre la Unión Soviética miraba con ojos fríos a los que habían “sufrido” en parte por causa de los EE.UU. en los años de guerra, a esta “situación difícil suya”, subrayando “suya” en el texto. Bueno, esta era una impresión personal, pero ¿qué pensar de la susodicha “hostilidad” hacia los EE.UU.? Desenrollando poco a poco el hilo de la narración, Kennan describe cómo en el otoño de 1945 un grupo de congresistas estadounidenses llegó a ser recibido por Stalin. ¿De qué hablaron los elegidos por el pueblo estadounidense aquel día con Stalin? “No recuerdo el contenido de la conversación de los congresistas con Stalin (en los archivos de Washington, claro que existirán apuntes) —observa Kennan—, tengo vivo en la memoria sólo nuestro enfoque en aquella ocasión”¹.

El “enfoque” ya lo hemos conocido, y en cuanto al contenido de

¹ G. Kennan. *Memoirs. 1925-1950*, Boston, 1967, pp. 266-277.

la conversación, no es preciso revolver archivos, los congresistas, a su regreso de la URSS, enseguida comunicaron a todos y a cada uno a qué habían ido al Kremlin. Eran miembros del Comité Especial del Congreso para la política económica y la planificación posbélica encabezados por el presidente del Comité, William Colmer. Tras unir y analizar sus intervenciones de entonces, J. Gaddis, en el libro *Los Estados Unidos y el origen de la "guerra fría", 1941-1947* (1972) expuso el asunto del modo siguiente:

“El 14 de septiembre de 1945, a la delegación, encabezada por el presidente del comité, W. Colmer, senador por Mississippi, se le hizo el honor de ser recibida por Stalin. Colmer comunicó al líder soviético que su comité sabía del deseo de Rusia de recibir un empréstito de los EE.UU. ¿Cómo —preguntó— utilizarían los Soviets los medios, cómo los devolverían y qué obtendría Washington a cambio?... La delegación... dio cuenta al secretario de Estado Byrnes, y luego conferenció con Truman.

El grupo de Colmer recalcó en las conversaciones con ambos que era preciso 'endurecer nuestra actitud hacia la República Soviética'. El comité de Colmer estaba dispuesto a aprobar el empréstito estadounidense a la Unión Soviética si los rusos aceptaban ciertas condiciones. Debían decir qué parte de su producción estaba dedicada al armamento. Debían comunicar los datos más importantes acerca de la economía soviética y dar la posibilidad de comprobar la precisión de estos datos. La Unión Soviética no debía prestar ayuda con fines políticos a Europa Oriental y debía informar el contenido de sus convenios comerciales con estos países. El Kremlin debía asegurar tanto en la URSS como en los países de Europa Oriental que se encontraban bajo su control la plena protección de la propiedad norteamericana, el derecho a distribuir libros, revistas, periódicos y películas cinematográficas norteamericanos. Finalmente, los Estados Unidos debía insistir en el 'cumplimiento de las obligaciones políticas rusas en las mismas condiciones que los otros gobiernos. Ello incluye la retirada de las fuerzas de ocupación soviéticas de conformidad con los Acuerdos de Potsdam y la Conferencia de Yalta'. En breves términos, Colmer y sus colegas demandaban que a cambio del empréstito norteamericano la Unión Soviética cambiara su régimen político y abandonara su esfera de influencia en Europa Orien-

tal”.¹

Vemos pues, que fueron dichas cosas de tal índole que no quedaba duda alguna respecto a quién mantenía una actitud “hostil” y contra quién; por tanto el experto diplomático Kennan las “olvidó” y aconsejó a los curiosos dirigirse a los archivos. Aunque con irritación fácilmente reconocible, resumió los resultados de la incursión sin igual de los congresistas estadounidenses a Moscú:

“El episodio, naturalmente, de por sí poco importante, fue uno de aquellos (hubo muchos durante mi servicio diplomático) que me llevaron gradualmente a un profundo escepticismo respecto al valor absoluto de los contactos personales para mejorar las relaciones interestatales. Debo decir también que los congresistas visitantes se distinguían bastante entre sí por la capacidad de extraer provecho personal de tales viajes”.²

Esta última observación, necesariamente oscura bajo la pluma del diplomático profesional, aclara el comportamiento de las personalidades oficiales de los EE.UU. que, una tras otra, se dirigían entonces a Moscú. En la segunda mitad de 1946 llegó, por ejemplo, a nuestra capital una delegación encargada de los problemas de reparaciones encabezada por Edwin Pauley, importante negociante de petróleo; la tarea fundamental de la delegación era dar a conocer a las instituciones soviéticas el principio de la “primera carga”, es decir, explica en su libro *La Paz conmovida* (1977) el historiador estadounidense Daniel Yergin, que “las reparaciones de la producción corriente, es decir, de la producción de la economía alemana, se reducían al mínimo. En segundo lugar, la exportación derivada de esta producción era, primero, para pagar las importaciones desde el Oeste, y sólo después para los suministros de reparación al Este. Alemania es integrada al orden multilateral económico mundial que se encuentra bajo control estadounidense antes de pagar las reparaciones (en realidad, la ayuda) al aliado soviético... Algunos miembros de la delegación no ocultaron su antagonismo considerando incluso estas directivas demasiado suaves”.³

Tuvieron éxito al hacer frustrar los pagos de reparación a la

¹ J. Gaddis. *The United States and the Origins of the Cold War, 1941-1947*, N.Y., 1972, pp. 259-260.

² G. Kennan. Op. cit., p. 277.

³ D. Yergin. *Shattered Peace. The Origins of the Cold War and the National Security State*, Boston, 1977, pp. 96, 98.

Unión Soviética, aunque para entonces se esclareció que el potencial económico de Alemania en 1945, pese a las destrucciones, era mayor que en 1939.¹ No podíamos esperar nada bueno ni de los “teóricos” tipo Kennan ni de los prácticos como Golmer, Pauley y compañía. Por la simple razón de que en Washington consideraban a la Unión Soviética como enemigo y obraban en consecuencia.

3

He ahí la idea que cierta gente tenía y tiene hasta hoy de nosotros. El tono del informe de muchos volúmenes de la comisión senatorial Church, que investigó entre 1975 y 1976 las actividades de la comunidad de espionaje de los EE.UU., se manifiesta en el capítulo introductorio a este resumen oficial. En él se dice:

“La segunda guerra mundial significó el fracaso de un tipo de totalitarismo, pero enseguida creció otro reto del totalitarismo. La Unión Soviética, el mayor aliado de los EE.UU. en la guerra, se convirtió en el principal adversario de los EE.UU. en la paz. El poderío del nazismo yacía en ruinas, pero el poderío del comunismo se movilizaba... Los oficiales de la inteligencia militar norteamericana estuvieron entre los primeros que percibieron el cambio de la situación. Casi inmediatamente después de la toma de Berlín por el Ejército Rojo, la inteligencia militar norteamericana trató de determinar los objetivos de los Soviets. Harry Rositzke, más tarde jefe de la sección de la CIA para la URSS, fue enviado a Berlín en un jeep... En sus declaraciones a la comisión (31 de octubre de 1975) refirió así sus impresiones: “Entrarnos en los alrededores de Berlín gritando '¡Somos americanos!' y los rusos nos daban cálidamente la bienvenida. En la autopista —yo conocía bien Alemania desde antes de la guerra—, vimos de repente una columna de alemanes menores de 16 y mayores de 60 años que eran arrastrados al Este por unos soldados mongoloides de 140 a 150 cm de estatura calzados con sandalias... Nos abríamos paso a través de las ruinas de Berlín —el tráfico era en su mayor parte en una dirección—, procurando identificar el arma por las charreteras de cada soldado que encontrábamos... Al ver lo suficiente —los tres estábamos muy nerviosos— nos precipitamos

¹ *Foreign Relations of the United States. Diplomatic Papers. 1945.* v. III, Washington, 1968, p. 1228.

de Berlín a la zona inglesa. Al llegar allí, sentimos una gran alegría y alivio, pues habíamos estado 36 horas enteras en un mundo distinto. Lo primero que me vino entonces a la mente fue que Rusia avanzaba hacia Occidente”.¹

Nada de eso es verdad: los soldados soviéticos no “arrastraron” a niños y viejos alemanes al Este, no podían haber tomado Berlín —la guarida de la bestia fascista— unos pequeñines, además calzados con sandalias, en las charreteras en el frente no se ponía el número de las unidades y Rusia no avanzaba hacia Occidente. Mintió en todo el vestido de oficial de la inteligencia yanqui, entonces a sus jefes, y treinta años más tarde —ya un viejo— a los senadores. Pintó su presencia de día y medio en Berlín como una “hazaña”. Sin embargo, él y los otros dos ruines habían sido recibidos amablemente por los combatientes soviéticos. Como aliados, sin saber, en la alegría de la victoria, que se trataba de un grupito de espías bastante tontos.²

¿Pero qué cabe esperar del joven —aunque prometedor— sinvergüenza Rositzke? Cabría esperar que el general George Patton, exaltado en los EE.UU. como héroe de la pasada guerra, pudiera haber sido más serio. ¡Nada de eso! Este descubrió que los rusos son

¹ *Final Report of the Select Committee to Study Governmental Operations with Respect to Intelligence Activities*, U.S. Senate, Book 1, Washington, 1976, pp. 19-20.

² Lo que estuvo bien para los senadores, resultó demasiado para la editorial de los EE.UU. *Reader's Digest Press*. A diferencia de los legisladores canosos que tomaran el desvarío de Rositzke por algo natural, pues correspondía a los estereotipos de su pensamiento, los redactores se sobresaltaron.

En el libro de Rositzke *Operaciones secretas de la CIA* publicado en 1977, dos años después de sus memorables declaraciones en la comisión senatorial, aquel episodio se encuentra desprovisto de todo pintoresquismo grato en el Capitolio: “Entonces nadie sabía qué hacían los rusos en Berlín, y tres de nosotros —uno era rumano pero sabía ruso—, nos ofrecimos voluntariamente a penetrar en la zona rusa y mirar. Con tensión y cuidado empleamos casi cinco horas en cruzar la frontera de la zona y pasamos seis horas en Berlín. Las impresiones visuales permanecen hasta hoy claras en mi mente. Columnas de niños y viejos conducidos por la carretera de circunvalación de Berlín hacia el Este”, etc. Las sandalias y lo demás desaparecieron, seguramente bajo el lápiz del redactor, al igual que las 36 horas de permanencia en la zona soviética; pero el sentido quedó intacto: “Rusia avanzaba hacia Occidente, pasó por mi cabeza, ¡en adelante Europa no será la misma!” (Introducción al libro citado, pp. XXV-XXVI).

una “raza degenerada de los salvajes mongoles”, que cada uno de ellos y todos juntos son “unos hijos de puta, unos bárbaros y unos borrachines empedernidos”.¹ ¡Así y sólo así!

En cuanto al mando superior de las Fuerzas Armadas estadounidenses, éste definió a la Unión Soviética “enemigo” potencial mucho antes del fin de la segunda guerra mundial. La premisa de tan sabia conclusión, en los primeros tiempos, no fue un razonamiento especulativo, sino factores cuantitativos: ¿cuál sería el país más fuerte, aparte de los EE.UU., en la posguerra? Este podía ser y fue sólo y exclusivamente la Unión Soviética, en consecuencia, ahí estaba el “enemigo”. No lo identificaban por las intenciones de la Unión Soviética, sino por su capacidad física de gran potencia para hacer la guerra. El estrecho profesionalismo (desde el punto de vista político, evidente cretinismo) vino a reforzar de manera resuelta el anti-comunismo como ideología, haciéndolo palpable, al menos a los ojos de Washington.

Todo ello iba a la par con la elaboración en los Estados Mayores de los EE.UU. de una nueva doctrina militar, cuyos trazos principales se perfilaron bastante temprano. Ya en 1943, refiriéndose a los problemas del mundo posbélico, el viceministro de la Marina, James Forrestal, había dicho públicamente: “La noción de 'seguridad' no existe más, y esta palabra hay que borrarla del diccionario. En todos los manuales escolares debemos apuntar la máxima de que el poder, como la riqueza, o se utiliza o se pierde”.² Mientras tanto, se analizaba la correlación de fuerzas entre la URSS y los EE.UU. A la vista de los triunfos de las Fuerzas Armadas Soviéticas, la Junta de Jefes de los Estados Mayores de los EE.UU. sacó conclusiones realistas sobre las consecuencias de un eventual conflicto militar entre ambos países. Fueron formuladas en una serie de recomendaciones, presentadas por el Comité al Gobierno a partir de la segunda mitad del año 1943, es decir, después de las batallas de Stalingrado y Kursk. Posiblemente, las más aleccionadoras entre ellas fueron las recomendaciones enviadas el 3 de agosto de 1944 al secretario de Estado Cordell Hull. Prevenían claramente al Gobierno contra el peligro de remontarse a la estratosfera política hasta perder de vista las posibi-

¹ *The Patton Papers*, Ed. by M. Blumenson. Boston, 1974, pp. 721, 731-734.

² M. Sherry. *Preparing for the Next War. American Plans for Postwar Defense, 1941-1945*, Yale University Press, 1977, p. 57.

lidades reales de los Estados Unidos:

“La feliz terminación de la guerra contra nuestros enemigos actuales modificará profundamente el poderío militar relativo de las naciones, determinando un cambio sólo comparable en los últimos mil quinientos años al que sucedió a la caída de Roma. Esto tiene fundamental importancia para los futuros acuerdos políticos internacionales y todas las discusiones a ellos conducentes. Además de la eliminación de Alemania y Japón como potencias militares, y del desarrollo del poderío económico relativo de los Estados principales, a este cambio han contribuido grandemente factores técnicos y materiales. Entre ellos: el desarrollo de la aviación, la mecanización general de la lucha armada y un marcado avance en el potencial militar de las grandes potencias.

Tras la derrota de Japón, las únicas potencias militares de primer orden serán los Estados Unidos y la Unión Soviética. Esto se debe en cada caso a la combinación de sus posiciones geográficas, su extensión y su enorme potencial bélico. Aunque los EE.UU. pueden alcanzar con su poderío militar muchas regiones alejadas del mundo, no obstante, el poder relativo y las posiciones geográficas de estas dos potencias excluyen la derrota militar de una por la otra, inclusive en alianza con el Imperio Británico”.¹

El alto mando estadounidense comprendió y evaluó a tiempo lo que ocurría entonces, las inmensas victorias de la Unión Soviética llevaron al equilibrio de fuerza militar entre la URSS y los EE.UU., y en un plano más amplio, entre el socialismo y el capitalismo. Ahí está el origen de la evolución de las relaciones internacionales en la posguerra. La Gran Revolución de Octubre rompió la cadena del capitalismo, y la victoria de la URSS en la Gran Guerra Patria equiparó las fuerzas entre el socialismo y el capitalismo. Volver atrás, modificar la correlación de fuerzas establecida como resultado de las victorias soviéticas, fue el objetivo general que se propuso Washington.

Acostumbrados a pensar en términos de fuerza, los jefes militares yanquis comenzaron a buscar medios para golpear al “enemigo”, es decir, a la Unión Soviética. La piedra filosofal en la solución del problema que en las recomendaciones de 1943 a 1944 se presentaba

¹ M. Matloff and E. Shell. *Strategic Planning for Coalition Warfare 1943-1944*, Washington, 1959, pp. 523-524.

como insoluble, fue el arma atómica. Aun antes de su prueba y uso, en los altos círculos de Washington llegaron a convenir en que la amenaza de la bomba atómica, cifrada S-1, obligaría a la URSS a “liberalizar” su régimen y renunciar a los frutos de la victoria en Europa. El secretario de Defensa Henry Stimson, al menos, sacó semejante impresión de sus conversaciones con Roosevelt. En unos apuntes de Stimson después de un encuentro con Roosevelt se consigna: “La necesidad de hacer entrar a Rusia orgánicamente en el seno de la civilización cristiana... Posible uso de S-1 para conseguirlo...”¹ Stimson fue tan breve en sus apuntes debido al carácter extremadamente secreto de todo lo relacionado con la bomba atómica, de ahí los puntos suspensivos y las abreviaciones del documento.

Después de incinerar Hiroshima y Nagasaki con las bombas atómicas y antes aun de la capitulación de Japón, el Comité de Jefes de los EE.MM. empezó a preparar los planes de una nueva guerra. Fueron expuestos en las directivas 1496/2 *Bases para la formulación de una política militar* y 1518 *Concepciones estratégicas y plan de utilización de las Fuerzas Armadas de los EE.UU.*, aprobadas por la Junta de Jefes de los EE.MM. respectivamente el 18 de septiembre y el 9 de octubre de 1945. Entonces eran documentos de carácter estrictamente secreto, en nuestros días algunos investigadores estadounidenses han podido conocer una parte limitada de ellos. En el trabajo de Michael Sherry *Preparación para la siguiente guerra* editado en 1977 se dice:

“ ‘Nosotros no lanzaremos el primer golpe’, aseguró Eisenhower al Congreso a finales del otoño de 1945. Los planes secretos demostraban, sin embargo, lo contrario. Incluso las declaraciones públicas de algunos militares incluían referencias explícitas a la prudencia de un golpe preventivo. La legalidad del primer golpe, sobrentendida en los planes iniciales, ahora era confirmada incondicionalmente por la Junta de Jefes de los EE.MM...

En varias reuniones de los Estados Mayores se puso el principal énfasis para las acciones en el plano de golpes preventivos. Los planeadores de los Estados Mayores exigieron incluir en la directiva 1496 una indicación especial a la ejecución del “primer golpe”, insistiendo: “ese punto debe subrayarse para destacar que constituye un nuevo concepto político, distinto de la actitud anterior de los

¹ J. Burns. *Roosevelt: the Soldier of Freedom*, N.Y., 1970, p. 459.

EE.UU. hacia la guerra...”

En caso de una gran guerra, algunos de sus objetivos estaban claros. Los EE.UU. deben “seguir aplicando nuestra política básica, a la que nos hemos atenido en el transcurso de treinta años. Preferimos hacer la guerra, si es necesario, en territorio ajeno”. Al disponer de un sistema de bases avanzadas y de fuerzas armadas móviles, los EE.UU. deben quedar en lo posible al cubierto de un ataque directo... En los bosquejos de la directiva 1518 se expresaban dudas respecto a la conveniencia de los intentos de lograr conquistar o destruir totalmente a un enemigo principal como la Unión Soviética., pero el general Lincoln argüía que el objetivo en una guerra contra la URSS “no es tenerla cerrada tras sus fronteras, sino destruir su capacidad de combate, en caso contrario se llegará a una guerra prolongada...”

En octubre de 1945, la Junta de Jefes de los EE.MM. recomendó acelerar los trabajos de investigación y la producción de bombas atómicas, mantener el máximo secreto y “rehusar revelar estos secretos a cualquier país o a las Naciones Unidas”. Para avanzar más pronto por este camino, el secretario de Defensa encabezó los esfuerzos con el fin de poner las futuras investigaciones atómicas bajo control militar...

Convencidos de la inexistencia de otro camino, los militares proyectaban el uso de bombas atómicas como primer medio de contención y represalias masivas. Esto no se ocultaba. De noviembre de 1945 data el informe del general Arnold —jefe de la Fuerza Aérea— al secretario de Guerra, donde se dice que los EE.UU. deben “señalar al agresor potencial que tras un ataque contra los EE.UU., seguirá inmediatamente un golpe atómico demoledor contra él desde el aire”. El Comité de Jefes de los EE.MM. fue mucho más lejos que Arnold sopesando en un informe secreto la conveniencia de descargar golpes atómicos represivos o preventivos contra la Unión Soviética. El Comité Conjunto de Información señaló veinte ciudades soviéticas para bombardeos atómicos... El comité recomendó un ataque atómico en caso de un inminente ataque soviético, pero también en caso de que los progresos industriales y científicos del enemigo lo capacitasen para “un ataque a los Estados Unidos o para defenderse de nuestro ataque”. El comité aconsejaba “emplear con prioridad la aviación estratégica” para detener de cualquier modo los progresos de Rusia en su capacidad de ataque. Añadía que los bombardeos atómicos son relativamente poco eficaces contra Armas

Clásicas y sistemas de transporte, admitiendo así que la bomba atómica sólo debe usarse para la destrucción masiva de ciudades”¹.

¿Estos desenfrenados, con los hombros sembrados de estrellas de generales y oficiales, que ideaban planes canibalescos y aceraban el mecanismo de la carrera de armamentos atómicos, creían realmente en la “amenaza” soviética? El citado contenido de los documentos secretos de los Estados Mayores, que vio y en cierta medida analizó M. Sherry con las respectivas referencias a los expedientes de los archivos, no dejan lugar a dudas: nadie creía en la “agresividad” de la Unión Soviética. Conclusión final de M. Sherry:

“Según reconoció el mando de las Fuerzas Armadas, la Unión Soviética no representaba un peligro inmediato. Su economía y sus recursos materiales se encontraban agotados por la guerra... Por tanto, en los próximos años la URSS deberá concentrarse en la reconstrucción interna... Pero sus posibilidades, con independencia de lo que nosotros pensemos de las intenciones rusas, dan motivo suficiente para designar a la URSS como enemigo potencial”.²

La directiva del Comité de Jefes de los EE.MM. 1496/2 no quedó en posesión de los militares. Pasó a consideración del comité coordinador integrado por delegados del Departamento de Estado y de las Secretarías de Guerra y Marina. Ya como documento del comité coordinador (SWNCC-282), fue puesto a discusión de los responsables del Departamento de Estado. Los políticos, como corresponde, hicieron observaciones secundarias en la nota del 16 de noviembre de 1945 *Acciones en cumplimiento de la declaración del Comité de Jefes de los EE.MM. sobre la política militar de los EE.UU.*, pero sin objetar nada al siguiente enunciado atemorizador de la directiva 1496/2 reproducido en el documento SWNCC-282:

“No podemos consentir que el injustificado y peligroso deseo de evitar adoptar una postura agresiva, nos haga blanco del primer golpe. En tal caso nuestro Gobierno debe tomar rápidas decisiones políticas y realizar simultáneamente todos los preparativos para lanzar nosotros el primer golpe si es necesario”.³ ¿Con qué? ¡Ante todo con bombas atómicas! Hasta los últimos tiempos en la historiografía estadounidense prevaleció totalmente la idea de que Truman se apre-

¹ M. Sherry. *Op. cit.*, pp. 201, 205, 212-213.

² *Ibíd.*, pp. 214-215.

³ F. R.: 1946, v. I. pp. 1160-1165, 1125-1128.

suró en incinerar Hiroshima y Nagasaki porque los EE.UU. tenían supuestamente sólo dos bombas atómicas. No podía gastarlas en una exhibición de la fuerza del arma atómica en cualquier lugar poco poblado, se necesitaba una lección demostrativa a cuenta de la muerte de cientos de miles de personas pacíficas. En el libro de William Manchester *La gloria y el sueño* editado en 1978 y significativo en muchos aspectos se dice: “El general Graves consideraba que las pruebas preliminares serían innecesarias. Estimaba que la primera bomba estaría lista para el 1º de agosto de 1945, la segunda para el 1º de enero de 1946, y la tercera más tarde, en un plazo no determinado con precisión”. Eso estimaba a finales de 1944. A mediados de 1945, según Manchester, los estadounidenses no tenían bombas para gastar en balde. Aparte del aparato estático que debía ser explotado, tenían sólo dos bombas: “La flaca” y “La gorda”.¹

Quiere decir que para Japón, en agosto de 1945, los Estados Unidos sólo disponían de dos bombas atómicas, en tanto que a finales de 1945 en los arsenales estadounidenses ya había no menos de 196 bombas atómicas... ¡para los rusos! En la directiva 432/D del Comité Conjunto de Planificación Militar con fecha 14 de diciembre de 1945, aprobada en relación con las directivas mencionadas de la Junta de Jefes de los Estados Mayores sobre el bombardeo atómico de 20 ciudades soviéticas, se decía: “El mapa adjunto al Anexo 'A' (al documento del Comité Conjunto de Información del 3 de noviembre de 1945. —N.Ya.)... señala 20 centros industriales básicos de la Unión Soviética y el ferrocarril transiberiano, la más importante línea de comunicación soviética. Señala también las bases desde donde los superbombarderos pueden alcanzar 17 de las 20 ciudades referidas y la vía transiberiana. Según nuestros cálculos, operando desde esas bases y utilizando las 196 bombas atómicas que componen el ciento por ciento de las reservas, los Estados Unidos estarían en condiciones de causar tales destrucciones a las fuentes industriales del poderío militar de la URSS que el golpe podría ser decisivo”.

Las “fuentes industriales del poderío militar” eran interpretadas por los autores del plan de agresión atómica en sentido muy amplio. Del curso de sus razonamientos se puede juzgar con precisión por el documento 329 del Comité Conjunto de Información del 3 de noviembre de 1945: “La capacidad de destruir concentraciones huma-

¹ W. Manchester. *The Glory and the Dream*, N.Y., 1978, pp. 375-376.

nas es una de las propiedades relevantes del arma atómica y debe utilizarse en combinación con otros efectos”.

Por lo tanto: “1. En el Anexo 'A' se enumeran veinte zonas urbanas recomendadas como los objetivos estratégicos más apropiados para el empleo de armas atómicas. Las ciudades se han elegido partiendo de su importancia general respecto a: (1) capacidad industrial, particularmente en la fabricación de aviones y otro armamento; (2) instituciones gubernamentales y administrativas y (3) establecimientos de investigación científica...

Disponemos tan sólo de información limitada sobre la localización y las funciones de los principales establecimientos de investigación científica subordinados a la Academia de Ciencias de la URSS (con sede central en Moscú). Estos institutos, que probablemente trabajan en contacto con las principales Universidades, son los centros fundamentales de investigación. Cabe suponer que parte considerable de ellos se ubica en las zonas escogidas para los bombardeos”.

¡O sea, quemar también a los científicos! En suma, en las 20 ciudades elegidas como objetivos para el primer golpe atómico vivían entonces 13 millones de personas, entre ellos, mujeres, niños y ancianos. El martirologio inaugurado por Hiroshima y Nagasaki debía ser completado con 20 ciudades soviéticas (en el orden siguiente establecido por los autores de los planes de los Estados Mayores yanquis): Moscú, Gorki, Kúibishev, Bakú, Tashkent, Cheliabinsk, Nizhni Taguil, Magnitogorsk, Sverdlovsk, Novosibirsk, Omsk, Sarátov, Kazán, Leningrado, Perm, Tbilisi, Novokuznetsk, Grozni, Irkutsk, Yaroslavl.¹

Entre septiembre y noviembre de 1945, los Estados Unidos concibieron la doctrina del “primer golpe”, o ataque atómico por sorpresa contra la Unión Soviética.

El motivo para el inicio de las hostilidades estaba claro: cuanto más rápido se recuperaba la Unión Soviética después de la guerra devastadora, más fuerte sonaban las trompas de la guerra en Washington. Nuestra alegría era infinita: 1947 había sido un año de gran éxito; después de cuatro años de guerra y dos años de restablecimiento, la Unión Soviética volvía a ocupar las posiciones alcanzadas en 1941 en el curso de la construcción socialista. Se abrían los hori-

¹ Cit. de *Nóvoye Vremia*, 1980, N 8, pp. 28, 29.

zontes que había nublado la guerra.

El país, dolorido por los caídos en la reciente guerra, honraba a los héroes de la edificación pacífica. La élite gobernante de los Estados Unidos se dio cuenta y “tomó nota” de nuestros éxitos, sacando las pertinentes conclusiones prácticas. Conclusiones doblemente firmes, a juicio de esa élite, pues simultáneamente con el pueblo soviético, que trabajaba heroicamente en las obras posbélicas, laboraba sin tregua un ejército de “especialistas” sobre nuestro país. Estos definieron con autenticidad quiénes somos, elaboraron recomendaciones de cómo tratarnos, y qué medios e instrumentos era preciso utilizar para ello.

4

El 22 de febrero de 1946, George Kennan envió a Washington un “largo telegrama” que políticos e historiadores estadounidenses consideran hasta hoy pieza clave en la evaluación de la Unión Soviética. En ocho mil duras palabras, a las que después se dedicarían tornos enteros de comentarios en los EE.UU., Kennan pintó la terrible amenaza que, según él, se cernía sobre los EE.UU. y delineó la estrategia de rigurosa enemistad hacia la URSS. “Estamos ante una fuerza política fanáticamente convencida que con los EE.UU. no puede haber *modus vivendi* permanente... Aquí debe estar el punto de partida para nuestro Estado Mayor político”.¹ Con la URSS no cabía más trato que el de la fuerza.

Los hombres listos del equipo de Truman, ya por la mera razón de que Kennan los había nombrado “Estado Mayor político”, se colmaron de sentido de su propio peso en el Estado y pasaron a rivalizar con él en la invención de proyectos de cómo castigar al pueblo soviético. Por orden de Truman, Clark Gifford, asesor especial del presidente, sostuvo una reunión con altos jerarcas y el 24 de septiembre de 1946 presentó a Truman un voluminoso informe *Sobre la política norteamericana respecto a la Unión Soviética*. Compartiendo, por lo visto, la visión apocalíptica de Kennan sobre la Unión Soviética, Clifford escribía:

“El lenguaje de la fuerza militar es el único que entienden los adeptos de la política de fuerza. Los Estados Unidos deben usar ese

¹ F.R.: 1946, v. 6, pp. 706-707.

lenguaje... Hay que hacerle comprender al Gobierno soviético que nosotros tenemos poder suficiente para repeler cualquier ataque y también para derrotar a la URSS. La Unión Soviética es poco vulnerable porque sus industrias y recursos materiales están dispersos, pero no así para las armas atómicas, los medios de guerra biológica y los aviones de largo radio de acción. En consecuencia, para mantener nuestro poder a un nivel capaz de refrenar a la Unión Soviética, los EE.UU. deben estar dispuestos a hacer la guerra atómica y la biológica. Un ejército altamente mecanizado, transportado por aire o por mar, capaz de ocupar y sostener las regiones estratégicas claves, debe ser apoyado por poderosas fuerzas aéreas y navales. La guerra contra la URSS será una guerra 'total' en un sentido mucho más terrible que cualquier guerra anterior, y por ello se debe trabajar permanentemente en la elaboración de armamentos de tipos tanto ofensivos como defensivos. Toda negociación sobre limitación de armamentos debe llevarse con lentitud y cautela, teniendo siempre presente que las propuestas de prohibir el uso del arma atómica y de las armas ofensivas de largo alcance limitarían considerablemente el poder de los EE.UU...

Los Estados Unidos deben comprender que la propaganda soviética es peligrosa (sobre todo cuando pone énfasis en el 'imperialismo' norteamericano) y evitar toda acción que pueda dar apariencias de verdad a las acusaciones soviéticas... los EE.UU. deben emprender esfuerzos enérgicos para conseguir que en los medios influyentes de la población soviética se les comprenda mejor y combatir la propaganda antinorteamericana que el Kremlin desarrolla entre el pueblo soviético. Nosotros debemos distribuir, en las proporciones más amplias que tolere el Gobierno soviético, libros, revistas, periódicos y filmes entre los soviéticos y radiar emisiones a la URSS... La penetración comunista en los propios Estados Unidos debe ser denunciada y eliminada”.¹

Si a ello se añaden los vagos y tartajosos razonamientos del informe (Glifford no puede compararse con el perfecto estilista Kennan) de que las “dificultades” entre los EE.UU. y la URSS se deben al régimen soviético, y que Washington no tiene nada contra el pueblo ruso, obtendremos en líneas generales el pensamiento estratégico

¹ *Containment: Documents on American Policy and Strategy, 1945-1950.* Ed. by T. Etzold and J. Gaddis. N.Y., 1978, pp. 66-69.

de la élite gobernante estadounidense. Al objetivo general — destrucción o debilitamiento fatal de la Unión Soviética— conducen dos medios: la guerra o la acción subversiva (como vía de acceso a la guerra o para sustituirla en determinadas circunstancias). Washington debe estar dispuesto a recurrir a ambos medios. Cuál de los dos prevalecerá, el día de mañana lo dirá o, mejor dicho, la correlación de fuerzas entre la URSS y los EE.UU. No puede haber ni coexistencia pacífica ni, mucho menos, cooperación entre el capitalismo y el socialismo.

Esta fue la doctrina que se impuso en la cúpula de la sociedad yanqui. Expresaba la desesperación de una sociedad declinante que reunía todas sus fuerzas para mantenerse en la escena de la historia.

La política de los EE.UU. respecto a la Unión Soviética fue presentada al mundo como política de “contención” del comunismo internacional.¹ Los marcos de este lema impreciso y vago fueron lo suficientemente amplios como para abarcar la “doctrina Truman”, el “plan Marshall”, la formación de bloques agresivos y el rodeo de la Unión Soviética con un cerco de bases militares yanquis. Con miras a la “contención”, a finales de 1947 se reorganizó la verdadera dirección de los EE.UU. Se constituyó el Consejo de Seguridad Nacional, órgano extraordinario de dirección encabezado por el presidente y que debía decidir en profundo secreto las cuestiones de la guerra y la paz. Se creó la Agencia Central de Inteligencia subordinada directamente al Consejo de Seguridad Nacional. Simultáneamente, para dirigir y coordinar los esfuerzos militares, se fundó el Departamento de Defensa. Se trataba de una estructura de la administración del Estado apropiada para la guerra, que tiene en cuenta el pronto comienzo de una guerra contra la URSS. Nadie en Washington dudaba que la iniciativa bélica sería asumida por los Estados Unidos. El Consejo de Planificación de la Política del Departamento de Estado, encabezado por Kennan, presentó el 7 de noviembre de 1947 el *Resumen de la situación mundial*: “El peligro de guerra es considerablemente exagerado por muchos. El Gobierno soviético no desea y no espera la guerra contra nosotros en un futuro visible... El extremo temor en relación con el peligro de la guerra proviene de una incorrecta apreciación de las intenciones soviéticas. El Kremlin no desea una nueva guerra grande y no la espera... En

¹ F.R.: 1946, pp. 709, 700.

general, no existe razón para suponer que nos vamos a ver envueltos inesperadamente en un conflicto armado con la URSS”.¹

Por lo visto, al recibir y conocer las conclusiones del Consejo de Planificación de la Política, quienes en Washington preparaban un ataque contra la Unión Soviética experimentaron no poca satisfacción: el golpe que preparaban sería sorpresivo.

5

La planificación en los Estados Mayores ya entonces había llegado lejos, y el secretario de Defensa, Forrestal, pidió el 10 de julio de 1948 presentar al Gobierno una exposición íntegra de la política nacional respecto a la Unión Soviética sin la cual no se podían adoptar decisiones lógicas sobre la dimensión de los recursos destinados a fines militares. El Consejo de Planificación de la Política presentó el análisis requerido, bajo el título *Objetivos de los EE.UU. respecto a Rusia*, ratificado el 18 de agosto de 1948 como directiva 20/1, estrictamente secreta del Consejo de Seguridad Nacional. En 33 pliegos de escritura apretada este documento vio por primera vez la luz en los EE.UU. en 1978, en la recopilación *Contención. Documentos sobre la política y la estrategia norteamericana en 1945-1950*. En la introducción se enunciaba:

“Por exigencias de la guerra política en curso, el Gobierno se ve obligado a fijar ya ahora, en tiempos de paz, respecto a Rusia objetivos más determinados y belicosos que los que fue necesario formular respecto a Alemania y Japón antes del comienzo de las hostilidades contra estos países... Hay que determinar en la actual planificación gubernamental, antes de comenzar la guerra, nuestros objetivos alcanzables tanto en tiempos de paz como en tiempos de guerra, reduciendo al mínimo la distancia entre ellos”.

En frases exquisitas se decía:

“Nuestros objetivos básicos respecto a Rusia, en realidad, son sólo dos:

- a) Reducir el poder y la influencia de Moscú;
- b) Lograr un cambio básico en la teoría y la práctica de las relaciones internacionales seguidas por el Gobierno que está en el poder en Rusia”.

¹ F.R.: 1947, v. I, pp. 770-771, 776, 777.

Según la práctica ya establecida de la alta dirección del Estado, se proyectaban acciones para condiciones de tiempos de paz y de tiempos de guerra. Para el período de paz, la directiva 20/1 del CSN auguraba la capitulación de la URSS bajo presión exterior. Por supuesto, en la directiva 20/1 del CSN se preveían las consecuencias de esta política:

“Nuestros esfuerzos para que Moscú acepte nuestras concepciones equivalen a decir que nuestro objetivo es el derrocamiento del Poder soviético. Partiendo de este punto de vista, cabe aducir que estos objetivos son inalcanzables sin guerra, y, por consiguiente, reconocemos con ello que nuestro objetivo final respecto a la Unión Soviética es una eventual guerra y el derrocamiento del Poder soviético mediante la violencia.

Sería un error peligroso aceptar tal línea de razonamientos.

En primer término, no estamos limitados por un plazo determinado para lograr nuestros objetivos en tiempos de paz. No tenemos una rígida periodicidad de guerra y de paz que nos obligue a decir que debemos alcanzar nuestros objetivos de tiempos de paz para una fecha precisa o que deberemos 'recurrir a otros medios. . .'

En segundo lugar, con toda razón no debemos experimentar ninguna sensación de culpa pretendiendo destruir una concepción incompatible con la paz y la estabilidad internacional y remplazarlas con la de tolerancia y colaboración internacional (así denominan, respectivamente, al socialismo y el capitalismo. —N. Y.). No es asunto nuestro pensar en las consecuencias internas que puede tener la adopción de tales concepciones en otro país, igual que no debemos pensar en que tenemos responsabilidad alguna por estos acontecimientos. Si los líderes soviéticos estiman que la creciente prevalencia de los conceptos más cultos de relaciones internacionales es incompatible con el mantenimiento de su poder en Rusia, esto será asunto suyo, y no nuestro. Nosotros debemos trabajar para lograr que allí se produzcan acontecimientos... Como Gobierno, no tenemos responsabilidad por las condiciones internas en Rusia. . .”

En la directiva 20/1 del CSN la actividad subversiva contra la Unión Soviética se reconocía fríamente como política de Estado y un elemento de la política general de Washington. Para ello necesitaron movilizar considerables recursos y la hipocresía tradicional en los Estados Unidos. En la directiva 20/1 se declaraba de modo extraordinariamente sofisticado:

“Nuestro propósito en tiempos de paz no es el derrocamiento del Gobierno soviético. Naturalmente, tendemos a crear circunstancias y situaciones que no agraden y con las que no podrán transigir los actuales líderes soviéticos. Es posible que, viéndose en tales condiciones, no puedan conservar su poder en Rusia, pero es preciso reiterar que eso es asunto suyo, y no nuestro... Si surge realmente la situación que procuramos crear en tiempos de paz, que sea intolerable para el mantenimiento del poder interno en Rusia y que obligue al Gobierno soviético a desaparecer de la escena, no lo deploraremos, pero tampoco asumiremos la responsabilidad de haber conseguido o realizado eso”.

¿De qué “situación” se trataba? En la directiva 20/1 del CSN se señalaba en forma generalizada, pero con suficiente precisión: “Se trata ante todo de que la Unión Soviética sea política, militar y psicológicamente débil en comparación con las fuerzas internacionales fuera de su control”.

En resumidas cuentas, se pretendía derrocar el régimen socialista en nuestro país mediante acciones subversivas y otros métodos. Este era el objetivo que fijaba para “tiempos de paz” la directiva 20/1 del CSN.

En caso de guerra todo resultaría mucho más simple, se preveía una manera de obrar de lo más enérgica. Sin entrar en detalles de cómo infligir una derrota militar a la Unión Soviética —para eso están los generales—, pasaron a repartirse la piel del oso antes de matarlo, a considerar lo que los EE.UU. debían hacer tras la victoria sobre la URSS. Por lo visto, llegaron a mirar el mapa, porque apuntaron :

“Debemos partir, ante todo, de que para nosotros no será provechoso o será prácticamente irrealizable ocupar todo el territorio de la Unión Soviética estableciendo allí nuestra administración militar. Ello es imposible por la gran extensión del territorio y por el número de sus habitantes... En otras palabras, no es preciso esperar la plena inserción de nuestra voluntad en el territorio ruso, como pretendimos hacer en Alemania y Japón. Debemos reconocer que el arreglo final debe ser político”.

Los estrategas de Washington examinaron variantes de tal “arreglo” en dependencia del desenlace de las operaciones militares:

“En el peor de los casos, esto es subsistiendo el Poder soviético en todo o casi todo el actual territorio soviético, debemos exigir:

a) el cumplimiento de condiciones directamente militares (la entrega del armamento, la evacuación de las áreas claves, etc.) para asegurar por largo tiempo el desamparo militar;

b) condiciones que determinen una considerable dependencia económica del mundo exterior”. Esas condiciones tienen en cuenta el desmembramiento de nuestro país, la libre penetración ideológica, etc. “Todas las condiciones deben ser duras y humillantes para el régimen comunista. Podrían semejarse en líneas generales al tratado de Brest-Litovsk de 1918, que a este propósito merece la más atenta consideración”.

¡Magnífico! ¡En 1948 el Consejo de Seguridad de los EE.UU. se declara heredero de los militaristas alemanes de 1918! Pero la directiva 20/1 del CSN corrige el “error” de la Alemania del Káiser:

“Debemos aceptar como requisito incondicional que no concluiremos un tratado de paz ni reanudaremos relaciones diplomáticas normales con ningún gobierno ruso dominado por alguno de los actuales líderes soviéticos o personas que compartan sus opiniones. Demasiado hemos sufrido en los últimos quince años, haciendo como si fueran posibles relaciones normales con tal régimen”.

Pero esos 15 años fueron el período del restablecimiento de las relaciones diplomáticas entre los EE.UU. y la URSS en 1933, de cooperación de nuestros dos países en la guerra contra las potencias del “eje” fascista. No sólo nosotros, sino toda la humanidad vio que la Unión Soviética defendió la causa de las Naciones Unidas, incluyendo a los EE.UU., y en 1948 resultaba que los Estados Unidos habían “sufrido”; “sufrido” ¡pese a que los soldados soviéticos habían salvado también a los Estados Unidos! Pero es inútil hablar de moral o elemental decencia, volvamos a la directiva 20/1 del CSN. Los estrategas analizaron en detalle un desenlace de la guerra mucho más atractivo para ellos: la desaparición del Poder soviético:

“Surge la cuestión de qué fines debemos perseguir respecto a cualquier autoridad no comunista que apareciera en parte o en todo el territorio ruso como consecuencia de los acontecimientos de la guerra. Cabe señalar con todo vigor que, independientemente de la base ideológica de todo régimen no comunista e independientemente de la medida en que esté dispuesto a servir de palabra a la democracia y al liberalismo, debemos perseguir nuestros propósitos básicos dimanantes de las demandas enumeradas. En otros términos, debemos crear garantías automáticas de que incluso un régimen no co-

munista y nominalmente amistoso:

a) no tenga gran poder militar,
b) económicamente dependa en grado considerable del mundo exterior,

c) no ejerza gran autoridad sobre las principales minorías nacionales, y

d) no instale nada semejante al telón de acero. En caso de que tal régimen sea hostil a los comunistas y amistoso con nosotros, debemos mirar que estas condiciones no sean impuestas de manera ofensiva o humillante, pero debemos imponerlas sea como fuere para proteger nuestros intereses”.

Es decir que junto con el Poder soviético querían destruir la propia existencia de Rusia como Estado, eliminar a nuestro país de entre las grandes potencias; ¿quién gobernaría según el Consejo de Seguridad Nacional en los territorios que antes integraran la Unión Soviética? “Actualmente —se decía en la directiva 20/1 del CSN— hay cantidad de interesantes y fuertes grupos políticos rusos en el exilio... cualquiera de ellos... desde nuestro punto de vista es preferible al Gobierno soviético para administrar Rusia”. Naturalmente, todos esos grupos eran mantenidos por los servicios especiales de los EE.UU., a los que pedían cada vez mayores dádivas. Es de suponer que causaron grandes quebraderos de cabeza a sus amos, pues en la directiva 20/1 del CSN se incluyó un plan que debía librar a los dirigentes estadounidenses de muchos cuidados:

“Debemos esperar vigorosos esfuerzos que emprenderán diversos grupos para inducirnos a tomar medidas en los asuntos internos de Rusia que nos comprometan y constituyan un motivo para que los grupos políticos en Rusia continúen pidiendo nuestra ayuda. En vista de ello debemos hacer determinados esfuerzos para eludir la responsabilidad por la decisión de quién gobernará Rusia después de la desintegración del régimen soviético. La mejor salida para nosotros es permitir que todos los elementos emigrados vuelvan a Rusia lo más pronto posible, y hacer todo lo que de nosotros dependa para que reciban posibilidades aproximadamente iguales en las opciones al poder... Probablemente surjan querellas entre los grupos, pero aun así no debemos intervenir mientras la lucha no afecte nuestros intereses militares”.

Quedaba la cuestión de la política respecto al Partido Comunista de la Unión Soviética. “Qué hacer con el poder del Partido Comunis-

ta de la Unión Soviética: este es un problema extremadamente intrincado, que no puede ser resuelto simplemente”. Después de todo tipo de divagaciones, los autores de la directiva 20/1 del CSN determinaron ponerlo en manos de aquellos “gobernantes” que los Estados Unidos traerían a nuestro país desde el extranjero. Ellos se encargarían de eliminar físicamente a los comunistas, y los EE.UU. se lavarían las manos:

“En cualquier territorio liberado del Poder soviético se nos presentará el problema de los remanentes humanos (¡vaya lenguaje! — N.Ya.) del aparato soviético de poder. Si las tropas soviéticas se retiran en orden del actual territorio soviético, es posible que el aparato local del Partido Comunista pase a la clandestinidad, como sucedió en las regiones ocupadas por los alemanes en la guerra pasada. Luego posiblemente reaparezca en parte en forma de guerrillas.

En este aspecto el problema de cómo tratarlo será relativamente sencillo; nos bastará dar las armas necesarias y apoyo militar a cualquier autoridad rusa no comunista que controle la región respectiva y permitir que dicha autoridad se deshaga de las bandas comunistas por los procedimientos tradicionales de la guerra civil rusa. Un problema mucho más difícil representarán los miembros de base del Partido Comunista o funcionarios (del aparato soviético) que sean descubiertos o apresados o se entreguen a merced de nuestras tropas o de cualquier autoridad rusa. En este caso tampoco tenemos que asumir la responsabilidad por el modo de proceder contra estas personas ni dar órdenes directas a las autoridades locales de qué hacer con ellos. Esto será asunto de cualquier autoridad rusa que sustituya el régimen comunista. Podemos estar seguros que tal autoridad estará más capacitada que nosotros para juzgar sobre el peligro que los antiguos comunistas puedan representar para la seguridad del nuevo régimen y dispondrá de ellos de manera que no causen daño en el futuro... Debemos recordar siempre que las persecuciones por un Gobierno extranjero crean inevitablemente mártires locales... En suma, *no debemos fijarnos la tarea de realizar con nuestras propias fuerzas en el territorio liberado del comunismo un amplio programa de descomunización y en general debemos dejarlo a consideración de cualquier autoridad local que sustituya al Poder soviético.*”¹

¹ *Containment. Documents...*, pp. 174, 176, 180-181, 190, 189, 196, 197, 201-203.

Así terminaba la directiva 20/1 del CSN (subrayado según el texto del documento) que fue recibida con euforia en la Casa Blanca y puesta en la base de la política estadounidense hacia la Unión Soviética. En muchos aspectos, hasta en la numeración, tenía connotaciones con la directiva N 21 impartida unos ocho años antes por Hitler para el plan “Barbarroja”...

Sin embargo, la cuestión sobre la prioridad del genocidio respecto a los que son considerados enemigos no es tan sencilla. La directiva 20/1 del CSN estaba totalmente de acuerdo con la manera tradicional de los Estados Unidos de llevar a cabo la guerra, manera admirada por el propio Hitler. En una nueva biografía de éste, perteneciente a la pluma del historiador estadounidense John Toland, leemos: “Hitler afirmaba haber tomado sus conceptos de campos de concentración y de la utilidad del genocidio del estudio... de la historia de los Estados Unidos. Admiraba... los campos creados en sus tiempos para los indígenas en el salvaje Oeste. Ante sus allegados alababa a menudo la eficiencia de la técnica norteamericana de eliminación física: por el hambre y la lucha impuesta en condiciones desiguales”.¹ La revista *Newsweek* elogió el libro como “la primera obra que debe leer todo el que se interese por Hitler... Comprende muchas cosas nuevas”, y el autor fue distinguido en los EE.UU. con el premio Pulitzer. ¡Tomaremos nota de estas “cosas nuevas”!

En 1948, los Estados Unidos pusieron rumbo a la agresión contra la Unión Soviética en un futuro inmediato. De acuerdo con las tareas directas de planificar la guerra, el documento descrito debía ser refundido sucintamente como guía para el mando de las Fuerzas Armadas. En esta labor se enfrascaron los miembros del Consejo de Seguridad Nacional: A. Barkley, vicepresidente del CSN; George Marshall, secretario de Estado; James Forrestal, secretario de Defensa; K. Royall, secretario del Ejército; J. Sullivan, secretario de Marina; S. Symington, secretario de Aviación; el contralmirante R. Hillenkoetler, primer director de la CIA; J. Steelman, secretario del Departamento de Recursos Nacionales, y el almirante S. Souers, secretario ejecutivo del Consejo de Seguridad Nacional.²

El imponente grupo de autores trabajó varios meses sobre su

¹ J. Toland. *Adolf Hitler*, N.Y., 1981, p. 702.

² *Dropshot. The United States Plan for War with the Soviet Union in 1957*, N.Y., 1978, p. 36.

propia versión de la directiva 20/1 del CSN reduciendo el texto a un cuarto. La variante final ofrecida a Truman y aprobada por éste el 23 de noviembre de 1948 como directiva 20/4 del CSN reproducía las tesis básicas de la directiva anterior, algo empeoradas por el estilo burocrático de los altos funcionarios. Por supuesto, ni ellos ni todos sus ayudantes juntos poseían el don literario del jefe del Consejo de Planificación de la Política, donde fue formulada la directiva 20/1.

Con elegancia oficinesca, en la directiva 20/4 del CSN se decía: “El peligro más grave para la seguridad de los Estados Unidos en el futuro previsible proviene de los designios hostiles, del enorme poderío de la URSS y de la naturaleza del sistema soviético”. O sea que la sola existencia del régimen soviético es “una grave amenaza”. Así como suena. Más adelante se repetía la directiva 20/1 del CSN, a veces parafraseando algo, pero, en lo fundamental, con la reproducción literal de los lugares claves, y se enumeraban las acciones que ya conocemos para “tiempos de paz” y para la guerra. Es verdad que en comparación con ella se ponía mayor énfasis en la labor subversiva para ambos casos, haciéndose la siguiente conclusión final:

“Si los Estados Unidos aprovechan las posibilidades potenciales de la guerra psicológica y las actividades subversivas, la URSS se encontrará ante el crecimiento del descontento de la oposición ilegal en el área que se encuentre bajo control soviético”.

Por cuanto la directiva 20/4 del CSN era entregada a los ejecutores, a éstos les aseguraron que la guerra tomaría por sorpresa a la URSS, pues “el minucioso análisis de diversos factores indica que el Gobierno soviético no planea en este momento ninguna acción militar calculada para implicar a los EE.UU.”¹

Los mandos militares estadounidenses siguieron las indicaciones de la directiva 20/4 del CSN, que fueron citadas y tenidas en cuenta al elaborar los planes de las operaciones de ataque a la URSS, los cuales abundaron en aquellos tiempos. Los políticos reiteraron a los generales quién era el enemigo, y a ellos, a su vez, sólo les quedó definir los métodos y los medios militares para derrotar a la Unión Soviética; lo cual no debía tardar mucho, porque las directivas 20/1 y 20/4 del CSN partían de que la guerra contra la URSS no estaba lejos.

¹ F.R.: 1948, v. 1, pt. 2, pp. 665-666.

Para 1948 en los Estados Mayores ya se habían elaborado muchos planes de ataque a la Unión Soviética. Participaron tanto la Junta de Jefes de los Estados Mayores como los jefes de los mandos locales. Por ejemplo, Dwight Eisenhower, jefe de las tropas estadounidenses en Europa, legó a su sucesor en este cargo el plan *Totality*, confeccionado ya a finales de 1945. Como es natural, los planes se renovaban, pero la preparación general del cercano ataque a la URSS comenzó después de la aprobación de las analizadas directivas del CSN.

Por indicación de la Junta de Jefes de los EE.MM., hacia mediados del año 1948 fue confeccionado el plan *Charioteer*. La guerra comenzaría “con ataques aéreos masivos empleando bombas atómicas contra centros gubernamentales, políticos y administrativos, conglomerados urbanos industriales y zonas petrolíferas, desde bases situadas en el hemisferio occidental y en el Reino Unido”.

Durante el primer período de la guerra — treinta días— debían ser arrojadas 133 bombas atómicas sobre 70 ciudades soviéticas. Ocho bombas se destinarían a Moscú para la destrucción de unas 40 millas cuadradas y siete a Leningrado, 35 millas cuadradas. En dos años de guerra se calculaba arrojar otras 200 bombas atómicas y 250 mil toneladas de bombas corrientes. El mando de las Fuerzas Aéreas estratégicas suponía que durante o después de esos bombardeos la Unión Soviética capitularía.¹

Para el 1º de septiembre de 1948 se despachó a los EE.MM. de las unidades de las Fuerzas Armadas de los EE.UU. el plan *Fleetwood*, guía para el trazado de planes operativos. Lo mismo en los bosquejos del *Charioteer* como en el plan *Fleetwood* se admitía que después de iniciada la contienda la Unión Soviética podía ocupar toda Europa. Por ejemplo, en el plan *Fleetwood* se señalaba respecto a la región del Mediterráneo:

“Para fines del sexto mes de las operaciones militares, los Soviets pueden ocupar y consolidarse en todo el litoral norte del Mediterráneo, desde los Pirineos hasta Siria, y someter las líneas de comunicación por mar a fuertes ataques aéreos. Además, a los seis meses de empezar la guerra, la URSS podrá ocupar España y some-

¹ *Dropshot...*, p. 6.

ter las comunicaciones a bombardeo de la artillería (por el Estrecho de Gibraltar)".¹

El Comité Conjunto de Información concluyó en una adición al plan *Fleetwood*:

"La URSS en la lucha con los probables enemigos — los EE.UU., Inglaterra y las naciones con ellos aliadas— podrá ocupar áreas claves de Europa y Asia".²

Las perspectivas parecían ser poco agradables para los agresores yanquis, entonces ¿para qué comenzar la guerra, en el primer período de la cual, según los planes, no se pensaba más que en la evacuación de Europa Occidental? El mando de la aviación estratégica proponía cerrar por un tiempo los ojos a todo eso, pues mientras el Ejército Rojo avanzara por Europa y Asia, los golpes atómicos contra el territorio de la Unión Soviética destruirían el elemento fundamental —político— del poderío soviético, que, según el Comité Conjunto de Información decía en el Anexo al plan *Fleetwood*, consistía en lo siguiente:

"1) el valor innato, la firmeza y el patriotismo del pueblo ruso; 2) el mecanismo elaborado y preciso con el que el Kremlin ejerce el control centralizado en la órbita soviética... 3) el atractivo ideológico del comunismo teórico; 4) la evidente habilidad del régimen soviético para movilizar el patriotismo ruso innato en apoyo a esfuerzos de guerra soviéticos; 5) la capacidad del pueblo y del Gobierno para hacer la guerra en circunstancias de extrema desorganización, demostrada en los primeros años de la segunda guerra mundial".³

Pero las bombas atómicas, según los generales yanquis, podían más. Sobre este punto —si la aviación estratégica podría o no quebrantar la voluntad de los rusos— se entabló una polémica en la plana mayor de las Fuerzas Armadas, polémica que transcurría mientras se ultimaban los preparativos para el ataque atómico. El 21 de diciembre de 1948, el comandante en jefe de la Fuerza Aérea expuso ante la Junta de Jefes de los EE.MM. el plan operativo 1-49 de las Fuerzas Aéreas Estratégicas:

"2. La guerra comenzará antes del 1º de abril de 1949.

3. Las bombas atómicas se utilizarán en las proporciones que se-

¹ *Containment. Documents...*, p. 323.

² *Dropshot...*, pp. 9-10.

³ *Ibíd.*, p. 7.

an consideradas factibles y deseables...

32a. Teniendo en cuenta el número de bombas atómicas disponibles, el alcance de la aviación aliada, la precisión de bombardeo, el poder de los bombarderos y el tiempo necesario para determinar sus efectos, como objetivos prioritarios de los golpes aéreos se fijan los principales centros de la Unión Soviética. Su destrucción minará en tal grado los centros industriales y administrativos de la URSS, que el poderío ofensivo y defensivo de las Fuerzas Armadas Soviéticas quedará reducido drásticamente...

b. Los planos de los objetivos y los mapas de navegación para las operaciones contra las primeras 70 ciudades serán distribuidos a las unidades para el 1º de febrero de 1949. Los actuales mapas de navegación en escala 1:1 000 000 son suficientemente precisos para asegurar el vuelo a cualquier punto deseado del territorio de la URSS...

l. A los efectos de la planificación, para los primeros bombardeos atómicos se admiten pérdidas eventuales del 25% del número de los bombarderos utilizados, lo que no estorbará el empleo de toda la reserva de bombas atómicas. En la medida en que vaya influyendo la ofensiva atómica en la defensa antiaérea soviética, las pérdidas de los bombarderos se reducirán. ..

33. De todo lo expuesto se infiere:

Que puede ser lanzada conforme al plan una fuerte ofensiva aérea estratégica contra los elementos claves del potencial militar soviético”.¹

Los generales de las Fuerzas Aéreas eran muy optimistas. Ardían en deseos de subir al aire la aviación estratégica, pero evidentemente no comprendían que no se trataba de si destruían o no las ciudades (los generales respondían a ello afirmativamente), sino de las consecuencias morales que todo eso podía tener para la población y el logro de los objetivos de la guerra en general. Los jefes de otros ejércitos y armas, aparte de la aviación estratégica, consideraban poco reales las pretensiones de los mandos. A comienzos de 1949 se constituyó un comité especial formado por los altos jefes del Ejército, la Marina y la Fuerza Aérea, encabezado por el teniente general H. Harmon, que procuró evaluar las consecuencias políticas del proyectado ataque aéreo a la Unión Soviética. El 11 de mayo de 1949, el comité presentó el informe confidencial *Evaluación del*

¹ *Containment. Documents...*, pp. 357-360.

efecto que puede tener sobre los esfuerzos de guerra soviéticos una ofensiva aérea estratégica.

“Problema:

1. Evaluar el efecto que puede tener sobre los esfuerzos de guerra de la URSS la ofensiva aérea estratégica contemplada en los planes militares actuales, incluyendo la apreciación del efecto psicológico de los bombardeos atómicos sobre la voluntad de los Soviets de sostener la guerra...

3. El plan de la ofensiva aérea estratégica... comprende dos fases:

a. La fase inicial consiste en una serie de ataques principalmente con bombas atómicas contra 70 ciudades (en el presente el mando de la aviación estratégica planea realizar esto en unos 30 días).

b. La segunda fase consiste en continuar el ataque inicial con el empleo de bombas tanto atómicas como convencionales.

Efecto sobre la capacidad industrial:

9. Los daños físicos a las instalaciones, la muerte del personal concentrado en las zonas industriales y otros efectos acumulativos directos o indirectos llevarán a la reducción en un 30 o un 40 por ciento de la capacidad industrial de la URSS, pero ésta no será permanente, sino que será aliviada por las obras de reconstrucción soviéticas o agravada en dependencia de la fuerza y la eficacia de los bombardeos posteriores...

Víctimas entre el personal:

11. La fase inicial de la ofensiva atómica provocará por lo menos 2 700 000 muertos y 4 000 000 de víctimas adicionales dependiendo de la eficacia del sistema soviético de defensa pasiva. Será destruido un gran número de viviendas, complicándose mucho el problema de la vida para los sobrevivientes de los 28 000 000 de habitantes (la población total de las ciudades blancas de los bombardeos atómicos. —N.Ya.).

Efectos psicológicos:

12. La ofensiva atómica de por sí no provocará la capitulación, no destruirá las raíces del comunismo ni debilitará críticamente el poder de la dirección soviética.

13. Para la mayor parte del pueblo soviético los bombardeos atómicos confirmarán la propaganda soviética contra las potencias extranjeras, estimularán su resentimiento contra los Estados Unidos, unirán a este pueblo e incrementarán su voluntad de luchar. Entre una minoría indeterminable, los bombardeos atómicos pueden esti-

mular la disidencia¹ y la esperanza de liberarse de la opresión. Si ante los disidentes no se abren posibilidades mucho más favorables, estos elementos no ejercerán efecto alguno apreciable sobre los esfuerzos de guerra soviéticos.

Deducción general:

18. ... Desde el punto de vista de nuestra seguridad nacional, las ventajas del uso inmediato del arma atómica deben estar por encima de todo. Deben ser emprendidos todos los esfuerzos razonables con tal de preparar los medios para llevar rápida y eficazmente el máximo número de bombas atómicas a los objetivos planificados.”²

En todo caso, en vísperas de la guerra los generales deben pensar en victorias y no en derrotas, de ahí el optimismo que matiza el informe del Comité Harmon. Pero si se mira con mayor atención, se percibe evidentemente una honda preocupación por los designios demenciales de derrotar a la Unión Soviética principalmente si no exclusivamente por medio de bombardeos atómicos. Incluso si todo se desarrolla según el plan —como promete el mando de las fuerzas aéreas— y matan durante el primer mes a 6,7 millones de soviéticos, la moral de los rusos no será minada y la voluntad de luchar sólo crecerá. Harmon y sus colegas no miraron más allá del primer mes de la guerra y suponemos que premeditadamente: a buen seguro les aterroriza pensar qué sucedería después del prólogo atómico. El arma, y, en particular, sólo el arma atómica, no resolverá los problemas políticos. Naturalmente, tal como corresponde a militares, llamaron a completar los arsenales, especialmente de los medios de transporte, etc.

Las cuentas y los cálculos del comité Harmon (seguramente hubo también otros de la misma índole) no permitieron a los atomistas traspasar el límite fatal, pero el siniestro rumbo a la guerra contra la URSS quedó intacto. En abril de 1949 se amalgamó el agresivo Pacto del Atlántico Norte. A lo largo de las fronteras de los países socialistas se construían y habilitaban nuevas bases militares. Los EE.UU. aceleraban el mecanismo de la industria de guerra. Los máximos dirigentes estadounidenses, cuya mentalidad se militarizaba sin cesar, confiaban en lograr una aplastante superioridad militar

¹ En este texto aparece por primera vez en documentos oficiales estadounidenses el concepto “disidente”.

² *Ibíd.*, pp. 361-364.

sobre la URSS, capaz de reducir al mínimo la importancia de los factores políticos descritos. El procedimiento es sencillo: exterminar físicamente a todos los soviéticos. Así se imaginaba el asunto el general Curtis Le May, comandante de las Fuerzas Aéreas de los EE.UU. en Europa. Habló con desdén entonces de la confección de los diversos planes de guerra contra la URSS: no hacían la menor falta cuando los EE.UU. poseían los medios para simplemente “despoblar vastas dimensiones de la superficie terrestre, dejando sólo vestigios de la actividad material del hombre”.¹ Sujetos como Le May estaban seguros de disponer de tiempo. En Occidente pensaban que pasarían muchos años antes de que la URSS tuviera el arma atómica. Pero...

El 3 de septiembre de 1949 un bombardero estadounidense B 29 en misión de patrulla sobre la parte septentrional del Pacífico detectó en unas de las pruebas de aire una radiactividad superior a la normal. Al cabo de una semana de verificaciones se disiparon todas las dudas: la Unión Soviética había probado la bomba atómica. La Comisión de energía atómica estadounidense, que un año antes había creado el “programa de detección lejana” —observación dosimétrica continua de la atmósfera— estaba satisfecha: en la apreciación de la ciencia soviética acertaron los científicos y no los militares, especialmente los de las Fuerzas Aéreas...² Aquella fue una proeza de los científicos e ingenieros soviéticos que pusieron fin al monopolio yanqui del arma atómica. Nuestros sacrificios materiales no habían sido en vano, el país ya tenía también un escudo atómico para defenderse.

El 25 de septiembre de 1949 TASS comunicó: “La Unión Soviética descubrió los secretos del arma atómica ya en 1947. En lo que se refiere a los temores que con este motivo propagan determinados círculos extranjeros, carecen de fundamento. Cabe señalar que a pesar de que dispone de armas atómicas, el Gobierno soviético se mantiene y se mantendrá en su anterior posición de prohibir incondicionalmente el empleo del arma atómica”.

La respuesta de Washington fue considerar con urgencia la posibilidad de desencadenar una guerra preventiva.

¹ *Dropshot...*, p. 5.

² R. Hewlett, F. Dunne. *A History of the United States Atomic Energy Commission*. V. II. 1947/1952. Atomic Shield. Washington, 1972, pp. 362-369.

“Pero la guerra preventiva no se desencadenó —consta el investigador estadounidense A. Brown—. Aparte de otras cosas, los Estados Unidos no podrían haber vencido en tal guerra en 1949-1950. En aquel tiempo la aviación estratégica *no era capaz* de asestar a Rusia un solo golpe irreparable”.¹

Brown analiza las causas de ello en su libro *Dropshot. El plan estadounidense de guerra atómica contra la URSS en 1957* (1978). A fines de 1949 los EE.UU. tenían 840 bombarderos estratégicos en acción y 1 350 en reserva, y más de 300 bombas atómicas. Sólo desde las bases en las Islas Británicas se podía alcanzar Moscú, Leningrado y otros objetivos en la parte europea de la URSS. En los planes se fijó como día de comienzo de la guerra el 1º de enero de 1950. En los primeros tres meses debían ser arrojadas unas 300 bombas atómicas y 20 000 toneladas de bombas ordinarias sobre cien ciudades soviéticas, para lo cual se calculaban necesarios 6 mil vuelos. Todo esto se denominaba el plan Troyano. La Junta de Jefes de los EE.MM. ordenó comprobar mediante ejercicios de los Estados Mayores las probabilidades de poner fuera de combate nueve zonas estratégicas: Moscú — Leningrado, los Urales, los objetivos próximos al mar Negro, el Cáucaso, Arjánguelsk, Tashkent — Alma-Atá, el Baikal y Vladivostok. Tomemos como botón de muestra los cálculos de las operaciones contra la zona del mar Negro de 233 bombarderos B 29 y B 50 (32 con bombas atómicas y los demás para neutralizar la defensa antiaérea y crear interferencias a los radares). Debían arrojar sobre los objetivos 24 bombas atómicas (tres bombas se pierden en aviones derribados, dos no llegan a lanzarse, tres no dan en el blanco). Las pérdidas suponen 35 aviones abatidos por cazas, más 2 por la artillería antiaérea, más 5 por otras causas y más un número indefinido de aparatos que sufren averías irreparables.

En total, un 70 % de impactos y la pérdida del 55 % de los bombarderos. ¿Podrían las tripulaciones seguir cumpliendo sus tareas con semejantes pérdidas? Durante la segunda guerra mundial sufrió las mayores bajas el grupo de 97 aviones que bombardearon Nuremberg la noche del 30 al 31 de marzo de 1944. No volvieron a sus bases 20 aviones, o sea, el 20,6 %. Después de ello, entre el personal de vuelo en las bases de Inglaterra comenzó a fermentar la desobediencia. Y en el caso del plan, las pérdidas ascienden al 55 %. Por

¹ *Dropshot...*, p. 20.

varias razones técnicas, el ataque aéreo a la URSS no podía ser fulminante, los bombardeos atómicos de Moscú y Leningrado se efectuarían solamente el noveno día de hostilidades. Por otra parte, los cálculos más optimistas indicaban que las bases en las Islas Británicas serían puestas fuera de combate por las Fuerzas Aéreas de la URSS, ya con utilización de bombas atómicas, lo más tarde al cabo de dos meses. Eso con seguridad, pero podía ser que aún antes. ¿Cuándo precisamente? Se puso en claro que después de ocasionar un enorme daño a las ciudades de la URSS, la aviación estratégica de los EE.UU. quedaría fuera de juego, sin aviones ni bases suficientes y con el sistema logístico en total desorden. Entre tanto, los ejércitos soviéticos alcanzarían para entonces las costas del Atlántico y del Índico. En los planes estadounidenses de la guerra contra la URSS se daba por axioma la pérdida de Europa, el Medio Oriente y el Extremo Oriente, ya en los primeros meses.

El mayor general Anderson, jefe de la dirección operativa del Estado Mayor del Aire, informó el 11 de abril de 1950 al secretario de Aviación, Symington: “La Fuerza Aérea no puede a) completar enteramente la ofensiva aérea según el plan Troyano y b) asegurar la defensa aérea de los Estados Unidos y Alaska”.¹

La cuestión de la guerra preventiva contra la URSS en 1950 fue retirada en vista de su impracticabilidad militar. Debido a que se puso en claro que los Estados Unidos no disponían de fuerzas suficientes para derrotar a la Unión Soviética, la agresión fue transferida a un plano de preparación de la guerra por parte de una coalición de países. Para eso se requería tiempo. Se fijó la fecha de comienzo de operaciones militares: el 1º de enero de 1957.

Por indicación del Gobierno, la Junta de Jefes de los EE.MM. proyectó a partir de 1949 un plan de guerra cifrado *Dropshot*; en aras del secreto se le dio intencionadamente un nombre sin sentido. Suponíase que junto a los EE.UU. actuarían todos sus aliados de la OTAN. Irlanda, España, Suiza, Suecia, Egipto, Siria, Libia, Irak, Arabia Saudita, Yemen, Israel, Irán, la India y Paquistán “procurarán mantenerse neutrales, pero se unirán a los aliados si son agredidos o expuestos a una grave amenaza”. Como es natural, muchos países no pertenecientes al bloque atlántico no sospechaban que habían sido incluidos en el plan *Dropshot*.

¹ Ibíd., p. 28.

La “concepción estratégica general” del plan se presentaba así: “En cooperación con los aliados se impondrán nuestros objetivos de guerra a la Unión Soviética, destruyendo su voluntad y su capacidad de resistencia mediante la ofensiva estratégica en Eurasia Occidental y la defensa estratégica en el Extremo Oriente.

Inicialmente: defender el hemisferio occidental; lanzar una ofensiva aérea; iniciar la contención discriminatoria del poderío soviético dentro del área general. Polo Norte — mar de Groenlandia — mar de Noruega — mar del Norte — Rin — Alpes — río Piave — mar Adriático — Creta — noreste de Turquía — valle del Tigris — golfo Pérsico — Himalaya — Sudeste de Asia — mar Meridional de China — mar Oriental de China — mar del Japón — estrecho de Bering — Polo Norte; mantener y controlar las zonas estratégicas, las bases y las comunicaciones principales; efectuar la guerra psicológica, económica y subversiva, sometiendo a una implacable presión las defensas y empleando todos los medios para agotar al máximo los recursos militares soviéticos.

Consiguientemente: lanzar contra la URSS operaciones ofensivas coordinadas de todas las Armas”.¹

En la etapa inicial de la guerra, se planeaba arrojar sobre la Unión Soviética más de 300 bombas atómicas, 250 000 toneladas de explosivos convencionales y destruir así hasta el 85 % de la industria soviética. Fueron concretadas las tareas para aplastar la defensa antiaérea soviética y las fuerzas terrestres, navales y aéreas de la URSS. En la segunda etapa proseguiría la ofensiva por aire, y se prepararían para entrar en acción las fuerzas terrestres de la OTAN, 164 divisiones, de ellas 69 estadounidenses. Se establecería el control de las comunicaciones marítimas y oceánicas, etc. En la tercera etapa pasarían a la ofensiva 114 divisiones de la OTAN en el sector oeste y 50 en el sur (desembarcos en la costa noroeste del mar Negro), aniquilando a las Fuerzas Armadas Soviéticas de Europa Central. Estas acciones, más los incesantes bombardeos a las ciudades soviéticas, obligarían a la URSS y a sus aliados a capitular. En la guerra contra la URSS participarían hasta 250 divisiones: 6,25 millones de efectivos. En la aviación, la Marina, la defensa antiaérea, las unidades de servicio, etc., unos 8 millones de hombres más. En total para llevar a cabo el plan *Dropshot* estaba previsto emplear

¹ Ibíd., pp. 45, 47.

fuerzas armadas con veinte millones de efectivos.¹

La cuarta y última etapa es descrita en el plan *Dropshot* con verdadera fruición: “A fin de cumplir nuestros objetivos nacionales, los aliados deben ocupar” la Unión Soviética y otros países socialistas de Europa. Las necesidades totales en tropas de ocupación se fijaban en 38 divisiones, o aproximadamente un millón de hombres de las fuerzas terrestres. De ellas, 23 divisiones cumplirían misiones de ocupación en la Unión Soviética. El territorio de nuestro país se dividía en cuatro “regiones de responsabilidad”, o zonas de ocupación: Parte occidental de la URSS; Cáucaso — Ucrania; Urales — Siberia Occidental — Turkestán; Siberia Oriental — Transbaikal — Primorie. Las regiones se dividían en 22 “subregiones de responsabilidad”. Se designaron las ciudades para el acantonamiento de las tropas de ocupación: dos divisiones en Moscú y a razón de una división en Leningrado, Minsk, Múrmansk, Gorki, Kúibishev, Kíev, Járkov, Odesa, Sebastopol, Rostov, Novorossisk, Batumi, Bakú, Sverdlovsk, Cheliabinsk, Tashkent, Omsk, Novosibirsk, Jabárovsk y Vladivostok.

En la URSS estarían dislocados cuatro de los cinco ejércitos aéreos destinados a ocupar todos los países socialistas. Cada ejército se compondría de cinco o seis grupos de combate, un grupo de transporte y otro de asalto. Una fuerza operacional de portaviones se destacaba al Báltico y otra al mar Negro. Se recalcaba especialmente que la alta proporción de la aviación en las tropas de ocupación debía dar a los soviéticos “una demostración palpable del poder de los aliados”. Teniendo en cuenta que los ocupantes tendrían que desempeñar funciones represivas, el plan *Dropshot* preveía todo tipo de transporte adicional para las tropas, asegurando así su alta movilidad.²

Tanto en los planes de agresión anteriores, como en el plan *Dropshot*, la guerra contra la Unión Soviética y la ocupación tenían un acentuado carácter de clase. La guerra se justificaba por “la grave amenaza a la seguridad de los Estados Unidos que... representaba la naturaleza del sistema soviético...”

Nunca antes en la historia la intención y los objetivos estratégicos de un agresor se habían definido con tanta claridad. En cien-

¹ Ibíd., p. 241.

² Ibíd., pp. 243-245.

tos de años la victoria del proletariado sobre la burguesía en la lucha de clases se identifica como el medio con el que el comunismo dominará en el mundo”.¹

Dropshot marcó un viraje en los planes militares de los EE.UU. en el sentido de que, a diferencia de los planes anteriores, que contaban con la agresión por medios puramente militares, en esta guerra contra la Unión Soviética se dedicaba atención al empleo de los aliados de clase al otro lado del frente, es decir, a los “disidentes”. El término se incluyó en los planes de la guerra. Claro que los programadores en los Estados Mayores no se hacían ilusiones respecto a la fuerza de tales “disidentes”:

“Será más difícil aplicar los métodos de la guerra psicológica al pueblo de la URSS que al pueblo de los Estados Unidos.

“La guerra psicológica es un importantísimo medio de promover la disensión y la defección en el pueblo soviético, minar su moral y sembrar la confusión y la desorganización en el país...

“Una de las más importantes tareas de los Estados Unidos es desplegar una amplia guerra psicológica. Su propósito fundamental es destruir el apoyo de los pueblos de la URSS y los países satélites a su actual sistema de gobierno y la divulgación entre los pueblos de la URSS de la conciencia de que el derrocamiento del Politburó se encuentra dentro de las posibilidades reales...

Cabe esperar resistencia eficaz o motines sólo cuando los aliados occidentales puedan dar apoyo material, dirigir y asegurar a los disidentes que la liberación está próxima. . .”²

En realidad, estos razonamientos eran una perífrasis de los estudios especiales estadounidenses de aquellos tiempos en torno a las causas del fracaso de la agresión de la Alemania hitleriana contra la Unión Soviética. Los teóricos estadounidenses estimaban que en 1941-1945 Berlín perdió de vista los aspectos políticos formulados por Karl Von Clausewitz, a saber: “Rusia no es un país que pueda ser conquistado, es decir, ocupado realmente... Un país como éste puede ser vencido sólo por la debilidad propia y la acción de las discordias internas”.³ Los estrategas yanquis se propusieron reparar las faltas de los dirigentes del Reich.

¹ *Ibíd.*, pp. 42, 73.

² *Ibíd.*, pp. 60, 74-75, 62.

³ K. von Clausewitz. *Vom Kriege*, Berlín, 1957, SS. 756-757.

Además, los autores del plan *Dropshot* introdujeron en él disposiciones de la directiva 59 del CSN aprobada por Truman el 14 de septiembre de 1949: *Política de los EE.UU. respecto a los satélites soviéticos en Europa Oriental*. Mantenían la ilusión de que las desviaciones nacionalistas “debilitarían seriamente el bloque soviético. Los Estados Unidos debían aprovechar esta debilidad creando — para emplear como cuña y minar el prestigio soviético— un grupo de naciones comunistas contramoscovitas”.¹ ¿Cómo se realizaría todo esto? Los militares autores del plan *Dropshot* no tenían respuesta, pero en la directiva 50 del CSN, publicada en 1978 con grandes cortes, se afirmaba:

“Nuestro último propósito es, naturalmente, la aparición en Europa Oriental de Gobiernos no totalitarios que deseen ubicarse y participar en la comunidad del mundo libre, pero consideraciones tácticas muy serias impiden plantear este propósito como objetivo inmediato... Para nosotros el curso inmediato prácticamente realizable es ayudar al proceso herético de desprendimiento de los satélites. Por muy débiles que parezcan, ya existen premisas para el cisma herético. Podemos coadyuvar a esta escisión sin contraer por ello ninguna responsabilidad. Y cuando se produzca la ruptura final, no estaremos envueltos directamente en el reto a la autoridad soviética, la querella se desarrollará entre el Kremlin y la Reforma Comunista”.

En la directiva 58 del CSN se enfatizaba que, al aplicar esta política, los Estados Unidos debían borrar por todos los medios las huellas:

“La ofensiva debe mantenerse no sólo en un plano abierto, sino también de forma encubierta... El rumbo a la estimulación del cisma en el mundo comunista debe sostenerse con prudencia, pues este rumbo no es más que una necesidad táctica y no debe oscurecer nuestro objetivo básico y de largo alcance: la creación de un sistema no totalitario en Europa Oriental. La tarea consiste en facilitar el desarrollo del comunismo herético, sin causar al mismo tiempo un grave perjuicio a nuestras posibilidades de remplazar este totalitarismo intermedio por regímenes tolerantes pertenecientes al mundo libre. Debemos incrementar al máximo la ayuda posible a los líderes

¹ *Dropshot...*, p. 20.

y los grupos pro occidentales en estos países”.¹

Pero... siempre callarse la boca, aleccionaba constantemente George Kennan tras las puertas cerradas de los departamentos gubernamentales de Washington. “No tenemos por qué hacer contribuciones gratuitas a la propaganda soviética asumiendo la responsabilidad por el proceso de desintegración en los países comunistas” —decía en aquel tiempo Kennan en una conferencia secreta en el Pentágono.²

La guerra psicológica ocupaba el siguiente lugar en la concepción estratégica general del plan *Dropshot*:

“Análisis: El comienzo o la intensificación de la guerra psicológica, económica y clandestina dirigida a grupos o países amigos y enemigos aumentará grandemente las probabilidades de terminación rápida y exitosa de la guerra, puesto que ayudará a quebrantar la voluntad de lucha del enemigo, sostener la moral de grupos amigos en territorio enemigo, mejorar la moral de los países amigos y la actitud de los neutrales hacia los aliados.

“Este tipo de guerra puede aplicarse también en tiempo de paz contra los Soviets y las naciones amigas, pero debe ser reforzada fuertemente después de comenzar la guerra, explotando al máximo los efectos psicológicos de la ofensiva aérea estratégica. Requerirá la participación de todos los tipos de fuerzas armadas para prestar asistencia en su realización a otras agencias...

Tarea: Lograr la integración de la guerra psicológica, económica y clandestina con los planes de las operaciones militares.”³

El plan *Dropshot* terminaba con un vistazo al futuro: después de la derrota de la URSS y sus aliados en Europa, llegaría el turno al Extremo Oriente, donde los EE.UU., en el curso de la guerra contra la Unión Soviética, mantenía una defensa estratégica. Dice así:

“Consideramos que China comunista y otras regiones del Sudeste de Asia controladas por los comunistas nativos, a diferencia de Corea y los satélites europeos, no caerán bajo la completa dominación de los Soviets y en caso de una rápida capitulación de la URSS, tampoco capitularán necesariamente. Por consiguiente, la introducción de las tropas aliadas de ocupación en estas áreas antes de capi-

¹ *Containment: Documents ...*, pp. 219, 220, 221, 222.

² J. Gaddis. *Strategy of Containment*. N.Y., p. 47.

³ *Dropshot ...*, p. 242.

tular la URSS, puede resultar tanto irrealizable como indeseable, por cuanto para vencer la oposición se necesitará sostener una verdadera guerra. En consecuencia, la decisión sobre las acciones apropiadas en estas áreas se tomará teniéndose en cuenta la situación creada después de la capitulación de la URSS. Es necesario comprender que la realización de los objetivos nacionales de los EE.UU. exigirá una gran ofensiva en el Extremo Oriente y Asia Sudoriental tras la capitulación de la URSS”.¹

Si consideramos que, según el plan *Dropshot*, con los EE.UU. debían alinearse, de grado o por la fuerza, no sólo los países de la OTAN, sino también varios países de Asia y el Medio Oriente, en tanto América Latina y África harían el papel de reserva y fuente de materias primas, resulta que las operaciones en el Lejano Oriente y en el Sudeste de Asia cerraban la cuenta: Washington tenía la intención de eliminar por las armas el socialismo. Ello significaba al mismo tiempo el cumplimiento del sueño de la oligarquía yanqui: establecer la hegemonía mundial de los Estados Unidos. Si se necesitaran pruebas oficiales provenientes de la élite gobernante de los EE.UU., ahí están: ¡el plan *Dropshot*!

¿Por qué se dejó que algunos investigadores accedieran al *Dropshot*? A. Brown, que lo sacó a luz en 1978 en un libro con sus comentarios, escribe:

“*Dropshot*, el plan estadounidense de guerra mundial contra la Unión Soviética, fue elaborado en 1949 por una comisión de la Junta de Jefes de los EE.MM. con la autorización y el conocimiento del presidente Truman... Después de todo, la geografía militar no cambia, y el armamento convencional cambia sólo por el grado de su poder destructivo. Los campos de batalla de 1949 a 1957 pueden muy bien convertirse en los campos de batalla de la guerra futura.

Estas consideraciones evidentes conducen a plantear la cuestión más importante: ¿no era una tontería dar a la publicidad el plan *Dropshot*? He reflexionado mucho sobre este asunto y deduje que la publicación de este documento fue, ciertamente, una tontería. Habría sido necesario quemarlo, enterrarlo, guardarlo en la caja fuerte más inviolable, pues no hace a los EE.UU. más atractivos a los ojos de Rusia. *Dropshot* no era solamente el plan de atomización de Rusia; preveía la ocupación de un extenso continente por ejércitos estadou-

¹ Ibíd., pp. 243-244.

nidenses y la extirpación de las raíces del bolchevismo. Obviamente, en nuestros tiempos críticos —la guerra fría ha cesado, aunque sea temporalmente, pero sigue con intensidad la guerra política e ideológica—, los rusos dirán que *Dropshot* constituye una prueba de la persistente belicosidad estadounidense hacia Rusia y, por lo tanto, Rusia deberá incrementar sus fuerzas armadas.

¿Por qué, entonces, se publicó el plan *Dropshot*? Ninguna ley obligaba a la Junta de Jefes de los EE.MM. a hacerlo... El documento y los materiales anexos muestran que (1) los EE.UU. podrían haber perdido la tercera guerra mundial; (2) Rusia seguramente ocuparía Europa Occidental en 20 días; (3) el mando de la Fuerza Aérea de los EE.UU. estimaba que Rusia lograría en 60 días poner fuera de combate a Inglaterra, principal aliada de los EE.UU. y con bases de primera importancia para el lanzamiento de los golpes atómicos; (4) los ataques atómicos rusos combinados con las guerrillas comunistas en los EE.UU. quebrantarían gravemente nuestra capacidad y voluntad de conducir la guerra; (5) los EE.UU. no podrían defender sus ciudades; (6) se necesitarían al menos dos años para colocar la industria y las Fuerzas Armadas de los EE.UU. a un nivel que permitiese el retorno militar a Europa; (7) los EE.UU. pretendían ocupar Rusia con el riesgo de provocar una interminable guerra de guerrillas en ese país...

A mi parecer, la Junta de Jefes de E. M. decidió revelar el plan sin ningún motivo especial. El hecho es sencillo: se consideró que el plan es anticuado. Con los armamentos modernos nos aproximamos al día del Juicio Final y por eso el plan *Dropshot* carece de importancia”.¹

En el razonamiento de Brown hay parte de verdad, pero sólo una pequeña parte. La publicación del plan y de otros documentos similares obedece a motivos complejos. En cuanto a la “antigüedad” y los designios criminales, como los plasmados en el plan *Dropshot*, el sentido común se revela sólo con la idea que a ellos pueda ser aplicado el plazo de prescripción. Cabe afirmar con seguridad que la publicación es un modo de justificación: se quiere demostrar “a posteriori” que Washington nunca fue “blando” con el comunismo, tesis cara a los militaristas resentidos porque no se descargó entonces el golpe atómico a la Unión Soviética. Creen que el éxito era seguro.

¹ *Ibíd.*, pp. 1-2.

El general Le May, ascendido a jefe del E. M. de las Fuerzas Aéreas bajo la presidencia de Kennedy, publicó en 1968 su libro *Norteamérica en peligro*, en el que, refiriéndose a los últimos años cuarenta y los primeros cincuenta, repetía: “Podríamos destruir por completo a Rusia sin lastimarnos siquiera las manos”.¹ El plan *Dropshot*, ahora develado, lleva a desvalorizar toda la sabiduría del general.

Así y todo, quienes dieron el visto bueno a la puesta en circulación de los documentos mencionados piensan más en el futuro que en el pasado. A los estadounidenses se les ha referido inteligiblemente y se les ha mostrado con claridad las consecuencias desastrosas que acarrearía una gran guerra contra la Unión Soviética incluso cuando no existía todavía el arma termonuclear, y los misiles intercontinentales no habían despegado aún de las mesas de los proyectistas... Indirecta y a veces directamente se insinúa que con la presente correlación de fuerzas entre la URSS y los EE.UU. el choque armado sería mortal también para los Estados Unidos. Los decenios de la carrera de armamentos, que sustrajeron a los estadounidenses sumas fabulosas, no han dado a Washington la superioridad que desea en el terreno militar. No se ha logrado romper el equilibrio de fuerzas entre el capitalismo y el socialismo, alcanzado, en lo fundamental, por el pueblo soviético en los años 1941-1945. Lo debemos a los soldados de la Gran Guerra Patria, héroes de la lucha a muerte contra las potencias del “eje” nazifascista, a aquellos que demostraron cuánto puede hacer un pueblo que defiende su propio poder.

Llegamos a lo principal: las señales del peligro de una guerra contra la URSS se invocan como prueba de la racionalidad suprema de los intentos de derrotarnos por otros medios, sin traspasar la frontera de la hecatombe nuclear. O, en poquísimas palabras, por la subversión en el sentido más amplio del término. A los militares les señalaron que debían ocuparse de su *Dropshot*, mientras los más altos dirigentes estadounidenses procedían a considerar toda la estrategia de los EE.UU. respecto a la URSS ateniéndose a que nosotros teníamos el arma atómica y nacía la era termonuclear. En 1950 el Consejo de Seguridad Nacional de los EE.UU. elaboró la directiva 68, llamada a sustituir la 20/4 del CSN.

¹ Cit. de: L. Chester, G. Hodgson, B. Page. *An American Melodrama*, N.Y., 1969, p. 695.

Sustituir... Sería, quizás, demasiado decir. Se trataba más bien de cambiar los acentos. En el nuevo documento, muy largo, que superaba casi en el doble al volumen de la directiva 20/4, las descripciones objetivas de la política estadounidense se revalidaban totalmente. Los autores del proyecto —el mismo Consejo de Planificación de la Política del Departamento de Estado que en lugar de G. Kennan dirigía Paul Nitze— citaban profusamente la directiva 20/4, pero impregnaron el documento de un contenido alarmista o, mejor, de pánico. Escribían: “Se ha intensificado altamente la amenaza soviética a la seguridad de los Estados Unidos. Reviste el mismo carácter descrito en la directiva 20/4 del CSN, aprobada por el presidente el 24 de noviembre de 1948, pero es mucho más inmediata de lo que antes se presumía. La República y sus ciudadanos corren un enorme peligro en el cénit de su poder. Es una cuestión de vida o muerte no sólo para esta República, sino para toda la civilización”.

La directiva 68 del CSN empezaba pasando amplia revista a los cambios que habían sacudido el mundo en los precedentes 35 años: desaparecieron cinco imperios —el otomano, el austro húngaro, el alemán, el italiano, y el japonés—; la correlación mundial de fuerzas adquirió trazos completamente nuevos en la vida de una sola generación. Quedaron sólo dos potencias, “los EE.UU. y la URSS, dos centros hacia los cuales gravita de modo creciente el poder”. Se confirmaba, aunque no siempre con precisión, la paridad militar entre los dos países, o sea, la conclusión a que había llegado entre 1943 y 1944 la Junta de Jefes de los EE.MM.

Pero claro, eso no lo podían consentir. Comparaban en detalle las capacidades económicas de los EE.UU. y la URSS, y concluían que los Estados Unidos debían multiplicar varias veces los gastos militares. Eso se hizo, como es sabido, tras la aprobación de la directiva 68 del CSN. Al final de la presidencia de Truman los gastos militares anuales de los EE.UU. sobrepasaron los 50 000 millones de dólares, superando en más del triple las asignaciones de fines de los años cuarenta. ¿Existe un tope para el incremento de los gastos militares en un amplio sentido? La directiva 68 del CSN decía: “En caso de emergencia, los EE.UU. pueden asignar a estos fines hasta el 50 % del producto nacional bruto, como se hizo en la pasada guerra”. El PNB de los EE.UU. en 1949 equivalía a 225 000 millones de dóla-

res. Tras estos razonamientos, trasluce la intención principal de Washington: incrementar los gastos militares para arrastrar a la Unión Soviética a la carrera de armamentos y arruinarla sin recurrir, por el momento, a las armas.

La Unión Soviética daba cada vez nuevas pruebas de su apego a la causa de la paz. Quienes exacerbaban la histeria belicista, no podían desconocer que después de elaborar el arma atómica, Moscú había confirmado con fuerza renovada su posición: la bomba atómica debe ser prohibida. ¿Qué hacer? En la directiva 68 del CSN se afirmaba: “Nos proponen que anunciemos que no vamos a utilizar las armas atómicas salvo en respuesta al previo empleo de estas armas por un agresor... Si no estamos dispuestos a abandonar nuestros objetivos, no podemos hacer tal declaración de buena fe mientras no estemos seguros de que podremos alcanzarlos sin guerra, o, en caso de guerra, sin recurrir al uso de las armas atómicas con fines estratégicos o tácticos”. Ninguna esperanza. Los atomomaniacos estaban obsesionados, analizaban y sopesaban detallada y meticulosamente las ventajas del ataque a la URSS.

Pero desgraciadamente para ellos "La capacidad de los EE.UU. de desarrollar operaciones ofensivas eficaces se limita al ataque con armas atómicas. Podríamos lanzarlo a la URSS, pero se estima que esta operación sola no bastaría para obligar al Kremlin a capitular, de suerte que el Kremlin todavía podría utilizar sus fuerzas para establecer su dominio sobre la mayor parte de Eurasia". Pero sí había, en verdad, un atisbo de esperanza: “Si los EE.UU. crean el arma termónuclear antes que la Unión Soviética, durante cierto tiempo podrán ejercer creciente presión sobre la URSS”. Surgía, sin embargo, otro problema: “Si comienza la guerra, ¿cuál será el papel de la fuerza? Si no la empleamos para mostrar al pueblo ruso que nuestros esfuerzos están dirigidos contra el régimen y su poder agresivo, y no contra sus intereses, uniremos al régimen y al pueblo en una lucha hasta la última gota de sangre”. Ciertamente, ni la bomba atómica ni mucho menos la de nitrógeno podían trazar tan sutil diferencia, sin hablar ya de lo principal: de que la guerra contra la URSS, como vemos, no aseguraba la victoria de los Estados Unidos.

La directiva 68 del CSN indicaba la salida del atolladero; por un lado, multiplicar los preparativos bélicos de los EE.UU. y sus aliados; y por otro, “estimular los gérmenes de la destrucción dentro del sistema soviético hasta inducir al Kremlin, al menos, a cambiar su

política... Ahora bien, sin un poder militar superior fácilmente movilizable, la política de 'contención', que en realidad es una política de coerción calculada y gradual, no será más que una fanfarronada”.

En consecuencia:

“Debemos sostener una gran guerra psicológica abierta, tendiendo a estimular el abandono en masa de la fidelidad a los Soviets y frustrar los designios del Kremlin en otros aspectos, intensificar las medidas y las operaciones positivas y oportunas por medios ocultos en el campo de la guerra económica, política y psicológica con miras a estimular y promover desórdenes y revueltas en determinados países satélites estratégicos”.

Estas acciones apuntaban, según la directiva 68 del CSN, a las siguientes metas:

“Los objetivos de la sociedad libre son determinados por sus valores básicos y la necesidad de mantener el medio material en que florecen...

“1. Tenemos que ser fuertes tanto al afirmar nuestros valores en la conducción de nuestra vida nacional como en el desenvolvimiento de nuestro poder militar y económico.

2. Debemos dirigir la construcción de un sistema político y económico eficiente en el mundo libre...

3. Pero nuestra política y actuación, además de afirmar nuestros valores, debe provocar un cambio fundamental en la naturaleza del sistema soviético, y como primero y más importante paso en ese sentido, debe frustrar los designios del Kremlin. Obviamente el cambio será más eficaz y de menor costo si es en máximo grado fruto de la acción de fuerzas internas de la sociedad soviética...

La victoria segura significará la frustración de los designios del Kremlin por medio del desarrollo gradual de la fuerza moral y material del mundo libre y su proyección en el mundo soviético con la consiguiente realización de cambios internos dentro del sistema soviético”.¹

El 7 de abril de 1950, la directiva 68 del CSN fue presentada al presidente Truman. Inmediatamente se le dio curso. Oficialmente, la directiva de Truman fue aprobada el 30 de septiembre de 1950. La directiva 68 del CSN sirvió hasta en su último punto como fundamento de la política de los EE.UU. respecto a la URSS durante mu-

¹ F.R.: 1950, v. I, pp. 237-292.

chos años, y sus conceptos básicos todavía están en vigor.

El pensamiento político en Washington respecto a la Unión Soviética giraba más o menos dentro de un círculo de ideas preestablecidas. Ocurrían también casos curiosos como éste: el 11 de julio de 1952, Hubert Humphrey, a la sazón senador novato, posiblemente no iniciado aún en los altos secretos de Estado, dirigió una carta a Truman planteando un problema que “estaba íntimamente relacionado con sus intereses primordiales... Perdóneme, pero yo intervengo en estos asuntos guiado por consideraciones de la mayor significación nacional”. Tras la lisonjera introducción, Humphrey expresaba su preocupación: cómo organizar mejor la ocupación de la Unión Soviética. Al señalar que la guerra con la URSS era “posible”, el senador rogaba al presidente:

“Estoy seguro de no trascender los marcos de los posibles acontecimientos, al proponer que nuestros militares contemplen del modo más activo, varias opciones que, en fin de cuentas, se plantearán ante nosotros después de la guerra y la victoria. Esto conducirá necesariamente a la conclusión de que debemos evaluar la experiencia de nuestros esfuerzos en Alemania y Japón tras el cese de las hostilidades.

Creo, señor Presidente, que usted con su agudo interés por la historia, sentirá particular interés hacia nuestra política de ocupación en estos países. A mi parecer, para un historiador de la cultura no puede haber nada más interesante que un análisis minucioso y objetivo de nuestros más nuevos esfuerzos fundamentales de ejercer una decisiva influencia sobre la cultura de otro pueblo por medio de la intervención directa en los procesos a través de los cuales se manifiesta dicha cultura”.¹

Este documento, guardado en el archivo de Harry S. Truman, sirvió, seguramente, para la perfecta reputación del joven senador a los ojos de los altos dirigentes de su país. Por la carta del preocupado Humphrey no se puede juzgar acerca de las medidas que fueron tomadas, pero cabe suponer que los altos funcionarios se congratularon por lo bien que se guardan los secretos de Estado en los EE.UU. El senador pensaba en la intervención en la “cultura”, que, como hemos visto, ya estaba determinada en los planes militares secretos: primero las bombas atómicas y luego la ocupación de la Unión So-

¹ Harry S. Truman Library. President's Secretary's File.

viética. En los planes de la ocupación no se mencionaba la “cultura”, se trataba de la eliminación física de los rusos.

8

Esta línea —la de la incondicional eliminación física de todos los rusos— es el eje de los planes de agresión nuclear de los Estados Mayores desde los tiempos de Truman hasta nuestros días. “Dios mío, si los rusos oyeran lo que dicen algunos generales de nuestra Fuerza Aérea”, exclamó una vez D. F. Van Slyck, alto funcionario de los servicios especiales estadounidenses. Los rusos lo saben. Ya por la mera razón de que a veces se llega a conocer lo que se dice y se formula tras las puertas cerradas. Se conoce, por ejemplo, porque —como dijo el general C. P. Cabell, jefe de la inteligencia de la Fuerza Aérea al

mismo D. F. Van Slyck— en el caso contrario, no recibiríamos asignaciones del Congreso.¹ ¿Qué ocurre, pues?

A comienzos de 1982, el historiador militar D. Rosenberg estudió dos reveladores documentos del período 1954-1955. Posiblemente tenían relación con las ideas de la planificación militar expuestas en las disposiciones del plan *Dropshot*. En estos documentos se proyectaba lanzar contra la URSS un ataque sorpresa —arrojar 750 bombas atómicas en dos horas— con vistas a evitar excesivas pérdidas de la Fuerza Aérea de los EE.UU. “Dos horas, y no quedará más que un montón de ruinas radiactivas”. En una nota del general K. Anderson se enumeraban los objetivos: 118 ciudades y 645 aeródromos.² En cuanto a estos problemas, entre los programadores no había divergencias, quedaba una única cuestión pendiente: ¿cómo evitar el contragolpe soviético?

Dejando entre paréntesis ese problema, que sigue siendo la gran piedra en el camino de los agresores, veamos cómo fue evolucionando la elección por los estrategas yanquis de los objetivos en el territorio de la URSS. A mediados de 1981 el profesor G. L. Gertner,

¹ T. Powers. *The Man Who Kept the Secrets. Richard Helms and the CIA*. N.Y., 1979, p. 315.

² D. Rosenberg. *A Smoking Radiating Ruin at the End of Two Hours*, “International Security”, Winter 1981/1982, pp. 34-39.

de la Universidad de California, señaló:

“En la segunda guerra mundial muchas repúblicas periféricas desempeñaron bien las funciones de tope, absorbiendo el daño y la destrucción que llevaba el ejército alemán. En la guerra nuclear sucederá lo contrario. La parte central de la Gran Rusia recibirá las destrucciones inmediatas y concentradas”.

Tras esta tesis general siguen extensos razonamientos relativos a la nueva doctrina estadounidense de la elección de los objetivos para los ataques nucleares, cómo destruir con precisión los centros industriales y administrativos, las prioridades al fijar los objetivos estratégicos y muchas otras cosas en el mismo sentido. El profesor asegura que en la actualidad se prevé afectar todo, porque se tienen en cuenta todos los factores. Por ejemplo:

“Existen serias consideraciones desde el punto de vista del clima. Los vientos dominantes llevarán los productos de la radiación hacia las áreas más densamente pobladas de Rusia. De noviembre a marzo los vientos dominantes son los del sur y el oeste, y de abril a octubre, los del norte y el oeste hacia los mismos centros. Esto incrementa la probabilidad de alta radiactividad porque la dirección de los vientos la localiza. En breve, la dirección de los vientos durante todo el año garantiza que la radiactividad inicial (especialmente mortífera) cubrirá las áreas más densamente pobladas”.

El elocuente autor ilustró lo referido con dos mapas acompañando el artículo, con flechas indicativas de la dirección de los vientos, etc. Llevó, por así decir, de manera gráfica a la conciencia de los lectores interesados en el porvenir lo que los estrategas estadounidenses preparaban para nuestro pueblo.¹

Con profundo pesar hay que decir que los citados razonamientos no son fruto del pensamiento ocioso de un profesor cualquiera en la soleada California, donde, por lo demás, tiene su sede la Rand Corporation, proveedora de teorías para la Fuerza Aérea de los EE.UU. Sin duda, todo eso constituye el desarrollo lógico de la doctrina estratégica de Washington. Nadie mejor que el general Maxwell Taylor (cuyo nombre no desaparecía de las primeras planas de los periódicos durante las presidencias de Eisenhower y de Kennedy)

¹ G. Gertner. *Strategic Vulnerability of a Multinational State: Deterring the Soviet Union*. — In: “*Political Science Quarterly*”. Vol. 96, Summer 1981, pp. 212-213, 221.

para confirmarlo: deben arder en el fuego termonuclear precisamente esas áreas.¹

9

La publicación de la directiva 68 del CSN en 1975² era una tentativa de enlazar firmemente el pasado con el futuro, demostrando la magnífica continuidad de la política exterior estadounidense. Las arenas movedizas del tiempo no han absorbido las ideas expuestas en la directiva 68 del CSN, la oligarquía gobernante todavía se nutre de los por cientos del capital intelectual que acumuló el Consejo de Seguridad Nacional hace casi treinta años, y le queda aún para rato.

¹ *The Washington Post*, January 14, 1982.

² *Naval War College Review*, May-June 1975, pp. 10, 14-15.

DE LA OSE A LA CIA

1

En los Estados Unidos se hace todo lo posible para envolver el comienzo de la historia de la CIA en un atado de mentiras piadosas acerca de preocupaciones por la “seguridad nacional”. “La CIA debe totalmente su razón de ser al ataque sorpresa a Pearl Harbor y la posterior investigación de la responsabilidad de la Inteligencia (o de la ausencia de Inteligencia) por no prevenir a tiempo a nuestras fuerzas armadas del ataque que preparaba Japón”,¹ declaró en 1955 la Comisión Hoover dedicada a reorganizar el aparato de Estado norteamericano. Era una opinión superautorizada en aquel tiempo: la comisión era encabezada por Herbert Hoover, presidente de los EE.UU. hasta 1933.

Truman, durante cuya presidencia fue organizada la CIA, coincidió por completo con esa conclusión. En sus memorias terminadas en 1956, escribió: “Hasta hoy pienso que si la información recibida por el Gobierno hubiera estado coordinada, el éxito de los japoneses en el ataque sorpresa a Pearl Harbor hubiera sido mucho más difícil si no absolutamente imposible. En aquellos días los militares no sabían todo lo que se conocía en el Departamento de Estado, y los diplomáticos no tenían acceso a los datos del Ejército y la Marina.”

Después de la segunda guerra mundial, la situación del presidente era especialmente triste, se quejaba Truman. “Recibía la información necesaria de varias fuentes. El Ministerio de Defensa tenía su propia Inteligencia (G2), y la Marina, la Sección de Inteligencia de la Marina (SIM). El Departamento de Estado recibía información por canales diplomáticos, las Secretarías de Finanzas y de Agricultura tenían sus propias fuentes de información de distintas partes del mundo sobre cuestiones monetarias, económicas y alimen-

¹ Cit. de: D. Wise and T. Ross. *The Invisible Government*, N.Y., 1964, pp. 91-92.

tarias. Durante la guerra, el FBI realizaba algunas operaciones en el extranjero, y en adición reunía información en el exterior la Oficina de Servicios Estratégicos (OSE), creada por el presidente F. Roosevelt y puesta bajo la dirección del general William Donovan. El desorden en la obtención de la información evidenciaba, a mi modo de ver, la mala organización”.¹

Truman arregló las cosas fundando en 1947, en los marcos de la reorganizada administración del Estado, la Agencia Central de Inteligencia subordinada directamente al Consejo de Seguridad Nacional (CSN). En la historia oficial de la CIA, escrita en 1975 para necesidades de la comisión senatorial Church, se dice:

“En el Acta (de fundación de la CIA) la misión de la CIA no se definía con precisión... A la Agencia se le asignaban cinco funciones: 1. Formular recomendaciones para el CSN en materia de seguridad nacional. 2. Formular recomendaciones para el CSN sobre la coordinación de las actividades de Inteligencia de varios departamentos. 3. Comparar y evaluar los datos de Inteligencia y asegurar su recepción oportuna. 4. Realizar 'servicios de interés común'. 5. 'Cumplir otras funciones y deberes relativos a la seguridad nacional, que estime necesario señalar el CSN...' La sombra del desastre de Pearl Harbor dominaba las mentes de los políticos que determinaban los propósitos de la Inteligencia centralizada. Creían que estaban liquidando las condiciones que hicieron posible Pearl Harbor: un aparato de Inteligencia fragmentado con base militar, que, usando la terminología moderna, no distinguía las 'señales' de los 'ruidos', y tanto menos podía evaluarlas para informar a las instancias superiores”.

Todo esto parece coherente y clarísimo desde el punto de vista de la lógica superficial. Washington pensaba en la guerra contra la Unión Soviética y, naturalmente, pretendía tener en orden la Inteligencia. Todo correcto. En esa misma historia oficial de la CIA se recalca:

“La génesis de la Agencia Central de Inteligencia para tiempos de paz tiene sus orígenes en la Oficina de Servicios Estratégicos (OSE) de la segunda guerra mundial. Gracias a la iniciativa y la singular determinación de William Donovan, fundador y primer jefe

¹ Memoirs by Harry S. Truman. *Years of Trial and Hope*, vol. 2, N.Y., 1965, pp. 73, 74.

de la OSE, ésta se convirtió en el primer departamento de Inteligencia estadounidense, constituyendo el precedente funcional de la Agencia Central de Inteligencia. En gran parte las funciones, la estructura y las prácticas de la CIA fueron tomadas de la OSE”.¹

También correcto. Pero surge la pregunta: ¿para qué se necesitó liquidar la OSE por orden de Truman dos años antes de crear la CIA, más exactamente el 20 de septiembre de 1945? ¿Con qué fin el presidente creó él mismo dificultades para cuya superación, según sus palabras, se necesitó instituir la CIA? ¿Estaba ciego en 1945 y vio la luz en 1947?

Hay muchas cosas que causan perplejidad. Para comprenderlas vale la pena revisar sucintamente la herencia dejada por la OSE en el adoctrinamiento y como guía de acción para los servicios especiales estadounidenses después de la guerra.

2

Por mucho que digan los celosos de la pureza de la “democracia” estadounidense, para comienzos de la segunda guerra mundial los Estados Unidos se encontraban repletos de los más diversos servicios de espionaje y contraespionaje. En este sentido Washington siempre prefirió excederse sin medir las inevitables pérdidas funcionales y los gastos materiales. Estos servicios comprendían bien su finalidad y no atendían mal las necesidades corrientes del Estado. Posiblemente, los Estados Unidos pasarían así sobre la tempestad de fuego de la segunda guerra mundial, si al timón del Gobierno se encontrase un hombre de menor calibre y con menor propensión a la política secreta que Franklin D. Roosevelt, quien se asoció a un personaje muy comprensivo e inclinado a los asuntos ocultos: Winston Churchill. Aunque por diferentes razones (Churchill por la escasez de recursos de Inglaterra, y Roosevelt, en vista de la decisión de llevar el mundo al “siglo norteamericano” con mínimas pérdidas), ambos establecieron como piedra angular de sus políticas, el deseo de lograr la victoria sobre las potencias del “eje” con el mínimo costo para sus países. Aspiraban alcanzar la victoria y gozar de sus

¹ *Final Report of the Select Committee to Study Governmental Operations with Respect to Intelligence Activities*. United States Senate, 1976, Book IV, pp. 15, 7, 4.

frutos plenamente, sin perder recursos humanos ni materiales en la lucha armada, con tal de dictar su voluntad al mundo desangrado. Roosevelt y Churchill, tras la lección de la Revolución de Octubre de 1917 en Rusia, comprendían que la repetición del derramamiento de sangre ocurrido en la primera guerra mundial —y el desarrollo de la tecnología militar hacia 1939 habría permitido superarlo con creces— podría resultar fatal para los Estados Unidos e Inglaterra y provocar cambios sociales radicales. En fin de cuentas, la guerra había sido provocada por el mismo régimen: el capitalismo.

El propósito más deseado de la labor variada e invisible dentro de la estrategia general de dichos países, era debilitar y destruir a las potencias del “eje” utilizando a otros. Teóricamente, Washington y Londres sabían cómo conseguirlo: utilizando los métodos tradicionales de la política de “equilibrio de fuerzas”, es decir, dos peleando y el tercero regocijándose; pero en cuanto a los métodos, todo resultaba más difícil...

A inicios de la guerra, Churchill, en Inglaterra, que estaba luchando, y Roosevelt, en los Estados Unidos, que permanecían al margen de la guerra, buscaron los medios para lograr ese propósito. Tras el rápidamente acrecentado poderío militar de los países de habla inglesa y a su sombra, se desplegaba con la mayor premura, el potencial de las operaciones secretas. Los criptógrafos de los aliados occidentales descifraron muchos de los códigos más secretos de las potencias del “eje”. Los documentos descifrados de las fuentes alemanas eran conocidos en la Casa Blanca y en Downing Street 10, bajo el nombre Ultra. Alcanzó gran eficacia el servicio de contrainformación al más alto nivel, lo cual debía empujar al enemigo a emprender las acciones deseadas o impedir que realizara planes peligrosos para Inglaterra y los Estados Unidos. Se hacía al enemigo emprender un camino funesto reafirmandolo en la creencia de que ello correspondía a sus mejores intereses.

El *Intelligence Service* inglés compartía su inabarcable experiencia de intrigas políticas ayudando al desarrollo de las respectivas secciones de los servicios especiales estadounidenses. Organismos de esta índole fueron creados gradualmente y encabezados por el general Donovan, amigo de Roosevelt, próspero jurista de Wall Street antes de la guerra. Por cuanto la potencia más fuerte del Viejo Mundo opuesta a los agresores era la Unión Soviética, en ella se centró la atención de Washington y Londres, que pretendían usar

el poderío soviético para proteger sus intereses sin que lo supiera el dueño. Eran cálculos edificados, en fin de cuentas, sobre arena, pero por ello no menguó, por ejemplo, el afán de Donovan, a quien encajaba perfectamente el apodo de “Bill el Salvaje”.

El comienzo de la Gran Guerra Patria de la Unión Soviética puso fin a la labor preparatoria. Era preciso analizar cuanto antes la contienda entre la Unión Soviética y las potencias europeas del “eje” para que Washington pudiera sacar las conclusiones oportunas y planear su propia política. En un análisis competente del problema se señala: “El ataque a Rusia hizo para él (Roosevelt) políticamente posible designar a Bill Donovan su Coordinador de Información”,¹ como se anunció en una disposición presidencial del 11 de julio de 1941. Primeramente se eligió el nombre vago de “coordinador” (el nombre OSE apareció el 13 de junio de 1942) para engañar a los enemigos y desarmar a la numerosa comunidad celosa de la Inteligencia, irritada y perpleja por la aparición de un rival. Estaban descontentos ocho departamentos: el FBI, el G2, la Sección de Inteligencia de la Marina, el Buró de Inteligencia e investigaciones del Departamento de Estado, el Servicio aduanero del Ministerio de Comercio, el servicio secreto del Ministerio de Finanzas, el servicio de Inmigración y Naturalización del Ministerio del Trabajo, y la Comisión federal de comunicaciones, dedicada, entre otras cosas, a interceptar las radiotransmisiones.

No llegaban a comprender que la OSE, formalmente subordinada a la Junta de Jefes de los Estados Mayores, y en realidad, al presidente, era un organismo de inteligencia estratégica, de actividad subversiva y propaganda “negra”, en tanto que los departamentos enumerados seguían ocupando el lugar de antes, en calidad, digamos, de inteligencia táctica, cada uno en su terreno. Sus principales hallazgos eran analizados por la OSE. La indignación de muchos miles de agentes militares no tenía límites, consideraban una herejía que las manos de no se sabe qué profesores civiles tocaran los problemas militares.

Pero el poder es el poder y con él hay que contar. De acuerdo a la disposición presidencial, la oficina de Donovan quedaba encargada de “la reunión y el análisis de toda la información y los datos que se

¹ W. Stevenson. *A Man Called Intrepid. The Secret War 1939-1945*. London, 1977, p. 273.

relacionen con la seguridad nacional”. Ray Cline, quien empezó sirviendo en la OSE y llegó a subdirector de la CIA, al cabo de tres decenios y medio recalcó en el libro *Secretos, espías y científicos* (1976):

“La fórmula que dice 'reunión y análisis de toda información y todo dato' tiene muchos significados y refleja, sin duda, el espíritu de la inteligencia de 'todas las fuentes' que animaba a Donovan, Allen Dulles, la OSE y la CIA... En la disposición se inventó también el término 'seguridad nacional', que vive hasta el presente y sirve de cómoda justificación de gran parte de las actividades de inteligencia, así como de vago pretexto para casi todo lo que desea el presidente”.¹

Mejor dicho, lo que desea la élite gobernante estadounidense. La creación de la OSE fue una importante etapa de la formalización orgánica de lo que llaman “gobierno invisible” o “establishment” en los EE.UU. Tras los muros de los órganos directivos de la OSE, se reunieron no pocos representantes de los verdaderos dueños del país: millonarios y supermillonarios. Se reunieron, claro está, no para acumular simplemente “información”, sino para actuar según la evaluación de los especialistas (ante todo, los profesores de primer orden empleados en la OSE), o sea, para proteger sus intereses de clase por los métodos de la guerra invisible.

Los patricios asumieron su propio servicio. Considerando los orígenes de la OSE, el publicista Harry Wills recalcó que el árbol genealógico de la Oficina se remontaba en cierto grado al *Intelligence Service* inglés:

“El general Donovan fundó la nueva organización siguiendo el ejemplo de los servicios especiales ingleses. ...El imperialismo declinante transmitía sus secretos de cómo lograr la armonía de ideas, en los marcos del selecto cuerpo, al imperialismo ascendente. Los primeros componentes de la OSE pasaron instrucción en Canadá... La OSE era una reunión de “personas de cuna ilustre”. Los profesores encontraron allí durante la guerra a sus antiguos alumnos más capaces (y más ricos). En la OSE sirvieron P. Mellon y su cuñado D. Bruce junto a los hijos de J. F. Morgan, un vástago de Dupont y D. Dillon. Los galones se recibían fácilmente (de cada cuatro empleados de la OSE uno era oficial) y la disciplina militar era ostensible-

¹ R. Cline. *Secrets, Spies and Scholars*, Washington, 1976, pp, 35-36.

mente dejada de lado... El denominador común de ellos era el avance de sus carreras (más tarde de allí salieron, al menos, veinte embajadores).¹

Allí fueron a parar también algunos emigrantes rusos: el nieto de León Tolstói, Iliá, el príncipe S. Obolenski y otros. El hijo mayor de Franklin Roosevelt, James, cumplía la función de enlace con el Gobierno. En la Oficina colaboraban muchos juristas, que se encontraban al servicio de los consorcios más importantes. Cuando Drew Pearson, afamado columnista de aquellos tiempos, señaló que la OSE estaba compuesta de banqueros de Wall Street, Donovan lo consideró natural y no protestó.

Aparte de lo dicho, la creación de la OSE fue un signo del cambio radical en la gestión de los asuntos de Estado en la cúspide de los EE.UU. En esos años, tras la fachada de la “democracia” se estableció la estructura del verdadero poder. Fue debido a las extraordinarias circunstancias de la segunda guerra mundial, a la cual había sido llevada la Unión Soviética. Los patricios yanquis comprendían que la participación del Estado socialista en la lucha armada contra las potencias del “eje” llevaría ineludiblemente al reforzamiento de la democracia en el mundo. La institución de la OSE mostraba elocuentemente que estaban preocupados por el porvenir.

A. Wolfe, historiador estadounidense, trató de describir en rasgos generales los entresijos y los propósitos de esa preocupación de Washington por llevar a cabo una política de métodos invisibles (claro que no sólo a través de la OSE):

“La atmósfera creada contribuyó a la aparición de un sentido de crisis permanente que convirtió en anticuadas las ideas de la libre expresión y la autodeterminación. Se hicieron un 'lujo', según cierta y no muy afortunada expresión del senador Fulbright. Aplicando de pies a cabeza las teorías de Trotski, los nuevos hombres de Estado optaban por encontrar la revolución permanente en el futuro. Muchos de ellos, en realidad, copiaban las teorías de Trotski sin tener conciencia de ello. El mejor método de aprovechar las ventajas de la guerra es estar siempre la guerra, especialmente si es posible hacerlo con una mínima participación en las acciones militares.

La ideología de la crisis permanente se convirtió en el in-

¹ G. Wills. *The CIA from Beginning to End* — In: “*The New York Review of Books*” January 22, 1976, pp. 23, 25, 26.

gradiente clave del cambio de los valores de los patricios que acompañaba los cambios de las actitudes populares. La mayoría de los historiadores convienen en que la fecha crucial de esta transformación fue el 19 de junio de 1940, cuando el presidente Roosevelt designó dos patricios republicanos para su gabinete. Uno de ellos, Henry L. Stimson, nombrado secretario de Defensa, era un hombre de creencias anticuadas, pero su papel consistió no en lo que él mismo hacía, sino en las personas que eligió para hacerlo todo. Por medio de Stimson, pasaron a servir al Estado hombres como R. Lovett, Harvey Bundy y J. McCloy, quienes predicaban una nueva moral que admitía cualquier acción para mantener la 'seguridad nacional', con tal de que fuera eficaz. Sin ellos, el Estado dual no podría existir, pues su aristocratismo encubría una política malintencionada que implicaba con frecuencia asesinatos. Su moralidad dual, según expresó S. Barnett, 'consistía en que no se atenían a ninguna moral personal, al desempeñar las funciones públicas'.'¹

Lo dicho tiene relación directa con la OSE, pues precisamente esta "moral" distinguía a la agencia, que funcionaba en estrecho contacto con el Pentágono y donde colaboraban los personajes enumerados por Wolfe. Todos ellos estaban ligados, de una vez y para siempre, por nexos invisibles, pero muy fuertes. En procura de observar estos nexos, el investigador pisa terreno muy resbaladizo porque se trata de los secretos más altos de la élite gobernante estadounidense. Cabe afirmar con fundamentos razonables que el reclutamiento para los altos cargos públicos se proclama mucho antes de que los elegidos ocupen los gabinetes de las oficinas. Según la revista *Esquire*, en 1977, los elegidos dan los primeros pasos de su carrera ya en las universidades privilegiadas. Así, en la Universidad de Yale donde se han formado no pocos funcionarios de la OSE y del Pentágono —señala la revista—, "existe desde hace casi siglo y medio 'La calavera y las tibias', la sociedad secreta más influyente de la nación y, posiblemente, una de las últimas... Pregunten a Averell Harriman si en el sótano de un edificio semejante a un sepulcro hay un sarcófago donde él, con el joven Henry Stimson y el joven Henry Luce, echados en un ataúd contaban a otros catorce miembros de la Logia de la sociedad los secretos de

¹ A. Wolfe. *The Limits of Legitimacy. Political Contradictions of Contemporary Capitalism*. N.Y., 1977, pp. 182-183.

su vida juvenil... Henry Stimson, miembro de la sociedad, secretario de Defensa durante la presidencia de Roosevelt, hijo de la clase gobernante estadounidense, calificó el tiempo pasado en el sepulcro como el más importante para su educación. Pero ninguno de ellos hablará de todas estas cosas, porque han jurado callar hasta la muerte”.¹

La confesión de los pecados y pecadillos juveniles debe de ser la parte más inocente del rito de afiliación a la sociedad que se denomina masónica. De los miembros se exige plena confianza mutua, y para ello hay que ser sincero hasta el final, vencer la vergüenza natural y revelar ante los demás hasta los lados más íntimos de la vida. Pero mucho más importante es la propia causa: los jóvenes se ligan en las universidades en los marcos, podríamos decir, de una orden de correligionarios y permanecen fieles a esta unidad durante toda la vida. Hablando metafóricamente, los “servicios del personal” de estas instituciones no hacen sino sellar la validez del candidato comprobada ya en los años estudiantiles. Es posible que conforme a ese criterio, Stimson seleccionara a las personas enumeradas confiándoles cargos de responsabilidad. Los designados llevaron su espíritu corporativo al servicio público.

El propio Stimson en el puesto de secretario de Defensa, aparte de las amplias funciones asignadas oficialmente, dirigió un asunto de importancia primordial para el éxito en la guerra invisible: el servicio de descifrado de los códigos del enemigo, en el que estaban enfrascados muchos miles de personas. ¿Pero cómo puede ser así — preguntará el lector entendido en la historia de las relaciones internacionales entre las dos guerras mundiales— cuando Stimson ha pasado a la historia para siempre como partidario fiel, digamos, de la diplomacia “pura”? Precisamente Stimson, cuando era secretario de Estado durante la presidencia de Hoover, en 1929 liquidó el infamante “gabinete negro”, que interceptaba y descifraba la correspondencia de otros gobiernos. Este caso de crestomatía, repetido en infinitas obras norteamericanas, según el conocedor de la materia David Kahn, consiste en lo siguiente:

“Cuando Stimson se enteró de la existencia del 'gabinete negro', desaprobo totalmente todo eso. Consideraba que era una ocupación

¹ R. Rosenbaum. *An Elegy for Mumbo Jumbo*, — In: *Esquire*. September, 1977, p. 85.

vergonzosa mirar por el ojo de la cerradura con malas intenciones, así como la violación del principio de confianza en que basaba sus asuntos personales y la política. De este modo, Stimson repudió el punto de vista según el cual el patriotismo de los fines justifica tales medios. Estaba convencido de que los Estados Unidos debían ser intachables; como dijo más tarde: 'los caballeros no leen lo que escriben otros'. Por eso, Stimson dejó de financiar al 'gabinete negro' con recursos del Departamento de Estado”.

Después de relatar esta anécdota, un sinnúmero de autores conformistas se refieren al siglo de oro de la “ingenuidad” en la política de Washington y a otras cosas tan enaltecidas como poco creíbles; pero, en realidad, como añade Kahn, después de que Stimson invocó sus altos principios y “dejó de financiar al 'gabinete negro', el mando del ejército decidió consolidar y ampliar la labor de desciframiento. Se creó el Servicio de Inteligencia del Cuerpo de Comunicaciones”.¹

Eso es lo que ocurrió en la realidad. A partir de la segunda mitad de 1940, Stimson, por ironía de la vida, fue nombrado jefe del vasto sistema estadounidense de radioescucha y desciframiento. Las secciones que se le confiaron y las instituciones análogas dependientes de la Marina de Guerra remitían a la Casa Blanca los materiales obtenidos, y cuando se creó la OSE, se analizaban también en ésta.

Franklin D. Roosevelt consideraba que el conocimiento de los mensajes del enemigo lo ayudaría, en cierta medida, a inducirlo a ejecutar las acciones deseables. Alcanzó muchos éxitos en este sentido, si bien comenzó por un fracaso: Pearl Harbor.

3

Transcurría 1941. La Unión Soviética combatía contra Alemania y sus satélites europeos. En Washington no podían ignorar que los agresores, en primer término Japón, preparaban un golpe contra los Estados Unidos, hasta entonces fuera de la guerra. Lo sabían, entre otras cosas, gracias a la interceptación y el desciframiento de mensajes del enemigo eventual. ¿Qué conclusiones sacó el gobierno de Roosevelt? Era lógico: apoyar a los enemigos de las potencias del “eje” fascista, que combatían también por la seguridad de los Estados

¹ D. Kahn. *The Codebreakers. The Story of Secret Writing*, N.Y., 1978, pp. 360, 5.

Unidos.

Vale citar una observación de William Buckley, hombre que conoce bien los asuntos secretos. Ex funcionario de la CIA, multimillonario, uno de los pilares ideológicos más firmes de las “nuevas derechas”, es ahora director de las emisoras subversivas “Libertad” y “Europa Libre”. En suma, a juzgar por los criterios de la élite estadounidense, posee todos los méritos que aprecian los actuales dirigentes estadounidenses. Cierta vez, Buckley dijo —acaso se le fue la lengua—, que “Las palabras de Stimson en 1929, afirmando que los caballeros no leen la correspondencia de otras personas, pudieron ser oportunas en otra situación mundial, pero la amenaza del comunismo hace necesario, ante todo, hacer el mundo seguro para los propios caballeros”.¹

En aquella guerra, la más dura en la historia de la humanidad, los gobernantes estadounidenses aspiraban a eliminar a sus enemigos inmediatos —las potencias del “eje”— pero al mismo tiempo, minar las fuerzas de la URSS. Por razones obvias, intentaban resolver esta tarea —secundaria por el significado militar, pero primordial por consideraciones de clase— predominantemente por los métodos secretos.

Roosevelt, dada la creciente amenaza proveniente de Japón, no veía inconveniente alguno en prevenir el ataque de los desenfrenados militaristas de Tokio, seduciéndolos con una incursión contra la URSS. Procuró resolver esta cuestión en complicadas negociaciones con Japón, que se prolongaron casi todo 1941. Me he referido al conjunto de estos problemas en *El enigma de Pearl Harbor*, libro aparecido en la URSS, en los años sesenta, con dos ediciones, y traducido y publicado en países socialistas (por ejemplo, en Hungría en cuatro ediciones), así como en Japón. La nueva ola de interés en Pearl Harbor en 1981, año del cuarenta aniversario de este suceso, dio pie a la aparición de muchos libros y la publicación de numerosos documentos estadounidenses, hasta entonces secretos. De estos últimos se deduce que Pearl Harbor fue posible por la agresión japonesa y por los errores de la Casa Blanca, donde estaban seguros de que los EE.UU., con todos sus servicios secretos, podía determinar a su antojo el desarrollo de los acontecimientos.

¹ G. Wills... In: “*The New York Review of Books*”, January 22, 1976, pp. 30-31.

Hasta el presente, se discute en los EE.UU. cómo fue posible la sorpresa en el ataque japonés a Pearl Harbor el 7 de diciembre de 1941. Los materiales que dejaron de ser secretos en 1981 —cerca de medio millón de páginas— permiten introducirse en la gran estrategia de Roosevelt: intentar prevenir la inminente agresión japonesa contra los EE.UU. Inició un juego muy complicado, convencido de conocer plenamente los propósitos del enemigo, puesto que en la Casa Blanca leían la correspondencia cifrada de Tokio. Roosevelt continuaba su juego audaz, calculando fríamente y creando al mismo tiempo la impresión de encontrarse atado de pies y manos por la situación interna de los EE.UU. En Tokio lo creyeron. Los materiales japoneses conocidos junto con los documentos hechos públicos “son fascinantes —señala el historiador inglés John Costello—. Permiten apreciar que los japoneses atribuían la actitud comprensiva de Roosevelt al creciente efecto de la campaña de los aislacionistas”.

Esta idea de la existencia de fuerzas internas que limitaban las posibilidades de Roosevelt estimuló en Tokio a quienes, perdiendo la cabeza, decidieron empezar la guerra contra los Estados Unidos que, les parecía, estaban políticamente escindidos. Con su “actitud comprensiva”, pretendiendo dar a entender al gobierno de Hideki Tojo que ante él se abrían perspectivas muy prometedoras, Roosevelt atrajo la desgracia sobre los Estados Unidos.

Es un axioma militar golpear al enemigo más débil. Los gobernantes japoneses tomaron por tal —a causa de todo lo dicho— a los Estados Unidos y no a la Unión Soviética, que había hecho fracasar la guerra relámpago hitleriana y resistía con seguridad el empuje de la Wehrmacht.

Sin entrar en detalles, cabe afirmar con seguridad que en Tokio juzgaban por los hechos reales y no por las interpretaciones que a los gobernantes japoneses pretendía imponer Roosevelt con ayuda de Churchill. Apenas conocer los documentos que en 1981 dejaron de ser secretos, Costello deduce: “El presidente y el primer ministro iniciaron un gran juego del cual dependía la suerte de todo el Pacífico. Confiando en que los servicios de Inteligencia los prevendrían a tiempo de todo movimiento hostil, consideraban que podrían conducir a Japón por los hilos de la diplomacia. En retrospectiva, puede juzgársele uno de los mayores errores estratégicos de los aliados

durante la segunda guerra mundial”.¹

Tiempo después se comprobó que los japoneses no confiaban exclusivamente en la comunicación radial cifrada y que los criptógrafos estadounidenses no descifraron en 1941 todos los códigos, etc. Por lo visto, Roosevelt aprovechó la experiencia de esta deplorable historia. Los historiadores recibieron en herencia discusiones sin fin sobre el modo de obrar del presidente, que se intensificaron en 1982 debido a un descubrimiento sorprendente. Roosevelt, en 1940, grababa las conversaciones en la Casa Blanca. Un micrófono se encontraba montado en la lámpara de mesa del presidente y un equipo experimental —bastante voluminoso en aquellos tiempos— en el sótano de la Casa Blanca. El profesor R. Butow publicó la versión de las conversaciones grabadas, entre cuyos temas está el de la política de los EE.UU. respecto a Japón. Se desencadenó una pequeña tempestad en la prensa estadounidense, se recordó la Casa Blanca con Nixon y el caso Watergate, la revista *Time* dijo que la revelación del pasado “evidencia que ante las grabadoras no hay héroes”.²

Así surgen nuevas preguntas sin respuestas. Butow insiste en que “Roosevelt no perseguía fines maquiavélicos, el equipo de grabar no se utilizó como trampa para nadie”. El sistema en cuestión funcionó unas once semanas.³ William Safire, allegado a Nixon cuando era presidente, recordó con rencor en un artículo en *The New York Times* bajo el título *Asuntos sucios de Roosevelt*:

“El general W. Donovan, jefe de la predecesora de la CIA, advirtió a sus colegas en 1942 (esto me lo comunicó uno de ellos) que fueran discretos en el despacho del presidente porque allí 'todo se graba'.”⁴ Es decir, lo de las once semanas es cuento. Pero lo principal es otra cosa. W. Safire, hombre de Nixon, por razones personales, develó algo del secreto: cabe suponer que la OSE fue uno de los instrumentos que usó Roosevelt en el mal juego que llevó a Pearl Harbor. Fracasaron todos: el presidente y las grandes cabezas de la OSE, la oficina de Donovan.

¹ J. Costello. *Why America Was Taken by Surprise*, — In: “*The Sunday Telegraph*”. November 22, 1981, pp. 10, 11.

² *Time*. January 25, 1982, p. 36.

³ R. J. C. Butow. *The Story behind the Tapes*. — In: “*American Heritage*”. Vol. 33, N. 2, February/March 1982, p. 15.

⁴ *The New York Times*. January 17, 1982.

Cuando la guerra finalizaba, la OSE empleaba más de 30 mil personas. El cerebro gigante de la oficina que quizás ocupaba hasta la mitad de su cuerpo —la Sección de Investigación y Análisis (SIA)— fue encabezado por W. Langer, distinguido profesor de historia de la Universidad de Harvard. Instalada primeramente en la Biblioteca del Congreso y sin romper nunca con ella, esta sección de la OSE, recordó C. Ford, biógrafo de Donovan, en fin de cuentas se convirtió en la mayor colección de docentes y científicos reunidos alguna vez en una agencia gubernamental. La SIA sacó lo mejor de las instituciones de ciencias sociales de los Estados Unidos, incluyendo especialistas de las más diversas ramas del saber. Geógrafos proporcionaban información sobre las tierras y el clima en otros países; psicólogos estudiaban las transmisiones radiales de las potencias del “eje” buscando un significado oculto, economistas analizaban la prensa estableciendo las proporciones de la producción militar, historiadores explicaban el sentido y las causas de los acontecimientos internacionales. Al final de la guerra, la SIA utilizaba los servicios de 1 600 sociólogos de Washington, amén de los de otras ciudades. Se creó algo parecido a una universidad nacional, sin equivalentes ni antes ni después. En 1964, en *Dimensiones de la diplomacia* M. Bundy escribió: “Para la historia académica es un hecho curioso que el primer gran centro de estudios integrales de los Estados Unidos se fundó no en una universidad, sino en la Oficina de Servicios Estratégicos durante la segunda guerra mundial. Los programas de estudios integrales, establecidos en las universidades después de la guerra, fueron dirigidos o estimulados en gran medida por graduados de la OSE, institución magnífica constituida a medias por ejecutores y científicos. Hoy también es cierto, y creo que siempre será así, que entre las universidades y los servicios de Información de los Estados Unidos existe un alto grado de compenetración... La SIA sirvió de modelo cuando en 1950 el profesor Langer organizó en la CIA la oficina de estimaciones nacionales”.¹

Si se repasa la nómina de la mayor generación de científicos estadounidenses dedicados a las ciencias sociales, es decir, los nombres de quienes encabezaron estas ciencias después de la segunda

¹ C. Ford. *Donovan of OSS*. Boston, 1970, pp. 111, 149-150.

guerra mundial, será difícil encontrar a los que no trabajaron en la OSE. La mayor parte sirvió a ésta varios años. A algunos citados antes, cabe agregar los historiadores Arthur Schlesinger, Walter Rostow, S. Glesson y S. Kent, el filósofo Herbert Marcuse, los economistas Edward Mason, Charles Hitch y Emile Despres, y los psicólogos John Fairbank y Martin Wilbur.

El veredicto de Cline es indudablemente justo: Donovan “elevó la Inteligencia de su condición modesta en el mundo militar, donde gozaba de reducida autoridad y tenía escaso dinamismo, para convertir el trabajo en ella en una carrera con amplios horizontes para civiles emprendedores. Esa tradición fue seguida por la CIA, que recluta de manera regular a los más sobresalientes egresados de las universidades de los EE.UU., quienes aprenden el oficio de la Inteligencia de los veteranos de la OSE”.¹

Otro aliciente vigoroso para los adeptos de la ciencia era la posibilidad de tratar como iguales, aunque fuera aparentemente, a los hijos de las familias más ricas e influyentes en los Estados Unidos. Los científicos norteamericanos, que sin duda conocen la estructura del poder, no podían dejar de sentirse halagados al tratar con las familias de los Dupont, Ryan, Vanderbilt, Mellon, Armour, Bruce...

La preponderancia de los científicos en la OSE admiraba a sus colegas de los servicios especiales ingleses en los que también había muchos hombres de ciencia. Ello se conocía por diferentes motivos. Cuando en el invierno de 1943 a 1944 los Estados Mayores ingleses trataron de evaluar el daño que podría ocasionar a las Islas Británicas un bombardeo con aviones cohetes, a R. Jones, jefe de la Inteligencia científica inglesa, se le ordenó recibir a un inspector estadounidense. “Yo estaba irritado —recuerda Jones—, porque nuestra labor era sólida y no necesitábamos comprobación extranjera, tanto más que esto revelaba nuestros métodos de trabajo”. La orden fue confirmada y “en enero de 1944 llegó la inspección norteamericana; vino a vernos un hombre grande y tranquilo que se presentó como Robertson, profesor de Matemáticas Aplicadas de la Universidad de Princeton. Se calló algo que conocimos más tarde: era uno de los especialistas principales en teoría de la relatividad y pertenecía a la cumbre dirigente de la SIA—OSE en Washington. Con un hombre así podíamos

¹ R. Cline. Op. cit., p. 76.

discutir todo”.¹

Los intelectuales e incluso los sacerdotes de la ciencia pura, en medio de agentes profesionales y hombres de negocio, adquirían cualidades sorprendentes. En todo caso, era asombroso ver cómo perdían todo horror a la sangre y con gran entusiasmo se dedicaban a los asuntos más sangrientos. Al tiempo de la OSE, se remontan en los Estados Unidos experimentos con seres humanos y las búsquedas de métodos para controlar su conducta, para hacer más eficaces los interrogatorios y muchas otras cosas de este género. Se argumentó “científicamente” la antigua práctica de los servicios especiales estadounidenses de liquidar a los enemigos peligrosos sin trámite judicial, práctica que por las tareas planteadas durante la guerra era prometedora.

Un profesor no identificado acuñó la frase: “Contra las potencias del 'eje' es necesario luchar con el terror contra el terror... Debemos hacernos monstruos para destruir al monstruo”. El innovador, descrito como un “profesor balbuciente”, introdujo en las labores de la Inteligencia un medio que tuvo porvenir en la práctica de la SIA—OSE. “Era un arma perfecta si se usaba como es debido. Se reunían hasta los más pequeños detalles sobre una u otra persona, y allí se obtenía su imagen como si estuviera ante los ojos”. La primera víctima de la nueva técnica fue Heydrich.² Se confeccionó su “perfil psicológico”, del que se dedujo que el verdugo nazi era muy peligroso. La OSE y los servicios especiales ingleses encontraron un grupo de patriotas checos, que ajusticiaron a Heydrich y murieron en la represión ejecutada seguidamente por los hitlerianos, en tanto los habitantes de Lidice pasaron a formar parte del martirologio multimillonario de los asesinados por el fascismo.

William Stevenson, jefe de la Inteligencia inglesa, colega próximo de Donovan, muchos años después de la guerra explicó de la siguiente manera los motivos de la OSE y de los servicios especiales británicos en este asunto: “Era preciso preparar la moral civil dentro de la 'Fortaleza Europa', nuestras acciones guerrilleras debían ser sostenidas por la mayoría de la población. La única vía para movilizar el sostén popular de los ejércitos secretos era organizar más actos

¹ R. Jones. *Most Secret War*, London, 1978, pp. 378-379.

² W. Stevenson. Op. cit., pp. 365-366.

dramáticos de resistencia y contra terrorismo”.¹ Esto se inscribía a la perfección en la estrategia angloestadounidense de luchar con manos ajenas, pero, a excepción del atentado contra Heydrich, no se conoció nada de otros grandes “actos dramáticos”, lo cual, posiblemente, es un buen criterio para medir las posibilidades de la OSE. Las fuerzas de la Resistencia europea no se organizaron ni fueron estimuladas por las intrigas de los servicios especiales de los EE.UU. y de Inglaterra, sino por la lucha abnegada del pueblo soviético. El fascismo armado hasta los dientes sólo podía ser derrotado —y así ocurrió— por un poder militar superior: el Ejército Rojo.

Antes de comenzar la gran guerra, los invisibles hombres de ciencia de la OSE, con su propensión patética a resolver los problemas mundiales, ofrecían a la dirección un riquísimo surtido de planes generados por la imaginación impaciente de los neófitos de la Inteligencia. Walter Langer, psicoanalista, atraído a la OSE por su hermano William, se aprestó a cumplir un encargo de Donovan: confeccionar el “perfil psicológico” de Hitler. Este estudio, que dejó de ser secreto y fue publicado a comienzos de los años setenta bajo el título *El mundo interior de Adolfo Hitler*, pinta más bien el “perfil psicológico” de la dirección de la OSE, y, por consiguiente, de la CIA. Cuanto se escribió en 200 páginas sobre Hitler es suficiente para hacer exclamar hasta a los psicohistoriadores modernos: “¡Basta!” Se trata de una digresión colectiva imponente en la esfera del freudismo.

El estudio, concluido en el otoño de 1943, fue hecho a base de las numerosas publicaciones que existían sobre Hitler, testimonios de hombres que lo conocían personalmente y que por una u otra razón llegaron a estar en posesión de la OSE. Lo extraído de las publicaciones impresas y de los informes orales se comparó con las tristes hojas de enfermedad de los alienados y se hizo la conclusión: “Hitler es, probablemente, un psicópata rayano en la esquizofrenia. Ello no significa que sea demente en el sentido de la palabra comúnmente aceptado, sino que es un neurótico sin los impulsos adecuados de inhibición. Además, es un tipo que sufre de desdoblamiento de la personalidad”.

Al hacer el diagnóstico del estado mental del Führer, los psicoanalistas de la OSE se elevaron a las cimas de las generali-

¹ *Ibíd.*, p. 381.

zaciones, concluyendo: “Los que luchan contra Alemania... deben comprender que la locura de Hitler se ha convertido en locura de naciones, si no de la mayor parte del continente (Europeo). No se trata de las acciones individuales, sino de la relación recíproca entre el Führer y el pueblo, la locura de uno estimula la locura de otros y viceversa. No sólo el loco Hitler ha creado la locura alemana, sino la locura alemana ha creado a Hitler... Desde el punto de vista científico, debemos considerar a Hitler, el Führer, no como al diablo en persona con sus repugnantes acciones y filosofía, sino como expresión del estado anímico de millones de hombres en Alemania y, en grado quizás menor, en todos los países civilizados. La eliminación de Hitler es sólo el primer paso necesario y no la curación... Debemos descubrir y corregir los factores fundamentales que han producido este fenómeno indeseable. Debemos hallar las corrientes psicológicas que nutren este estado destructivo de la mente para canalizarlas debidamente, lo cual contribuirá a hacer posible la futura evolución de la civilización”. De lo general a lo concreto —a la personalidad del Führer—, y ahí se abrieron ampliamente las puertas del laboratorio creativo de la OSE, tras las cuales se encontraba el instrumental bastante gastado de Freud.

Todo se amontona: las inclinaciones mesiánicas de Hitler, sus lágrimas sobre un canario muerto, el mecanismo de influencia sobre la muchedumbre y la población en general. De ahí, la eficacia paralizante, en opinión de los expertos de la OSE, de los discursos del Führer. Y, por supuesto, la historia muy documentada de su vida personal empezando por las observaciones que hacía Adolfo a los tres años sobre sus padres. Refutando las versiones usuales sobre inclinaciones homosexuales del Führer, los psicoanalistas describen con regusto y con todos los pormenores cómo Hitler, arrastrándose a los pies de las mujeres, pedía que lo golpearan... Este caso clínico de masoquismo clásico sorprendía tanto a las compañeras no expertas en patología, que dos de ellas se suicidaron, y la famosa Eva Braun dio su asentimiento a las extravagantes demandas del Führer sólo después de dos intentos de suicidio. Por lo visto, se acostumbró tanto que acabó por pegarle automáticamente en la sien un tiro de una “Walter” 6,35. Así cumplió en abril de 1945, en el sótano de la Cancillería imperial, el último deseo del Führer.

¿Para qué todo esto y para qué el epílogo laudatorio y repugnante de este informe que escribió R. Waite a comienzos de los años seten-

ta confirmando todo a partir de estudios posbélicos? ¿Para qué hacer al lector trepar a lo alto del árbol genealógico de Hitler para convenirse de que su abuelo era judío? ¿Qué relación tenía todo esto con la durísima guerra y cómo ayudó a Washington la revelación de todos estos hechos? Tal como explicó Walter Langer, dirigente de esta investigación, en su introducción a la obra en 1973, “si semejante estudio de Hitler hubiera sido realizado unos años antes, con menos tensión y más posibilidades de obtener información de primera mano, entonces no habría habido Múnich... el presidente Diem y el profundo involucramiento de los EE.UU. en Vietnam. Los estudios de este tipo no pueden dar solución a los problemas internacionales. No cabe esperarlo de ellos. Pero pueden ayudar a evitar errores serios que hemos cometido tal vez por ignorar algunos factores psicológicos y el carácter de los líderes con los que tuvimos que negociar”.

Según Langer, se trata de un estudio que brilla por su imparcialidad. Tal vez tenga razón en lo que respecta a las manías de Hitler, pero, en general, el análisis de Hitler es una prueba más de que en la OSE la disciplina no cojeaba, y se entregaba a “lo alto”, a la Casa Blanca, sólo lo que podía halagar el amor propio del destinatario.

En el estudio se dice: “Es evidente que la única persona en el mundo que puede lanzar un reto a Hitler en su papel de líder es Roosevelt. Todos los informantes coinciden en que Hitler no teme ni a Churchill ni a Stalin. Cree que son suficientemente parecidos a él, que comprende la psicología de ambos. Para él es un enigma Roosevelt. ¿Cómo se puede estar a la cabeza de un pueblo de 130 millones de personas y conducirlo sin reñir ni abusar, esto sigue siendo para él un misterio. No comprende cómo se puede ser líder y al mismo tiempo un caballero. En consecuencia, siente una secreta admiración por Roosevelt, independientemente de cuanto dice en público. Tal vez lo teme en la misma medida que no puede predecir sus acciones”.¹

Ya que Langer y sus sabios colegas dieron de baja las expresiones públicas del Führer respecto al presidente estadounidense y prestaron atención al pensamiento “secreto” de Hitler, *Las con-*

¹ W. Langer. *The Mind of Adolf Hitler. The Secret Wartime Report*, N.Y., 1972, pp. 140, 141, 142, 143, 153-155, 189, 192, 246, 26, 166-167.

versaciones secretas de Hitler, editadas en 1953 —notas estenográficas de sus conversaciones en círculos íntimos— serán muy oportunas para aclarar esas ideas de Hitler.

Según su apreciación general, el presidente era de “escasa inteligencia”. Decía a sus allegados que “ambos anglosajones eran uno peor que el otro... Churchill y Roosevelt, ¡vaya impostores!... Roosevelt tanto en la política como en general tiene una actitud de judío tortuoso de poca monta... y Churchill es un cerdo indisciplinado, está borracho ocho de las veinticuatro horas del día”. En cuanto a Stalin, él “merece respeto incondicional” y es “a su manera, un personaje magnífico”.¹ Ribbentrop, en medio de la guerra, al conocer las evaluaciones sobre

la URSS hechas por el servicio de Schellenberg, le comunicó a éste: “Estudié bien sus informes especiales relativos a Rusia y reflexioné acerca de la situación. Después fui a ver al Führer y le dije francamente que nuestro enemigo principal y más peligroso era la Unión Soviética y que Stalin poseía más habilidad como militar y estadista que Churchill y Roosevelt juntos. El Führer compartió este punto de vista y dijo que sólo a Stalin le tiene respeto”.²

Los historiógrafos contemporáneos de los servicios especiales yanquis, por supuesto, saben todo esto, pero no le dan importancia alguna; les preocupa sobre todo el honor de la compañía e insisten en que el análisis de Hitler realizado por la OSE es irreprochable. Más aún, de lo escrito por Langer y otros, parten los “estudios” de esta índole en la CIA. Por ejemplo, Cline apoya sencillamente este punto de vista no sólo con su autoridad profesional de antiguo alto funcionario de la Oficina, sino también con la de su segunda profesión de notable historiador estadounidense (le pertenece *El puesto de mando en Washington*, uno de los volúmenes fundamentales de la historia del ejército de los EE.UU. en la segunda guerra mundial, de 99 tomos). Cline manifestó: “Walter Langer dirigió un análisis extraordinariamente preciso de la personalidad de Hitler, publicado en un libro muchos años después, y abrió el camino a semejantes estudios de otros líderes extranjeros por los psicoanalistas de la CIA”.³

Es muy probable que se preparen semejantes “perfiles” no sólo

¹ *Hitler's Secret Conversations. 1941-1944. "Farrar, Straus and Young"*, N.Y., 1953, pp. 147, 442, 299, 476.

² D. Irving. *Hitler's War*. London, 1977, p. 610.

³ R. Cline. Op. cit., p. 78.

de grandes personalidades. Es más probable aún que esta práctica de la CIA siga extendiéndose a personas consideradas peligrosas para el régimen imperante en los EE.UU., no sólo extranjeras, sino también estadounidenses. Al parecer, la investigación prevista por la ley se reemplaza por un procedimiento totalmente arbitrario de confección de un “perfil psicológico” secreto por especialistas anónimos, en base al cual, sobre dicha persona, pueden sacarse conclusiones al margen de lo prescrito por la ley. Resalta la operatividad: en lugar de los numerosos volúmenes de una instrucción judicial, un flaco expediente del “perfil psicológico”, que en caso de necesidad sirva de fundamento para un ilegal castigo extrajudicial.

La CIA, por supuesto, no divulga estas andanzas.

Esto ocurrió entre 1971 y 1973. En junio de 1971 *The New York Times* publicó fragmentos de la historia secreta de la política de los EE.UU. respecto a Vietnam de 47 volúmenes. Fue escrita entre 1967 y 1968 por orden del desesperado secretario de Defensa, Robert McNamara, quien al ver que la agresión fracasaba, encargó a un grupo de especialistas detectar las causas de todo ello. Los 36 autores del informe, denominado oficialmente *Historia de la toma de decisiones estadounidenses respecto a Vietnam* y llamado por la prensa *Papeles del Pentágono* “sabían —como se dice en la introducción— que no era, indudablemente, la historia completa”.¹ Pero lo que se hizo público fue suficiente. Los documentos reunidos probaron irrefutablemente que la guerra de agresión había sido desencadenada por los Estados Unidos.

Durante un intercambio de opiniones en la Casa Blanca, el secretario de Defensa M. Laird aseveró que más del 95 % de los materiales podía ser hecho público, “pero nos preocupaba cualquier por ciento —aunque sólo fuera el uno por ciento— que no debía ser publicado”, recordaba Richard Nixon.² El Gobierno reaccionó con rapidez para prohibir sucesivas publicaciones, pero fue en vano. James Carter, gobernador de Georgia, urgió a cierto senador a preocuparse porque “la legislación federal previera la responsabilidad criminal de los medios de difusión”³...

¡En suma, un escándalo! Pero el Gobierno no tenía plena libertad

¹ *The Pentagon Papers as Published by “The New York Times”*. N.Y., 1971, p. XIX.

² *The Memoirs of Richard Nixon*. N.Y., 1978, p. 509.

³ V. Lasky. *It didn't Start with Watergate*. N.Y., 1977, pp. 284-285.

de acción, porque la prolongada guerra en Vietnam ya había provocado profundas divergencias en la propia élite gobernante. Como era de esperar, la publicación de los *Papeles del Pentágono* no cambió en nada la política yanqui en el Sudeste de Asia. R. Sigford, autor de una inédita tesis de doctorado dedicada a la guerra de Vietnam, que se encuentra en la biblioteca de Lyndon Johnson, concluyó: “Después de todo lo dicho y hecho, este estudio tuvo un efecto ínfimo — si es que lo tuvo— en la guerra de Vietnam”¹. Más aún, Daniel Ellsberg, culpable de la “fuga” de información, enseguida descubierto, además de su conciencia indignada —estuvo de 1964 a 1966 en Vietnam en calidad de experto del Pentágono, fue allí como “halcón” y regresó como “paloma”—, podía presentar un certificado más sustancial de persona relacionada con la CIA. En cuanto a los *Papeles del Pentágono*, según palabras de F. Prouty, “debían ensalzar a la CIA y toda la comunidad de la Inteligencia”²; el Gobierno había desoído las sugerencias de la Oficina, y los resultados estaban a la vista.

Daniel Ellsberg se encontró en una situación peculiar. Había dado un paso laudatorio a los ojos de los poderosos enemigos de Nixon. Se intentó someter a Ellsberg a juicio, pero la acusación fracasó. Se hizo famoso, su nombre no desaparecía de las primeras planas de los diarios. Por cuanto fue a parar a la vigorosa corriente que llevaba al Watergate, se hizo poco vulnerable.

En mayo de 1973 se conoció que después de entregar a la prensa los *Papeles del Pentágono*, Ellsberg fue objeto de una siniestra atención por parte de la CIA, que recibió la orden de castigarlo. Claro que no era por haberse convertido de “halcón” en “paloma”. Tal como refirió el ensayista V. Lasky en su libro *Esto no empezó por Watergate* (1977), Henri Kissinger, que conocía bien al pregonado amante de la verdad, informó al presidente: “Ellsberg conoce secretos militares muy importantes, por ejemplo los objetivos de la contención nuclear”. Se trataba de que a mediados de los años sesenta Ellsberg había trabajado bajo la dirección del secretario de Defensa, Robert McNamara, en la determinación de los objetivos que serían sometidos al golpe nuclear. Este secreto mayor se encontraba en un documento también de estrictísimo secreto: el Plan integral único de

¹ R. Sigford. *The Rhetoric of the Vietnam War...* Op. cit., p. 190.

² F. Prouty. Op. cit, p. 58.

operaciones (PIUO). Kissinger informó a Nixon que la fuga de información sobre el PIUO sería desastroso para la seguridad nacional. El PIUO señalaba la hora y los modos del ataque estadounidense con empleo de bombas nucleares, contenía información concreta sobre todos los objetivos militares proyectados como blanco tras los telones de acero y de bambú, incluyendo el número y el poder de las ojivas nucleares destinadas a cada objetivo.

Aunque no existía ninguna prueba de que Ellsberg estuviera dispuesto a hablar en público del precioso plan PIUO, la orden presidencial fue más que categórica: “No me interesa en absoluto cómo se hará, pero hay que hacer todo para impedir la fuga de información. No quiero ni oír que no puede hacerse”¹. La orden pasó a manos de la CIA, la que llevó a cabo la operación cifrada “Odessa”: preparó el “perfil psicológico” de Ellsberg. Agentes de la CIA especialmente equipados penetraron, forzando las puertas, en los gabinetes de los médicos de cabecera de los esposos Ellsberg para buscar también allí los datos necesarios.

En noviembre de 1971 la CIA ya tenía preparado el “perfil psicológico” de Ellsberg. Gordon Liddy, jefe de la operación, recordó a los ayudantes del presidente: “La parte abierta del programa es la persecución judicial (se tenía en cuenta a los periodistas. —N.Ya.) según los respectivos estatutos federales. Los demás malhechores deben ser identificados, y a ellos habrá que castigarlos no menos severamente, pero por medios distintos”². Por la coincidencia de un gran número de circunstancias, y más bien por el deseo de cuantos estaban interesados en la caída de Nixon, la operación “Odessa” se hizo pública.

Colby, director de la CIA, escribió en sus memorias:

“En mayo de 1973 leí en los periódicos una historia que alteró radicalmente mi vida y la de la CIA. Se informaba que, durante el proceso contra Daniel Ellsberg por la revelación de los *Papeles del Pentágono*, se descubrió que en el gabinete del Dr. Lewis J. Fiel-
ding, que lo asistía, penetró con fractura producida con instrumentos recibidos en la CIA, Howard Hunt. Buscaba materiales que debían ser entregados a la CIA para preparar el 'perfil psicológico' de Ells-

¹ V. Lasky. Op. cit, pp. 282-283.

² D. Wise. *The American Police State. The Government Against the People*. N.Y., 1976, p. 403.

berg para la Casa Blanca. Yo estaba sorprendido y no podía comprender por qué yo no sabía nada de eso aunque estaba encargado de reunir todos los materiales de la CIA relativos a Watergate”.¹

Las memorias de Colby están marcadas por la particularidad del género: la autenticidad restringida; pero, no obstante, podía estar sorprendido porque estaban sorprendidos también en la Casa Blanca quienes ordenaron comenzar la operación “Odessa”. Allí seguramente tenían una idea confusa de la técnica de la labor de la CIA, no podían imaginarse que la Agencia, con su enorme experiencia, también podía dejar huellas. El 17 de marzo de 1973, entre el presidente Nixon y su fiel ayudante Dean tuvo lugar una conversación insólita:

“Dean: En relación con estos dos —Hunt y Liddy— ...Parece que son unos idiotas, de lo que, por desgracia, nos hemos enterado muy tarde. Irrumpieron en el gabinete del médico de Ellsberg con todo ese equipo de la CIA: cámaras de fotografiar y lo demás. Luego devolvieron las cámaras a la CIA sin revelar las películas. En la CIA no comprenden hasta ahora para qué son todos estos materiales...

El presidente: ¿Pero qué diablos? ¡Por Dios! ¿Para qué?...

Dean: Pues trataron —era parte de la operación relacionada con los *Papeles del Pentágono*— de obtener los apuntes del psiquiatra de Ellsberg para ciertos fines. No sé para qué...

El presidente: (groserías)...

Dean: Así que tenemos material relativo a Hunt. Tenemos una foto revelada en la CIA. En ella está Gordon Liddy como un cretino en la puerta del gabinete del médico, en la que se ve su nombre. (...ininteligible) Esto permitirá al investigador comprender enseguida y preguntar: ¿para qué entrar con fractura en el gabinete del médico? Se descubrirá la fractura, irán buscando y encontrarán que está implicado Liddy, se ocuparán de él”.²

Los interlocutores predijeron el desarrollo de estos acontecimientos con absoluta precisión. Todo ocurrió precisamente así. La fractura del gabinete del médico ocupó notabilísimo lugar en lo que se llamó Watergate. Los culpables fueron a la cárcel, lo que Nixon calificó de “tragedia” en sus memorias aparecidas en 1978, puesto que “Daniel Ellsberg andaba libre”.³

¹ W. Colby and P. Forbath. Op. cit., p. 337.

² *The Presidential Transcripts*, — In: conjunction with the staff of “*The Washington Post*”. N.Y., 1974, pp. 91-92.

³ *The Memoirs of Richard Nixon*. N.Y., 1978, p. 514.

Pero nosotros no nos ocupamos aquí de Watergate, sino de hacer constar en esta relación que en aquellas condiciones era totalmente imposible tomar medidas operativas sobre el “perfil psicológico” de Ellsberg. Esta vez las actividades de la CIA habían sido inútiles.

Por lo demás, esta historia muestra que la “ciencia” de la CIA antecendida por la OSE es asunto muy sutil, que requiere alto grado de coordinación entre el alto mando y los ejecutores. Por lo visto el mecanismo, al menos en aquella oportunidad, falló. Esto no podían preverlo, como es natural, los que crearon la OSE en los años de la segunda guerra mundial y planearon con seguridad las actividades de este tipo para tiempos de paz. Bajo la dirección de Donovan, la OSE apuntó en su haber muchas novedades, entre ellas el procedimiento del “perfil psicológico”, que seguramente no era de las más notables, al menos por el grado de importancia.

5

Si bien la atención principal de la OSE, por razones obvias, se centraba en las potencias del “eje”, nunca se olvidaron del aliado: de la Unión Soviética. Ello se hace constar en publicaciones estadounidenses especiales, aunque, naturalmente, sólo en rasgos generales, e, indudablemente, con una buena dosis de contrainformación.

En la investigación de Thomas Powers aparecida en 1979 que es, en realidad, una historia de la CIA, se consideran esquemáticamente las preocupaciones de la OSE respecto a la URSS en los años de la guerra. Refiriéndose al trabajo de Harris Smith *OSE: Historia secreta de la primera Agencia Central de Inteligencia de los EE.UU.* (1972) y añadiendo sus propios hallazgos, Powers señala: “La historia de la OSE es inseparable de la historia política secreta de la guerra, está marcada por la preocupación celosa tanto por la labor contra los comunistas como por el logro de la victoria sobre Alemania. Una mujer que trabajó para Dulles en Berna supone que el foco de su atención —más o menos lo que se piensa antes de dormir y en la mañana al despertar —empezó a trasladarse de Alemania a Rusia ya en los días de Stalingrado. La OSE, incluyendo a Helms, tomaba por un hecho la rivalidad soviético estadounidense en el transcurso de toda la guerra”.¹ Esto era un asunto, naturalmente, no sólo del cuerpo

¹ T. Powers. Op. cit., p. 295.

operativo, sino también de los científicos que trabajaban en la OSE.

En la historia de las relaciones entre la URSS y los EE.UU. durante la guerra, se pueden encontrar ejemplos del intento de los aliados occidentales de engañar a la Unión Soviética. Uno de los más memorables es la información falsa acerca de la dirección de los golpes alemanes esperados en la primavera de 1945. Fueron significativos los esfuerzos de los Estados Unidos e Inglaterra, emprendidos al más alto nivel, para dirigir la atención de la URSS hacia el quimérico “Reducto alpino” en vísperas de la batalla de Berlín. Los conatos de colusión de los aliados occidentales (por ejemplo, en Berna en 1945) son harto conocidos y dieron motivo a un agudo intercambio de opiniones entre Stalin y Roosevelt.

Pero, en general, las intrigas de la OSE contra la URSS en la segunda guerra mundial no tuvieron éxito. Esto duplicó el celo de la OSE, cuando se dedicó a planear la política de los EE.UU. respecto a la URSS en el período posbélico. El profesor Gaddis, que revisó una parte permitida de los archivos de la OSE, apuntó en su libro publicado en 1982: “En su análisis de las relaciones soviético estadounidenses, la OSE prestó la atención mayor y más consecuente a la cuestión de en qué medida la actitud de Occidente puede influir en la conducta de los Soviets. Véanse los informes del Sector de Investigación y Análisis N 523: *Orientación política y moral de la URSS*, 23 de febrero de 1943; N 959 *La URSS y Yugoslavia*, 19 de junio de 1943; N 1109 *Fundamentos de la política exterior soviética*, 1º de septiembre de 1943; N 2073 *Objetivos rusos en Alemania y problemas de la cooperación trilateral*, 11 de mayo de 1944; N 2284 *Los intereses de la seguridad norteamericana en el arreglo europeo*, 29 de junio de 1944; N 2669 *Posibilidades e intenciones de la URSS en el periodo de posguerra*, 5 de enero de 1945”. Naturalmente, sin revelar el contenido de estos informes, Gaddis señala que en ellos se estudiaba el problema de la “coordinación”, es decir, de cómo correlacionar las “zanahorias” y los “garrotes” en el empeño de Washington de conseguir “concesiones” de la URSS.¹ Los dirigentes que en Washington decidían, por ejemplo, qué se debía suministrar a la URSS en concepto de ayuda *lend lease* trataban de determinar las “verdaderas” necesidades de la URSS con tal de que nada de lo suministrado quedara para el tiempo de posguerra. Los servicios es-

¹ J. Gaddis. *Strategies of Containment*. Op. cit., pp. 18, 19-20.

peciales estadounidenses e ingleses unían esfuerzos tanto respecto al enemigo como respecto al aliado —la URSS—, prosigue el biógrafo de Donovan.

“Las evaluaciones del poder de la Unión Soviética realizadas por la SIA se distinguían de las conclusiones de los ingleses, y el profesor Geroid F. Robinson, de la Universidad de Columbia, diligente estudioso de la historia rusa, que luego fue jefe del Instituto Ruso de la misma universidad, viajó a Inglaterra, a una agencia similar a la SIA, en Oxford. Después de una semana de discusión, los ingleses reconocieron: 'Tienen mejores científicos y más información. Aceptamos sus evaluaciones'. El profesor Langer insiste en que ningún gobierno ha tenido nada comparable a la SIA. “Incluyendo a los alemanes —añadía—, ellos, si lo desearan, podrían tener una agencia semejante, pero no poseían la capacidad necesaria'.”¹

Los esfuerzos de la OSE ayudaron, sin duda, en mucho al desembarco prácticamente sin pérdidas de las tropas de los aliados occidentales en el Norte de África en 1942. La OSE desempeñó determinado papel en la organización del movimiento de Resistencia en los países europeos ocupados por Alemania. Como es natural, la OSE aplicaba estrictamente un enfoque clasista, que frenaba la movilización de las fuerzas democráticas en la lucha contra el fascismo. Arthur Goldberg, que en los años de la guerra dirigió filiales de la OSE que intentaron penetrar el movimiento obrero de los países europeos, en 1946 lanzó un reproche: los EE.UU. “por ignorancia y miedo” no prestaron “a las fuerzas democráticas de la Resistencia en Europa la ayuda que ellas merecían... restringiendo la magnitud y la eficacia de las actividades de la OSE en apoyo de nuestros aliados en la clandestinidad”. Winslow W. Peck, ex funcionario de los servicios especiales de los EE.UU., observó en 1978, que este reproche “está en contradicción con los esfuerzos del propio Goldberg, pues él precisamente limitaba la magnitud y la eficacia de las actividades de la OSE, no financiando por igual a todos los grupos de la Resistencia, especialmente a los comunistas, que constituían la mayoría de la Resistencia”.² Todo depende del punto de vista: para la dirección de la OSE, éste fue precisamente el acierto de la agencia, y dio un fuerte impulso a la carrera posbélica de Goldberg, que para fines de los

¹ C. Ford. Op. cit, p. 152.

² W. Peck. *The AFL-CIA*. — In: *Uncloaking the CIA*. N.Y., 1978, p. 257.

años setenta se consideraba un gran experto en los problemas de los “derechos humanos” según la interpretación estadounidense.

La larga mano de la OSE y del *Intelligence Service* llegó a varios Estados Mayores alemanes en víspera del desembarco de las tropas de los EE.UU. e Inglaterra en junio de 1944. Entre las publicaciones occidentales más recientes, el libro de David Irving *La huella de la zorra* da prueba de ello. No se pone en duda que los métodos de guerra psicológica fueron muy eficaces para desorganizar la resistencia alemana durante la incursión. Los éxitos de las fuerzas aliadas en Europa deben ser compartidos, al menos por igual, entre Dwight Eisenhower, la OSE y otros servicios especiales. Cuantos contribuyeron a ello por la parte alemana, el general Hans Speidel y otros, posteriormente fueron recompensados, recibiendo altos cargos en la OTAN en los años cincuenta.

Hasta hoy no es del todo claro el papel de la OSE en la organización de la oposición a Hitler en las altas esferas de Alemania. De ello se ocupaba Allen Dulles, y aunque la conspiración contra Hitler del 20 de julio de 1944 fracasó, a juzgar por la posterior carrera de este Dulles, no parece que en Washington lo consideraran vencido en esa importante operación de la guerra invisible. Un resultado indirecto de este fracaso fue el inaudito éxito de los servicios especiales occidentales: aprovechando la desconfianza maniaca de Hitler, ayudaron a que los nazis reprimieran al mariscal de campo Rommel, el jefe militar más respetado del Reich. ¡El fiel servidor fue enviado por los nazis al otro mundo como “conspirador” contra Hitler cuando nunca lo fue!

Por último, se conoce que, además de las acciones a “alto nivel”, la OSE envió grupos armados a los territorios ocupados, y creó, al menos en Europa Occidental, una tupida red de agentes. Indudablemente, Donovan se sentía orgulloso en primer lugar por el papel de la OSE en el desenvolvimiento de los sucesos, y sólo después, por su significación como organismo de Inteligencia. Ello resultó posible únicamente porque la OSE logró colocar agentes en los departamentos de la Alemania nazi más “sensibles”.

En septiembre de 1982 se hicieron públicas varias declaraciones de Allen Dulles en 1947 ante uno de los comités del Congreso. Jactándose de los éxitos de la OSE, señaló que cerca de un décima parte de los funcionarios del servicio de Inteligencia alemán —el Abwehr— sentía animadversión hacia Hitler y colaboraban con la

OSE. El almirante Wilhelm Canaris, jefe del Abwehr, y su ayudante mantenían contactos directos con Allen Dulles, quien dirigía a los residentes de la OSE en Suiza. Según palabras de Dulles, “había alcanzado ciertos éxitos penetrando el servicio de Inteligencia alemán, el Ministerio de Relaciones Exteriores de Alemania y algunas otras agencias alemanas”.¹ Como es sabido, Canaris fue ejecutado por los hitlerianos a raíz de la conspiración del 20 de julio de 1944. Después de la guerra, la CIA compró un chalé en España a su esposa y le asignó una pensión con sus propios fondos.

Cuando, en la segunda mitad de 1944, las tropas de los aliados occidentales, dejando atrás Francia, se aproximaron a la frontera de Alemania, Donovan empezó a preocuparse por el futuro de su Agencia. Consideró probablemente que era el momento más apropiado. Los éxitos de la OSE, que facilitaron, sin duda, el avance de los ejércitos aliados hacia el Reich, debían estar frescos en la memoria de los altos dirigentes de los Estados Unidos.

El 18 de noviembre de 1944, por lo visto después de un acuerdo oral, Donovan entregó a Roosevelt una nota con la proposición de crear, después de la guerra, “un departamento central de Inteligencia” subordinado obligatoriamente al presidente. El objetivo del departamento sería centralizar y coordinar las actividades de todos los organismos de Inteligencia; lo “requiere el Gobierno para planear y aplicar la política nacional y su estrategia”. Adjunto a la nota, Donovan entregó un proyecto de directiva presidencial en la que, aparte de las demás misiones, se encomendaba a este departamento la “realización de operaciones subversivas en el extranjero” (punto 3, inciso “e”), y con la aprobación del presidente, se le “asignaba personal militar y naval para cumplir sus funciones y deberes” (punto 10).² Las ideas de Donovan, que determinaron en fin de cuentas la estructura y las actividades de la CIA, previeron desde el comienzo que a la llamada “Inteligencia” se le asignaba la misión de minar el régimen estatal de los países que señalara el Gobierno.

Roosevelt apenas había tenido tiempo de pensar en la propuesta de Donovan, cuando en diciembre de 1944 se produjo la ofensiva alemana en las Ardenas. Fue una sorpresa total, y en Washington se echó la culpa al servicio de Inteligencia Militar que no había adver-

¹ *The Washington Post*, September 29, 1982.

² R. Cline. Op. cit, pp. 82-84.

tido del golpe de los hitlerianos. Se señalaba también a la OSE, aunque en primer lugar había fracasado el G-2, etc. Siguiendo estas huellas, el 9 de febrero de 1945 el *Washington Times-Herald* y el *Chicago Tribune* aludieron al plan de Donovan, y que el presidente preparaba una Gestapo que “remplazará todos los servicios policiales y de Inteligencia federales, incluyendo el G-2 del ejército, el sector de Inteligencia de la Marina, el FBI y la Agencia de ingresos internos”. Se trataba de una fuga de información sin par, ¿pero quién había osado llevar el asunto a la prensa? En 1970, Ford se lamentaba: “La fuente no fue descubierta”. Cline supuso en 1976 que “Edgar Hoover probablemente informó de la proposición a la prensa”, pero sólo en 1978 Colby concluyó con autoridad: “Hoover lo entregó (el texto del memorando de Donovan a Roosevelt) al periodista”.¹ En 1978 se podía ser audaz en las páginas de un libro. Hoover había muerto hacía varios años.

La muerte de Roosevelt le restó apoyo a Donovan. La OSE era una institución muy personal de Roosevelt, y éste se llevó a la tumba los designios relacionados con el servicio de “Inteligencia” que Donovan proponía crear para después de la guerra. Truman fue asediado por todos los rivales de la OSE; la jauría estaba dirigida por Hoover. Señalaban lo evidente: el desenlace de la guerra lo habían decidido ejércitos de muchos millones, ¿y dónde estaba el aporte de la OSE? La Oficina no había conquistado para los EE.UU. ningún país, es decir, que sus pretensiones eran exageradas. La OSE hacía bien muchas cosas, pero la esfera de influencia de Donovan se extendía sólo de Europa a Birmania. El general McArthur no había permitido el acceso de la OSE al Pacífico y se las había pasado maravillosamente con el G-2. ¡Miren los resultados de la guerra en el Pacífico! América Latina durante toda la guerra le correspondió al FBI. ¿Es que allí se combatió peor contra los agentes de las potencias del “eje”? Y un ejemplo más reciente: el teniente John Birch de la OSE, después de capitular Japón, fue enviado a China con una misión sencilla: ayudar a liberar a los estadounidenses prisioneros en un campamento japonés. ¡El papanatas se dejó fusilar por los chinos!²

¹ C. Ford. Op. cit., pp. 304, 300, 303; R. Cline. Op. cit., p. 85; W. Colby and Peter Forbath. Op. cit., p. 59.

² Ford señala: “Aunque John Birch no tenía opiniones derechistas radicales, el nombre de este temprano mártir víctima del comunismo, al pasar los

Los rivales atacaron precisamente lo que constituía la fuerza de Donovan: las operaciones clandestinas de la OSE. Por lo visto ignoraban simplemente los tortuosos caminos que tuvo que seguir el Gobierno de Roosevelt para alcanzar lo que parecía desde el exterior sólo victorias de las fuerzas armadas. ¿Y Truman? Pues nada. El arma preparada para la mano del avezado político Roosevelt —la OSE— resultó inelevable para el hombre que sólo medio año atrás era senador. Se necesitaba tensar los hilos que se habían aflojado debido a la muerte de Roosevelt y, en general, debido al fin de la guerra, en tanto que Hoover, con su cara de viernes, apretaba los labios al lado. Truman disolvió la OSE, mejor dicho, la dividió en dos: el Sector de Inteligencia y Análisis pasó al Departamento de Estado, y las secciones de los agentes de Inteligencia y el contraespionaje, a la secretaría de Defensa.

Pero ya el 22 de enero de 1946, Truman creó el Grupo Central de Inteligencia, que restableció algunas funciones de la OSE. En el verano de 1946 Truman dio a entender a Hoover quién era el amo: la competencia sobre América Latina fue arrebatada al FBI y pasada al grupo recién organizado. Se hizo lo que no logró hacer Donovan con Roosevelt. En tanto, se dice en la historia oficial de la CIA, “en marzo de 1946 los servicios de inteligencia del Ejército, de la Marina y de la Fuerza Aérea recibieron la orden de dar en el más breve plazo posible, junto con el Grupo Central de Inteligencia, la apreciación informativa más calificada sobre la Unión Soviética. El estudio pensado con un amplio enfoque se inició en una atmósfera de urgencia... Durante su realización se reveló una aguda contradicción desde el principio... Cada uno de los organismos estaba interesado en el proyecto desde el punto de vista de sus propósitos... la función de enlace entre los departamentos prevista para el Grupo Central de Inteligencia quedó reducida al papel de un vulgar redactor. El informe fue concluido sólo después de dos años, en marzo de 1948”.¹

Fue terminado cuando ya existía la CIA y procedía al cumplimiento de sus funciones.

6

años, fue expropiado por la sociedad de extrema derecha norteamericana”.

¹ *Final Report... Book IV*, p. 13.

Historiadores estadounidenses, sobre todo los llamados “revisionistas” en los EE.UU., en el transcurso de decenios han discutido acaloradamente acerca del origen de la guerra fría. Los “revisionistas” mostraron en la divisoria de los años sesenta y setenta que la responsabilidad por la guerra fría recae plena y exclusivamente sobre el imperialismo yanqui. Fueron denominados “revisionistas” precisamente por expresarse contra el punto de vista oficial. Estando totalmente de acuerdo sobre este punto, tenían divergencias sólo en los detalles: cuándo precisamente comenzó los EE.UU. la guerra fría. Unos referían este momento a abril de 1945, los primeros días de Truman en la Casa Blanca; otros señalaban marzo de 1946, el discurso de Churchill en Fulton, etc. ¡Las discusiones siguen!

“Los largos debates sobre el origen de la guerra fría —observa Powers— en opinión de los veteranos de la OSE son una verdadera tontería. Saben por experiencia propia que la guerra fría desde su comienzo fue la continuación de la guerra de verdad”. Secciones de la OSE llegaron a Berlín con las tropas de ocupación estadounidenses y “se dedicaron a las mismas cosas respecto a los rusos (determinación del número y localización de las unidades militares, de los órganos de control político), y por los mismos medios (a través de agentes) aplicados sólo unas cuantas semanas antes a Alemania. Todavía nadie había llamado a Rusia enemiga, pero la trataban precisamente como tal”¹.

Los servicios especiales estadounidenses recogieron inmediatamente a cuantos habían servido a los hitlerianos en el territorio ocupado a la URSS y habían huido cuando la retirada de la Wehrmacht. Se conoce muy poco de cómo, primero la OSE y luego la CIA, protegieron y emplearon a los empedernidos verdugos y asesinos. Es un secreto estrictamente guardado hasta el presente por la CIA. En mayo de 1982, John Loftus, antiguo funcionario del Departamento de Justicia de los EE.UU., comunicó a la prensa datos según los cuales, tras la victoria sobre Alemania, la OSE y en adelante la CIA permitieron en secreto la entrada a los EE.UU. de unos 300 mercenarios hitlerianos que habían cometido atrocidades en Bielorussia.

Las leyes de inmigración de los EE.UU., como es sabido, son bastante rigurosas. La gran “democracia” alardea de no dar cobijo a

¹ T. Powers. Op. cit., pp. 24-25.

“fascistas”, como lo son, sin duda, los tipos despreciables enumerados por Loftus. Se produjo un pequeño escándalo. Se comprobaron las listas de las personas llegadas a los EE.UU. en aquellos años, incluidos quienes lo hicieron conforme a la ley de 1948, que permitía al presidente autorizar el ingreso por consideración propia, sin contar con las autoridades de inmigración: 100 personas. Ni rastro de aquellos 300 de Bielorrusia. Se comprende: según *The Washington Post* habían sido empleados en los EE.UU. como “espías y propagandistas en la guerra fría contra la Unión Soviética”.¹ Las manos de muchos de ellos estaban manchadas con la sangre de decenas de miles de personas asesinadas en Bielorrusia en los años de la ocupación nazi.

Con actos complementarios de la CIA y los departamentos interesados se enterró el asunto, alegando la antigüedad, y que parte de ellos se suponían muertos y otros jubilados. Un dirigente de la provocadora radio *Europa Libre*, a quien le señalaron que algunas de esas personas continuaban empleadas en esa emisora, respondió cínicamente: “No puedo juzgar qué hicieron esas personas hace 40 años”.²

El espionaje, en el sentido comúnmente entendido, fue, naturalmente, una de las ocupaciones de la CIA desde sus primeros días, pero no era sino la labor de rutina, que no provocaba emociones especiales entre los colaboradores de la Agencia. Un trabajo como otro cualquiera. El verdadero entusiasmo de quienes cubrían los numerosos cargos vacantes en la CIA, que crecía rápidamente, lo provocaba la función oficialmente designada para realizar “operaciones secretas” o, simplemente, la actividad subversiva. La mayoría de los funcionarios de la CIA veían en ello el sentido de la Agencia y el sentido de la propia vida.

Prouty, profundo conocedor de los asuntos secretos y con muchos años de experiencia, señaló:

“La CIA usa las funciones de Inteligencia para encubrir sus operaciones. Más aún, la CIA utiliza su propia Inteligencia como iniciadora de operaciones secretas. Esto complació en su tiempo al general Donovan, cuando el presidente Roosevelt le dio riendas al ponerlo de jefe de la OSE, y es la fuerza motriz de los agentes de operacio-

¹ *The Washington Post*. May 18, 1982.

² *The Washington Post*. May 17, 1982.

nes de la CIA desde aquel tiempo”.¹

Esos fueron días y años emocionantes para los veteranos de la OSE reintegrados a sus actividades. Rositzke escribe que “a mediados de 1948 la Casa Blanca consideraba que la guerra con la Unión Soviética era inminente. En la cabeza de los colaboradores de la Sección de Operaciones Especiales de la CIA no cabían dudas al respecto. La Unión Soviética era el enemigo, y el 'objetivo soviético', la misión de nuestra Inteligencia. Nos consagramos profesional y emocionalmente a este único propósito. Nos considerábamos partícipes de una cruzada estadounidense contra Stalin como en la anterior contra Hitler. Trabajábamos día y noche, sin domingos, en una atmósfera de impaciente tensión. La guerra fría era 'caliente' para nuestros operadores: se jugaba la vida de nuestros agentes.

Incluso ahora, cuando de las emociones de aquel tiempo se puede juzgar con relativa ecuanimidad, resulta difícil definir el ambiente público general en que emprendimos nuestro trabajo. Acuden a la mente de inmediato las palabras 'histeria' y 'paranoia', y si el sentido principal de la primera es la 'excitabilidad emocional', y de la segunda, la 'manía de persecución permanente', resultan adecuadas. Pero estos términos tienen una gran carga sintomática y vale la pena recurrir a un término más neutral: 'la mentalidad de la guerra fría'. ”²

Estos ánimos partían de la cúspide de la pirámide estatal yanqui, de donde partían las directivas y las instrucciones necesarias a los ejecutores, la CIA, entre ellos. En la historia oficial de la CIA se destaca especialmente que las proposiciones de comienzo de las operaciones encubiertas primero partían no de la comunidad de Inteligencia, sino del Gobierno, el cual dio la indicación de desplegar la guerra psicológica en tiempos de paz ya en diciembre de 1946.

Primeramente se pensó encomendar esta misión al Departamento de Estado, se obtuvo el asenso de Truman, pero pronto se cambió de idea. El secretario de Estado, Marshall, “reclamó vehementemente, señalando que si estas acciones del Departamento de Estado son denunciadas, ello lo pondría en una situación embarazosa y desacreditaría la política exterior de los EE.UU.” La directiva 4/A del Consejo de Seguridad Nacional del 14 de diciembre de 1947 asignó la misión de llevar a cabo la guerra psicológica a la CIA. La historia

¹ F. Prouty. Op. cit., p. 61.

² H. Rositzke. *CIA's Secret Operations*. N.Y., 1977, pp. 1, 13.

oficial de la CIA prosigue :

“Los diplomáticos y los militares querían, naturalmente, mantener el control de las operaciones psicológicas encubiertas, pero no deseaban asumir la responsabilidad por la labor operativa. Los departamentos temían que se descubriera su asociación con estas operaciones delicadas. La CIA ofrecía todas las ventajas para la organización de las operaciones encubiertas. Más aún, en 1947 la tercera parte del personal de la CIA había servido en la OSE. La presencia del personal formado en la OSE, que tenía experiencia en estos asuntos desde los tiempos de la guerra, permitía a la CIA planear y efectuar con rapidez las acciones pertinentes. Esto, junto al aparato logístico en el extranjero, le permitió comenzar a obrar de inmediato. Además, la CIA disponía de fondos para el espionaje, y no necesitaba pedir al Congreso partidas complementarias. Por cuanto los departamentos no quisieron asumir el riesgo relacionado con las operaciones encubiertas, la CIA suministró el mecanismo conveniente”.

Según la directiva 4/A del CSN, las operaciones de guerra psicológica se definían más o menos así: “La realización de la propaganda, incluyendo la utilización de publicaciones anónimas, falsificadas o subsidiadas secretamente; acciones políticas con la participación de personas sin ciudadanía, traidores y el apoyo a partidos políticos; métodos paramilitares, incluyendo el apoyo a guerrillas y saboteadores; actividades económicas mediante maniobras monetarias”.¹

La CIA se sumergió de lleno en esta labor, empezando, naturalmente, por lo más accesible: la lucha contra las fuerzas del progreso en los países capitalistas. Es bien conocido que los Estados Unidos, a través de la CIA, intentaron minar el crecimiento del apoyo a los partidos comunistas de Europa Occidental, particularmente, en Italia y Francia.

Las directivas del Consejo de Seguridad Nacional que han sido publicadas, relativas, por ejemplo, a las acciones en Italia, están llenas de puntos suspensivos después de indicaciones de la necesidad de tomar “todas las medidas factibles”. Cline señala: “Estos tres o cuatro puntos en los documentos del CSN indican exactamente cuando 'todas las medidas factibles' —prevenir la victoria de los comunistas en las elecciones de abril (de 1948)— se convertían en

¹ *Final Report...* Book IV, pp. 28-29, 26.

acciones encubiertas en las que los diplomáticos de la embajada norteamericana no podían participar personalmente”. Pero dejemos esto. Veremos que en la parte hecha pública de la directiva 1/2 del CSN relativa a Italia, se decía: en caso de vencer el Partido Comunista en las elecciones parlamentarias, “proveer equipamiento militar y municiones a Italia con la condición de que vayan a parar sólo a los elementos anticomunistas y no se permita que caigan en manos de los comunistas”¹. La CIA tuvo una intervención masiva en los asuntos internos de Italia. ¡Bajo la consigna de la lucha contra la Unión Soviética!

Eran los tiempos del Plan Marshall, de la atronadora campaña propagandística en Occidente poniendo por las nubes los beneficios de la “ayuda” estadounidense. Se pretendió con afán crear la imagen de unos Estados Unidos “desinteresados”. ¿Cómo conjugar la alta retórica con la cínica labor subversiva que Washington desarrolló, en primer lugar a través de la CIA, literalmente en todo el mundo? Los “pinchazos” se produjeron casi inmediatamente; en todas partes estallaba la indignación con motivo de las acciones desvergonzadas de los servicios especiales yanquis.

En Washington comprendían claramente el peligro de las consecuencias del descubrimiento de la labor subversiva. Las lumbreras del Consejo de Seguridad Nacional se ocuparon de inventar para la CIA la directiva 10/2 del CSN del 18 de junio de 1948, respecto a la realización de “las operaciones especiales”. Esta directiva, hecha pública en 1978, no tiene igual por su cinismo. Estaba dedicada a la regulación de la actividad subversiva de la CIA, para lo cual se instituía una sección especial. Para que la dirección de la CIA supiera con exactitud lo que se espera de ella, en la directiva 10/2 del CSN se incluyó un punto que comprendía la definición exhaustiva de esa labor:

“Bajo el término 'operaciones encubiertas' usado en esta directiva se sobrentienden todo tipo de actividades (a excepción de las anotadas más abajo) que conduce o aprueba el Gobierno estadounidense contra Estados o grupos extranjeros hostiles o en apoyo a Estados o grupos extranjeros amistosos. Con la particularidad de que estas actividades se planean y conducen de manera que exteriormente no se manifiesta la fuente de estas actividades —el Gobierno de los

¹ R. Cline. Op. cit., p. 101.

EE.UU.—, y en caso de su descubrimiento, el Gobierno puede considerar plausible negar toda responsabilidad por ellas.

Estas operaciones encubiertas incluyen: la propaganda, la guerra económica; acciones directas preventivas, incluyendo el sabotaje, el antisabotaje, la demolición y la evacuación; la subversión contra Estados hostiles, incluyendo la ayuda al movimiento clandestino de resistencia, a las guerrillas y a grupos de liberación de refugiados; el apoyo a los grupos anticomunistas en los países del mundo libre amenazados. Estas operaciones no incluyen el conflicto armado con participación de fuerzas armadas regulares, el espionaje y el contraespionaje, el encubrimiento y el engaño en interés de las operaciones militares”.¹

Las disposiciones formuladas en la directiva 10/2 del CSN determinaron definitivamente el papel de la CIA como instrumento de erosión del régimen estatal de otros países, y de la Unión Soviética en primer lugar. Tal como se señala en la historia oficial de la CIA, esta directiva “autorizaba un incremento dramático de las proporciones de las operaciones encubiertas contra la Unión Soviética, incluyendo la guerra política y económica y las operaciones paramilitares”. George Kennan, uno de los iniciadores de la directiva 10/2 del CSN, se refirió a las medidas adoptadas en su declaración ante la Comisión Church en 1975: “Se llegó a crear dentro de la CIA una sección para las actividades de esta naturaleza, para las que se emplea mucha gente. No todo fue como esperábamos yo y otros en el Departamento de Estado. Creíamos que este órgano se utilizaría sólo en caso de necesidad”.

Los discursos de Kennan en 1975 revisten, hablando suavemente, un extraño carácter. La “necesidad” de minar el régimen estatal de la URSS se establecía como una función permanente a los ojos de las personas que determinan las labores de la CIA. De acuerdo con esto, se crearon las secciones pertinentes de la CIA, unidas en la Sección de Coordinación de la Política (SCP). El aparato de la SCP era efectivamente enorme y en 1952 ya tenía filiales en 47 países.

En la historia oficial de la CIA leemos: “En las directivas políticas que llegaban a la SCP, estas actividades se estimulaban sin ser previsto un serio recuento y control. Las personalidades oficiales del Gobierno veían en la Unión Soviética una fuerza agresiva, y las

¹ *Containment: Documents...*, pp. 127-128.

actividades de la SCP eran justificadas sobre la base de esta convicción general. En varias directivas del CSN, que aprobaban estas actividades encubiertas, se promovían los más vastos objetivos y se planteaba en duros términos la necesidad de encarar el reto soviético. Después de la primera directiva de 1948, las directivas de 1950 y 1951 exigían intensificar estas actividades, sin establecerse sus criterios... Dos generaciones del personal de la agencia crecieron en las condiciones de este sistema”.¹ W. Colby subraya: “La creación de la SCP completó la formación de la CIA... y en el curso de dos décadas la Agencia existió casi precisamente como había propuesto Donovan para la OSE”.²

Aparte de las tareas puramente operativas, la directiva del CSN 10/2 puso en circulación de la política oficial estadounidense la doctrina de “la negación plausible”. Por decisión del Consejo de Seguridad Nacional, la mentira se convertía desde ahora en un instrumento de la política del Estado, lo que se ponía oficialmente en conocimiento de los servicios especiales norteamericanos en calidad de principio rector de sus actividades. La doctrina de “la negación plausible” promovida inicialmente para servir a las necesidades de la CIA, condujo a los Estados Unidos muy lejos. Como recalcó H. Rositzke, “las operaciones encubiertas con el presidente Truman raramente se hacían noticia pública, y para la negación plausible se necesitaba poco más que la declaración de 'sin comentarios'. Con el presidente Eisenhower, las acciones encubiertas alcanzaron su apogeo. Los años cincuenta son la década de los más amplios programas secretos. Eisenhower sancionó las operaciones de Irán, Guatemala y Cuba, extendió el mecanismo de propaganda encubierta creado bajo la presidencia de Truman, e intervino infinidad de veces en los asuntos internos de otros países”.³ En consecuencia, “las negaciones plausibles” crecieron como una bola de nieve.

Si es así, se aclara el origen de la vastamente conocida “crisis de la confianza”, que sorprendió a los Estados Unidos en la divisoria de los años sesenta y setenta. Vista más de cerca, no es resultado de una coincidencia de circunstancia y de defectos de algunos estadistas, sino consecuencia de la proyección de las normas de la actividad de

¹ *Final Report...* Book IV, p. 29, 31-33.

² W. Colby and Peter Forbath. Op. cit., p. 73.

³ H. Rositzke. Op. cit, p. 154.

la CIA en la política oficial de Washington. Sobre todo ello, especialmente en relación con Watergate, en los Estados Unidos se dijeron no pocas palabras desagradables.

Claro que corregidas por los redactores. Sin embargo, la mencionada tesis inédita del investigador norteamericano sobre la retórica de los presidentes Johnson y Nixon relativa a la guerra de Vietnam termina sencilla y severamente:

“La ramificación más terrorífica de una Administración deshonestas es la plena ausencia de remordimientos. La declaración denunciada como falsa es proclamada por la Casa Blanca 'inoperativa', la mentira premeditada ante el Senado, un 'error'. La Administración que se considera a sí misma por encima de la ley en los asuntos externos, recurre pronto a la táctica nazi en los asuntos internos. Como resultado, la 'Gran mentira' se ha convertido en parte del sistema de gobierno norteamericano, y el ciudadano particular no está asegurado contra los atentados criminales de la Administración... La misma retórica fue empleada al sumir al país en la guerra de Vietnam y al sacarlo del terreno pantanoso de Watergate. Hay una ironía picante en que el presidente Nixon haya resucitado la retórica, que en fin de cuentas disolvió la gran mayoría que seguía tras Johnson, y sobre todo es irónico que la retórica primitiva y gris, que gira sin fin en un mismo círculo, permite engañar interminablemente y con éxito a la mayoría del pueblo”.¹

7

W. Colfey rememoraba el comienzo de su trabajo en la CIA en la primera mitad de los años cincuenta:

“Me propusieron la misión de crear el aparato clandestino necesario en algunos países escandinavos. Con este propósito, los cuarteles centrales de la CIA enviaban a Escandinavia agentes que llegaban allí como hombres de negocios estadounidenses y con otras coberturas. Conforme a nuestra práctica, el Gobierno, el presidente o el embajador de los EE.UU. podían intervenir con 'la negación plausible' de su participación, si no se probaba la relación de estos agentes conmigo, funcionario oficial de la CIA que trabajaba en la embajada. Esto significaba que mis contactos con dichos agentes debían

¹ R. Sigford. Op. cit., pp. 199, 201.

ser tan secretos como si se tratara de verdaderos espías”.

¿Para qué estas advertencias? Colby participaba en una magnífica empresa: según los planes norteamericanos de entonces relativos a la guerra contra la Unión Soviética, como hemos visto, se esperaba en la primera etapa de las operaciones militares el repliegue de Europa Occidental ante las Fuerzas Armadas Soviéticas. Por cuanto la guerra debía empezar en el futuro más próximo, para el caso “de que los rusos tomaran todos o algunos países del continente europeo, el SCP quería crear con anterioridad condiciones para un movimiento bien armado y organizado contra los ocupantes. A diferencia de los grupos operativos que en los años de la segunda guerra mundial la OSE enviaba en ayuda del maquí y de otros movimientos de resistencia, el SCP decidió esta vez no armar ni organizar a los guerrilleros después de la ocupación recurriendo a operaciones tan peligrosas y falibles como los vuelos nocturnos, el lanzamiento de armas y municiones, y el desembarco de paracaidistas tras la línea del enemigo. Ahora teníamos la intención de crear las condiciones para la resistencia antes de la ocupación, más aún, antes del comienzo de las operaciones militares. Nuestra determinación era organizar y proveer a la resistencia inmediatamente, mientras disponíamos de tiempo y con el riesgo mínimo. Así, el SCP cumplió el importante programa de crear en los países europeos que se consideraban objetivo potencial de la ofensiva soviética lo que en la jerga de la Inteligencia se denominaba 'nidos de atrás': una infraestructura clandestina, dirigentes, armas, pertrechos. Todo ello debía entrar en acción en el momento debido para efectuar el sabotaje y el espionaje”.

Por los países de Europa Occidental iban y venían agentes estadounidenses que instalaban la red. Se organizaban almacenes secretos de armamento, se instalaban emisoras de radio, se escogían los lugares para los actos de sabotaje en las vías de comunicación, en los objetivos de importancia, etc. Parte de los agentes reclutados por la CIA entre la población local pasaba un entrenamiento especial. Colby escribe sobre su labor en Escandinavia: “La red de ciudadanos locales se creaba de modo que sus gobiernos no supieran nada de ello. No puedo nombrar los países porque no sólo rompería el compromiso con la CIA, sino también el acuerdo de cooperación alcanzado entonces con ellos, en el que se basa igualmente toda cooperación futura... En todos los países, pese a las grandes diferencias de sus relaciones políticas con los Estados Unidos y con la URSS, el

conocimiento público de que la CIA había creado 'nidos de atrás', anticipándose a la ocupación soviética, obligaría a los gobiernos respectivos a poner fin a este programa".¹

Es indudable que tales actividades de la CIA constituían una manifiesta labor de subversión, provocadora hacia la Unión Soviética, y al mismo tiempo una intervención cínica en los asuntos de los países eurooccidentales. No hay que tener mucha imaginación para figurarse la presión que dicha "infraestructura", creada para una gran guerra, ejerce sobre las fuerzas progresistas del país involucrado.

La CIA procedió a formar una clandestinidad armada en la URSS. El envío de agentes alcanzó importantes proporciones a partir de 1949. Bandidos adiestrados en escuelas de la CIA intentaban penetrar en territorio soviético por vías terrestres, marítimas y aéreas desde Escandinavia, Alemania Occidental, Grecia, Turquía, Irán y Japón. Además de la misión de crear bandas armadas, tenían la misión de reunir datos militares. El apogeo de estas actividades corresponde a los años 1949-1954. Parte de los aviones que violaban el espacio aéreo soviético pertenecían a la CIA, pero en lo fundamental eran del Noveno Ejército del aire estadounidense emplazado en Alemania Occidental.

Thomas Powers se refiere a los días cuando en Washington preparaban la marcha contra la URSS:

"Durante el auge de la guerra fría entre 1948 y 1952, a la CIA se le planteaban, en lo fundamental, tareas militares. La Junta de Jefes de los EE.MM. elaboraba los 'requerimientos', algunos de los cuales eran factibles (por ejemplo, para los agentes de Berlín Oeste), y otros, no. En una ocasión, en 1950, tres coroneles de enlace de las Fuerzas Aéreas se presentaron en un sector de operaciones de la CIA con un 'requerimiento' para F. Lindsay, jefe del sector, y su ayudante. Los coroneles aseguraron que estaba bien pensado. Era preciso preparar el sabotaje en los aeródromos soviéticos.

¡Magnífico! Pero ¿qué quería en concreto la Fuerza Aérea? Los coroneles comunicaron que para el 1º de julio de 1952 —día designado en los planes para comenzar la guerra—, en cada uno de los aeródromos tenía que encontrarse un agente de la CIA. Se hará, respondió Lindsay, pensando, por lo visto, que eso sería mucho más fácil que algunas otras tareas que tenía planteadas entonces. Sí, lo

¹ W. Colby and Peter Forbath. Op. cit., pp. 97, 82, 93, 83.

haremos. Pero el ayudante de Lindsay no estaba seguro. Preguntó: ¿Cuántos aeródromos hay en total? Unos dos mil —respondieron los coroneles—. Algunos con pavimento firme y otros, de terreno natural.

“Humm” —pronunció el ayudante de Lindsay. Y pensó para sus adentros: dos mil aeródromos en toda Rusia y en Europa del Este. Preparar y enviar en menos de dos años por lo menos dos mil agentes. Dios sabrá cuántos explosivos con ellos. Para inutilizar un aeródromo de terreno natural se necesita un bombardeo masivo, y de todas maneras a las pocas horas las pistas de despegue y aterrizaje serán restablecidas... El ayudante de Lindsay preguntó qué métodos de sabotaje se pensaba emplear”.¹

Los coroneles prometieron informar más tarde, y en la CIA no volvió a oírse de este plan de la Fuerza Aérea.

La decisión de destinar los agentes más importantes se tomaba a veces al más alto nivel. Durante la presidencia de Eisenhower ocurrió algo que se desarrolló aproximadamente así. El director de la CIA, Allen Dulles, se presentó en casa de su hermano John, secretario de Estado, y le informó de una próxima operación secreta de la cual se esperaban grandes resultados. El secretario de Estado, sin moverse de su lugar, se comunicó por teléfono con Eisenhower: “Jefe, ¿qué tal le va hoy en Burning Tree (campo de golf)?... Bueno, seis hoyos es mejor que nada... Sabe, he hablado con Allen. Espera que usted apruebe un asunto. Cree que es importante y que elevará la moral de los muchachos de Frank (Frank Wisner, jefe del SCP). Como sabe, desde Corea y Guatemala no les hemos dado mucho para hacer. ¿Quiere verlo mañana? Muy bien. ¿Qué tal Mami (la esposa del presidente)? Bueno, jefe, le diré a Allen. A las 9:30 de la mañana. Gracias, buenas noches”.² Eso es todo. La operación está concertada, y los señores de acuerdo. Unos cuantos tontos reclutados por la CIA son enviados a una muerte segura.

Primeramente, teniendo en cuenta una guerra cercana, al enviar a sus agentes a la URSS, en la CIA abrigan sueños dorados. En cierto grado, estos sueños eran alimentados por materiales de los servicios especiales hitlerianos que trabajaron contra la Unión Soviética, y heredados por la CIA. Por ejemplo, la técnica completa de

¹ T. Powers. Op. cit., pp. 37-38. F.

² Prouty. Op. cit., p. 164.

preparación de documentos falsos aparentemente soviéticos. Pero el optimismo inicial se esfumó muy pronto. En la CIA se trazaban analogías directas con el trabajo de la OSE y predominaban “teorías” en cuanto a que sus agentes encontrarían en la “clandestinidad” en los países socialistas una acogida calurosa. Se derrumbaron esos sueños. No ocurrió nada semejante. Salvo contadas excepciones, los agentes de la CIA no encontraron colaboradores. Cline comenta a este respecto, secamente, que “el legado de la OSE resultó, en el mejor de los casos, muy dudoso, y en algunas ocasiones condujo a un desastre”.¹ Lo último es justo: la liquidación total de la red de agentes yanquis enviados a la URSS fue, sin dudas, un desastre para la CIA.

La dirección de la Agencia se sumió a mediados de los años cincuenta en meditaciones de carácter muy penoso. Rositzke, uno de los dirigentes del transporte de los agentes a la URSS por el aire, resumió:

“Visto en retrospectiva, no resulta difícil hacer el resumen del programa de choque de envío de agentes: los resultados no justificaron los esfuerzos... He hablado con el nuevo director de la CIA (Allen Dulles). Pasando revista a los resultados desde el primer lanzamiento en 1949, comentó meditativo: 'Al menos hemos obtenido la experiencia necesaria para la futura guerra'. Esta guerra para él, como para muchos otros en Washington, estaba bien cerca. El transporte de agentes con equipos de radio por aire cesó prácticamente en 1954. No sólo porque las pérdidas y los esfuerzos eran demasiado grandes... Las infracciones ilegales del espacio aéreo soviético fueron calificadas como lo que fueron en realidad siempre: una provocación directa”.²

¿Cómo, pues, en la CIA se acordaron de repente de la “legalidad”, en este caso del Derecho Internacional? Por muchas razones. Por numerosas que fueran las analogías seductoras que trazaban los dirigentes de la CIA con arreglo a la teoría predominante entonces en Washington del “modelo totalitario” del socialismo, la triste experiencia puramente empírica —el fracaso de los agentes yanquis— demostraba otra cosa: la unidad política y moral de la sociedad soviética. La suerte que esos agentes corrían era mucho más

¹ R. Cline. Op. cit., p. 76.

² H. Rositzke. Op. cit., pp. 37-38.

elocuente que las habladurías de los “sovietólogos”, que proliferaban por entonces en los medios académicos de los EE.UU. Es muy probable que haya sido la práctica de la CIA más que las disputas teóricas la causa reveladora del callejón sin salida al que conducía la tesis del “modelo totalitario” del socialismo elaborado por la “sovietología”. Sus adeptos se vieron forzados a cambiar esa calificación e idear otras teorías.

Lo principal era que en agosto de 1953 la Unión Soviética probó su arma termonuclear. Con la particularidad de que el modelo portador apareció en nuestro país antes que en los Estados Unidos. Esto asombró a los líderes políticos y a los estrategas estadounidenses.

Carl Sulzberger, corresponsal de *The New York Times*, entrevistó en 1954 a D. Bruce, embajador estadounidense en Inglaterra. Bruce, veterano de la OSE, confiaba en Sulzberger, bien conocido en la CIA, y le habló de las preocupaciones de la Junta de Jefes de los EE.MM.:

“La concepción de Radford (presidente de la Junta. —*N.Ya.*) consiste en que la ventaja relativa de los EE.UU. se va perdiendo, los rusos van ganando al conservar sus ventajas en las armas convencionales y procuran alcanzarnos en los nuevos tipos de armas. Algunos teóricos creen necesaria, por eso, una guerra preventiva”.¹

Una cosa es hablar de guerra y planearla, pero ¿cuando se trata de la guerra nuclear? Nixon anotó el intercambio de opiniones sostenido en la reunión del Consejo de Seguridad Nacional del 25 de marzo de 1954:

“Se discutió la estrategia de los Estados Unidos en caso de una gran guerra con la Unión Soviética. En la Junta de Jefes de los EE.MM., las opiniones sobre este punto estaban divididas. El presidente habló de una manera tan enfática como nunca lo había oído. Señaló que éste es un problema primeramente del Comandante en Jefe. Dijo que la única política válida para nosotros es lograr la victoria ya al comenzar la guerra. Bajo ninguna circunstancia debemos contenernos en asestar golpes porque alguien considere que la victoria completa crearía más problemas que una victoria obtenida por medio de una guerra limitada. Recalcó que ante un enemigo que posee tales tipos de armamentos, no cabe hablar de sostener una guerra limitada. Se trata de bombas de un potencial destructivo

¹ C. Sulzberger. *The Long Row of Candles*. Toronto, 1969, p. 1023.

fantástico, y las pérdidas en el primer día de la guerra, llegarán a 7 millones de hombres, y al día siguiente, posiblemente, a 8 millones”.

Los líderes del Congreso, que se enteraron de las siniestras profecías del presidente, fueron a consultarle si no era hora de dar a conocer al pueblo los horrores de una guerra nuclear. Eisenhower llamó a fortalecer la defensa civil, lo que requería cierto tiempo. El senador E. Millikin observó:

“Si todo está tan mal, no nos queda sino pintar nuestros traseros con tiza y echarnos a correr como antílopes”. Todos rieron, pero la risa de Eisenhower no era muy sincera. Cuando se volvió a la discusión, dijo con bastante sequedad: “Creo que no tendremos tiempo para pintarnos los traseros de blanco, si ellos empiezan a arrojar las bombas, y nosotros no estamos preparados”.¹

Dada la nueva correlación de fuerzas, las acciones subversivas directas —motivo de la preocupación primordial de la CIA— amenazaban a los Estados Unidos con las consecuencias más fatales. Las actividades de la SCP, teniendo ante sí la perspectiva de la próxima guerra, evidentemente podían convertir la guerra posible en una realidad. El general presidente Eisenhower se imaginaba con suficiente claridad qué podría significar la guerra para los propios Estados Unidos.

Fue preciso dar un paso atrás. No en el sentido de la renuncia por parte de los EE.UU. a su rumbo respecto a la Unión Soviética, determinado por el alto mando del Estado, sino en el de la revisión de las prioridades.

En los términos usados en la CIA, la URSS era calificada cada vez con mayor frecuencia de “objetivo duro”, contra el que se rompía el arma que en su tiempo fuera el orgullo de la OSE. Los dirigentes de la CIA no llegaban a comprender de ningún modo que los medios usados por la SCP en el lustro de choque del programa descrito ya no valían para nada. La inconsistencia de la labor subversiva en aquellos años no se debía a la falta de recursos materiales o a defectos de los medios técnicos —se había utilizado todo—, sino al gran error de la concepción política que eligió la CIA como lo más importante al emprender el plan de erosionar el régimen social y estatal soviético.

Al ver que los medios del arsenal de la OSE resultaban obsoletos,

¹ *The Memoirs of Richard Nixon*. N.Y., 1978, pp. 376-377, 378.

los dirigentes de la CIA los desecharon. Claro que no definitivamente y no para siempre. Hasta nuestros días se registran redivivas y seguramente seguirá siendo así. El nuevo método sería, según juzgaron en la CIA, ablandar el “objetivo duro” —la Unión Soviética—, comenzando el trabajo desde adentro. Esto se trasluce en las directivas del Consejo de Seguridad Nacional expuestas más arriba. La reestructuración fue larga y penosa. Se puede observar en las relaciones entre la CIA y la Unión Popular-Laboral (NTS), para lo cual resulta imprescindible analizar los orígenes y trazar los contornos generales de esta organización.

8

Dime quiénes son tus amigos, y te diré quién eres. La NTS, como papel de tornasol, revela los aspectos más sucios de las actividades de la CIA, aun cuando ya contaba con dos décadas de existencia en el momento de fundarse la CIA.

En la historia ha ocurrido más de una vez: cuando vencen fuerzas nuevas y vigorosas, la vida de los defensores de una causa perdida se detiene en las posiciones donde han sido derrotadas. Continúan arrastrando la existencia física, como fantasmas pasan años, sólo vigentes los recuerdos. Viven exclusivamente del pasado, sin poder comprender cómo se llegó a otra cosa, padecen tristes ensoñaciones volviendo a librar de nuevo las batallas que perdieron para siempre.

Esta era la situación de la emigración rusa blanca después de la Gran Revolución de Octubre y de ser derrotada en la guerra civil en Rusia. Lamiendo sus heridas, los emigrados, por natural debilidad humana, veían sus empresas del pasado como algo grandioso y hasta muy heroico. Nació la leyenda de la “causa blanca” de una pureza deslumbrante, virginal. La emigración vivía en un mundo de ilusiones, de sueños fracasados. La victoria del pueblo en Rusia se atribuía a una maldición satánica. Bastaba con guardar bien la fe, rememorar a los caídos, y el encantamiento diabólico se dispararía. Al lado crecía una nueva generación: los hijos de los emigrados. Los guerreros de la causa perdida veían en ellos a sus continuadores.

Los padres supieron formar en parte de la juventud de la emigración un odio cerril a la que debió ser su patria. Envenenados de anti-sovietismo, los hijos decidieron que el “movimiento blanco” enfermaba por falta de resolución.

Jóvenes fanáticos consideraron que los padres habían despilfarrado no sólo a Rusia, sino también los grandes bienes que a ellos les habrían asegurado una vida desahogada. ¡A la carga para recuperar lo perdido! Los fines eran vulgares y comprensibles: los bolsillos de los emigrados estaban vacíos. Además, la causa era sagrada. El metropolitano Antonio afirmaba en los años veinte: “Con el poder recibido de Dios, bendigo toda arma alzada contra el satánico poder rojo y absuelvo de pecados a cuantos forman filas en las comunidades de los insurrectos y de los vengadores solitarios del pueblo, que luchan por la causa rusa cristiana. Mi bendición ante todo a las armas y los actos de la 'Hermandad popular de la verdad rusa', que hace ya muchos años lucha de palabra y de hecho contra el satanás rojo en nombre de Dios y de Rusia. ¡Que la gracia de Dios sea con todo el que ingrese en las filas de la hermandad o acuda en su ayuda!...” En los primeros años de la emigración, los enemigos del País de los Soviets se unieron en la Alianza Guerrera de Rusia (ROVS). Continuaron la lucha armada contrarrevolucionaria organizando bandas que cruzaban la frontera soviética e infiltrando terroristas y saboteadores. No tuvieron suerte. Las razones fueron más o menos las mismas que las que entre 1949 y 1954 llevaron al fracaso al SCP de la CIA, que osó seguir los caminos recorridos décadas antes por las bandas de la ROVS. En la conferencia anual de la NTS celebrada en Francfort del Meno, en octubre de 1977, un tal Chikarleev recordó: “La ROVS llevó a cabo su lucha con métodos propios, pero posiblemente, en cierto momento, esos métodos no se adecuaban a las condiciones. Cuando bajo los golpes de los enemigos, la ROVS comenzó a perder fuerzas, aparecieron los 'muchachos nacionalistas' (bautizados así por su juventud y la concepción nacionalista), nuestros compañeros mayores de la NTS”. Estos acaso le recordaban: se hablaba del comienzo de los años treinta.

Entonces se habían reunido en Yugoslavia gran cantidad de emigrados. El régimen policíaco del país, adormecido bajo los cálidos rayos de sol de los Balcanes, mantenía una actitud tolerante, complaciente hacia los derechistas, y los anticomunistas formalizaron fácilmente su organización. En las playas de Belgrado, en encuentros secretos en viviendas pobres, jóvenes que no habían olido la pólvora en los campos de la guerra civil en Rusia, decidieron de pronto, que eran capaces de derrotar al Poder soviético.

En reuniones durante ciertas ferias, en 1932 y 1934, se creó la

NTSNP (Unión Nacional-Laboral de la Nueva Generación), llamada más tarde NTS (Unión Popular-Laboral de los Solidaristas de Rusia). Los fundadores de la organización decidieron que no se admitirían personas nacidas antes de 1895.

No se dedicaban todavía a especulaciones teóricas y programáticas. Se decidió que el medio de lucha principal sería el terror. La sede en la calle Ranka de Belgrado se llamaba “Ranka-Pusta”, y, por analogía, se denominó “Janka-Pusta” al nido de terroristas que en 1934 asesinaron en Marsella al rey de Yugoslavia, Alejandro, y al ministro de Asuntos Exteriores de Francia Jean Louis Barthou. Así empezaron. Se trazaban los proyectos más demenciales que, sobre el papel, conducirían a esos jóvenes antisoviéticos al objetivo deseado: eliminar el Poder popular en nuestro país. Tras las palabras siguieron los hechos.

V. Poremski, el único que sobrevive del ejecutivo de la organización en aquellos años, a fines de 1974 recordaba con una nostalgia fácilmente perceptible, los años previos a la segunda guerra mundial: “Nos indignaban sobre todo las discusiones políticas que se reducían a buscar a los culpables de la catástrofe, con la particularidad de que cada uno culpaba a los otros: los monárquicos a los constitucionalistas demócratas, los constitucionalistas demócratas a los socialistas, etc. Nos apartamos bruscamente de todo este ajeteo de emigrados. Empezamos a mandar a Rusia nuestros agentes a finales de los años treinta. No iban allí con visados de turistas: cruzaban una frontera bien custodiada, se arrastraban bajo la alambrada, corrían de noche por las franjas aradas, echando pimienta sobre sus huellas para evitar la persecución de los sabuesos. Iban armados. Algunos murieron baleados por los guardafronteras, otros fueron capturados y fusilados. Pocos lograron regresar por la misma frontera”.

De los entesistas no salieron osados agentes clandestinos, ni siquiera terroristas. En cuanto se trataba de actuar, los nervios flaqueaban y temblaqueaban las rodillas. Pero el odio al régimen soviético no menguaba. Aunque, en verdad, los medios de lucha nacían con frecuencia de la impotencia. Sobre este punto existe un testimonio competente, el de Divnich, presidente de la NTSNP entre 1930 y 1940.

Después de dedicar a la organización más de 30 años, en realidad, es decir toda su vida consciente, Divnich vio la luz poco antes de morir y escribió un impresionante libro de arrepentimiento. Mi-

rando atrás —los años en el extranjero, los nexos con los fascistas durante la guerra, el trabajo para los servicios especiales después de ella—, Divnich anotó: “Durante muchos años experimenté furor contra todo lo soviético... Todo lo positivo que me llegaba acerca del sistema soviético me entraba por un oído y salía por el otro. Mi cabeza estaba preparada sólo a buscar en todos los aspectos sombríos de la vida soviética. Da risa recordar hasta dónde llegaba mi odio. Tomé como regla y procuré inculcar a todos mis correligionarios que al levantarnos por la mañana era preciso planear qué hacer en perjuicio del Poder soviético, y por las tardes llevar las cuentas para comprobar que el día no había pasado 'en balde'. Cuando el día no reportaba nada, yo aconsejaba aunque fuese escupir al retrato de algún líder en el periódico... amenazaba con el puño raquítrico, atemorizaba con un zumbido de mosquito y daba la higa no al galopante jinete de Bronce¹ que había roto la calma de la Rusia moscovita, sino a los elementos que habían prendido la llama libertadora en miles de millones de almas. Vagaba como un ciego en las tinieblas, sin sospechar que yo mismo me privaba de luz”.

Ya en los años treinta la NTS estableció contactos con muchos servicios de Inteligencia: desde el polaco hasta el japonés. El antisovietismo zoológico aseguraba a los entesistas magníficas credenciales para los servicios secretos extranjeros. Pero ya entonces los profesionales de los asuntos turbios se percataron de que entre las pretensiones y las posibilidades de la NTS mediaba una gran distancia. Las habladurías de los miembros de la NTS acerca del gran número de partidarios que tenían en las URSS, vistas más de cerca, resultaban falsas. Así se arrastraron hasta los años cuarenta. La hora estelar de los “muchachos nacionalistas” llegó el 22 de junio de 1941. La Alemania fascista atacó a la URSS.

Los miembros de la NTS, tan habladores en otros casos, prefieren callar cuando se trata de qué hicieron en aquel año tan grave para el País Soviético. Pero no se puede ocultar los cabos.

Un folleto de 96 páginas. En la cubierta se lee: “Tesis programáticas y Estatutos de la Unión Nacional-Laboral de la Nueva Generación”, Belgrado, 1938. Impreso en la tipografía Mercur, Toplican Venac, 10.

¹ Es decir a Pedro Primero a cuyo monumento en Petersburgo Pushkin dedicó su poema *El jinete de Bronce*.

En el folleto se dice exacta y claramente que el objetivo de la NTSNP es: “1. Derrotar el poder comunista... 8. Establecer los derechos de la propiedad privada... 10. Impedir toda manifestación de la lucha de clases”. Estas tesis están compuestas en caracteres grandes y gruesos, al comienzo del libelo; por lo visto, para recalcar la extrema resolución. Los “muchachos nacionalistas” proclamaban que iban a organizar una “revolución nacional”, la que vendría a ser “la culminación de la época revolucionaria iniciada en 1917”. En su imaginación ya había triunfado y por ello anotaron: “La plenitud del poder estatal debe pertenecer al Gobernador de Rusia investido de poderes dictatoriales y al gobierno por él designado”.

En las “Tesis programáticas” había disposiciones de un tinte especialmente siniestro en vísperas de la segunda guerra mundial, cuando el fascismo se disponía a sumir a la humanidad en la guerra: “El único medio de liberar a Rusia... es la destrucción total e incondicional del bolchevismo. La lucha contra el bolchevismo no puede ser frenada por ninguna circunstancia, incluida la guerra. Al contrario, en las condiciones de la guerra, las masas populares se organizarán más fácil y más prontamente para luchar contra el bolchevismo, para participar en la Revolución Nacional”. Así, los entesistas se proclamaban de antemano aliados de todo enemigo de la Unión Soviética.

Russky golos (La voz rusa), periódico neoyorkino, dio un breve resumen de la hoja de servicios de los entesistas en los años de la guerra. El periódico escribía: “El verdadero ‘florecimiento’ de la organización corresponde a los años de la guerra de la Alemania de Hitler contra la URSS. El NTS se convierte en filial de los servicios alemanes de espionaje y contraespionaje, trabaja junto a ellos en la tierra soviética ocupada.

“Tanto los viejos emigrados, como Okolóvich, Olgski, Poremski, Stolipin, Redlij y Rar, como los ‘Nuevos emigrados’ (los traidores a la patria en los años de la segunda guerra mundial) —Artiómov, Krushel, Garanin, Svetlanin y otros— tuvieron las más cordiales relaciones con la Gestapo y muchos de ellos vertieron la sangre de los soviéticos.

Okolóvich, uno de los dirigentes de la NTS, encabezó durante la guerra con diferentes seudónimos, grupos de provocadores de la Gestapo en Smolensk, Vítebsk, Orsha, Minsk, Boríssov, Bobruisk. Tomó parte reiteradas veces en acciones represivas contra los guerri-

llos. En cuanto a otros viejos emigrados, miembros de la NTS: Olgski fue miembro del Sonderstab R, órgano de contraespionaje hitleriano, en Minsk y Slutsk; Rar, en Letonia, colaboró con los ocupantes, trabajó en la secretaría del 'comité vlasovista'¹; Artiómov impartió enseñanzas en la escuela de propagandistas fascistas y fue simultáneamente informante de la Gestapo, vigilando a los dirigentes de la NTS. Tal vez con estos mismos propósitos la Gestapo lo incluyó en la composición del 'comité vlasovista'...”

La postura del periódico *Russky golos* es comprensible. Refleja las miras de la parte de la emigración rusa que a partir de 1917 no se asoció con los enemigos de la URSS. Cubrían de ignominia a quienes tomaron parte en la marcha de la Wehrmacht hacia el Este. En las acciones de los traidores actuales ven con razón la continuación de la traición de los vlasovistas y, desde este punto de vista, no advierten entre ellos ninguna diferencia. La leyenda usual de la NTS en nuestros días es la afirmación de que los miembros de la NTS y los vlasovistas pretendían ser una “tercera fuerza” en los años de la guerra, que su camino no consistió en servir al Reich fascista. Para forjar este mito se gastó no poca tinta y papel. Testigos de los acontecimientos, incluidos quienes no sentían amor a las ideas comunistas, nunca tomaron en serio estas habladurías. Algunos vlasovistas y entesistas, temiendo una justa venganza por sus crímenes, después de la derrota de Alemania, se ocultaron tras la línea de demarcación y se encontraron en la zona de las tropas yanquis. Allí aseguraron que odiaban al comunismo, afirmaron que eran una “tercera fuerza” y tantearon las posibilidades de entrar a servir a los nuevos amos. Entonces, los resultados de las entrevistas y las conversaciones con los norteamericanos fueron desconsoladores para los traidores.

El coronel del “ejército” vlasovista Aldan (Nerianin) que estuvo con un grupo de traidores en la zona de ocupación estadounidense en Alemania Occidental, experimentó en su propio pellejo el odio y la ira que el hombre común de los Estados Unidos sentía hacia quienes habían traicionado su patria de origen. “Durante los primeros encuentros con los soldados y oficiales del Ejército Ruso de Liberación (ROA), en los rostros de los soldados estadounidenses, al enterarse que éramos rusos, se dibujaba una amplia sonrisa. Nos daban palma-

¹ Vláyov: traidor a la patria soviética. En los años de la guerra encabezó las formaciones antisoviéticas creadas por los hitlerianos.

das en el hombro: ¡Oh! ¡Russian, Russian!', nos metían en las manos cigarros, bizcochos, chocolate y mostraban, en general, todo tipo de atención; pero en cuanto caían en la cuenta de que esos 'russian' no eran los rusos que ellos creían, su actitud cambiaba de inmediato. De modo ostensible nos daban la espalda, cambiaban de mano el arma y, encendiendo un cigarrillo, escupían con indiferencia a los pies de nuestros soldados y oficiales”.

Los traidores, aturridos, al comienzo atribuyeron eso a la ignorancia de la tropa del ejército de los EE.UU. Pero, cierta vez llegaron al campamento unos cuantos oficiales estadounidenses que, tras escuchar las lamentaciones acostumbradas de los vlasovistas, declararon: “No llegamos y no llegaremos a comprender cómo, ustedes, rusos, estuvieron contra su país cuando este libraba una lucha desigual contra un enemigo extranjero... Llevan uniforme alemán, armas alemanas, tienen dinero de los alemanes, por lo que sus llamadas relaciones 'contractuales' con los alemanes son pura ficción, y lo saben ustedes perfectamente... No comprendemos su línea de conducta y estamos resueltamente contra ella. Los estadounidenses comunes, que han oído hablar durante todos los años de guerra de los rusos que lucharon hombro con hombro junto a nosotros contra los nazis, jamás los comprenderán a ustedes”.

Esta actitud hacia los traidores se debía no sólo a la reciente colaboración militar del pueblo soviético y el estadounidense, sino también a la clara conciencia de que los vlasovistas y los entesistas sólo eran escoria fascista. Compartían una ideología, cuyos portadores habían creado una amenaza mortal para toda la humanidad civilizada, incluyendo a los Estados Unidos. En otros términos, eran fascistas. Cualquiera que fuera el tinte que tome la NTS en nuestros días, no logrará limpiar esa mancha.

Más aún. La NTS fecundó con ideas fascistas a los estúpidos bandidos que se unieron a Vlášov, proporcionándoles la “ideología”. Siguiendo las mejores tradiciones de la propaganda de Goebbels, los autores del manifiesto que proclamaron en octubre de 1944 la creación del “ejército” vlasovista, lo iniciaban con una declaración grandilocuente: “La guerra mundial que transcurre es una lucha a muerte entre los sistemas políticos opuestos. Luchan las fuerzas del imperalismo encabezadas por los plutócratas de Inglaterra y los Estados Unidos, cuya grandeza se basa en la opresión y la explotación de otros países y pueblos... Luchan los pueblos amantes de la libertad

(¡La Alemania fascista y sus satélites! —N. Y.) que aspiran a vivir una vida predestinada por su propio desarrollo histórico y nacional”. Todas estas pseudoprofundas manifestaciones no valen nada, son tópicos de la propaganda militar; pero resulta útil recordarlas, teniendo en cuenta la maña que se dan ahora los de la NTS pretendiendo demostrar que nada tenían en común con la Alemania hitleriana, mortal enemiga de la coalición antihitleriana durante la segunda guerra mundial.

¿Por qué tanta obstinación? ¿O es que tienen remordimientos? Todo resulta muy fácil. Tras la victoria sobre el Reich nazi fascista, la NTS pasó a servir a los “plutócratas” a los cuales habían estado condenando durante los años de la guerra a favor de sus anteriores amos. Les sirve hasta hoy día y, claro, resulta inoportuno y además inútil rememorar en nuestros tiempos los días pasados.

La historia de cómo la NTS se puso al servicio de la Inteligencia inglesa espera aún la pluma de un satírico. En la barahúnda que siguió al derrumbamiento del Reich nazi fascista, los activistas del NTS supieron echar polvo a los ojos de los altivos grandes maestros en asuntos secretos, como se autovaloran los dirigentes del *Intelligence Service*.

Sin haber podido siquiera tomar aliento luego de huir ante la victoriosa ofensiva del Ejército Rojo, los entesistas empezaron a tartamudear sobre la red de agentes que habían dejado en la Unión Soviética. Consiguieron estafar así al *Intelligence Service*. Los agentes ingleses creyeron que hasta ellos habían llegado corriendo apenas los grupos de avanzada del poderoso ejército de la NTS, y que los demás estaban prestos a cumplir los planes del *Intelligence Service*. En el cuartel general del IS, seguramente, conocían mal la historia de la NTS y no podían comprender que los luchadores fugitivos contra el comunismo se mueven con paso rápido, y al aparecer el menor indicio de peligro se disparan a más no poder. Dicho en breves términos, allí había llegado no la vanguardia, sino prácticamente toda la NTS con su composición muy venida a menos.

Esos miserables tuvieron mucha suerte. A cambio de sus fantásticos relatos acerca de los innumerables simpatizantes que tenían en la URSS, recibieron muchas libras esterlinas, sobre todo en los primeros tiempos, antes de la devaluación de la divisa inglesa en 1949. Cuando la CIA supo del “éxito” de sus colegas ingleses se apresuró a establecer contactos con los de la NTS. Esta organización vendía

agentes a la CIA, y parcialmente al IS, que los trasladaban a la Unión Soviética. Entre 1951 y 1954, los órganos de seguridad del Estado neutralizaron a varios agentes enviados a la URSS por los servicios especiales yanquis e ingleses: Yakut, Kudriávsev, Pítshikov, Remuga, Mákov, Lajná, Nóvikov y otros. Todos eran “cuadros” de la NTS.¹ No se conoce bien la reacción a estos fracasos en la CIA, pero en el IS se sintieron atormentados por las dudas. La información que llegaba a través de la NTS con referencias a las “fuentes” en la Unión Soviética resultaba inflada. La vida disipada de los dirigentes de la NTS estaba a la vista y el IS no tenía más remedio que llegar a la conclusión de que los entesistas dejaban en las tabernas el dinero destinado a la lucha contra el comunismo.

Los días 28 y 29 de febrero de 1956, en Londres se reunieron varios jerarcas del IS y de la CIA. Decidían qué iban a hacer con la NTS. Los ingleses se sentían cohibidos en este encuentro y es posible que bajaran los ojos ante los de los espías yanquis. Les pesaba tener que admitir que unos sinvergüenzas empedernidos los habían engañado durante tantos años. Los expertos del IS expusieron, se comprende, en términos parlamentarios su postura respecto a la NTS en el “Proyecto de declaración a la dirección de la NTS”. Allí se hace un triste resumen del dinero de los contribuyentes británicos tirado a la basura. En ese “Proyecto” se decía:

“1. El servicio de información inglés siempre ha declarado a la dirección de la NTS que el objetivo planteado para las operaciones conjuntas con la NTS consiste en obtener información secreta acerca de la URSS. A cambio de tal información o la posibilidad de obtenerla, el servicio inglés dispuso brindar a la NTS amplias posibilidades en instrucción, abastecimiento, transporte, orientación operativa y todo tipo de sostén...

2. Los datos secretos de espionaje pueden ser evaluados con exactitud tanto en cantidad como en calidad. Por consiguiente, desde nuestro punto de vista, expuesto arriba, siempre fue claro que tarde o temprano la labor de la NTS, en la que se gastó mucho dinero, tiempo y experiencia, sería apreciada de acuerdo con sus resultados...

...4. Los ingleses consideramos que un período de siete años es totalmente suficiente para hacer el balance del trabajo, en el que cada

¹ *Al servicio de la CIA. Denuncia de las actividades antisoviéticas de la Unión Popular-Laboral. Moscú, 1977, p. 7.*

uno de los factores de la cooperación del servicio con la NTS puede ser apreciado debidamente. Hemos llegado a la conclusión de que esta cooperación ha sido muy infructuosa, es decir, que los resultados obtenidos de ningún modo compensan el tiempo y los medios invertidos.

5. Por lo tanto, el servicio de información inglés ha decidido cesar esta cooperación en todos los campos de actividad”.

En el delicado terreno del espionaje no se puede confiar en las palabras, ni siquiera en las escritas. El IS no fue fiel a su airada decisión. Pero no es lo sustancial. Lo interesante es que el NTS pasó a cargo de la CIA. Los inspectores de la Agencia estudiaron con el pragmatismo característico las actividades de la NTS, sin dudas, a la luz de la amarga experiencia de sus colegas ingleses. Posiblemente llegaron a conclusiones similares a las expuestas en el documento del servicio inglés en lo que se refiere a las posibilidades prácticas de la NTS; pero, por supuesto, no siguió ninguna prohibición al espionaje y las actividades subversivas de la NTS, sino que se hizo algo distinto: se exigió de los cabecillas del NTS pagar por los dólares no con cuentos de sus “éxitos” en la URSS, sino con trabajo subversivo en el campo de la ideología. Este trabajo podía ser controlado de cerca: los ideólogos de la NTS residen en Francfort del Meno, en Alemania Federal.

Las inyecciones de dólares fundaron la editorial y la revista *Possev*, además de la propaganda radial de la NTS. Pero una máquina de imprimir y una emisora de radio sin materiales y, primordialmente sin ideas, no funcionan. ¿Qué y cómo imprimir y emitir? El tosco lenguaje ruso de algunos materiales de la NTS hace pensar que en su auxilio acudieron “soviétólogos” occidentales. Por signos fácilmente perceptibles, cada soviético —sabemos leer y escribir— puede reconocer los materiales que son traducidos del inglés y también el modo de pensar que corresponde a un “soviétólogo” que ha vivido siempre en Occidente. A ello se suma la insignificancia del contenido.

Tal vez lo comprendieron también en la CIA. Muy pronto los agentes yanquis apremiaron a la NTS: debéis tener vuestra propia ideología. Porque, claro, las tesis programáticas anteriores —el programa de 1938, el llamado manifiesto de Praga, y las disposiciones para los vlasovistas— eran inadecuadas para los defensores del “mundo libre”. Viviendo de los dólares, no se iban a poner a insultar a los “plutócratas” estadounidenses, como comprenderán.

Fueron días difíciles para los de la NTS. ¿Como explicar a estos pesados yanquis que la única aspiración de la NTS, su única “idea”, era obtener dólares a cambio de maldiciones contra el comunismo? Esos condenados pragmáticos les exigían ideas. Para colmo, originales, no copiadas de los “sovietólogos” occidentales.

En aquellos tiempos, entre los activistas de la NTS se encontraba K. Cherezov, quien después volvió a la URSS. Pintó un cuadro elo-cuente del indescriptible martirio que pasaron los entesistas conde-nados por la CIA a un trabajo forzado: la creación de una ideología. “Artiómov —escribió Cherezov— intensifica de nuevo sus activida-des en la NTS y, por extraño que parezca, se convierte en su 'ideólogo'. A decir verdad, tanto en cuestiones teóricas como ideológicas, Artiόmov es un profano total. Sus subterfugios 'teόricos' han llevado la 'ideología' de la NTS a tales alturas que incluso los más 'consagra-dos' no saben dónde está el comienzo y dónde el final, dónde la pregunta y dónde la respuesta, dónde la entrada y, por último, dónde la salida. En una de las reuniones a puertas cerradas de los cabecillas de la NTS, Artiόmov fue acusado, en primer lugar por Poremski, de estimar demasiado su mullido sillón y de que en esa cómoda posi-ción no sacaba todas las conclusiones lógicas con la cabeza”.¹

Con enormes dificultades, la NTS aprobó en 1958 su programa, que continúa en vigor. Es un lío tremendo, imposible de ser sometido a análisis.

El “programa” de la NTS —desvarío analfabeto— está destinado a engañar por los medios más ruines de una demagogia barata. De la misma índole son los estatutos de la NTS. Para darle una apariencia respetable, el “documento” fue dotado de una “introducción” con pretensiones filosóficas. Las primeras líneas son notables: “La po-blación del Globo corre peligro de guerra nuclear, química y bacte-riológica, peligro de superpoblación, hambre, contaminación del aire y las aguas, destrucción de los bosques, cambios catastróficos del clima. Estos peligros revisten carácter planetario y amenazan a todos los países independientemente del régimen social o político...” Después de bajar de esas alturas “filosóficas”, los de la NTS vuelven a los trillados caminos del anticomunismo.

El medio para salvar a la humanidad, como era de esperar, res-

¹ K. Cherezov. *La máscara de la NTS o la NTS sin máscara*, Moscú., 1975, p. 57.

pondía plenamente al espíritu tradicional de la NTS: el comunismo debía ser liquidado. Entonces todo se arreglaría. Así decían: “La Unión considera la liberación de Rusia la premisa necesaria para la solución pacífica de los conflictos que separan a la humanidad contemporánea” y, en consecuencia, se formula en los estatutos, “el objetivo de la Unión es eliminar la dictadura comunista”. El resultado, según la lógica de los autores de los “estatutos”: el clima mejorará, los bosques se multiplicarán, etc.

En 1980 la NTS cumplió cincuenta años. Como era de esperar, los cabecillas lo conmemoraron con una notable porción de “tufo” dedicado a los servicios especiales imperialistas. Hablaron de “las fuerzas constructivas” a las órdenes de la NTS en “las capas superiores de la sociedad soviética”. Plegaron a “directores de empresas”, “comandantes de regimientos”, “verdaderos científicos”. “A ellos apostamos —declaró Redlij—... ellos deben realizar el golpe de Estado”. ¡Fabuloso!

Todo por la desesperación de sacar algunos dólares más a la CIA.

9

Por miserables y risibles que sean las pretensiones de la NTS, sus invenciones evidencian la vida difícil que llevan sus miembros bajo la celosa mirada de los funcionarios de la CIA. Estos, por cierto, no son muy libres, pues, se encuentran, a su vez, bajo el pesado control de las autoridades.

Los ejecutores deben ser disciplinados. En junio de 1982 murió el almirante norteamericano Hillenkoetter, que sirvió durante decenios en la Marina de Guerra. *The New York Times* publicó a su muerte una necrología, casi exclusivamente dedicada a tres años del servicio del marino militar: de 1947 a 1950. Hillenkoetter fue el primer director de la CIA. El periódico consideró la necrología una oportunidad propicia para ensalzar el celo del almirante en la realización de las operaciones subversivas en ese lapso. Según afirmó el periódico, Hillenkoetter las llevaba adelante incluso cuando el “asesor jurídico de la CIA afirmaba que no eran legales”. *The New York Times* citó palabras del capellán de la Armada: el almirante “representa un ejemplo de cómo debe ser un Norteamericano”.¹ ¡Muy bien!

¹ *The New York Times*, June 21, 1982. R. Cline. Op. cit., p. 131.

Así, el criterio del “patriotismo” y otros méritos no consisten ahora, para los círculos oficiales de los EE.UU., en el servicio militar (Hillenkoetter resultó herido en Pearl Harbor), sino en la participación en los asuntos más sucios. Cline observa:

“El entusiasmo de Washington por las acciones encubiertas de todo tipo se reflejó en una serie de nuevas directivas, cada una más amplia que la anterior. En la nueva directiva 5412 del CSN sobre acciones encubiertas, aprobada en 1955, se cambió el procedimiento de control. Desde entonces todos los proyectos de operaciones encubiertas eran considerados oficialmente por el órgano '5412' o 'grupo especial'. Su nombre y composición varió con los años: 'comité 303' con el presidente Kennedy, 'comité 40' con el presidente Nixon. Pero en las directivas del CSN siempre se previó que los proyectos fuesen aprobados en nombre del presidente por funcionarios dirigentes del Departamento de Estado, del Departamento de Defensa, el presidente de la Junta de Jefes de los EE.MM. y el delegado de la Casa Blanca en el CSN.

Con los años, la responsabilidad principal en estos asuntos pasó gradualmente al asistente del presidente para la seguridad nacional, cargo que en los años sesenta y setenta ocuparon sucesivamente Bundy, Rostow y Kissinger”.¹

Así son las cosas en realidad. La línea recta que hace responsable a las jerarquías gubernamentales de los Estados Unidos confirma el carácter apócrifo de las historias sobre la autonomía de la CIA para emprender acciones sin conocimiento de los dirigentes del Estado. Verdaderamente, cuesta imaginar que los empedernidos parásitos de la NTS estén tan cerca de los cargos más altos. Es algo que escapa al sentido común. Pero eso sucede. La historia de una astuta CIA capaz de cualquier acto, por absurdo que sea, a espaldas del Gobierno conviene sobremanera al propio Gobierno, al poder. A esto se han referido historiógrafos empleados de la CIA que, muy amargados y ofendidos, escribieron en las conclusiones de la historia oficial de la CIA preparada a pedido de la Comisión Church:

“Finalmente, la mayor parte de la responsabilidad por la magnitud de las acciones encubiertas y cualquier abuso corre por cuenta de los altos dirigentes políticos. El procedimiento de toma de decisiones por el CSN ha creado un ambiente de indeterminación que permite

¹ R. Cline. Op. cit., p. 131.

considerar las acciones en cuestión sin delimitar la responsabilidad individual... A medida que crecía la escala de la actividad encubierta, los políticos encontraron útil mantener la ambigüedad en el proceso de toma de decisiones para asegurar el secreto y la posibilidad de 'negación plausible' de las operaciones encubiertas. Ninguno de los miembros del Gobierno —y menos aún el presidente— necesitaba poner su firma autorizando las actividades encubiertas. El jefe de la comunidad de la Inteligencia (el director de la CIA) era el responsable de la ejecución de estas operaciones, pero no de la decisión de su empleo. En el CSN un grupo de individuos tenía la responsabilidad colectiva por la definición de los objetivos de la política, pero ni siquiera trataron de establecer los criterios de limitación moral o constitucional de las actividades para el logro de estos objetivos. El Congreso funcionó en condiciones similares. En el Congreso un puñado de miembros del comité hacía pasar el presupuesto de la CIA. Algunos miembros del comité estaban informados de las principales direcciones de la labor de la CIA, otros preferían no enterarse de nada”.¹

Aunque los que escribieron estas cosas llaman, sin duda, a llorar con ellos la triste suerte de la CIA en la jungla del sistema estatal norteamericano, lo expresado es significativo en un aspecto totalmente diferente. Los objetivos de cualquier operación de la CIA reflejan invariablemente las miras de la dirección estatal. Y si sus intentos a veces fallan haciendo de los Estados Unidos el hazmerreír de todo el mundo, eso es ya otra cuestión.

Experimenta un nuevo fracaso no sólo la CIA, sino toda la política de Washington.

¹ *Final Report...* Book IV, p. 93.

EL “CLUB DE LOS SEÑORES” Y LA CIENCIA

1

A finales de los años cuarenta, en la comunidad académica de los EE.UU. vibró la consigna: “¡Los científicos a la CIA!” Los veteranos de la SIA—OSE se movilizaron de buen grado. ¿Cómo no? Era halagüeño servir en el “Club de los señores” como algunos llaman a la CIA. Los profesores podían esperar no sólo sueldos fabulosos, sino satisfacciones a su vanidad: se les ofrecía de nuevo participar directamente en la elaboración de los aspectos más delicados de la política estadounidense. En pocas palabras, trabajar en la nueva Oficina de Evaluaciones Nacionales (OEN), el cerebro de la CIA. Aquellos que encabezaron la Oficina a partir de 1950 llevaron consigo no sólo la experiencia personal de su actuación en la OSE, sino también los resultados de sus reflexiones acerca de la política exterior de los EE.UU. en vísperas y a lo largo de la segunda guerra mundial.

No habían desperdiciado los años de libertad académica que tuvieron entre su servicio en la OSE y la reincorporación a la CIA. Escribieron varios libros que pasaron a completar la historiografía oficial estadounidense. William Langer, en colaboración con Everett Glesson, decidió escribir cuatro volúmenes acerca los EE.UU. en el contexto internacional de 1937 a 1945. Por lo visto, su vuelta en 1950 a las viejas ocupaciones en la CIA, les permitió cumplir sólo la mitad del trabajo. De 1952 a 1954 aparecieron sólo dos volúmenes: *El reto al aislacionismo: 1937-1940* y *La guerra no declarada: 1940-1941*. Cabe pensar que los autores se refirieron a las cuestiones que consideraban principales.

Los dos volúmenes de Langer y Glesson se convirtieron en material de lectura obligatoria para todo estudioso de los acontecimientos de vísperas de la guerra y de los primeros años bélicos. No es que se trate de una interpretación excepcional de los hechos —en rigor no va más allá de la versión de Washington acerca de su política exte-

rior—, pero las 1 500 páginas de esos libros se basan en documentos a los cuales sólo estos autores pudieron acceder. Alain Guerin —historiador francés— afirma que “cuantos estudian la historia de la segunda guerra mundial conocen a Langer, pero no todos conocen que es un hombre de la CIA”.¹

En 1946, los generales Marshall y Eisenhower promovieron la elaboración de una historia del Ejército de los EE.UU. durante la segunda guerra mundial, que comprendería 99 tomos. Eisenhower sostenía que debían realizarla, en lo fundamental, historiadores civiles, pues de confiarse el trabajo a “una banda de provecos coroneles” se demoraría por lo menos 25 años. Para el alto mando estadounidense esa obra urgía, pues el estudio de las experiencias de la guerra pasada debía servir para la guerra futura. A los historiadores seleccionados se les abrió las puertas de los archivos de las Fuerzas Armadas. Cline, que escribió el tomo inicial de los 99, tuvo la posibilidad de estudiar el funcionamiento del mecanismo de poder en los EE.UU. en circunstancias de emergencia. No fue el único. A la CIA ingresaron profesores con rica experiencia teórica y práctica.

El Gobierno ardía de impaciencia por enriquecerse fabulosamente con el capital intelectual de la CIA. No escatimaba dólares. Pero Langer y compañía experimentaban cierta consternación: ¡debían escoger para la Oficina de Evaluaciones Nacionales a mil personas! Los científicos explicaron que en la ciencia la cantidad no se convierte automáticamente en calidad y que se necesitaban unas 30 personas. Después de algunas disputas, la administración asintió y, en casi veinte años de existencia de la Oficina, en ella nunca se encontraron ocupados más de cien hombres de ciencia.² Durante los primeros años, cuando en Washington tenían casi una fe pagana en la Oficina, la autoridad de Langer fue indiscutible. ¡No era para menos! Puede que los altos funcionarios imaginaran que la OEN tenía una bola de cristal gracias a la cual los científicos llegarían a señalar las vías para deshacer a la Unión Soviética.

Esa bola creció hasta alcanzar proporciones de gran tímpano de hielo. La cumbre —OEN— se apoyaba en mil empleados de la agencia de información, más dos mil personas, ocupadas en el servicio central de documentación —la biblioteca secreta de la CIA equi-

¹ A. Guerin. *Les Gens de la CIA*. Paris, 1980, p. 9.

² R. Cline. Op. cit, p. 120.

pada con computadoras— y varias secciones de investigación.¹ Cuando Langer se sentía respaldado por el director de la CIA, y éste, por el Consejo de Seguridad Nacional, aquél tenía una actitud prepotente hacia los funcionarios, independientemente de los cargos que ocuparan, digamos, en el Departamento de Estado o en las Fuerzas Armadas. Algunos testigos narran cómo Langer, clavando los ojos como un examinador a un estudiante poco aplicado, decía hostilmente con su voz gangosa: “General, todo eso son palabras vacuas, mientras que yo quiero llegar a la verdad, y que sea comprensible...”

Cabe suponer que los dirigentes de la OEN se consideraron intelectuales distinguidos. Eran siete, además de Langer: cuatro historiadores (los profesores Sherman, Kent, Ludwell Montague, Deforest Van Slyck y Sontag), Calvin Hoover, profesor de Economía; Clarence Huebner, general retirado que fuera comandante de las tropas de los EE.UU. en Europa, y el jurista Maxwell Foster. La OEN contaba con la ayuda de los “consultantes de Princeton”: George Kennan, Hamilton Armstrong, redactor de la revista *Foreign Affairs*, y el científico atómico Vannevar Bush.² Estas cosas pertenecen al pasado, y por ello los nombres resultan conocidos. Sin embargo, miles de científicos estadounidenses que trabajaron en la CIA o que siguen haciéndolo no se apresuran a hablar de sus nexos con la Agencia. Si bien la OSE fue un club de “altos funcionarios”, el espíritu de élite se manifestó aún más en los primeros tiempos de la CIA. Era un club de elegidos orgullosos de su pasado y de los grados universitarios de sus miembros. Tal como escribió en 1963 Allen Dulles, “es justo decir que tenemos un considerable número de graduados de las Universidades del Este del país. Es justo también que por el número de graduados (en el personal de la CIA hay muchos con más de un diploma) encabezan la lista las Universidades de Harvard, Yale, Columbia y Princeton.”³

La formación y el funcionamiento de la OEN coloca en la perspectiva debida el latoso debate sobre la penetración de la CIA en el mundo académico y las absurdas versiones al respecto. No fue la CIA la que penetró en el mundo de la ciencia, sino científicos, con frecuencia establecidos en la CIA desde sus orígenes, quienes deter-

¹ *Ibíd.*, p. 144.

² *Final Report...* Book IV, p. 19.

³ G. Wills, *The CIA from Beginning to End*. — In: “*The New York Review of Books*”, January 22, 1976, p. 26.

minaron la construcción de la Agencia. En todo caso, el “cerebro” de la CIA se formó tal como imaginaron los profesores que habían adquirido experiencia en los asuntos secretos ya en los tiempos de la OSE.

Las elaboraciones teóricas de la OEN se consagraron a numerosas cuestiones, con el fin de pronosticar las futuras acciones de la URSS, tantear nuestras debilidades y hacer las pertinentes recomendaciones. Como es natural, el investigador posee hasta hoy día datos extremadamente reducidos respecto a las deducciones concretas de la OEN y, por consiguiente, de la CIA. Es preciso juzgar, claro está, por los hechos: por la política estadounidense hacia la URSS, a la que invariablemente hicieron su aporte los analistas de la CIA. En los primeros años dorados de la OEN, Langer y sus colegas tenían acceso al Consejo de Seguridad Nacional. No hay duda de que el documento *Ofensiva Psicológica contra la URSS. Objetivos y tareas*, guardado en el archivo de Truman, escapó a los analistas de la CIA, o simplemente fue escrito por ellos. Este documento fechado el 10 de abril de 1951, dejó de ser secreto en 1976. Los autores subrayaban:

“La determinación de estos objetivos y tareas implica necesariamente sugerir al pueblo soviético que la alternativa al presente régimen existe. La tarea de los Estados Unidos no incluye especificar esta alternativa. En consecuencia, no vamos a presentar propuestas sobre cuestiones determinadas (colectivización, elecciones democráticas, etc.) sin obtener para ello indicaciones políticas especiales; pero toda nuestra propaganda debe implicar que la solución eventual consiste en restablecer los derechos humanos que son herencia del pueblo ruso”, supuestamente privado de ellos, por el régimen soviético.

Se trata, pues, de acciones dirigidas a restaurar el capitalismo en nuestro país. El objetivo principal de la “guerra psicológica” yanqui se planteaba, por tanto, a partir de la idea errónea que se tiene en los Estados Unidos respecto a la Unión Soviética:

“Es preciso ampliar la distancia que existe entre el pueblo soviético y sus gobernantes”.

Luego seguían recomendaciones elaboradas por la non santa alianza de espías y científicos de cómo lograr este propósito calumniando al régimen social y estatal soviético. Se imponía sólo una limitación que debían recordar los ejecutores ocupados en este cam-

po de la “guerra psicológica”:

“A d v e r t e n c i a . Esta tarea es la más fácil de cumplir, pero no hay que mostrar demasiado celo. Se trata de estimular la conciencia de la tiranía entre los que están acostumbrados a ella o los que no ven más lejos de sus narices”.

Por supuesto, eso era justo: a los calumniadores profesionales no les era difícil calumniar, es su práctica habitual, pero ¡había que ver la lógica! Vive y trabaja un pueblo en un Estado popular, y vienen los profesores de la CIA a asegurarle que vive bajo una “tiranía”. Es decir que no crean cuanto ven y cuanto saben, sino escuchen las evaluaciones que sobre el régimen soviético hacen sus enemigos a muerte. Si tales deducciones subyacen en la propaganda estadounidense —y así es efectivamente—, entonces se comprende por qué los gigantescos recursos que gasta en ella Washington se pierden en saco roto. Efectivamente, sólo en un mundo tan perverso en el sentido intelectual y en otros sentidos, pueden creer en cosas tan absurdas como la “revolución molecular” de la NTS. ¿Pero qué tiene de mejor o de peor que esto el enfoque de la “guerra psicológica” fecundado por la “ciencia” de la CIA?

Se aconsejaba insistentemente movilizar contra las ideas del socialismo lo siguiente:

“Tarea N 1. Descubrir y desarrollar los valores espirituales, las concepciones morales y éticas del pueblo soviético, especialmente de los rusos, y establecer la identidad de estos valores con los del mundo libre.

“T e m á t i c a s u g e r i d a :

a) Franqueza, piedad, generosidad, amor a la familia, hospitalidad: estos son algunos de los valores apreciados por el pueblo soviético y derivados de la vida espiritual. Este es un patrimonio común con el de los pueblos del mundo libre, pero despreciado por los gobernantes soviéticos.

b) La contribución histórica del pueblo ruso en diferentes campos creativos del mundo libre —filosofía, arte y ciencia— siempre ha sido reconocida y respetada.

c) El estudio de la literatura clásica rusa, de la filosofía política y la ética muestra que Rusia ha compartido y ha estado influenciada por las fuerzas creativas sociales y culturales que ha desarrollado Occidente. Los ideales políticos y éticos del pueblo ruso son en lo fundamental similares a los de Occidente por cuanto proceden de las

mismas fuentes espirituales; han sido adulterados en el Estado comunista, pero no han perecido.

“A d v e r t e n c i a . No debemos excedernos al hablar de la influencia occidental y dar la impresión de que hablamos altaneramente.

d) La familia rusa se funda en el amor, la confianza, la asistencia mutua y el respeto al derecho de los demás. Estos valores son comunes con los del mundo libre.

e) Los objetivos que el pueblo soviético persiguió durante la revolución —la paz, la libertad y una vida decente para todos— son concepciones básicas comunes con las del mundo libre. Estas concepciones se aplican diariamente en la vida política del mundo libre.

f) Asegurar al pueblo ruso que el mundo libre no abriga designios ni contra él ni contra su país, sino que sólo busca la paz y la prosperidad para ellos en un mundo de amistad y cooperación.”

¡No faltaba más! El “mundo libre”, personificado en los dirigentes de los EE.UU., como hemos visto, se había ya dispuesto a arrojar bombas atómicas contra la Unión Soviética, a comenzar contra ella una guerra bacteriológica y a exterminar, en general, a los rusos por cualquier medio. Para hacer bajar la guardia, los propagandistas yanquis se dedican a pronunciar sentencias como las citadas, lisonjeras para los rusos. ¡Que los rusos escuchen confiados! El conocimiento de esa temática no resulta del todo inútil dado que, en realidad, en este mismo tono, con algunas pequeñas enmiendas, la propaganda estadounidense dirigida contra la URSS continúa expresándose hasta hoy día.

No menos sugestivo resulta estudiar la “temática sugerida” en los relatos acerca de los incomparables Estados Unidos, destinada a disimular la verdadera política de Washington respecto a la URSS. Por penoso que sea, nos resignamos a reproducir las recetas de la CIA, reveladoras de cuál es el nivel moral e intelectual de los estrategias de la “guerra psicológica”: “a) Los EE.UU. es un país donde se ama la paz, se respeta la soberanía y la integridad de los pueblos y las naciones.

b) Los norteamericanos distinguen al pueblo soviético de su Gobierno.

c) Los Estados Unidos nunca han sostenido una guerra contra Rusia.

d) Los Estados Unidos ayudaban al pueblo soviético en la segunda

guerra mundial antes de entrar en la guerra contra Alemania.

e) Los Estados Unidos continuó ayudando al pueblo de la URSS incluso después de terminar las hostilidades de la segunda guerra mundial (también ayudó después de la revolución mediante la Comisión Hoover.)

f) Los norteamericanos contribuyeron con sus conocimientos y su experiencia a la construcción industrial en la URSS.

g) La afición a la técnica y la ciencia en la vida diaria es común a los pueblos de la URSS y los EE.UU.

h) Nuestros países son grandes y construimos grandes planes.

i) Tenemos espíritu de pioneros.

j) En los EE.UU. viven miles de personas de origen ruso y ucranio que ejercen una importante influencia en el desarrollo de la vida norteamericana.

k) La música popular rusa y ucraniana y la música de sus compositores (incluidos los soviéticos) es interpretada frecuentemente en los Estados Unidos. Muchos destacados músicos nuestros son de origen ruso.

l) Las novelas y los relatos de los escritores rusos son muy populares en los Estados Unidos y en todo el mundo libre. El estudio de la literatura rusa figura en los programas de todas las grandes Universidades. **Observación:** Se reseñan las nuevas biografías de escritores rusos y estudios de la literatura rusa incluso si no tienen contenido político.

m) Los pueblos de los EE.UU. y del mundo libre conocen el valor, la energía y las aspiraciones de los soviéticos; muchos norteamericanos han declarado públicamente su admiración por estas cualidades.

n) Los Estados Unidos ayudan a todos los pueblos, allí donde pueden, independientemente de si están conformes o no con la política estadounidense.

o) En el teatro norteamericano continúa el estudio del sistema de Stanislavski y no se intenta de ningún modo ocultar su origen ruso.

p) El Gobierno de los EE.UU., muchas instituciones privadas y personas han intentado establecer intercambios culturales, científicos y técnicos con la URSS.

q) De la esencia de los Estados Unidos y del mundo libre, de sus ideales básicos que compartimos con el pueblo soviético, habla la literatura norteamericana y otras publicaciones occidentales que se conocen en la URSS: Steinbeck, Upton Sinclair, Mark Twain, Jack

London, Dickens, etc. Aunque varios de estos libros pertenecen a la literatura de “protesta social”, demuestran la fe en el progreso social operante”.¹

Estas son las llaves maestras que manejan quienes aspiran a corroer a la gente, llevar a cabo una labor de subversión y de siembra de falsas ilusiones. Tal es la instrucción de servicio presentada al presidente de los EE.UU. y que forma parte del arsenal de la “guerra psicológica”. La tomaron y la cumplieron en parte los mercenarios de la “guerra psicológica” reclutados por la CIA para el servicio en las emisoras subversivas contra la URSS y otros países socialistas. Al servicio de esa actividad de la CIA se encuentran, en primer lugar, las radioemisoras: *Libertad* y *Europa Libre*.

2

Desde que *Radio Libertad* empezó a funcionar, aparte de su objetivo principal —la transmisión de programas anticomunistas—, procedió a una planeada labor de espionaje bajo la dirección de la CIA. Y. Marín, ciudadano soviético que bajo el nombre de K. Neástrov trabajó varios años en *Radio Libertad*, tuvo la posibilidad no sólo de conocer en detalle este aspecto de las actividades de la radio, sino de poner a disposición de los órganos competentes soviéticos pruebas documentales, que confirmaron muestras análogas sobre la función asignada a *Radio Europa Libre*, reunidas por ex colaboradores: el polaco A. Chejovic, el checoslovaco P. Minarik y el búlgaro J. Jristov.²

Los servicios informativos de *Radio Libertad* revisten un carácter muy peculiar. Sus colaboradores, valiéndose de fuentes soviéticas, ante todo la prensa, preparan para la CIA resúmenes analíticos y pronósticos de las condiciones y el desarrollo de las Fuerzas Armadas Soviéticas, de la industria militar, del potencial económico en general, de las tendencias sociales y de la política interior características de la sociedad soviética. Los “especialistas” que forman parte de los traidores que trabajan en *Radio Libertad*, aprovechando la auto reputación de “conocedores innatos del ser y el modo de pensar

¹ *Psychological Offensive Vis-A-Vis the USSR. Objective, Tasks and Themes.* — In: *Harry Truman Library, Papers of HST President's Secretary's File (PSF)*, pp. I, 3-5.

² *Los agentes denuncian.* Moscú., 1977.

ruso”, inaccesibles para los servicios especiales de Occidente, a veces sacan conclusiones y preparan recomendaciones desde posiciones de gente “más papista que el Papa”. Es fácil comprender que su influencia en la elaboración de la política de los EE.UU. respecto a la Unión Soviética, no debe ser sobrestimada, pero no se puede desconocer que los resultados de tales labores de “investigación” constituyen un argumento más que de buen grado esgrimen los políticos estadounidenses persiguiendo fines poco decorosos.

Otro elemento de las actividades de espionaje de *Radio Libertad* es el servicio de escucha, a cargo de una sección especial, tanto de sistemas soviéticos internos de comunicación inalámbrica como de las conversaciones de los pertinentes organismos centrales soviéticos con barcos civiles y militares, submarinos y aviones en navegación marítima o aérea. Se escuchan también las conversaciones por radio y por teléfono de las embajadas y las misiones soviéticas y extranjeras acreditadas en terceros países. Se pone el mismo empeño en el espionaje dirigido contra la URSS mediante el empleo para estos fines de los encuentros y el conocimiento de ciudadanos soviéticos que viajan al extranjero. *Radio Libertad* tiene para ello sus puntos de apoyo y agentes prácticamente en todos los países occidentales.

La simbiosis de la propaganda, la labor subversiva y el espionaje bajo el techo de *Radio Libertad* es comprensible. Sus tareas fueron orientadas, en sus tiempos, por la SCP y la CIA¹, y esta orientación no ha cambiado. Es un ejemplo de la guerra psicológica. Las emisiones de las radios subversivas, opina R. Cline, “ejercían una sutil presión psicológica..., la CIA organizó esta operación por requerimientos de funcionarios oficiales estadounidenses, pero se consideraba que los programas serían más efectivos si se desconocía su vínculo con el Gobierno de los EE.UU.”²

Así se aplicaba en la práctica la concepción de la propaganda en los marcos de la actividad subversiva exactamente de acuerdo con la fórmula que mucho antes ofrecía Donovan. Este decía: “La propaganda dirigida hacia el extranjero debe ser empleada como un instrumento de guerra —una mezcla juiciosa de rumores y mentiras—, la verdad, sólo como trampa para minar la unidad y sembrar confusión... De hecho, la propaganda es el filo de la penetración inicial, la

¹ *Final Report...* Book IV, p. 36.

² R. Cline. Op. cit., p. 128.

preparación del pueblo del territorio que será objeto de la invasión. Es el primer paso; luego entra en acción la quinta columna; después las unidades diversionistas de desembarco, o los “comandos”, y, por último, actúan las divisiones de invasión”.¹

Esta disposición formulada en los años de la segunda guerra mundial, desde el punto de vista de la dirección de la CIA, tiene un valor imperecedero y no puede perder eficacia. Su aplicación real no pasó de la primera etapa señalada, pero no por falta de deseos de la CIA, sino por circunstancias que no dependen de ella. Esto lo demostró el motín contrarrevolucionario de 1956 en Hungría.

La génesis de los sangrientos acontecimientos que se desencadenaron entonces en Hungría se remonta a la labor subversiva de los servicios especiales occidentales, de la cual las emisiones de radio incendiarias dirigidas a Hungría fueron sólo su manifestación exterior. En todo caso, infundían a los amotinados una sorda seguridad de que sólo necesitaban comenzar e inmediatamente seguiría una incursión masiva desde Occidente. Sin estas aseveraciones, los contrarrevolucionarios jamás se habrían atrevido a tomar las armas.

El propio Richard Nixon, a la sazón vicepresidente de los EE.UU., apenas comenzado el motín se apresuró a viajar a Austria, fronteriza con Hungría. Allí, según sus palabras, tuvo un encuentro con un grupo de sublevados.

“Yo pregunté: '¿Creen ustedes que *La Voz de América* y *Radio Europa Libre* han contribuido a estimular la insurrección?' En sus rostros apareció una expresión de sorpresa a medida que se tradujo esta pregunta sin diplomacia. Uno de ellos dio la respuesta: 'Sí'.”²

Hasta los que posteriormente pretendieron presentar el motín como una sublevación “espontánea”, pero que entonces se encontraban entre los amotinados, señalan que allí donde se reunía un grupo de bandidos se oía sin falta la voz histérica de algún receptor que sintonizaba la onda de *Radio Europa Libre*. Los programas provocadores, destinados ante todo a ese auditorio, aseguraban a los bandidos que estaban en buen camino.

Exactamente veinte años después del motín contrarrevolucionario, *The New York Times* insertó, bajo el título *Relato del plan de la CIA en 1956 respecto a Europa del Este*, una entrevista con An-

¹ C. Ford. Op. cit., p. 125.

² *The Memoirs of Richard Nixon*..., p. 514.

gleton, quien en 1956 se ocupaba del contraespionaje y las acciones encubiertas de la CIA. El motivo de la intervención del colaborador retirado de la CIA fue, por lo visto, el deshonroso aniversario del motín y el amor propio de autor herido por la reciente aparición del libro de R. Cline, con el que Angleton no estaba de acuerdo, según manifestó, en una serie de detalles secundarios. El periódico expuso los razonamientos de Angleton de la manera siguiente:

“A mediados de los años cincuenta 'ajustamos a las condiciones creadas los grupos operacionales organizados por orden de las autoridades en 1950', dijo Angleton, refiriéndose a la directiva de la institución de la SCP, que se ocupaba del uso de los grupos operacionales paramilitares para 'no aceptar de ninguna manera el statu quo de la hegemonía soviética'. El Señor Wisner, recomendado por el general Marshall (entonces secretario de Defensa. —*N.Ya.*) para el cargo de jefe del programa de acciones encubiertas, y el señor Angleton, promovieron una 'amplia preparación'... Europeos del Este, en parte miembros de partidos campesinos de antes de la guerra en Hungría, Polonia, Rumania y Checoslovaquia, fueron entrenados en centros secretos de la CIA en Alemania Occidental bajo la dirección de expertos de la CIA. Angleton añadió que estas unidades estuvieron encabezadas por una persona que él describió como 'un líder innato procedente de Yugoslavia, que en el pasado recibió entrenamiento militar en Imperio Austro Húngaro de los Habsburgo'. Pero las explosiones en Polonia, Hungría y Rumania se realizaron prematuramente, y por ello los grupos encubiertos operacionales no pudieron entrar en acción.”¹

Apenas fue esa la razón. Tal vez esté más cerca de la verdad E. Colby cuando describe en sus memorias cómo la banda de cuervos de las secciones subversivas de la CIA, al llegar las primeras noticias de la insurrección, voló inmediatamente hacia las fronteras de Hungría:

“Desde la creación de la SCP bajo la dirección de Frank Wisner, la CIA tenía la misión o consideraba que tenía la misión de prestar ayuda militar, en la tradición de la OSE, a los grupos de la resistencia que aspiraban a derrocar los regímenes comunistas totalitarios. En el caso de Hungría llamábamos a estos grupos luchadores por la libertad... En cuanto empezó la sublevación en Hungría, Wisner y

¹ *The New York Times*, November 30, 1976.

otros altos dirigentes de la Dirección de Planes (así se llamó desde 1952 la SCP unida a otras secciones de la CIA. —*N.Ya.*), especialmente aquellos que estaban relacionados con las acciones encubiertas, se prepararon a actuar resueltamente: ayudar a los luchadores por la libertad con armas, asegurando las comunicaciones y el transporte aéreo. Para esto se destinaban las unidades paramilitares de la Agencia. Se puede demostrar que la CIA podría haber hecho esto sin comprometer a los Estados Unidos en una guerra con la Unión Soviética.

Pero el presidente Eisenhower decidió de otra manera. Por muchas que fueran las dudas en la CIA respecto a la política de Washington en estos asuntos, en aquel entonces se desvanecieron definitivamente. Se estableció una vez y para siempre que los Estados Unidos, ocupando firmes posiciones de contención de los Soviets en la esfera de su influencia existente, no pretenderá liberar una u otra área dentro de esta esfera... porque el precio puede ser la tercera guerra mundial. Wisner llegó a Viena al término de la sublevación, dirigiéndose luego a la frontera húngara para ver cuanto ocurría con sus propios ojos... Al poco tiempo se retiró por razones de enfermedad, sucediéndole en el cargo Richard Bissell. Wisner no se recuperó, fue víctima de las realidades de la guerra fría suicidándose, como el secretario de Defensa James Forrestal”.¹

Si los terroristas, incitados por Wisner, a fines de 1956 rabiaban por entrar en combate, en la Casa Blanca tenían una idea mucho mejor de la correlación de fuerzas entre los Estados Unidos y la URSS en caso de una gran guerra. Más o menos en este tiempo en Washington tuvieron la posibilidad de comprender que los EE.UU. ya no eran invulnerables a un golpe de respuesta. En este sentido fue aleccionadora la experiencia del motín contrarrevolucionario en Hungría: aunque el origen del estallido armado estaba en la actividad subversiva de los servicios especiales estadounidenses, Eisenhower no podía admitir que los acontecimientos en Hungría fueran el mecanismo de disparo de la guerra mundial nuclear.

La intervención del presidente, como es natural, sorprendió hondamente a los prohombres de la dirección de la CIA.

Desde el punto de vista de éstos, Eisenhower, posiblemente, no valía para el “club de los señores”, aun siendo el más alto dignatario

¹ W. Colby and P. Forbath. Op. cit, pp. 134-135.

del país. En todo caso, el mismo Wisner —segundo hombre en la CIA—, heredero de una fortuna incontable (los cheques para recibir el sueldo los echaba en una gaveta de su escritorio y no los cobró durante años)— perdió el juicio seguramente por la anomalía de la situación creada en su imaginación. A él, multimillonario, que servía desinteresadamente en la CIA por una “idea”, le había atado las manos un presidente que vivía de un sueldo. ¡Había razones para desesperar y pegarse un tiro en la frente!

Bissel, que sucedió a Wisner en el cargo, también era un representante típico de su clase: un multimillonario graduado de la Universidad de Yale. Encabezó en la CIA el programa de creación y utilización de los aviones espía U-2, una novedad de la técnica.¹ Como se comprende, Bissell no desatendió la labor subversiva en la ideología.² Lo acontecido en Hungría, según palabras de Colby, “brindó maravillosas oportunidades para la propaganda..., que fueron aprovechadas en lo posible por la CIA y sus aliados”.

En 1959, el Congreso de los EE.UU. aprobó la *Resolución sobre las naciones cautivas*, proponiendo a los estadounidenses llorar anualmente la suerte de éstas y llamarlas a “liberarse”. La resolución sorprendió incluso a George Kennan, quien tenía experiencia en muchos asuntos. En el segundo tomo de sus memorias, publicadas en 1972, Kennan expresó su desesperación, posiblemente sincera, por el laberinto a que había llevado a los Estados Unidos la guerra psicológica:

“En nuestro país hay elementos ruidosos e influyentes que no sólo quieren la guerra con Rusia, sino que tienen una idea clara del propósito perseguido con ella. Me refiero a los fugitivos y los inmigrantes, sobre todo los recientes, de las regiones no rusas de la Unión Soviética y de algunos países eurooccidentales. La idea que sostienen apasionada y a veces despiadadamente es simple: los Estados Unidos deben luchar contra el pueblo ruso en beneficio de estas personas para poner fin al Estado Ruso tradicional, en tanto que ellos establecerían sus regímenes en los diversos territorios 'liberados'. Estos elementos apelaron exitosamente a los sentimientos religiosos (en los EE.UU.), y, lo que es más importante, a la histeria anticomunista prevaleciente. Una idea de la influencia política que tienen lo da el

¹ T. Powers. Op. cit, pp. 57, 95-97.

² W. Colby and P. Forbath. Op. cit., p. 134.

hecho de que en 1959 hicieron aprobar por el Congreso, con ayuda de sus amigos, la *Resolución sobre las naciones cautivas*. Como admitió públicamente su oráculo —el doctor Lev E. Dobriansky, entonces catedrático adjunto de la Universidad de Georgetown—, la escribió él de la primera a la última letra. Este documento fue aprobado solemnemente en el Congreso como tesis de la política estadounidense. La resolución asigna a los Estados Unidos, en los marcos de las potestades del Congreso, la misión de 'liberar' a veintidós 'naciones', dos de las cuales en realidad no existen y el nombre de una de ellas, por lo visto, ha sido inventado por la propaganda nazi durante la guerra pasada... Es difícil imaginar algo peor de lo que querían obligarnos a hacer estas gentes: liarnos en el sentido político y militar no sólo contra el régimen soviético, sino también contra el elemento étnico más fuerte y numeroso del Estado Ruso tradicional... Sería una locura de dimensiones tan fabulosas que con sólo considerar esa idea, palidece incluso como un episodio insignificante nuestra aventura de Vietnam... Yo tenía cierta idea de los límites de nuestro poder y sabía que lo que pedían y esperaban de nosotros excedía mucho estos límites.”¹

Así mismo. Surge la pregunta: ¿acaso Kennan no sabía todavía quién mantiene y ayuda a esos criminales? Para él acaso hubiera sido una gran sorpresa si le señalaran que se apoyan en la CIA.

En Washington se iba comprendiendo el poder de la Unión Soviética, de ahí que las palabras no se transformasen en hechos que pudieran impulsar procesos irreversibles, que llevarían directamente a una gran guerra.

3

La CIA sufría continuos fracasos en sus intentos de establecer una red de agentes en la Unión Soviética, pero en lo más mínimo atenuaba sus esfuerzos en ese sentido. Es notorio que los servicios especiales yanquis siguen acumulando fracasos en ese camino. Esto en cuanto atañe a los profesionales. Pero la CIA procura en medida creciente emplear en el espionaje a personas que puedan parecer totalmente insospechables de espionaje y contraespionaje. Esto no puede dejar de influir negativamente en las relaciones de los EE.UU.

¹ G. Kennan. *Memoirs. 1960-1963*, V. II, Boston, 1972, pp. 97-99.

con la URSS. La CIA se empeña en movilizar con sus banderas prácticamente a todos los estadounidenses que llegan a la URSS o mantienen algún tipo de contactos con soviéticos, en particular los de carácter científico.

En la actualidad, para la CIA es norma que todo estadounidense que tenga alguna relación con un ciudadano soviético debe informar de ello a los servicios de Inteligencia de los EE.UU. Como es natural, no todos los estadounidenses se prestan a servir al propósito de la CIA de convertirlos, hablando lisa y llanamente, en espías. Pero estos casos son excepcionales, porque para desairar a la CIA, además de valentía personal, es necesario estar seguro de la situación y, podríamos decir, intuir la coyuntura: saber lo que se puede y lo que no se puede hacer.

K. Guenerales, respetable médico de 63 años, especialista en medicina espacial, tuvo cierta vez una sorpresa. En mayo de 1972 lo visitó una mujer, como diría más tarde Guenerales, “de pelo claro o mal teñido o simplemente sucio, de unos veinte a veinticinco años”. Se presentó como Beers, colaboradora de la CIA, y mostró su carné. La visitante empezó a decir cosas que movieron al doctor a conectar una grabadora. La mujer estaba enterada que Guenerales asistiría a una conferencia internacional sobre cuestiones de medicina espacial que se celebraría próximamente en Miami. “Dijo —refiere Guenerales— que allí habría muchos rusos y deseaba que yo los invitase a cocteles y me informara en todo lo posible acerca de qué hacen y qué piensan”. Esta proposición se hacía a un científico de renombre mundial, miembro de muchas sociedades científicas, no hacía mucho elegido presidente de la sociedad de cardiólogos de Nueva York, etc. Guenerales declinó la proposición y en señal de protesta (contra la CIA) no asistió al simposio.

El 2 de septiembre de 1972 la Beers se dirigió a él nuevamente. Llamó por teléfono preguntando a Guenerales si pensaba asistir a un congreso internacional sobre medicina espacial a celebrarse en Niza del 19 al 21 de septiembre de ese año. Por la misma razón que no había ido a Miami, el científico renunció a viajar a Francia. Además escribió una airada carta a la dirección que le dejó Beers, señalando en particular: “Tengo la oportunidad de informar a usted y a sus superiores de la Agencia Central de Inteligencia que su último mensaje, igual que su petición de mayo, de observar e informar a usted de las conversaciones privadas de los especialistas rusos en cuestio-

nes espaciales es inoportuno y, me atrevo a decir, en alto grado repugnante. El mero hecho de que una Agencia de Inteligencia se dirija a una persona conocida por su integridad, como, por ejemplo, yo, no contribuye a dar a esta persona una reputación lisonjera. He decidido escribir esto después de pensarlo mucho y pido insistentemente a usted y sus superiores que me dejen en paz”. El 5 de febrero de 1973, por la noche el despacho de Guenerales fue forzado, personas desconocidas lo registraron y se llevaron algunas cosas, incluidos la grabadora y el carrete con la grabación de la conversación con Beers.

Como es natural, Guenerales presentó una queja a la policía. No tuvo eco. En esos días se inició el caso Watergate, y Guenerales escribió una carta al general Alexander Haig, exponiendo toda la historia del detestable intento de reclutamiento y los demás hechos, pidiendo su intervención. El 17 de mayo de 1973 Haig le aseguró que el FBI estudiaría el asunto. Nada más. Guenerales pensó que Haig era un hombre muy atareado: poco después lo designaron comandante de las fuerzas de la OTAN en Europa. Por eso decidió dirigirse directamente al presidente Gerald Ford. El 10 de septiembre de 1974 le escribió:

“Recordando sus palabras al asumir la presidencia, cuando llamó a los ciudadanos a comunicarse con usted... quiero informarle a usted personalmente de los intentos de la CIA de ligarme en despreciables actividades de espionaje”.

Tal como corresponde a un científico, expuso detalladamente lo sustancial del asunto. No le contestaron. Envío un telegrama recordatorio a la Casa Blanca. El 15 de enero de 1975 fue honrado con una respuesta: el volumen de la correspondencia que llega al presidente es tan grande que la carta de Guenerales se había extraviado en alguna parte. En cuanto la encuentren, le comunicarán. Así concluyeron las instancias oficiales.¹

Cuando el periodista Wise conoció estos hechos, entrevistó a Guenerales, a quien le pidió el teléfono de Beers que, naturalmente, no figuraba en la guía telefónica por pertenecer a la CIA. Llamó reiteradas veces, sin conseguir ubicarla. En cambio alguien llamó preguntándole si aún escribía sobre la CIA, prometiéndole una visita y contarle algunas cosas sobre la Agencia. No apareció. En un libro

¹ D. Wise. Op. cit., pp. 161, 162-163.

se refiere a esto y anota con melancolía que la irrupción con fractura en las viviendas es algo rutinario en los EE.UU., y los culpables, raramente descubiertos. Así, ¿para qué hablar de un Guenerales empeñado en buscar la verdad en medio del Watergate? Los senadores Baker y Mathias, miembros de la Comisión Church, se quejaron precisamente en la segunda mitad del año 1975 a los órganos competentes estadounidenses cuando éstos “investigaban” las actividades de la CIA, el FBI y otros, que personas desconocidas habían penetrado en sus viviendas en su ausencia, sin llevarse objetos de valor ni dinero, pero revolviendo todo en los despachos. Encontraron en desorden todos los papeles. Los representantes de las agencias “investigadas” refutaron —profundamente “indignados” —toda suposición de que las incursiones a media noche en las casas de los senadores fuesen obra suya. Los ladrones, como era de esperar, no fueron descubiertos.¹ Se comprenden, por tanto, algunos motivos de la gran satisfacción, por ejemplo, del senador Baker, cuando la Comisión Church terminó sus labores, a lo cual nos hemos referido en la introducción de este libro.

Se puede afirmar que cuando se trata de cualquier contacto de estadounidenses con soviéticos, ningún contacto, directo o por correspondencia, queda al margen de la vigilante CIA. Sus agentes interrogan, directa o indirectamente, a esos estadounidenses, sin excepción; pero sólo en casos extraordinarios esto se hace de dominio público. Era preciso poseer la detestable fama de Lee Oswald, presunto asesino del presidente John Kennedy, para que se conocieran las prácticas de la CIA. Persona de seguro psíquicamente desequilibrada, Oswald estuvo de 1959 a 1962 en la Unión Soviética, donde se le dio la posibilidad de vivir y trabajar en una empresa productora de aparatos de radio en Minsk. En cuando Oswald regresó a los EE.UU., la CIA lo investigó. En la orden de servicio de la CIA donde se formulaba la tarea, se señaló: “Estamos interesados particularmente en la información que pueda proveer Oswald acerca de la fábrica donde estuvo empleado en Minsk, de determinados sectores de Minsk; los expedientes de algunas personas... Pero no lo presionen para obtener información, porque es un individuo extraño, (por eso) usen los canales posibles”. Tras el asesinato de John Kennedy, cuando entre los que investigaban la muerte del presidente se conoció el interés de

¹ Ibíd., p. 161.

la CIA por Oswald, la Agencia lo negó todo. No habían interrogado a Oswald y punto.

Sin embargo, en el libro sobre Oswald, aparecido en 1978, Epstein refiere que tuvo la oportunidad de hablar con un “psicólogo” no identificado, que vive en Washington y se especializa en interrogatorios indirectos a indicación de la CIA y otras agencias gubernamentales. Uno de los oficiales de la CIA dedicado a tareas de espionaje, le encargó a mediados de 1962 interrogar a un estadounidense que había regresado recientemente de la Unión Soviética. Tuvo un encuentro con él en la enjardinada azotea del Hotel Roger Smith, y escuchó la historia de su viaje a la URSS unos años antes, de cómo se casó con una rusa y luego decidió regresar a los EE.UU. El psicólogo recalcó el extremo egocentrismo de este hombre, casi manía de grandeza, y el modo repugnante de autoafirmación que tenía. En noviembre de 1963, cuando el psicólogo vio en los periódicos la fotografía de Oswald, reconoció al hombre al que había interrogado, indirectamente, por encargo de la CIA. Pero cuando Epstein habló con el psicólogo en 1977 éste expresó dudas en cuanto a si se trataba precisamente de Oswald, dado que, como decía, desde el interrogatorio en la azotea habían pasado 15 años.¹

Para aleccionar a la Comisión Church, ya que esto se había hecho público, el entonces director de la CIA, Richard Helms, manifestó con toda naturalidad que la CIA no veía nada extraordinario en la práctica descrita. Refirió que “desde la segunda guerra mundial, cuando los norteamericanos volvían de un viaje al extranjero con cualquier propósito, eran entrevistados por la Inteligencia del Ejército, la Inteligencia de la Marina, la de Guerra, funcionarios del Departamento de Estado y otros departamentos. Después de la fundación de la Agencia Central de Inteligencia, las entrevistas a los estadounidenses que salen al extranjero se realizan en un mismo lugar, en nuestra Agencia... Por ejemplo, el presidente de una empresa del acero viaja de Nueva York a la Unión Soviética, visita una u otra planta metalúrgica, y a nosotros nos interesa conocer qué potencia tienen, qué producen, etc. Cuando este individuo regresa, nuestros hombres le preguntan sobre todo cuanto ha visto. No hacemos presión, no pagamos dinero, no ejercemos coacción alguna. Simplemen-

¹ E. Epstein. *Legend: The Secret World of Lee Harvey Oswald*, London, 1978, p. 168.

te, damos a los estadounidenses que han estado en el extranjero la oportunidad de manifestar su patriotismo refiriéndonos todo cuanto saben.”¹

El cuadro es claro, y apenas requiere comentarios adicionales. Según la competente opinión de Helms, expresada sin vergüenza alguna ante el comité senatorial, en los EE.UU. la profesión de espía y de patriota son lo mismo.

La biblioteca del presidente Lyndon Johnson² arroja alguna luz sobre el carácter generalizado de esa práctica.

Además de la reunión de datos, los viajes de los estadounidenses al extranjero sirven a veces a la guerra psicológica en los propios Estados Unidos. Estas operaciones de los servicios especiales son preparadas y sancionadas al más alto nivel. Documentos del archivo de Johnson, hechos públicos en 1979, muestran un ejemplo sugestivo referente a los tiempos del auge en los EE.UU. del movimiento contra la guerra de Vietnam.

El 7 de mayo de 1965, Valenti, del aparato de la Casa Blanca, informó al presidente Johnson:

“Trabajo junto con la oficina de Bundy (asistente presidencial para la seguridad nacional) en la organización en los *colleges* de la contraofensiva contra el movimiento de los beatniks 'fuera de Vietnam'. Hemos creado nuestra contrafuerza, 'Amigos norteamericanos de Vietnam', bajo la dirección de buenos profesores y los financiamos con fuentes privadas”.

Estas “fuentes privadas” son harto conocidas, se trata de la CIA. Con arreglo a este plan, fueron enviados a Vietnam estudiantes escogidos que, a su regreso a los Estados Unidos, llamaban a no cesar la agresión, Cooper, uno de los organizadores de esa operación, comunicó respecto a una “brigada de agitación” en un memorando dirigido el 3 de septiembre de 1965 a Valenti y Bundy, titulado *Utilización de 19 estudiantes que vuelven de Vietnam*:

“Como ustedes saben, el objetivo del envío de estudiantes a Vietnam consiste en convencerlos de la necesidad de nuestros esfuerzos (es decir de la escalada bélica. —N. Y.) en ese país, y en que luego, en septiembre, al empezar el año docente en los *colleges*, estén dis-

¹ D. Wise. Op. cit., p. 189.

² Lyndon Johnson Library, White House Central Files, Confidential Files Countries. Co 303 (USSR).

puestos a oponerse al movimiento (contra la guerra). Su preparación en Saigón ha transcurrido muy bien, y ahora todos, hasta el último, están ansiosos de defender la política de la Administración en el sentido más amplio... Pero creo que debemos ser prudentes y no pedirles servicios inmediatamente al regreso a los EE.UU. Esto es necesario para evitar que saquen la conclusión, como sospechaban desde el principio, de que el viaje se organizó precisamente con este propósito.”¹

¡Qué sucia labor de la CIA la que se expresa entre líneas en estos documentos burocráticos! Miraron bien, comprobaron, escogieron a los candidatos al viaje. Al regreso a los EE.UU. distribuyeron entre ellos los papeles; pero no directamente, sino de manera que los propios “propagandistas” de confianza no pudieran comprender que no pasan de servir a la CIA. En esa maraña se incluían agentes, porque de no ser así ¿cómo explicar que Cooper juzgara, en los documentos aludidos, tan bien los ánimos entre el grupo de esos estudiantes supercomprobados?

Así son, en realidad, los tópicos estadounidenses sobre “libertad” de intercambios, amplios contactos y demás cosas que figuran en la retórica oficial de Washington.

Copeland, agente profesional que sirvió durante decenios en la CIA, no menos tranquilamente que Helms ante los senadores, explica en su libro sobre el espionaje yanqui contemporáneo:

“El número de estadounidenses comunes que se dirigen a los consulados soviéticos pidiendo visados turísticos es considerable; pero cuantos suponen que podrán, con siniestros propósitos (desde el punto de vista de Helms, Copeland y demás. —*N.Ya.*), penetrar a escondidas de nosotros en las instituciones diplomáticas de los países del bloque (así llaman a los países socialistas. —*N.Ya.*), digamos, apareciendo de pronto en una recepción o pidiendo un visado, se equivocan. En casi todas las ciudades de Occidente donde hay instituciones diplomáticas y consulares del bloque, todas las personas que entran en ellas son rigurosamente controladas, y siempre se puede determinar a las personas que tienen acceso a secretos de Estado y cuya deslealtad puede tener peligrosas consecuencias. Al ser identificados, estos visitantes son objeto de una intensa investi-

¹ *Ibíd.*, Co 312 (Vietnam).

gación.”¹

Durante la investigación, como ya hemos visto y volveremos a ver más adelante, la CIA no está restringida por ningún límite, ni siquiera el de la legalidad formal.

Por último nos referiremos a la correspondencia de los ciudadanos estadounidenses a destinatarios de los países socialistas. A partir de 1952, la CIA, a la que pronto se unió el FBI, controló todos los envíos postales y telegráficos sin excepción. Se abrían y leían todas las cartas, y las “interesantes” se fotocopiaban. Con el control de la correspondencia con las personas de los países socialistas, la CIA esperaba hallar confirmación a sus suposiciones fantásticas de la “penetración” de los rusos y otros misterios. En la CIA nadie dudaba del éxito de las empresas, pues, como se dice en un estudio estadounidense de los órganos de espionaje político en los EE.UU., en 1976, James Angleton, jefe del contraespionaje de la CIA, explicó por qué, en su opinión, al abrir las cartas se debía obtener información útil. Los rusos, dijo, creen que cumplimos la Constitución y que no abrimos las cartas.²

Después de mirar muchas decenas de millones de cartas, las lumbreras administrativas de la CIA no encontraron lo que buscaban, sino que tuvieron algunos disgustos.

Cuando durante las investigaciones a mediados de los años setenta se reveló que habían sido abiertas las cartas, por ejemplo, del senador Church, de Nixon, del senador Edward Kennedy, de la familia Rockefeller y otras personalidades de renombre, hubo un gran escándalo. Entonces Angleton explicó la mencionada excusa de los motivos que movieron a la CIA a meter las narices en la correspondencia privada. Por cuanto las investigaciones se llevaban a cabo bajo el signo de restablecimiento de la “legalidad”, la dirección de la CIA aseguró que no se dedicaría más a registrar como ladrones cartas ajenas. Excepto en los casos exigidos por las “leyes”.

En abril de 1980, el almirante Turner, director de la CIA, se presentó ante el congreso de la Sociedad norteamericana de editores de prensa. Tuvo que responder a preguntas punzantes sobre la práctica de la CIA de emplear periodistas. El almirante dijo sin pestañear que

¹ M. Copeland. *Without Cloak or Dagger. The Truth about the New Espionage*. N.Y., 1974, p. 176.

² M. Halperin, J. Berman, R. Borosage, C. Marwick. *The Lawless State*. N. Y., 1976, p. 142.

él no podía prometer que la CIA no emplearía periodistas en la prosecución de sus fines. Pasados unos días, el presidente James Carter, en un encuentro con los redactores de los periódicos estatales, confirmó la posición de Turner.

Los responsables de la prensa “libre”, por lo visto, quedaron asombrados por la franqueza de la administración, y decidieron aclarar la cuestión en un pequeño simposio y en artículos incluidos en el *Boletín de la Sociedad estadounidense de editores de prensa*, número de julio y agosto de 1980. La colección fue encabezada por un título imponente: *La CIA y los periodistas*. Las opiniones expresadas no dejaron lugar a dudas: practicantes de la segunda profesión más vieja estaban dispuestos a cumplir cualquier indicación de la CIA. B. Shulman (*Louisville Times*) entrevistó a Turner, quien confirmó tranquilamente: “Los periodistas deben imponerse a su reconocida independencia y servir al Gobierno si el presidente y el jefe del comité del Congreso que investigó a la CIA apoyan a su director. El patriotismo exige cumplir la misión secreta”.

El senador Huddlestons, presidente del Comité del Senado para la Inteligencia, añadió: “En la versión original de la ley sobre los estatutos de la CIA se prohibía a la Agencia contratar periodistas, sacerdotes y científicos para misiones secretas. A solicitud personal del presidente esta prohibición fue levantada”.

Hauser (editor ejecutivo de *Providence Journal and Bulletin*) relató, con un retraso de 24 años, un incidente en sus relaciones con la CIA. En 1956 visitó Moscú con un colega y, al regresar a los EE.UU., publicó una serie de artículos dedicados a ese viaje.

“Una o dos semanas después me llamó un hombre de la CIA. Dijo que se había interesado por mis materiales y que quería hablar conmigo de la visita a Rusia. Me inquirió también si no tenía más fotografías, aparte de las publicadas en el periódico. Cientos, contesté con orgullo de reportero cuya calidad había sido advertida. Me dijo que quería verlas y preguntó si no podía darle los negativos por una o dos semanas.

“Nos encontramos en el vestíbulo del Hotel Barringer (no recuerdo si me pregunté entonces por qué no nos veíamos en la redacción). Hablamos cerca de una hora, mayormente de las fotografías que llevé conmigo. Se quedó con una caja, como las de calzado, llena de negativos de 35 mm que me devolvió, tal como prometió, dos semanas después. No me pidió ninguno de mis apuntes, porque

si lo hubiera hecho, probablemente también se los habría dado.

“Luego de mis tres años de servicio en el ejército (incluido el breve tiempo que desempeñé el cargo de oficial de Inteligencia en un batallón de artillería), durante mi encuentro con el empleado de la CIA, yo comprendía perfectamente cómo la gente de la Inteligencia, reuniendo innumerables piezas, obtiene información útil.

Ante mí, nunca surgió la cuestión de si debía o no colaborar con la CIA. Soy ciudadano estadounidense, y mi Gobierno me pedía ayudarlo”.

Un relato sencillo, aunque nada emotivo, de un periodista “patriota”. En cuanto a los pocos periodistas que consideran que no es ético cooperar con la CIA, Hunter, director de *Houston Post*, explicó: “Es desagradable hacer el papel que algunos de mis colegas llaman 'de apologista de la CIA'.” Así se expresó, y luego sin pausa alguna, recalcó: “Elijan las circunstancias y el tiempo de su confrontación con mucho cuidado. Si estos factores son desfavorables, no vayan a ella. Ahora este no es el problema ni el tiempo para hacerlo.”¹

Es decir que así fue y así será.

4

La CIA ha recurrido a utilizar cualquier contacto de los estadounidenses, con los fines indicados, no por amor al arte. El volumen de ese programa muestra la inutilidad de las acciones para establecer una red de agentes en los países socialistas, ante todo en la Unión Soviética. El fracaso de los intentos que emprendió la CIA durante la agresión yanqui al pueblo vietnamita también demostró que ese camino está condenado a un inevitable fracaso. William Colby, jefe de las operaciones de la CIA en Vietnam en los años sesenta, diagnosticó las causas de su fracaso como absolutamente idénticas a las que determinaron la inutilidad de los esfuerzos emprendidos por la CIA contra la URSS y los países socialistas de Europa. Al referirse a las operaciones de la CIA contra la República Democrática de Vietnam en la primera mitad de los años sesenta, Colby recalcó:

“Los grupos infiltrados en Vietnam del Norte por aire y por mar

¹ *The Bulletin of the American Society of Newspaper Editors*. July, August 1980, pp. 8-11.

tuvieron un fin lamentable. Fueron capturados o dejaron de dar señales por radio en seguida de llegar al lugar de destino (excepto una o dos que evidentemente funcionaron bajo control del enemigo). Mi buen amigo y adjunto Robert J. Myers, ocupado desde hace tiempo en las operaciones en el Lejano Oriente (después se separó de la CIA y fue redactor de la revista *New Republic*) me urgió insistentemente cesar el sucesivo envío de grupos por ser algo obviamente inefectivo. Fundaba sus argumentos en el fracaso de nuestras operaciones similares... en Europa Occidental en años anteriores. Señaló que aquella experiencia y nuestra práctica en Vietnam mostraban que el comunismo controla a la población de una manera diferente a como lo hacían los ocupantes alemanes y japoneses durante la segunda guerra mundial, y por ello era imposible repetir las operaciones exitosas de la OSE. Estuve de acuerdo con la opinión de Myers... Informé a McNamara que el envío de grupos al Norte era inútil y no daría resultado alguno. Me escuchó fríamente y no aceptó mi advertencia. El deseo de presionar a Vietnam del Norte prevaleció, y los militares de los Estados Unidos empezaron el planeamiento y las acciones que finalmente terminaron en un vasto ataque aéreo. A los fracasos de la CIA no se les dio tanta importancia porque sus actividades no fueron de grandes proporciones.”¹

En qué terminó aquello, se conoce muy bien. En todo caso, el ignominioso fracaso de la agresión a Vietnam, aparte de muchas consecuencias, acrecentó inconmensurablemente el propósito original de la CIA de buscar la solución en la guerra psicológica dentro de los países socialistas, es decir, insistir en sus esfuerzos de descubrir y organizar sobre el terreno a los adversarios del régimen socialista para luchar y derrocarlo por su intermedio.

Tratando de mostrar al mundo una “nueva imagen” de la CIA, los dirigentes de la Agencia incrementaron la propaganda de sus logros “científicos”, que inmediatamente se hicieron patrimonio de los medios de difusión; pero bajo la marca de la “ciencia académica”, la CIA interviene como iniciadora de campañas provocadoras. A Turner literalmente le faltaban palabras para elogiar a la CIA precisamente en esta esfera. A finales de 1977 alardeaba: “Me siento infinitamente orgulloso de saber que en los últimos nueve meses hemos contribuido a la discusión pública de problemas importantí-

¹ W. Colby and P. Forbath. Op. cit, p. 220...

simos. Miren, por ejemplo, los diarios de hoy. En ellos se publican grandes artículos referentes a los problemas de la extracción de petróleo en la URSS. Nosotros dimos impulso a esta discusión en abril de 1977 al dar a la publicidad nuestro estudio sobre el petróleo soviético". En efecto, la CIA publica con frecuencia "estudios" sobre diversos problemas, tratando de moldear la opinión pública estadounidense y mundial como lo desea Washington.

Los dirigentes de la CIA insisten en que se apoyan en las opiniones de científicos que se desviven por trabajar para la Agencia. En particular se señala que, por ejemplo, en 1976 para 1 100 vacantes en la CIA se recibieron 37 mil solicitudes. Uno de los voceros de prensa de la CIA, declaró que en la Agencia trabajan, en cada rama del saber, suficientes científicos como para completar el profesorado de cualquier universidad. Para desempeñar un cargo en varias secciones se necesita, por lo menos, un título de maestría.¹ Es muy posible.

En este sentido, la CIA de nuestros días no sólo sigue fiel hasta el último punto a las prácticas de la SIA—OSE, sino que las ha desarrollado. Es lamentable, desde luego, que no pocos científicos estadounidenses muy propensos a hablar de "la libertad de la ciencia" en todo tipo de conferencias, incluidas las internacionales, dentro de la "democracia" de su país prostituyan la ciencia poniendo sus conocimientos al servicio de la CIA. No es necesario explicitar que entre las ocupaciones de la CIA no figura la protección de esa "libertad". En cuanto se refiere a las novedades, una de las más notables es la cínica exaltación de la alianza de la ciencia y el espionaje en interés del capital monopolista.

A la vez, se da una paradoja moral: permanecen anónimos los autores de los "estudios" que enorgullecen a la CIA. No quieren publicidad para sus nombres. Por razones obvias no corren en procura de laureles públicos aunque exhiben a todo el mundo esos "estudios" anónimos hechos en los ánimos de la guerra psicológica. Cabe expresar un razonamiento suficientemente fundamentado y sopesado: entre quienes se presentan como defensores de la "libertad de la ciencia" y coquetean hablando de los "derechos humanos" y otras muchas cosas, no pocos trabajan en la CIA y para la CIA. Hacen ostentación de sus firmas en libelos antisoviéticos, pero no mencio-

¹ *Dirty Work. The CIA in Western Europe*. Ed. by Ph. Agee and L. Wolf, Secaurus, 1978, p. 311.

nan que ponen esas mismas firmas en las planillas secretas de pagos de la CIA. Estos cruzados de la difamada “libertad de la ciencia”, en realidad mercenarios de los servicios especiales, en estos últimos años colocaron, por ejemplo, el fundamento “científico” para el mito del “peligro militar soviético”, que sirve a los extremistas de Washington para tratar de justificar la desenfrenada carrera de armamentos.

El curso de los razonamientos en muchas publicaciones estadounidenses recientes, donde se denigra a la URSS, es absolutamente estereotipado. Como premisa de partida sirve una “conclusión científica” de la CIA, asiéndose a la cual cada nuevo calumniador va ensartando los sucesivos eslabones que se necesiten.

Los científicos anónimos al servicio de la CIA comparan lo incomparable: los costos militares en medio de la fiebre inflacionaria de la economía capitalista, se comparan con los costos de la defensa en la economía socialista planificada. Más aún, al hacer estas comparaciones provocadoras, las ganancias de los industriales de la muerte, parte fundamental del costo de la industria de guerra estadounidense se adosan a la URSS induciendo a pensar que corresponde al armamentismo soviético. Así se obtienen cifras infladas, fantásticas, atribuidas a las inversiones de la URSS en su defensa y se las utiliza para atemorizar a los estadounidenses.

A mediados de 1978 la CIA publicó su estudio *Evaluación de los gastos soviéticos en la Defensa en rublos, 1970-1975*. SR 76-10121V. Con modestia que no le es propia, la CIA confesó que durante muchos años se había equivocado al calcular los gastos militares soviéticos para enfatizar así la afirmación de que esos gastos duplican los estimados antes por los expertos de la Agencia. La extraordinaria revelación fue estrepitosamente bienvenida por los partidarios de acelerar el armamentismo. Los “halcones” reunidos en el Centro nacional de información estratégica, especializado en la pro-palación de falsedades provocadoras sobre la “amenaza soviética” aplaudieron las deducciones de la CIA, pero no pudieron ocultar su asombro por la sorprendente contabilidad de la CIA. En una publicación de dicho Centro, en 1978, se dijo: “La duplicación por la CIA de su cálculo respecto a los gastos militares soviéticos es un paso en la dirección justa, pero la presentación de las nuevas evaluaciones plantea serias dudas concernientes a la consecuencia y lo fidedigno de los resultados.

“Primero, las evaluaciones revisadas no guardan relación con las estimaciones del producto nacional bruto soviético formuladas por la CIA para los años 1970 y 1973. La CIA no ha publicado datos del PNB soviético para otros años.

Segundo, la CIA había señalado antes que un ajuste en el cálculo de la relación entre el rublo y el dólar no pesaría significativamente en las evaluaciones. Ahora la CIA duplica sus estimados atribuyendo un 90 % del incremento al cambio de los precios. O sea, ahora todo se explica por el curso respectivo de las monedas, pero debe preguntarse cómo y por qué la CIA ha cambiado tan abrupta y rápidamente su cálculo de la relación entre el rublo y el dólar entre abril y diciembre de 1975 (sin indicar en sus cálculos anteriores la posibilidad de estos cambios radicales), y en mayo de 1976 decide doblar sus evaluaciones.”¹

Pero, como de costumbre, se trataba de un hecho consumado. Las nuevas especulaciones provocadoras de los científicos anónimos de la CIA sirvieron como anillo al dedo para otro espaldarazo a la campaña de la “amenaza militar soviética”. Siguieron declaraciones de que la URSS prepara el “primer golpe”, etc. En el prefacio a la citada publicación del Centro Nacional de información estratégica, Wilt Rostow afirmó: “En nuestro actual estado de inminente o presente inferioridad estratégica, se requiere un programa extraordinario de producción de bombarderos, misiles crucero e igualmente de perfeccionados misiles de emplazamiento terrestre y en submarinos”... En cuanto a la filosofía en estos asuntos, Rostow enfatizaba: “La pasividad es igual al suicidio... (si) nosotros y nuestros aliados no hacemos nada para la contención... Debemos retornar a la política iniciada por el presidente Truman y el secretario de Estado Acheson una generación atrás, adecuándola a los peligros y a las oportunidades del mundo cambiante.”² ¡Nuevamente el conocido lenguaje de la directiva 68 del CSN!

Que la CIA exagera los gastos de la URSS para la defensa hasta cifras absurdas, es común que lo señalen expertos estadounidenses en publicaciones especializadas. Holzman, profesor de Economía, analizando los trucos estadísticos de la CIA, señaló en 1980 que los

¹ *Arms, Men and Military Budgets. Issues for Fiscal Year 1978*, N.Y. 1978, pp. 299-300.

² *Ibíd.*, pp. XXX-XXXI.

indicadores obtenidos por los analistas de la agencia son simplemente falsos. Más aún, “En la CIA se aplican tres procedimientos que exageran sustancialmente los gastos militares soviéticos en comparación con los de los EE.UU.: 1) se subestima significativamente el costo en rublos del complejo equipamiento tecnológico de los EE.UU.; 2) se sobrestiman los gastos para el personal militar tanto en dólares como en rublos; 3) se exagera el costo del armamento de la URSS tanto en dólares como en rublos”. ¿Bueno y qué? concluye el profesor, “las exageraciones nos harán echar al aire sólo unos 5 o 10 o 20 mil millones de dólares más.”¹

La cooperación multifacética de gran parte de la comunidad científica estadounidense con la CIA no constituye sino un ejemplo, aunque de los más detestables, del servicio a los intereses de clase de la élite gobernante estadounidense. Hablando con propiedad, es el fin lógico del camino, suficientemente largo, recorrido por el llamado liberalismo político en los EE.UU. después de la segunda guerra mundial. ¿Por qué la comunidad científica estadounidense —donde en otros tiempos se hizo gala de puntos de vistas de izquierda, y una parte los tomó en serio— sirve en la actualidad con tanto celo a los órganos del poder, en particular a la CIA? Además, por lo común, viendo en ello una empresa de especial valor. La explicación general es sencilla: por el antisovietismo. De todos modos resulta difícil comprender cómo ideas retrógradas pueden dominar mentes razonadoras.

No son necesarias búsquedas profundas ya que, en la pragmática sociedad burguesa creada por la burguesía para la burguesía, se llega pronto al origen: el dinero. El inglés Godfrey Hodgson, que ha reflexionado sobre cómo gran parte de los intelectuales estadounidenses en los últimos decenios han formado filas bajo las banderas del “establishment”, observa:

“La financiación por los órganos del Estado y las fundaciones privadas ha alcanzado una escala inaudita. Los salarios y la condición social de los profesores se elevaron vertiginosamente... Para los científicos, cuyas disertaciones hasta poco antes las mecanografiaban las esposas en la mesa de la cocina, fue un gran placer convertirse en

¹ F. Holzman. *Are the Soviets Really Outspending the U.S. on Defense?*— In: “*International Security*.” Vol. 4, N 4 Spring 1980, pp. 92-93, 100.

directores de institutos de investigación, en generales al mando de ejércitos de investigadores... Muy pronto sociólogos, politólogos y hasta historiadores fueron llamados al servicio del Estado... Se les encomendaba por lo general sólo estudios que partieran del carácter permanente y primordial de la guerra fría... Si en la primera mitad de los años cincuenta a los intelectuales los amenazaban con el garrote, por cuanto existía el temor de que los indeseables serían sometidos a investigaciones, en cambio más tarde los seducían con la zanahoria, con la esperanza de hacerlos consejeros. El Gobierno no necesitaba alternativas. Esperaba soluciones. Esperaba recibirlas de hombres con un máximo de conocimientos y un mínimo de disensión.”

Los servicios especiales ofrecieron a los científicos las mejores condiciones entre los organismos gubernamentales, no sólo en el sentido de la paga. Hodgson concluye:

“El servicio gubernamental, especialmente en la OSE, predecesora de la CIA, organización hábil que mostraba predilección por los graduados de las mejores universidades, inculcó a toda una generación de intelectuales y científicos una insaciable sed de poder y la orientación a servir al Estado. “Éramos unos niños —recordó con ternura uno de ellos, Carl Kaysen, más tarde adjunto de Bundy en la Casa Blanca, y ahora director del Instituto de Estudios Superiores de Princeton—. Éramos niños, capitanes y mayores, pero impartíamos órdenes a todo el mundo.” Cuando volvieron a sus oficinas jurídicas y a sus aulas, llevaron consigo la actitud y los contactos formados en la OSE. En el futuro se encontrarían de nuevo: George Ball, David Bruce, Allen Dulles, Arthur Goldberg, John Kenneth Galbraith, Arthur Schlesinger, Walter Rostow, Paul Nitze y otros.”¹

Se encontrarían en puestos estatales superiores, en primer lugar, en la CIA, donde habían educado a sus semejantes que se destacan ahora en el descrito terreno “científico”. Debido al carácter específico de la labor de la CIA, resulta imposible enumerar por sus nombres a todos los de ahora. Vendidos completamente, sirven en los marcos de la CIA no sólo materialmente a los intereses de clase de los círculos de poder de los Estados Unidos, y cabe suponer que en los momentos libres de sus ocupaciones principales no tienen nada en contra de divagar acerca de la “independencia” científica y otras cosas gratas a los intelectuales. Por lo demás, estas divagaciones

¹ G. Hodgson. *America in Our Time*, N.Y., 1976, pp. 97, 96, 115.

también son parte de sus compromisos oficiales. La guerra psicológica se lleva a cabo por medios diferentes.

Si bien se trata de los científicos, representantes de los medios intelectuales más altos que se encuentran al servicio del Estado, es preciso dedicar aunque sea unas cuantas palabras al aspecto moral de la cuestión. Son disciplinados soldados de la guerra psicológica. Han armado al imperialismo norteamericano con los logros más modernos de la ciencia. Han creado complejos sistemas de armamento moderno. Elaboran crueles métodos para controlar la conducta de las personas. Estos últimos se han conocido como programa MCULTRA. La sigla corresponde a “Control mental ultra” (como vimos antes, así se llamaba en los años de la Segunda guerra mundial el servicio de descifrado de los servicios especiales anglo estadounidenses). “Sumando esto, obtendrán el secreto más grande de la guerra fría: la experimentación para establecer el control sobre la conducta de las personas”, señalan competentes estudiosos estadounidenses.¹

En agosto de 1982 el comentarista Jack Anderson escribió en *The Washington Post* que “la CIA se vio forzada a reconocer durante el proceso judicial, las terribles proporciones de los experimentos” del programa MCULTRA. Cuatro personas que estuvieron presas en la cárcel federal de Atlanta presentaron demandas contra la CIA por daños a su salud cuando, en los años cincuenta y sesenta, fueron víctimas de los “experimentos” de la CIA. Naturalmente, sin su conocimiento y, por supuesto, sin su acuerdo. La investigación de este asunto dura ya muchos años y el final, por lo visto, no llegará nunca. De la CIA se ha logrado obtener sólo la confirmación, en forma confusa, de que los experimentos tuvieron lugar, y de alguna manera se conoció la cifra: los medios al servicio de la CIA gastaron en experimentos con hombres en la prisión de Atlanta 349 445,10 dólares. Cabe suponer que los cálculos son exactos, pero no se tienen en cuenta las vidas humanas. Los intentos del periodista de conocer detalles, preguntando a uno de los médicos participantes en el programa MCULTRA en la cárcel, fueron estériles. No hubo manera de sacarlo de su mutismo.

El problema moral es claro y nada nuevo. Los delincuentes como siempre, se callan sus empresas. Sin embargo, los intelectuales co-

¹ A. Schefflin, E. Opton. *The Mind Manipulators*, N.Y., 1978, p. 446.

nocen una excepción de la regla: las memorias de A. Speer, ministro de Armamentos hitleriano, publicadas después de que su autor cumplió los veinte años de prisión sentenciados por el Tribunal Militar Internacional de Nuremberg. En ese tiempo Speer fue capaz de reflexionar sobre todo lo ocurrido, pensar en cómo él, hombre de dotes extraordinarias, había llegado a consagrar esas dotes a fines criminales. En sus memorias A. Speer es implacable consigo mismo “Ahora, al cabo de veinticinco años... me resulta ajeno aquél joven (Speer tenía 36 años cuando en 1942 fue nombrado secretario. —N. Y.). Mi moral se hallaba contaminada. Temiendo descubrir algo que me hiciera desviarme de mi rumbo, cerraba los ojos... Por eso, la intención de este libro no sólo es describir el pasado, sino también prevenir para el futuro.”¹ Prevenir que cuando se pisotea la moral, la catástrofe es inminente.

¹ A. Speer. *Inside the Third Reich*. N.Y., 1970, pp. 375, 376, 525.

LA CIA EN LOS CAMPOS DE BATALLA DE LA GUERRA PSICOLÓGICA

1

En la segunda mitad de 1982 apareció el libro *Europa después de Stalin. Las tres decisiones tomadas por Eisenhower el 11 de marzo de 1953* que hizo recordar, una vez más, cómo lo logrado por la ciencia al servicio de la CIA había empezado a cobrar cuerpo en la actividad subversiva directa. El libro en cuestión es obra de Walter Rostow, profesor de economía política, de renombre en los círculos académicos de los Estados Unidos, quien ganó mucha fama en el mundo de las ciencias sociales estadounidenses, en los años 60, cuando formuló su concepción antimarxista de “las etapas del crecimiento”. Ha escrito varios tratados científicos bastante engorrosos, y es profesor de la Universidad de Texas, en Austin. Aunque connotado enemigo del socialismo, es, no obstante, todo un hombre de la ciencia, de pies a cabeza.

Este libro (el autor se afanó para que fuese editado precisamente en las postrimerías de 1982) pone al desnudo la segunda cara de un vetusto pensador occidental, veterano y disciplinado servidor de la CIA. No es improbable que haya sido escrito y editado por sugerencias de ese organismo tan entrañable para el autor, quien empezó su simple exposición encomiando los logros de los servicios especiales estadounidenses en el estudio de la Unión Soviética. Como es propio de un científico muy serio, hizo referencia a sus antecesores en la materia. “La segunda guerra mundial —recalca Rostow— contribuyó a que se ampliaran los conocimientos acerca de la Unión Soviética, ya que, otros factores aparte, la mayoría de los jóvenes familiarizados con el idioma ruso fueron movilizados y empleados en diversas dependencias del Estado, ante todo en la Agencia de Servicios Estratégicos. El profesor Robinson, que presidía ese cuerpo, no admitía ni el más leve relajamiento de criterios académicos en la labor investigadora”.

Ya hemos visto qué trabajo realizaban en la Agencia de Servicios

Estratégicos, cuya continuación directa fueron las obras del propio Walter Rostow, quien se dedicaba a estudiar “el comunismo” en el Centro de Estudios Internacionales, fundado en 1951, en el Instituto Tecnológico de Massachusetts. “Por parte del Gobierno, nuestro Centro era financiado por la CIA, que actuaba en cumplimiento de las instrucciones del CSN” —aclara Rostow. Las investigaciones se centraban en determinar cómo debían actuar los EE.UU. respecto a la URSS si moría Stalin y cuándo podría suceder esto. La labor de Rostow y otros estudiosos coincidió con el planteamiento por Washington de “la doctrina de la liberación”, la cual pasó a ser un instrumento de trabajo de la Administración Eisenhower. Su esencia consistía en tratar de derrocar —ante todo con acciones de “los pueblos esclavizados” — el régimen socialista en la URSS y otros países que habían emprendido la senda de desarrollo socialista. O sea, cómo organizar la labor de zapa en el seno de los países socialistas, ajustándola a la política exterior de los EE.UU.

Tras prolongadas discusiones en la Dirección de Guerra Psicológica (también fundada en 1951), los científicos al servicio de la CIA llegaron, a principios de 1953, a “una conclusión bastante paradójica: las dificultades para los Estados Unidos, en establecer una comunicación eficiente con los habitantes del mundo comunista, no eran de índole técnica ni psicológica, en un estricto sentido profesional. La tarea esencial radicaba en difundir una visión clara y consecuente sobre los fines de los EE.UU. y de su política, lo cual implicaría una cotidiana cobertura de aquellos aspectos de la vida estadounidense que guarden relación con la vida y las perspectivas de otros pueblos. De esa conclusión se derivaron varias recomendaciones, escasas en cuanto a nuevos trucos psicológicos, pero, más bien, fue una recomendación general: el Gobierno debía hallar medios mejores para coordinar los esfuerzos militares y los no militares en el exterior. Los fines de la guerra psicológica radican en encontrar en qué los intereses de los EE.UU. coinciden con los de otros países.”

Después de estos razonamientos pretendidamente científicos, prosigue con una suerte de consejo a Washington: “Por cuanto la muerte de Stalin significará una seria crisis para la organización del poderío soviético..., y puesto que el objetivo de los EE.UU. es actuar con miras a obtener el máximo en el logro de cambios en el interior de la URSS, favorables a los EE.UU., éstos no deberían emprender acciones amenazantes. Las presiones desde el exterior más bien

impelerían a la dirección soviética a una rígida unidad que, difícilmente, desembocaría en la liberalización de la política interna en la URSS”. Dejando a un lado el estilo burocrático, cabe hacer constar que en los departamentos científicos de la CIA habían tomado por muy real “la doctrina de la liberación”, amoldándola a sus conclusiones.

A la muerte de Stalin se celebraron en Washington prolongadas e intensas reuniones. Por iniciativa del CSN, la CIA facilitó sus consideraciones acerca de lo que debía hacerse en relación a la URSS. Rostow publica, por primera vez, no pocos documentos, incluidos proyectos de llamamientos al pueblo soviético del presidente estadounidense inmediatamente tras los funerales de Stalin. El 1º de marzo de 1953, Eisenhower advirtió contra el apresuramiento, cosa que se tradujo en su meloso “discurso de la paz” del 16 de abril del mismo año. En la preparación de ese discurso trabajaron C. Jackson, ayudante especial del presidente para la guerra psicológica, personajes de la CIA y Walter Rostow. El día que fue pronunciado, Jackson escribió a John Foster Dulles, Secretario de Estado: “Si ellos (los rusos) denotan la intención de alcanzar la más cercana de las “zanahorias” que les hemos mostrado, recurriremos entonces a la táctica siguiente: reforzaremos nuestras presiones, a los ojos del mundo entero, vinculando cada paso adelante al siguiente que, a nuestro parecer, deberían dar los rusos”¹. De sobra se sabe que los rusos no tuvieron el menor deseo de alcanzar aquellas “zanahorias”.

En base a documentos por él “desecretizados”, Rostow relata todo esto con bastante lujo de detalles. Al parecer, el profesor concibió ese libro para apuntalar con la experiencia histórica el actual rumbo intransigente de la Administración Reagan respecto a la URSS. Por razones fáciles de comprender ha esquivado (o se limita únicamente a alusiones) un importante componente de la política seguida por el Gobierno de Eisenhower: los grandes intentos de forzar actividades subversivas en el interior de la URSS.

A partir de mediados de los años 50, los servicios especiales de los Estados Unidos y otros países, en primer término la CIA, desplegaron concentrados esfuerzos para erosionar los cimientos ideológicos de la sociedad soviética. Esto sucedía exactamente cuando en los

¹ W. Rostow. *Europe after Stalin. Eisenhower's Three Decisions of March 11, 1953*, N.Y., 1982, pp. 28, 35, 32, 37, 148.

Estados Unidos iba en ascenso una ola de conformismo, el “consenso”. Los resultados de esos procesos se hicieron obvios hacia mediados de los años 70. En 1976, el mediatibundo crítico inglés G. Hodgson, retrotrayéndose veinte años, en su voluminoso libro *Norteamérica en nuestros tiempos* concluyó:

“En septiembre de 1955, cuando el consenso encubrió cual un manto de nieve la política estadounidense, un proceso muy similar iba operándose en la vida intelectual de los EE.UU. Ese mes, unos 150 intelectuales procedentes de numerosos países se dieron cita en Milán para asistir a una conferencia y deliberar sobre “el futuro de la Libertad”. Habían sido invitados por iniciativa de la organización denominada Congreso por la Libertad de la Cultura. Los materiales de ese encuentro fueron publicados por el sociólogo Edward Shils, en la revista mensual londinense *Encounter*, vocera de dicha organización. (Más tarde se supo que tanto el Congreso por la Libertad de la Cultura como *Encounter* son subsidiados bajo cuerda por la CIA). El redactor puso como título al artículo de Shils *¿Fin de las ideologías?*

Esa idea no brillaba por su novedad. “La civilización liberal comienza por el final de la era de las ideologías —escribió algo más tarde, aquel mismo año, Lewis Feuer en su artículo *Más allá de las ideologías*. También Seymour Lipset había titulado *El fin de las ideologías* uno de los capítulos de su libro *El hombre político* (1960). Pero, esa frase resultó muy ligada a Daniel Bell, periodista y sociólogo, amigo íntimo de Lipset. Producto, al principio, de la “fermentación” socialista en Nueva York, Bell llegó a ser redactor en cuestiones laborales de la revista *Fortune*, y encabezó también por un tiempo los seminarios del Congreso por la Libertad de la Cultura. Cual un foco, se ha reflejado en la carrera de Bell el consenso intelectual, del que estaba impregnado su equivalente político. Bell veía perfectamente la base dual de ese consenso: el miedo ante el comunismo y el supuesto de que la sociedad estadounidense podría resolver sus dificultades obviando un conflicto irresoluble. “La política de hoy —escribió Bell— no refleja ninguna diferencia de clase interna, sino que se forma al influjo de los acontecimientos externos. Cualquier política exterior, expresión final de la política en general, es producto del efecto ejercido por numerosos factores, el principal de los cuales es la evaluación de los propósitos de los rusos, la necesidad de la contención...”

Esta, sumamente significativa cita fue tomada del Libro que Bell publicó en 1960 y que tituló también *El fin de las ideologías*. Con esto, Bell se refería, ante todo, al final de la ideología de izquierda. “Lo más probable es —tuvo que reconocer incluso un amigo suyo, Irving Cristol, aquel mismo redactor que publicó el artículo de Shils bajo el mismo título (y con el dinero de la CIA. —*N.Ya.*)— que el señor Bell entienda por 'El fin de las ideologías' la quiebra del ideal socialista”.

Bell y su grupo proclamaron la muerte de la ideología aproximadamente del mismo modo que se anunciaba, en su tiempo, la muerte de los reyes: “¡El Rey ha muerto! —decían los artesanos— ¡Viva el Rey!”¹

Dicho en otras palabras: ¡la muerte de la ideología socialista, en aras del irrestricto dominio de la burguesa! Esto era lo que pujaba por lograr toda una retahíla de plumíferos que recogían lo dicho por Bell (y también por la CIA, como aclara Hodgson) y se ponían a empujar con frenesí la tesis sobre la insistente necesidad de implantar de inmediato la “desideologización” en el mundo entero. De esa concepción básica se derivaron un sinnúmero de teorías: “libertad de creación”, “apartidismo”, etc.

A partir de mediados de los años 50, en la URSS se inició una ingente y seria labor encaminada a afianzar la legalidad socialista. De lo que se trataba, era de consolidar los principios socialistas en la edificación de la nueva sociedad durante el avance hacia el objetivo final: el comunismo. El celo por el desarrollo de la democracia socialista y la crítica de los fenómenos negativos acaecidos durante el período del culto a la personalidad se reflejaron, lógicamente, en la vida espiritual del pueblo. Hubo algunos que por una u otra razón, de índole personal las más de las veces, escogieron como oficio divulgar rumores difamatorios sobre el régimen socialista e interpretaron el fortalecimiento de la legalidad socialista como una señal para poder hacer lo que les viniera en gana y transgredir las normas de vida de la sociedad socialista. En todo caso, se proclamaron “ideológicamente” libres. Cada uno y todos ellos en conjunto no eran nada entre los millones de soviéticos, si no fuera por los servicios especiales y los medios de propaganda masivos de Occidente, en primer término de los EE.UU. Bastó que los autotitulados “disidentes” se

¹ G. Hodgson. *America in Our Time*. N.Y., 1976, pp. 74-75.

anunciaran (fundamentalmente por sugerencias de Occidente), para que una poderosa ola de alegría recorriera todos los departamentos de la CIA —¡hela ahí la tan esperada oposición al régimen socialista, el destacamento de asalto en la guerra psicológica contra la URSS! No cabe duda que la aparición de esos “opositores” era fruto de una operación planificada a gran escala en el marco de la guerra psicológica.

Hoy, a más de veinte años de aquellos sucesos, los portavoces de los ánimos de ese ínfimo grupúsculo describen los orígenes de “la disidencia” en la URSS, con tonos líricos de quienes pretendían liberarse de “la ideología”. Siniavski, quien hacía mucho que había cumplido condena por actividades antiestatales y emigrado de la URSS, se metió, en 1978, en los trajines de editar en París una diminuta revista: *Sintaxis*. Su primer número lo dedicó a Guinsburg, quien, de creer a Siniavski, había sufrido injustamente. Expuso en ese número la génesis del “samizdat”, ilegales libelos que los “disidentes” distribuían entre ellos mismos. Según *Sintaxis*, la cosa empezó por un inesperado descubrimiento de un hecho bien sencillo: una poesía ilícita podía imprimirse ilícitamente también. Así empezó el “samizdat”, aunque ese vocablo aún no estaba en uso.

Un momento. Urge hacer un paréntesis y explicar algo. Aunque la revista se titulaba *Sintaxis*, resulta imposible reproducir su contenido tanto por razones de moral como por su deleznable “relleno” político, y eso que se proclamaba a voz en cuello que carecía por completo de “ideología”. En aquellos mismos años, Siniavski —escudándose con el seudónimo Abram Terts— empezó a publicar en Occidente sus libelos antisoviéticos. Es muy natural que le agradaban más —tanto entonces como ahora—, poetastros al estilo de Guinsburg.

Comenzó a frecuentar a estos últimos gentuza de toda laya, portadores de pasaportes diplomáticos o visados de turista, gentuza que enseguida se dio cuenta con quiénes trataban y con qué señuelo podían pescar a esos parásitos para encauzar sus aspiraciones por canales que eran del agrado de la CIA y de otros servicios especiales de Occidente. En efecto, discurrían los estrategas de la guerra psicológica, ¿acaso estaría utilizando racionalmente su espíritu emprendedor ese mismo Guinsburg, de veinticuatro años en aquel entonces? Este se las arregló para obtener los textos de composiciones literarias de los exámenes de graduación de las escuelas de la juventud obrera,

y se puso a escribir, mejor dicho a reproducir, para los holgazanes cobrándoles 50 rublos por pieza. Pero sucedió que a una escuela donde Guinsburg estaba copiando la una composición literaria, llegó un grupo de camarógrafos de un noticiario. El granuja posó con mucho alarde delante de las cámaras, y luego sus conocidos lo vieron en el noticiario. Lo vieron y se sorprendieron, pero la Justicia socialista, que de nada se sorprende, impuso al granuja un merecido castigo: dos años de trabajos penales. Aquella fue la primera vez que Guinsburg se las vio con la Ley, a comienzos de los años 60, hecho presentado posteriormente por la propaganda occidental como terrible acoso al “luchador por la verdad”.

Mientras transcurría ese plazo, la CIA decidió que de ningún modo debía desperdiciar un cuadro tan valioso. Por razones fáciles de comprender, en la Agencia decidieron mantener contacto con Guinsburg y dirigir sus actividades en el campo del “samizdat” no de un modo directo, sino a través de la llamada Unión del pueblo Trabajador (UPT). De esta, Guinsburg recibió dinero y los clisés para editar el periodicucho clandestino “Posev”, donde se especificaba aparte lo de “sucursal de Moscú”, y se dispuso a incitar al terrorismo. Un momento. ¿Y lo de la poesía? Se buscó a un compinche, Yuri Galanskov, que componía versos no muy maduros que digamos, y en ocasiones de corte antisoviético. Esta razón bastó para que se le proclamara poeta, por invisibles instrucciones de la CIA. Lo que sucedió después es hartó conocido. Por realizar agitación y propaganda antisoviéticas, delito cometido por encargo de la UPT, Guinsburg fue condenado en 1968 a cinco años de trabajos penales. También Galanskov fue a parar al reformatorio.

Los de la CIA se frotaban las manos de contento. La primera etapa de la operación se había coronado con éxito: en la URSS había perseguidos por decir “la verdad”, individuos que se habían zafado de “la ideología”. Lo único que quedaba por hacer era colocar la corona de “mártir” aunque fuera a uno de ellos. Galanskov era el más indicado: desequilibrado, de endeble salud, se negaba —por instigación de Guinsburg— a recibir asistencia médica, a pesar de que urgía operarle por padecer de gastroenteritis. Cuando en 1972, los médicos lograron intervenirlo ya era tarde. Los medios de comunicación masiva de Occidente obedientes a la CIA sacaron de la muerte de Galanskov todos los dividendos habidos y por haber.

Transcurrieron cinco años. Sonsacando dólares a sus patronos,

los cabecillas de la UPT reconocieron que Galanskov era su agente. Quienes se habían dejado llevar por la campaña en defensa del “poeta” quedaron aturcidos: una cosa es discurrir de un “alma pura” que sufría en prisión, y otra, bien distinta, es apelar en defensa de un mercenario. Todo esto provocó un determinado desconcierto en los círculos de Occidente que toman muy a pecho cuanto tenga que ver con los “disidentes” soviéticos. Entonces, un dirigente de la UPT, un tal Artiómov, declaró en público, el 4 de mayo de 1977, en Frankfurt: “Ha pasado una ola, y además una ola de acerbos críticas a nuestras publicaciones, con motivo de que Galanskov era miembro de la UPT. Algunos afirman incluso a rajatabla que esto no es verdad, y que esto les consta de buena fuente. Entretanto, de las cartas enviadas por Galanskov a la oficina central de la UPT se ve que él no sólo no anunciaba, naturalmente, su condición de afiliado a nuestra Unión, sino que lo negaba abiertamente, cuando así lo exigían los intereses de la causa.

Hay otros que no impugnan nuestras relaciones con Galanskov, pero nos acusan de “estarlo divulgando”, porque, dicen, esto confirma el auto acusatorio de la causa seguida contra él y, además, pone en situación embarazosa a cuantos se pronunciaran en su defensa, pues “significa que defendiendo la causa de la UPT”...murió en el otoño de 1972... Mientras las circunstancias nos lo permitían, no publicamos nada, pero, no podemos mantener en secreto por siempre los vínculos de Galanskov con la UPT”.

Hela aquí, la tal poesía “desideologizada” más la prosaica labor subversiva.

2

Bueno, basta ya de este tipo de “poesía”. Volvamos a la génesis del “samizdat”. Los entendidos en esta materia no tienen dudas de por dónde avanzan quienes emprenden ese camino. A mediados de los 70, el arcipreste Kiseliiov, sacerdote del “ejército” del general Vlášov, publicó en los EE.UU. el libro *La imagen del general Vlášov*. En el prefacio dice: “En nuestros tiempos, en que la historia es falsificada, y las imágenes de las personas son alteradas hasta lo desconocido, ¿será posible acaso mantenerse callado ante la verdad histórica?” —No se mantuvo callado—. “Es sabido —aseveró el arcipreste refiriéndose a la propaganda de los ‘vlášovtsi’— que mu-

chos materiales impresos: octavillas, llamados, periódicos, no sólo circularon en la parte europea de la Unión Soviética, sino que llegaron incluso a Siberia, a su periferia oriental. Los prisioneros llevaron consigo el texto del llamamiento de Smolensk, ya reproducido en algún lugar de la Unión Soviética, lanzado desde aviones hitlerianos sobre la línea del frente y las provincias ocupadas. Fue entonces cuando comenzó el ‘samizdat’.”

Una aclaración muy oportuna. Al menos por las palabras del traidor queda claro por completo qué es lo que debe entenderse por “samizdat”. En aquel entonces, en la Gran Guerra Patria, eran las soeces octavillas de la propaganda fascista. Huelga decir qué llevaba escrito el recién mencionado llamamiento de Smolensk, redactado por agentes de inteligencia hitlerianos en nombre del odioso traidor Vlášov, quien, por cierto, nada tenía que ver con ese llamamiento, por cuanto no se encontraba a la sazón en Smolensk. Para hacerlo, los hitlerianos no necesitaban los servicios del canalla. Pero, eso sí, las revelaciones del arcipreste conviene recordarlas: en manos de los enemigos de la Unión Soviética, el “samizdat” es un arma igual a las utilizadas para eliminar físicamente a los soviéticos.

Naturalmente, lo que se le fue de la lengua al sacerdote traidor es poco digerible para la parte ilustre de la sociedad estadounidense. La muy respetable bibliografía científica estadounidense no maneja sentencias de esa índole acerca de la génesis del “samizdat”, aunque no sea más que por la indecencia de reconocer en voz alta la total afinidad espiritual de los libelos antisoviéticos del “samizdat” y la propaganda goebbelsiana. Los estudiosos yanquis van mucho más a fondo. Así, el ya mencionado historiador J. Gaddis dio a la publicidad su descubrimiento: el fundador del “samizdat” fue nada menos que G. Kennan primero, tío del Kennan actual. A fines del siglo pasado, el tío viajó por Rusia interesándose en particular por el presidio y la deportación zaristas. A su regreso a los EE.UU., “emprendió un viaje por el país, cautivando al público con sus conferencias sobre las cárceles en Rusia, conferencias que dictaba vestido, a menudo, de presidiario y haciendo sonar las cadenas. Sus numerosas obras provocaron indignación en una parte considerable del mundo, en la propia Rusia inclusive, donde se las pasaban en secreto, de mano a mano. Aquello fue una forma temprana del “samizdat”.¹

¹ J. Gaddis. *Russia, the Soviet Union and the United States. An Interpreta-*

Los revolucionarios rusos consideraban como un sacrilegio a su causa sagrada el espectáculo que armaba G. Kennan especulando con los sufrimientos de los mejores hombres de Rusia, empeñados en la lucha contra el monstruo del zarismo. Se conocen referencias sumamente negativas formuladas por S. Stepniak-Kravchinski, insigne revolucionario ruso, con motivo de la manera en que Kennan ganaba dinero lucrando con los sufrimientos de los presos políticos.

Dejemos la historia. Los profesionales de la CIA señalan exactamente dónde están los orígenes del “samizdat”:

R. Cline: “Sin la asistencia de la CIA, los grupos de emigrados de la URSS y de los países de Europa del Este no habrían podido publicar traducidos muchos documentos que recibían en sus respectivos países. Entre estos figuran algunas conocidas obras del ‘samizdat’.”

H. Rositzke: “Probablemente, el resultado más palpable de la guerra psicológica fue el establecimiento de contactos con los disidentes en la Unión Soviética. Los primeros vínculos con los grupos disidentes fueron establecidos en el Festival Internacional de la Juventud de 1957 en Moscú, el cual fue, en general, un diálogo espontáneo entre la juventud soviética y la de Occidente. Al cabo de dos años, durante la exhibición de la USIA en Moscú, llegaron a manos de representantes de Occidente los primeros ejemplares de la literatura clandestina y de las revistas estudiantiles clandestinas. Aquello significó el inicio de la publicación de materiales clandestinos en Occidente. En muchos casos, se los lleva de nuevo a la Unión Soviética para distribuirlos en mayor escala. La colecta y la publicación de manuscritos procedentes de la Unión Soviética se han convertido ahora en un gran negocio.”¹

La CIA ha reunido en sus despachos a “bibliófilos” muy apasionados. La Agencia se complace editando libros, eso sí, no para satisfacer las demandas de quienes desean adquirir conocimientos, sino para envenenar la conciencia de la gente. Su actividad es una especie del programa de “Cultura Masiva” en la actividad librera. La comisión Church ha reunido algunos datos fragmentarios acerca de las causas que habían motivado en la CIA tan asiduo interés editorial. El informe de la Comisión cita palabras del jefe de la Dirección

tive History. N.Y., 1978, pp. 31-32.

¹ R. Cline. *Secrets, Spies and Scholars*. Washington, 1976, pp. 129-170; H. Rositzke. *CIA Secret Organizations. Espionage, Counterespionage and Covert Actions*. N.Y., 1977, p. 163.

de Operaciones Especiales (subversivas) de la CIA, quien señaló en 1961:

“Los libros se diferencian de los demás medios masivos de propaganda, ante todo, porque incluso uno solo de ellos puede modificar la actitud y el comportamiento del lector en grado tal que ni los diarios, ni la radio, ni la televisión o el cine pueden alcanzar... Desde luego, esto no es cierto en el caso de todos los libros, ni lo es siempre, ni en relación a todos los sectores, pero sucede así suficientemente a menudo. Por eso, los libros constituyen el arma más importante de la propaganda estratégica (a largo plazo)”.

Según este personaje muy competente, aunque no identificado en la publicación estadounidense, la CIA utiliza los libros como instrumentos de actividad subversiva en las formas siguientes:

a) organiza la publicación y la distribución de libros en el exterior, sin poner de manifiesto la influencia estadounidense, subsidiando bajo cuerda a editores y distribuidores extranjeros;

b) publica libros “no contaminados” por cualquier vínculo manifiesto con el Gobierno de los EE.UU., especialmente si la situación del autor es “delicada”;

c) publica libros por razones operativas independientemente de su validez comercial;

d) crea organizaciones nacionales o internacionales para la publicación y la distribución de libros;

e) estimula a autores extranjeros no conocidos a que escriban libros de contenido político, bien subsidiando directamente al autor, si son factibles los contactos encubiertos, o bien indirectamente, a través de agentes o editoriales literarias.”¹

Con anterioridad a 1967, más de un millar de títulos de libros del más variado contenido fueron publicados bajo la égida de la CIA.

¿Qué libros eran? La Comisión Church citó contados ejemplos, proporcionando algunos títulos. Entre ellos estaba *El diario de Penkovski*, editado en 1965 en los EE.UU. Cuando ese deleznable libelo antisoviético salió a la luz, en los EE.UU. se armó un repugnante jaleo: su autor, se decía, era un espía de la CIA y el *Intelligence Service*, fusilado por sentencia de un tribunal soviético. La Comisión

¹ *Final Report of the Select Committee to study Governmental Operations with respect to Intelligence Activities*. U.S. Senate, Book I, Washington, 1976, p. 193.

Church concluyó, sin embargo, en su informe que ese “libro fue preparado y escrito por ingeniosos empleados de la CIA” e impreso “con fines operativos”. Ahora intentan olvidar incluso las indecisas conclusiones de la Comisión Church.

Al informar, a mediados de 1982, sobre una nueva tirada en masa, *The Washington Post* terminaba su noticia con las siguientes líneas: “El redactor de *El diario de Penkovski*, un discutido *best seller* de la ‘guerra fría’, reconoce ahora que había recibido de la CIA los materiales principales para el libro. Sin embargo, Frank Gibney, el redactor, afirma que los papeles atribuidos a Penkovski eran completamente auténticos, y niega que su publicación fuera parte de ningún plan secreto o conjura de la CIA en la actividad editorial.”¹ Los desmentidos o puntualizaciones de esta clase no valen nada.

La cuestión principal es: ¿qué libros se editan bajo la invisible égida de la CIA? A fines de octubre de 1982, V. Navasky, redactor de la revista estadounidense *Nation*, relató en *The New York Times* cómo había intentado obtener de la CIA la respuesta a esa pregunta:

“El 4 de octubre de 1982, la Corte Suprema de los EE.UU. se negó a examinar la demanda contra la CIA que yo había presentado en virtud de la Ley sobre la Libertad de Información, para obtener la lista de los títulos, que ascendía a una cantidad ‘considerablemente superior a los 1 000 libros’, los cuales, según el informe del Comité Senatorial sobre operaciones encubiertas de abril de 1976, ‘fueron editados, subsidiados o aprobados por la CIA antes de finales de 1967’. ¿Por qué mi caso entraña interés? Porque ilustra con qué facilidad la CIA y la Justicia subvierten la Ley sobre la Libertad de Información, prohibiendo el acceso a documentos del Estado que deberían ser asequibles en virtud de la misma.

Como escritor y como ciudadano, tenía muchas razones para querer conocer la lista de libros editados por la CIA. Primero, algunos de ellos salieron en los EE.UU. Por consiguiente, la CIA, que se supone actúa solamente en el exterior, habría violado sus Estatutos. Segundo, independientemente de que hubiera violado o no sus Estatutos, el tema ‘CIA-editor’ me interesaba para un artículo. Me intrigaba averiguar qué libros subsidiaba, en fin, la CIA. ¿Cómo se ve esta lista? ¿Cuántos títulos correspondían a las bellas letras y cuántos

¹ *The Washington Post*, June 2, 1982.

a la literatura política? ¿Cuántos se vendieron, y cómo se los reseña? ¿Qué autores de la CIA producen los *best sellers*? ¿Qué línea exige la CIA que se siga en estos libros? Nada de cuanto se hace en los EE.UU. refuta, a mi parecer, la teoría —tan infamemente en uso en nuestro país—, de que la verdad acaba por reafirmarse, en fin de cuentas, en la feria de ideas”.

De octubre de 1976 a marzo de 1977, Navasky estuvo asediando con sus solicitudes a funcionarios de la CIA. Pero, sin ningún efecto. Luego recurrió a los tribunales.

“Resistiré la tentación —prosigue Navasky— de exponer detalladamente las sutiles trabas técnicas y jurídicas que me puso la CIA. Baste decir que he pasado por los juzgados de tres instancias, y en dos ocasiones presenté recursos de apelación. Esto me llevó 6 años. Gasté unos 1 000 dólares en pagar a las mecanógrafas que copiaban los documentos, sin contar el tiempo invertido por el abogado. Este actuó gratuitamente. ¿Valía aquello la pena o no?

Creo que sí, por lo que averiguamos en el transcurso de todo ello. Me sorprendí al ver que mi definición de la CIA como editor y no como el organismo que subsidia resultó certera del todo. La CIA debió entregarme 85 documentos. Aunque en ellos aparecían manchados los títulos de los libros y sus autores. Los de la CIA no hicieron mucho caso a la forma. De ahí se supo que, como una editora real, la CIA registra constantemente las ventas de libros, con informes de contabilidad trimestrales que especifican el autor, el título, la fecha de

edición y la cantidad de ejemplares vendidos. A estos datos habituales, la CIA agregó sus puntos propios: “Editor” (a nombre del cual sale el libro), “Condiciones” (qué departamento de la CIA costó el libro), “El idioma” (en qué lengua fue editado el libro originalmente) y uno más, denominado “Clave del proyecto” (por lo visto, esto se refiere a la clave de la edición del libro).

También me enteré de que — cualesquiera que fueran las otras ocupaciones de la CIA—, no se trataba de una empresa editorial pequeña. Al negarme la entrega de los materiales, la CIA explicó que, aun existiendo el deseo de hacerlo, “la demanda implicará abarcar lo inabarcable”, ya que “los expedientes y los materiales referentes al financiamiento o la aprobación de los libros... ocupan de 2 a 200 pies lineales en los anaqueles. Y en cada pie caben unas 2 600 páginas.

Del memorando de la CIA, entregado a mí en el transcurso de la vista de la demanda, se supo que la CIA y yo estamos de acuerdo en una cosa: los libros son importantes. . .

En definitiva, la CIA me ganó al declarar que la divulgación de la lista de libros publicados significaría el reconocimiento oficial de su participación en la edición secreta de libros en otros países. Y esto causaría serias complicaciones en materia de política exterior, las cuales perjudicarían nuestra seguridad nacional.

Los juzgados de todas las instancias estuvieron de acuerdo con la CIA en que no era necesario avalar la aseveración con pruebas, ni siquiera en una sesión a puerta cerrada. Por lo tanto nada hay que discutir.

Hasta ahora, en los EE.UU. no se da a la publicidad ni una sola frase si la CIA la objeta, alegando la necesidad de garantizar la seguridad nacional.”¹

Magnífica ilustración de la “democracia” estadounidense. Uno puede recurrir a los tribunales, basándose en las leyes vigentes, pero los resultados de muchos años de pleitear son nulos. Navasky no es un pelagatos en los EE.UU. Este redactor de una gran revista liberal, pero leal, según los criterios en vigor en los EE.UU., supo llegar a las páginas de *The New York Times* y exteriorizar desde ellas su decepción. Una cosa muy justa, según esos mismos criterios: “la libertad de expresión en plena acción”. Sí, se expresó, pero ¿ha cambiado algo? La CIA sigue en lo suyo. De seguro que no se detuvo después de 1967, y que los libros siguen saliendo, uno tras otro, con “fines operativos”.

Entre los miles de autores al servicio de la CIA, junto a Penkovski, traidor a la patria soviética y espía inglés y yanqui, está Solzhenitsyn, hombre de las mismas características morales.

3

Entre 1957 y 1958, deambulaba por las calles de Moscú un individuo poco notable y poseído por la febril pasión de medrar. Según sus propias palabras, estaba tratando de establecer contactos con quienes pudieran remitir a Occidente y publicar allí sus libelos contra su propio país. La mercancía que ofrecía era de ínfima calidad.

¹ *The New York Times*, October 26, 1982.

El embajador de los EE.UU. en Moscú, a finales de los años 60 y primeros de los 70, Jacob Beam, recordaba poniendo de manifiesto estar tan bien informado de asuntos que no suelen ser de la incumbencia de los diplomáticos: “Solzhenitsyn creaba dificultades a cuantos tenían que ver con él... Las primeras versiones de sus manuscritos eran una voluminosa, locuaz y cruda masa, a la que había que organizar en un todo coherente..., abundaban los vulgarismos y los pasajes incomprensibles. Había que redactarlos.”¹

Redactores e inspiradores no faltaron, porque, en todos sus parámetros, Solzhenitsyn cumplía los requisitos de la estrategia de inventar un “escritor” en el marco de la actividad subversiva contra la URSS. Tenía las convicciones adecuadas y un buen montón de mercancía: manuscritos originales que, con cierta labor de redacción, podían transformarse en “libros”. Como suele suceder en tales casos, el futuro “escritor” recibió su maná espiritual de la UPT, sucursal de la CIA. La calidad de ese maná era tal que imprimió un olor y un sabor específicos a las obras de Solzhenitsyn, cosa que motivó consecuencias de otra índole cómica, y que en su mayor parte frustraban, desde el inicio mismo, las posibilidades de influir en las mentes de los soviéticos. Es que la “Operación Solzhenitsyn” montada por la CIA se asentaba en una total negación del régimen soviético, negación de lo más querido para todos los soviéticos.

Veamos, primero, el credo político de la UPT-Solzhenitsyn, tal como aparece en sus diversas creaciones.

Todo el libro *Agosto de 1914* de Solzhenitsyn está impregnado de la angustia de que “una nación inteligente” (la alemana) no pudo someter a una “bastante necia”. Precisamente con este enfoque se describen las operaciones de las tropas rusas y las alemanas en Prusia Oriental en agosto de 1914.

E. Romanovski, crítico polaco, recalcó en su detallado análisis del libro, precisamente ese servilismo lacayuno de Solzhenitsyn al militarismo alemán. Sumamente indignado por los elogios a la siempre victoriosa, según el autor, maquinaria militar alemana, Romanovski escribió: “No siempre, por cierto, todo fue tan ordenadamente como lo refiere el autor que, petrificado por el júbilo, se arrodilla ante los militaristas alemanes. Esta pose no es nada cómoda para escribir; además, el ángulo de toma es distinto. En todo caso se dis-

¹ J. Beam *Multiple Exposure*, N.Y., 1978, pp. 232-233.

torsiona agrandando el objeto contemplado... (por el autor) deslumbrado ante el brillo de las botas de los generales alemanes”.

El crítico polaco, eslavo, exclama indignado: “Olvidándose de la historia, el autor lo trastorna todo, poniéndolo de pies a cabeza, y lo que escribió corresponde exactamente a las intervenciones chovinistas que glorifican la batalla de Tannenberg en los tiempos de la Alemania fascista... Horrendas y sacrílegas suenan las palabras de Solzhenitsyn. Ojalá las hubieran escuchado los soldados polacos y los soviéticos, sepultados en esta tierra donde ofrendaron sus vidas para que nunca más resurgiera “La marcha hacia el Este”. Desde su libro, Solzhenitsyn intenta librar a su manera las guerras ya libradas”.¹

Lo que Solzhenitsyn expone como novísimo descubrimiento, como fruto de sus “hondas” meditaciones, no son más que estribillos escuchados desde hace mucho. Resucita las ideas de fuerzas reaccionarias de la Rusia prerrevolucionaria que durante muchos años pretendieron supeditarla a Alemania.

Se comprende, por eso, que N. Pávlov pusiera un énfasis especial —en su extenso artículo *Oscurantista Beligerante*, publicado en el diario búlgaro *Otechestvenen Front*, referente a *Agosto de 1914*— en resaltar que Solzhenitsyn se comporta como un apologista del militarismo alemán. “Es de público conocimiento —escribió el articulista—, la triste tendencia del autor a ensalzar y cantar cuanto tenga que ver con la Alemania del káiser... Resucitando el cadáver del “Partido Ruso-Alemán”, odiado por los eslavos, y empeñado en poner a ese gran país a los pies del imperialismo alemán, Solzhenitsyn relata extasiado los argumentos esgrimidos por aquél.”²

Solzhenitsyn no está solo en sus elucubraciones. Véase lo que dice uno de sus cofrades: “He llegado a la firme convicción de que en colaboración y alianza con el pueblo alemán, se pueden cumplir las tareas que el pueblo ruso enfrenta. Los intereses del pueblo ruso siempre se habían compaginado con los del pueblo alemán. Los supremos logros del pueblo ruso se vinculan indisolublemente a aquellos períodos de su historia en que relacionó sus destinos con Alemania”. Así peroraba Vlášov en 1943 en su “Carta Abierta” tocada con un pretencioso título: *¿Por qué he emprendido la lucha contra el bolchevismo?* La alianza espiritual con Vlášov es lógica y

¹ *Literatúrnaya Rossía*, 1972, 7 abril.

² *Otechestvenen Front*, 1974, 10 junio.

natural para la UPT y para Solzhenitsyn. En la esperanza de que una nación “inteligente” pusiera orden en Rusia, ese lacayo deseaba el exterminio de cuantos soldados había en ésta. Para que nadie osara —armas en mano— estorbar el aleccionamiento de una nación “ne-cia”. Este es el sueño inveterado de Solzhenitsyn. El pasado es desconsolador: los rusos siempre hicieron trizas de los forasteros que invadieron el país. Este es un rasgo distintivo de la historia de Rusia. “Mirad al pasado —se desgaña Solzhenitsyn—, ¿por qué vosotros, los rusos, no habéis dejado poner el yugo extranjero? Vosotros habéis pecado, no habéis comprendido lo que es la auténtica libertad; y la libertad es la AUTORRESTRICCIÓN, la autorrestricción en aras de otros. La autorrestricción tiene un montón de aspectos: internacionales, políticos, culturales, nacionales, sociales, partidistas. Ojalá nosotros, los rusos, pongamos en orden nuestros asuntos, y demos un ejemplo de esplendidez”.

A renglón seguido se pone en claro “la esplendidez” del alma de Solzhenitsyn: dejar de ser por voluntad propia una gran potencia. ¿Una torpeza? Naturalmente. Pero Solzhenitsyn sigue en sus trece y con aire de sabihondo explica: “tenemos diez veces menos necesidades de índole militar”, hace falta “reducir grandemente durante muchos años los gastos militares”. Pero es que el desarme puede prosperar únicamente cuando lo emprenden ambos bandos, y esto es precisamente a lo que exhorta sin cesar la Unión Soviética. En nuestros días está públicamente reconocido que existe una paridad estratégica entre la URSS y los EE.UU., lo cual —entre otras cosas— determina la correlación mundial de fuerzas. Solzhenitsyn propone, en cambio, que el poderío militar soviético alcance sólo un 10 por ciento del estadounidense, y esto es lo que llama “mostrar esplendidez de alma”.

En cuanto a los Estados Unidos, Solzhenitsyn les confiere un papel especial. En un discurso el 30 de junio de 1975 ante unas tres mil personas reunidas en Washington gracias a los esfuerzos de los ejecutivos de la AFL-CIA dijo: “Una pesada carga llevan los Estados Unidos sobre sus hombros. La marcha de la historia os ha impuesto —lo queráis o no—, la dirección del mundo”. Al parecer, la costumbre de plagiar ha calado muy hondo en Solzhenitsyn. Nada menos que el propio presidente Truman, cuando desencadenó la guerra fría, con su alocada carrera de armamentos en diciembre de 1945, adoc-trinó a los estadounidenses: “Querámoslo o no, tenemos que recono-

cer que el triunfo logrado por nosotros ha impuesto sobre el pueblo norteamericano la carga de la responsabilidad por la subsiguiente dirección del mundo.”¹

En otro discurso suyo, el 9 de julio de 1975, en Nueva York insistió: “Hubo tiempos en que la Unión Soviética no podía igualarse a vosotros, en modo alguno, en lo referente a los armamentos atómicos. Luego os ha igualado. Después, ya lo reconocen todos, ha empezado a aventajaros. Tal vez el coeficiente de superioridad sea ahora algo más de la unidad. Luego será de dos a uno... Se avecinan nubarrones, se acerca el huracán”. Por consiguiente, ¡armaos, armaos hasta los dientes!

Así es el provocador Solzhenitsyn, el de dos caras: una dirigida hacia Occidente; la otra, hacia la URSS. Según él, a los Estados Unidos les toca “dirigir” el mundo, asegurándolo por una absoluta superioridad militar e imponiendo sus condiciones a todos los pueblos. En cuanto a la Unión Soviética, que ha inaugurado la auténtica historia de la humanidad y está construyendo una sociedad nueva, debe “autorrestringirse”, bajar la cabeza y arrodillarse ante el imperialismo; y para que esto sea más fácil, convendría empezar por dismantelar su poderío militar. Con Solzhenitsyn, la CIA ha adquirido un fiel servidor. La escasa capacidad ideológica de Solzhenitsyn es similar hasta lo sorprendente a los más gastados clichés de la propaganda antisoviética en Occidente. Pese a sus infinitas pretensiones, no es más que un divulgador de doctrinas anticomunistas; y en su empeño ni siquiera se toma el trabajo de modificarlas algo, sino que las plagia llana y simplemente. La obra “fundamental” de Solzhenitsyn es el consabido *Archipiélago Gulag*.

Este libro figura en el surtido obligatorio de la propaganda anti-soviética; desde luego, haciendo las debidas reverencias al “pensador” y a otros. Se lo anuncia como fruto de “meditaciones” propias, etc. Naturalmente, esto es así cuando está dirigido al amplio público de Occidente. Una interpretación bien distinta se da al tema en la literatura científica, en ese mismo Occidente, donde se especifica con suficiente precisión cuál ha sido la fuente de inspiración del autor. “Aunque Solzhenitsyn introdujo en el vocabulario internacional el término “gulag” —señala el historiador estadounidense D.

¹ *Public Papers of the Presidents of the United States: Harry S. Truman, 1945*, Washington, 1961, p. 549.

Yergin—, en el inglés ese vocablo apareció mucho antes. La revista *Plain Talk* publicó en su número de mayo de 1947 un artículo titulado: *Gulag, slavery incorporated*, con un mapa de importantísimos campamentos. Solzhenitsyn tal vez haya visto incluso en Rusia ese mapa.”¹

Cabe pensar que los cabecillas de la UPT experimentaron un legítimo orgullo autoral cuando aparecieron los voluminosos tomos grafomaniacos de Solzhenitsyn, y se alegraban de que se hubieran cumplido con tanta exactitud las instrucciones de la CIA—UPT. En vez de aparecer en la miserable revista *Posev*, la bazofia antisoviética ya era divulgada por el mundo por la propaganda occidental, con referencias a las obras del “escritor”.

La muy preconizada consigna “¡No vivir con la mentira!”, lanzada por Solzhenitsyn, resultó ser un mero parafraseo del lema de la UPT “¡Oponer la verdad a la mentira!” Del mismo modo que fuera proclamado ya en el programa de la NTSNP de 1938, se lo está repitiendo fastidiosamente, cualesquiera que sean los patrones de la UPT. Es más, según los mandamases de ésta, la frase encierra un determinado mensaje semántico; es la seña con la que identifican a “los suyos”. Peremski, cuando vendía a sus dueños una nueva mentira, divagó a fines de 1975: “Los millones de éstos que 'no viven con la mentira', adquieren los visos de una organización: una orientada comunidad ideológica que cobra cuerpo en un sistema de ciertas —si no acciones—, al menos reacciones”. Machacando en esa seña de la UPT, Solzhenitsyn se incorporó a los empleados en la labor subversiva de la CIA—UPT.

El 16 de noviembre de 1974, Solzhenitsyn tuvo en Zurich una conferencia de prensa acerca del “Porvenir de Rusia”. Ante un abigarrado público se puso a demostrar que estaba desarrollando su propio programa: “El que ofrezco para mi país, yo lo llamo un programa revolucionario en el plano moral. Lo he expuesto en el documento *No vivir con la mentira*. Echemos un vistazo a *Problemas estratégicos de la lucha de liberación*, un material redactado por la Comisión Estratégica del Consejo de la UPT en 1971-1972. Allí está escrito: “La UPT dirige la difícilísima labor de sus participantes por el perfeccionamiento moral de ellos mismos y de su pueblo. Rusia necesita no solo una restructuración política, sino también un reordenamiento

¹ D. Yergin. *Shattered Peace*, Boston, 1977, p. 414.

espiritual. Solamente la revolución del espíritu puede garantizar el éxito de la revolución cívica”.

Como se ve, Solzhenitsyn ha copiado de ese material, casi al pie de la letra, las vías iniciales de “la revolución ética”. Sigamos comparando:

UPT	Solzhenitsyn
Hace falta “un sabotaje espontáneo”	Hace falta una campaña de “desobediencia cívica”.
No asistir a las reuniones, pero si uno asiste, no debe intervenir ni aplaudir...	No dejarse llevar a las reuniones...
No participar en los desfiles ni en las marchas oficiales.	No dejar que lo obliguen a uno a ir a un desfile o a un mitin.
No participar en ninguna elección.	No alzar el brazo para votar...

Bueno ¿qué decir de todo esto? Para la UPT no es nada nuevo estar impartiendo continuamente recomendaciones de cómo hemos de portarnos todos. Los cabecillas de esa Unión llevan muchos decenios dedicados a esa labor. Sus exhortaciones sólo pueden provocar a los soviéticos repugnancia. No obstante, la imprenta de la UPT sigue funcionando. La UPT necesita esas instrucciones para rendir informes a la CIA; y estos dan la impresión a los dirigentes de la actividad subversiva contra la URSS de que la UPT está realizando algo serio. A renglón seguido se solicitan nuevas dádivas pecuniarias.

4

Está por completo claro a quién y a qué se opone Solzhenitsyn; ¿pero a favor de qué se pronuncia? ¿Cuál es —valga la expresión— su programa constructivo, si es que cabe hablar de tal cosa? Clama por el desarrollo de “la revolución ética”, la inmediata renuncia al marxismo “antes y no más tarde”.

Una treta sugerida por la CIA, que tan preocupada está por “el fin de las ideologías”, muy afín al espíritu solzhenitsiano: desarmaos en todos los frentes, renunciad a lo que constituye vuestra fuerza. Pero

tampoco en eso es original este profeta. La exhortación a renunciar al marxismo también es una gastada cantilena de las pautas de la CIA y de las orientaciones programáticas de la UPT. Es enemigo enfurecido del socialismo y de cuanto el pueblo soviético ha creado desde 1917 bajo la conducción del Partido Comunista.

Al salir a relucir el tema de la sociedad ideal, Solzhenitsyn pone de manifiesto una tierna unidad de criterios con la UPT. No escatima colores para describir extasiado el “nuevo” Estado. La tierra prometida está rodeada de azules y rosados fulgores. Sin embargo, cuando diseñan en su revista el futuro de Rusia, los “arquitectos” de *Posev* no olvidan proclamar: “Los opositores y los revolucionarios de Rusia deben pronunciarse —ya desde ahora— sobre el régimen en los centros penitenciarios que indudablemente existirán en la nueva Rusia”. La competencia de la gente de la UPT en este plano y su interés por esta materia no dejan lugar a dudas: ellos estuvieron entre los carceleros de los campamentos hitlerianos de exterminio en masa.

*Veji*¹, a juicio de Solzhenitsyn, es el principal “libro de texto” para los organizadores del mundo nuevo. “También en el presente, *Veji* nos parece haber sido enviada desde el porvenir” —exclama extasiado Solzhenitsyn. Bueno, echemos también nosotros un vistazo a ese “libro de texto”. Solzhenitsyn sueña que entonces, un mañana brumosa, será restablecido el régimen existente antes de 1917, un régimen bendito, según Solzhenitsyn. Varios pasajes de *Veji* parecen haber sido escritos por Solzhenitsyn y los de su calaña: “Tal como somos, no debemos soñar unirnos con el pueblo, a éste lo hemos de temer más que a los actos del poder y hemos de bendecir este poder que nos resguarda, él solo, con sus bayonetas y cárceles, contra la furia popular”. No puede haber dudas de hacia dónde se proponen dirigir la punta de lanza de la lucha de clases Solzhenitsyn y sus similares, apoyándose en *Veji*.

Pero *Veji* también enseñaba otra cosa: extrema hipocresía en el logro de los objetivos de la burguesía. Farisaicamente proclamaba: “El marxismo con su doctrina de la lucha de clases y del Estado como organización del dominio clasista fue una especie de punto final de la renegación antiestatal de la intelectualidad”. Con difamar

¹ Recopilación de artículos editada en 1909 por un grupo de filósofos idealistas y religiosos que impugnaban el marxismo.

así a los mejores representantes del pueblo que se habían alzado en la lucha contra la autocracia, los autores de *Veji* proponían a la intelectualidad rusa como símbolo de fe, la ideología burguesa: “Hay que reconocer por fin que la ciencia 'burguesa' es precisamente una ciencia objetiva real; la 'subjetiva' ciencia de nuestros populistas y la ciencia 'clasista' de nuestros marxistas más tienen de común con una forma especial de la fe que con la ciencia”. Señalemos de paso que en vano se puso por las nubes en Occidente, en los años 50, a Bell y compañía como descubridores de la “desideologización”. Es *Veji*, la que ostenta la prioridad en la formulación de esa teoría.

En aras del pueblo, los revolucionarios de Rusia iban a la horca y al presidio. *Veji*, sin embargo, censuraba esa trayectoria en términos que no dejaban lugar a dudas, y reconocía como decadente a la intelectualidad rusa. Al país que se hallaba en el umbral de la revolución, donde se realizaban en nombre de ésta proezas legendarias, se le contraponía un Occidente egoísta y filisteo. “En eso estriba la raigal diferencia entre nuestra intelectualidad y la de Occidente — anunciaba *Veji*—, donde el desvelo por el bienestar personal es una norma social, algo que se desprende por su propio peso... El egoísmo y la autoafirmación son una fuerza poderosa; precisamente esta hace de la burguesía occidental una pujante e inconsciente arma al servicio de la causa de Dios en la Tierra”. Llenarse los bolsillos, vivir a expensas del sudor y la sangre de su prójimo es para los señores burgueses la causa de Dios.

El pueblo soviético se atuvo a consideraciones bien distintas cuando en el curso de la revolución barrió de la faz de la tierra a toda esa inmundicia. Ahora, la gentuza de la UPT y Solzhenitsyn sueñan restituir su “reino divino” en la tierra. Unos pigmeos se han propuesto encaramarse sobre los hombros de un gigante: el gran pueblo de un gran país. Y aunque se guían por los jalones sentados por *Veji* hace más de medio siglo, no cabe afirmar que esos señores no han aprendido nada entretanto. Las bayonetas y las cárceles zaristas, que ellos añoran, habían resultado ineficientes. Los solidaristas confían en ponerle no las bridas sino un dogal al pueblo. Según ellos, el fascismo es la única estructura estatal aplicable a la URSS. Esto no es ninguna cosa de su ingenio ni el plagio de la hoja titular de la Biblia de los fascistas. Puesto que se hallan mantenidos por la CIA, ésta comparte y bendice esas ideas. Recuérdese, por ejemplo, la directiva 20/1 del Consejo de Seguridad Nacional que se refería a las

futuras estructuras de Rusia sin el Poder soviético.

La meta crucial de todos los ejercicios literarios de Solzhenitsyn es tratar de demostrar que el futuro está en el autoritarismo, en el fascismo. En función de esa predilecta meta suya va amoldando las teorías de la “tecnocracia”, interpretándolas como mejor le place con tal de fundamentar el autoritarismo. Para llevar a la conciencia de las masas los frutos de sus “meditaciones”, los reviste de formas novelescas.

Pero ¿por qué estará en boga en Occidente, pues sustenta teorías ajenas a una considerable parte de las clases gobernantes, las de los EE.UU., digamos? ¿Acaso fue imposible ver todo esto cuando aún Solzhenitsyn no se salía formalmente del marco de la literatura, no escribía artículos políticos y no hacía profecías? El publicista búlgaro Pavlov diagnosticó con mucha perspicacia la esencia de ese fenómeno.

“La propaganda imperialista —escribió— hace mucho que ha creado el estereotipo de Solzhenitsyn como promotor de ‘la liberalización’ y de otras consignas similares en uso en los países de democracia burguesa. La esencia ideológica de *En agosto de 1914* ha puesto cruz y raya sobre ese estereotipo benéfico. La negación de la actividad política y del parlamentarismo y, por lo tanto, la atomización de la sociedad y las aduladoras peroratas sobre la utilidad de la tecnocracia para dirigir, constituyen el arsenal común, los fundamentos de la filosofía de los regímenes fascistas y totalitarios. Todos los partidarios de las fanáticas doctrinas fascistas, en Italia en los años 20, y en Alemania en los años 30, empezaron por liquidar, en el capitalismo, a los partidos excepto al suyo propio y acabaron por eliminar físicamente a todo el que disintiera de ellos...

Así es que, visto de cerca, ese extraordinario hombre preclaro del “liberalismo”, según afirma a pie juntillas la propaganda burguesa, resulta ser en realidad un ordinario y nada original portavoz de las ideas autoritarias. Póngase el poder en las manos de la gente descrita y cantada por Solzhenitsyn, y correrán ríos de sangre. El autor es mucho más derechista que la democracia burguesa. Difícilmente no lo vean en Occidente quienes levantan como bandera a Solzhenitsyn; y desde luego, no sirve para que se lo utilice allí. De ahí el asombroso enfoque unilateral de las reseñas sobre este libro en la prensa occidental; ese aspecto suyo se lo pasa por alto. Y si lo apoyan contra viento y marea es por una razón bien fácil de comprender: ¿por

qué la burguesía internacional, que en su lucha contra el proceso revolucionario mundial utiliza a regímenes dictatoriales, no ha de servirse de un ideólogo más? No importa que éste profese el totalitarismo, pues posee, en cambio, magníficas cartas credenciales: un odio feroz a la Unión Soviética.”¹

Cuando el profeta apareció en Occidente, el presidente estadounidense Nixon —según la revista *Newsweek*—, comentó algo sorprendido con algunos miembros de su gabinete:

— Solzhenitsyn es más derechista que Barry Goldwater.

Henry Kissinger, Secretario de Estado e historiador de carrera, puntualizó:

— No, señor presidente. Es más derechista que los zares.

Si esto opinaron en la Casa Blanca, entonces las sentencias formuladas por Solzhenitsyn causarían a los ideólogos profesionales occidentales una amargura difícil de describir. La recién mencionada *Newsweek* dio un ejemplo aleccionador en este plano. Tantas lágrimas que se había dejado caer lamentándose años enteros acerca de la suerte de Solzhenitsyn en la URSS; y he aquí que ni sus flemáticos redactores resistieron el encuentro con el personaje y se atragantaron. Palabras faltan para describir la embarazosa situación en que se vieron, por lo que dejemos que ellos mismos expongan sus preocupaciones e inquietudes al respecto:

“La llegada de Alexandr Solzhenitsyn pondrá en una situación embarazosa a los intelectuales... Para la mayoría en Occidente el asunto parecía bastante claro: por sus ánimos y su ideología, Alexandr Solzhenitsyn era uno de ellos, partidarios de la libertad y la democracia, y su expulsión a Occidente era, en esencia, una recompensa, de modo que él era un bienvenido. Esa opinión no duró mucho tiempo. Del torrente verbal dicho por él emergió un Solzhenitsyn nuevo, mucho menos puro y aceptable de lo que se había creído antes... un partidario extremo del autoritarismo y que no cree en democracia...”

Solzhenitsyn suavizó muchas de sus declaraciones antidemocráticas... mas no está claro aún cuál variante refleja sus verdaderos sentimientos. El futuro dirá si Occidente se sentirá disgustado o no por que uno de sus estelares héroes ideológicos haya resultado un

¹ *Otchestven Front*, 1974, 11 de junio.

tonto apolítico, un beato.”¹

Por eso, valorando altamente las concepciones anticomunistas de Solzhenitsyn, varios periodistas de Occidente le pidieron que aclarara su actitud hacia Occidente. El personaje dejó escapar por la boca lo siguiente: “Únicamente quiero rectificar, para evitar impresiones erróneas, que no estoy contra la democracia, en general...” Vaya, algo ya había aprendido. Como camaleón en una manta a rayas se tiñó de colores de apariencia tolerable.

Empezó a “instruirse” en este sentido a pasos agigantados.

No fue que viera una luz salvadora en alguna parte; más bien fue que se dio de bruces con la voluntad de los dueños y señores. En poco tiempo vino a confirmar la certeza de un viejo proverbio popular: el que paga, encarga la música. A esa conclusión llegó no tanto por sí mismo, sino “ayudado” por la consabida CIA, que, por conducto de la UPT, se ocupó de adoctrinarlo en la prudencia de cómo vivir en Occidente. La UPT se esforzó por sujetarle la lengua a Solzhenitsyn, lógicamente en una sola dirección, de modo que no lastimara, de ninguna manera, la sagrada vaca de la “democracia”. Cosas de este mundo. Cuando hace falta, hasta los fascistizantes “upetistas” se ponen la toga de la “democracia”. Como mismo se había dado la voz de mando para cambiar de uniforme ideológico, Solzhenitsyn debe vestirse según sea el tiempo predicho por los “meteorólogos” de la UPT.

Aquel que hasta hacía tan poco se daba puñetazos en el pecho y proclamaba la férrea firmeza de sus convicciones, cambió a ojos vistas. En un discurso pronunciado en Nueva York el 9 de julio de 1975, dijo, muy adulator: “Los dirigentes de vuestro país, que cumplirá el centenario de su existencia, habrán de asumir tal vez una pesada carga como jamás había existido en toda la historia norteamericana. Vuestros dirigentes de esos tiempos ya muy cercanos necesitarán de honda intuición, previsión espiritual y altas cualidades de la mente y el alma. Quiera Dios que en aquellos minutos os dirijan figuras tan grandes como aquellas que crearon vuestro país”.

Aplausos no faltaron, naturalmente. ¿Y por qué no alabar ante los estadounidenses —y no sólo ante ellos— a Washington, Jefferson y otros “padres fundadores” de los EE.UU., hijos preclaros de su siglo? Sólo que Solzhenitsyn no agitó a estos grandes fantasmas para

¹ *Newsweek*, March 18, 1974, p. 48.

rendirles honores. “Los individuos que crearon vuestro Estado — pronunció con aire de preceptor (y quién sino él para conocer los pensamientos de aquellos)—, jamás dejaron escapar de sus manos la brújula moral... Con ésta verificaban su política práctica... Los caudillos que crearon a vuestro país, jamás dijeron: no importa que al lado exista la esclavitud; dejémosla, entablemos con ella la distensión, con tal de que nunca se extienda sobre nosotros”.

En los tiempos a que se refirió, la esclavitud estaba consagrada por la propia Constitución y no reinaba “al lado”, sino en los propios Estados Unidos. Washington, Jefferson y Madison eran grandes esclavistas y no veían nada malo en ello. Mejor atribuyamos esto a la escasa instrucción del escritor en lo que a la historia se refiere. Pero, bueno, el quid no estriba en eso. Solzhenitsyn pujaba por sacar a los “padres de la patria” del marco de su tiempo y de su clase, para convertirlos en soldados de la guerra fría. Y si algo enseñaron a sus conciudadanos los “padres de la patria” — y ante todo George Washington, en su canonizado *Mensaje de Despedida al País*—, fue precisamente el mortal peligro que significaba reemplazar la política práctica por razones ideológicas. En esto consiste la esencia de la clásica herencia espiritual de los “padres fundadores” de los EE.UU. Otra cosa es cómo la manejan los extremistas de derecha en los EE.UU., a quienes se aliara Solzhenitsyn.

Este quiere escribir, además, los nombres de Washington y Jefferson en las banderas de la cacareada “revolución moral” y de la campaña anticomunista mundial.

5

El primer aniversario de su expulsión de la Unión Soviética, Solzhenitsyn lo conmemoró publicando en París un libro de memorias: *Cómo arremetió el ternero contra el robo. Ensayos de la vida literaria*. Desde sus páginas emerge la repugnante imagen del autor: hipócrita y santurrón. ¿Para qué, entonces, su autodesenmascaramiento? Esto se puede entender cabalmente sólo después de ponerlo en el contexto de la táctica de la guerra psicológica. Antes ya se ha hablado de las extraordinarias revelaciones hechas por Redlich en la primavera de 1975. En ese mismo tiempo vio la luz “el ternero” solzhenitsyano. No es una simple coincidencia. También la CIA se está dando prisa ahora en presentar un nuevo y extenso informe de la

labor realizada por su contratista literario. ¡Véanlos, léanlos: ahí están nuestros logros, así es como estamos librando la guerra psicológica!

Sin pecar de exagerado, cabe afirmar que el libro en cuestión es la visión de la realidad soviética por los ojos de la CIA. Un documento de la CIA—UPT evaluando la situación en la URSS a finales de los años 60, hablaba de la existencia de una “clandestinidad del piso alto” y otra del “piso bajo”. “El cordón umbilical que liga esas dos 'clandestinidades' son los grupos y las figuras que han aflorado llegando a ser conocidas en el país... La figura de Solzhenitsyn es característica del 'piso bajo'...” Por subir en precio a los ojos de la CIA, Solzhenitsyn relata con suma fanfarronería cómo había intentado crear la clandestinidad antisoviética: “Una amistad trabada por acá; a través de ella, otras más; una frase acordada escrita en una carta o dicha durante un encuentro, por allá; y un día, se despierta uno diciéndose: ¡Caramba! ¡Si hace tiempo que me he hecho militante de la clandestinidad!”

A título de informe y aleccionamiento a sus seguidores, expone detalladamente la táctica que había empleado para tratar de colar libelos antisoviéticos en la prensa soviética; pero, apenado, se convenció de que no lograba aprovechar los medios masivos de información del Estado soviético para especular en torno al culto a la personalidad. El tema de los centros penitenciarios iba perdiendo utilidad como medio de labor subversiva. Por lo tanto hacía falta cambiar la táctica, y sin pérdida de tiempo: publicar en Occidente obras escritas sobre ese tema.

Corría el verano boreal de 1968. Estaba terminado *El archipiélago Gulag*, el arma más poderosa, en opinión de Solzhenitsyn, contra la Unión Soviética. No era, sin embargo, fruto de la creatividad individual, sino el balance de los esfuerzos desplegados tanto por organismos estatales de los EE.UU. como por anticomunistas individuales. Tanto el título como el temario se debieron a investigaciones que ya habían sido realizadas. Entre 1946 y 1950, el Departamento de Estado y la AFL confeccionaron el mapa GULAG, el cual fue editado en masa en 1951. En septiembre de 1954, el Departamento de Estado editó un informe oficial sobre “el trabajo forzado” en la URSS. Lo único que le tocaba hacer a Solzhenitsyn era generalizar todos estos materiales y poner al pie su nombre, es decir, personificarlos en provecho de la guerra psicológica que libra la CIA.

Hagámonos la siguiente pregunta: si bien esa “arma” de tremenda fuerza de impacto —en opinión de Solzhenitsyn y, seguro, de la CIA también— fue fabricada en 1968, ¿por qué se publicó en Occidente solamente al cabo de más de cinco años? El 2 de junio de 1968, escribe Solzhenitsyn, *El Archipiélago* estaba terminado, filmado en rollo y encapsulado... Su envío será una aventura, con mucho riesgo. Casualidades imponderables entorpeciendo la remisión... Me entero del éxito. ¡Libertad! ¡Qué alivio! —un gran artículo publicado contra mí en “Literaturka” (26.6.68) pasó cual cosa de humor, cual una nube de verano, voluminosa pero no aterradora. Lo veo por encima buscando golpes sensibles— y no encontré ninguno. Nadie vio mi punto vulnerable: lo de estar en contra de publicar *El círculo* (Primer círculo. —N.Ya.)—, y es que yo no objeté ni protesté — ¿Por qué?... No es luchador aquel que se impuso, sino el que supo escabullirse”.

En vano hace payasadas Solzhenitsyn y denigra a todo el mundo. En aquel entonces se lo trataba como literato principiante, que daba sus traspies, pero literato, al fin. ¿Quién podría estar enterado de sus asuntos secretos? Se polemizaba con él, se disenta de él, pero lo estaban haciendo en el marco de las relaciones normales entre personas decentes. Sí, difícil era ver detrás de la máscara de “mártir” a un individuo de mentalidad criminal. Solzhenitsyn lo comprendía perfectamente y se esforzaba al máximo por llevar esa máscara el mayor tiempo posible. “El significado de la clandestinidad —instruye la UPT— no estriba en su dimensión numérica, sino en su dimensión política”. De aquí emana “el reconocimiento de la admisibilidad, y a menudo, de la necesidad de enmascararse”. La publicación entonces de *El Archipiélago* significaría quitarle la máscara a Solzhenitsyn, y éste, entretanto, tenía nuevos y más ambiciosos planes.

Algunos se inclinaban a pensar que el tema de los centros penitenciarios era una obsesión de Solzhenitsyn; y él, sin embargo, pensaba algo bien distinto. El año 1968 lo marcó un determinado jalón: “En aquel entonces cumplí cincuenta años; y esto coincidió con un hecho en mi trabajo: ya no escribía más de los centros penitenciarios, también había terminado todo lo demás, tenía por delante un trabajo nuevo, enorme: una novela sobre el año 17 (para unos diez años, como me lo había imaginado al principio)”. Este era su “principal” trabajo, en comparación con el cual, todo lo escrito antes era nadería, para ganar fama apenas, aunque fuera una fama escandalosa.

La escasez de producciones literarias —cualesquiera que fueran— la CIA y Solzhenitsyn deciden compensarla con el otorgamiento del Premio Nobel. En su libro, Solzhenitsyn reproduce lo que estuvo machacando entonces a diario entre los suyos, y lo que llegaba de inmediato a conocimiento de la CIA: “A mí me hace falta ese premio. Como un escalón en mis posiciones, en la batalla. Cuanto antes lo obtenga, más firme me sentiré, más fuerte golpearé... Ojalá llegue a la tribuna del Nobel, para tronar”. Por cierto, en sus innumerables conversaciones sobre los plazos de otorgamiento del codiciado premio, dice: “El 70 era para mí el último año en que el Premio Nobel aún me era necesario, aún me podía ayudar. De ahí en adelante, empezaría a combatir sin él”. ¿Por qué precisamente el año 1970? Porque en 1971 correspondía publicar *Agosto de 1914*, el primer tomo de la novela que había pensado escribir. Por consiguiente, había que publicarlo estando él ya con el nimbo de laureado Nobel.

¡Pero quién podía pensarlo! No obstante, en efecto, en 1970 le adjudicaron a Solzhenitsyn el Premio Nobel por todas sus obras publicadas hasta entonces. Es cosa de maravilla. Un milagro de esos que no están al alcance de la razón humana. Es así y no de otra forma, explica Solzhenitsyn, “solamente ahora, no, solamente hoy comprendo cuán asombrosamente fue guiando Dios esta tarea hacia su cumplimiento”. Si en efecto es así, no hay nada más que averiguar: cualquier reclamación, diríjasela a las fuerzas supremas que escogieron a los señores suecos como instrumento de su voluntad, pero recuérdese también a la CIA...

Pues bien, a reglón seguido del Premio Nobel, tronó *Agosto de 1914*, que defraudó las esperanzas de su autor, pero puso de manifiesto su credo: antipatriotismo, autoritarismo y cosas por el estilo. Cuando aparecieron reseñas llenas de indignación y referencias negativas, Solzhenitsyn no pudo dejar de concluir: “Ya a partir de *Agosto* comienza la escisión entre mis lectores, comienzan a mermar mis partidarios, conmigo quedan menos que los que se marchan. En mis primeras obras me enmascaré... Con mis siguientes pasos habría de revelarme inevitablemente”. El Premio Nobel no pudo engañar a la gente honrada. La escaramuza *Agosto de 1914* fracasó.

Ellos, el autor y sus valedores, se atemorizaron porque aquello podía tener consecuencias negativas para el desenfrenado antisoviético, por lo que unos corresponsales estadounidenses en Moscú —G. Smith de *The New York Times* y R. Keiser de *The Washington*

Post—, entrevistaron a Solzhenitsyn. El encuentro fue montado con todos los rituales de la clandestinidad. Había que mostrar al mundo entero que la visita de los extranjeros al autor constituía una verdadera hazaña. Acaso las palabras de Keiser, uno de los “héroes” de ese encuentro secreto se presten mejor para describir la idiotez de cuanto sucedió después. En su libro editado por primera vez en los EE.UU. en 1976, Keiser se franqueó con sombría seriedad:

“En aquel entonces, ese asunto parecía peligroso y despertaba no pocas preocupaciones. No sabíamos qué nos esperaba (la expulsión parecía del todo factible) a nosotros y qué esperaba a Solzhenitsyn. He aquí cómo lo escribí hace tres años, corrigiéndolo sólo por arriba al cabo de tres años:

“Se nos dijo que lleváramos grabadoras y cámaras para grabar la entrevista y tomar fotos de Solzhenitsyn con su familia, para la posteridad. Se nos advirtió que fuéramos sin llamar la atención. Envolví la grabadora y la cámara fotográfica en números viejos de *Pravda* y las metí en un bolsito, de los calados que los rusos acostumbran llevar en los bolsillos. Me puse un pantalón vaquero y una chaqueta amarilla gastada, muy usuales entre los estudiantes de la Universidad de Moscú, y salí de mi apartamento a las 10 de la mañana.

“Primeramente me dirigí a la embajada a informar de mis intenciones al cónsul. Esas medidas de precaución las habíamos acordado antes. Si no sabía de nosotros antes de las 7 de la noche (eso se lo escribí en un papel que le pasé por encima de la mesa), él debía dirigir una interpelación oficial. Ambos llevábamos en Moscú sólo siete meses y no estábamos seguros de nuestra condición. Tomamos aquellas precauciones conscientes de que si algo pasaba, jamás nos lo perdonaríamos. Lo de si eran necesarias esas precauciones o no, estaba por verse. De la embajada fui a una panadería y compré dos panes. Luego, tal como habíamos acordado, fui montando de ómnibus en ómnibus para comprobar si me seguían o no. No noté nada sospechoso.

“Me encontré con Rick (Smith) en la esquina del edificio donde vivía Solzhenitsyn en la calle Gorki, y nos acercamos al portal. Allí vimos a un policía junto a entrada... Nos metimos enseguida en el patio, dimos la vuelta a la manzana y nos acercamos al portal por la dirección contraria... El policía se había marchado. Entramos en el portal. Delante de nosotros estaba la puerta del apartamento de Solzhenitsyn; pero, allí, junto al ascensor, había una mujer. Aguardamos

un rato hasta que montó en el ascensor. Sólo entonces tocamos el timbre. Se oyó descorrer el cerrojo, y la puerta se entreabrió asegurada con una cadenita. Detrás de la puerta apareció una barba en desorden. Nos miró detenidamente y nos dejó entrar. Estaba tan agitado como nosotros, por lo que tuvimos que presentarnos dos veces.

Las cortinas del apartamento estaban corridas... De repente, nos entregó un fajo de papeles que resultaron ser *La entrevista para "The New York Times"* y *"The Washington Post"*... Comprendimos que nuestras preguntas no le interesaban. Se proponía entrevistarse a sí mismo. Rick se puso nervioso. Siempre estaba preocupado de que fuéramos a caer en una trampa: hacer nosotros lo que Solzhenitsyn quería, y no al revés".

No sin trabajo, los avisados periodistas persuadieron a Solzhenitsyn de que aceptara sus reglas de juego. Tuvo lugar una charla de cuatro horas, durante la cual todos tuvieron bastante miedo. Al fin, la entrevista terminó. Smith y Keiser salieron a la calle y montaron en un coche que la esposa de uno de ellos había parqueado cerca. ¡Había que alejarse lo antes posible del peligroso lugar! Pero al doblar la esquina, un violento golpe: con su auto había chocado un taxi...

"Oí gritar a Rick: ¡Agárralo todo y corre, corre! Yo había pensado lo mismo, y agarrando nuestro equipo y el único y valiosísimo ejemplar de la entrevista, salí del coche, salté a un trolebús y desaparecí" —termina de describir Keiser las peripecias de aquel memorable día. Poco tiempo después, los periodistas se enteraron de que aquel accidente no había sido ninguna "encerrona".¹

De esa forma se organizaban los contactos entre Solzhenitsyn y los representantes del "mundo libre". Estos últimos se daban perfecta cuenta de que abusaban de su situación oficial, dedicándose a asuntos nada loables. Pero, bueno, a cada cual, lo suyo. Los sobrinos pobres del periodismo cumplían misiones a su alcance, mientras que los tíos ricos en Washington se encargaban de aquello para lo que sólo ellos tenían estatura.

La CIA lanzó al combate su reserva estratégica: a fines de 1973 se publica en Occidente *El Archipiélago*, La CIA desata una estrepitosa campaña propagandística.

¹ R. Keiser. *Russia: The People and the Power*. London, 1977, p. 397.

El libro nada tiene que ver con la literatura, es una nueva jugarreta en la guerra psicológica. Actuando cual un experto provocador, Solzhenitsyn se mete de lleno en una política de baja calaña. Embriagado con su Premio Nobel, se sintió por las nubes: “Ahora es cuando puedo hablar de igual a igual con el Gobierno. No hay nada vergonzoso en eso: he ganado posiciones fuertes y desde ellas hablaré. No cederé nada, pero les propondré que cedan”.

Con una altanería difícil de describir, plantea diversas exigencias en aparatosas declaraciones que son publicadas en Occidente y son transmitidas por radio a la Unión Soviética en ruso. Ahora admite orgulloso haber establecido hace tiempo estrechos contactos con diversas “voces radiales” de Occidente. Cualquier cosa que Solzhenitsyn hacía llegar a esas emisoras era incluida enseguida en los programas radiales transmitidos con destino a la URSS.

Echa el resto por movilizar, por instigar a Occidente a una campaña antisoviética. Un pensamiento “me persigue: cómo conmocionar a Occidente”. Socavar a la URSS por dentro, por todos los medios posibles, y entretanto la campaña antisoviética irá ganando vigor. Acabar con esa situación en que “Occidente está casi arrodillado ante ellos”. Voceros reaccionarios de la prensa y la radio apoyaron el torrente de insinuaciones y calumnias que procedía de Solzhenitsyn. Este, muy satisfecho de sí mismo, resumía: “Aún no se habían secado mis entrevistas y artículos con amargos reproches a Occidente por su debilidad e insensibilidad; pero ya se volvieron obsoletos: Occidente se sintió agitado y conmocionado de manera inaudita”. Considera incluso que la campaña desplegada era por su vigor “inesperada para todos, hasta para el propio Occidente que hace mucho no había demostrado tan masiva intensidad dirigida contra el país del comunismo”. Lo de “masiva” está hiperbolizado, naturalmente; pero, sí, es cierto que se había invertido en la campaña los considerables recursos propagandísticos y financieros de que disponen la CIA y otros servicios especiales de Occidente.

Las acciones de Solzhenitsyn tuvieron por lógico final su expulsión de la Unión Soviética para juntarlo con quienes lo mantienen.

6

Solzhenitsyn empezó a escribir a ritmo febril, a “apurar” sus li-

bros, para involucrar sin demoras a Occidente en un enconadísimo enfrentamiento con la Unión Soviética, a empujarlo, a renglón seguido, a una cruzada contra el comunismo. “¡Dios mío —exclama mirando al pasado—, cuánto habéis dejado escapar! ¿Por qué no os habéis portado así en los años de la segunda guerra mundial?”

Nuevos y más nuevos reproches a la Alemania hitleriana. En el tercer tomo de *Archipiélago Gulag*, editado en 1975, ese tema, que ya había deslizado en otras producciones, resonó con histeria. “Y si los forasteros no hubieran sido tan brutos y altivos —así lo lamenta Solzhenitsyn—, difícilmente habríamos tenido que conmemorar el vigésimo quinto aniversario del comunismo ruso”. O sea, en 1942, la Alemania hitleriana habría vencido a la URSS. Pero, Solzhenitsyn no agrega lo obvio: si no hubiera sido por la resistencia que en aquel glorioso y trágico año 1942, el Ejército Rojo mantuvo a costa de innumerables sacrificios, no habría quien pudiera leer ahora sus libelos, y difícilmente él mismo podría leer ahora sus libelos, y difícilmente él mismo podría sostener la pluma en sus manos. Bajo “el nuevo orden” fascista habría volado por las chimeneas de los incineradores toda la humanidad alfabetizada, excepto “la raza de los señores” y los esclavizados. Difícilmente se le habría dado al señor Solzhenitsyn siquiera la condición de “volksdeutsche”. Confundiendo en su enfebrecida imaginación a todos y a todo, Solzhenitsyn se desgañó afirmando que “antes de 1941, la población de la URSS se imaginaba que la llegada de un ejército extranjero significaría el derrocamiento del régimen comunista; no podía haber para nosotros ningún otro sentido en esa llegada. Esperábamos un programa político que nos libraría del bolchevismo”. Su mensaje está más que claro: vosotras, las democracias occidentales, deberíais haberos unido a los nazis en una cruzada común contra la URSS, para el bien del señor Solzhenitsyn.

Exhortó a Occidente a asumir la actitud de Catón: la URSS ha de ser destruida, y dado que la distensión contradice ese propósito, se la debe excomulgar. Con mucho aplomo declaró que Occidente —y en primer término los Estados Unidos—, desde 1917 cometió innumerables errores, se resignó a la existencia de la URSS, en lugar de derrotar al comunismo con las armas. “La negativa a respaldar al zar, el reconocimiento de la URSS en 1933, la colaboración en la guerra contra los alemanes —dijo Solzhenitsyn en un discurso en el hotel Hilton de Washington, el 30 de junio de 1975—... fueron transaccio-

nes inmorales” con el comunismo.

No tuvo reparos en arremeter contra los difuntos Franklin Roosevelt y Winston Churchill, en vituperar a los dirigentes occidentales por haberse aliado contra Hitler, por su política de colaboración con la URSS, que, como es sabido, se debió a los intereses de los EE.UU. e Inglaterra como Estados. En la opinión de Solzhenitsyn, la política practicada por ellos durante la segunda guerra mundial descolló por “una marcadamente obvia miopía sistemática y hasta la tontería”, materializadas en la colaboración con la URSS, cosa especialmente imperdonable para los EE.UU., que ya tenían en sus manos la bomba atómica. Al rememorar la segunda mitad de los años 40, Solzhenitsyn confiesa que con sus correligionarios “nos mofábamos de Churchill y Roosevelt”.

¿Por qué? Porque —explica Solzhenitsyn— tomaban en consideración a Rusia. En balde, porque “esa guerra nos dejó ver, en general, que el ser ruso es lo peor del mundo”. Esto aparece en el primer tomo del *Archipiélago*, mientras que en el segundo se da una aclaración: “No hay en el mundo una nación más despreciada, más abandonada, más ajena e innecesaria que la rusa”. Eso lo dice de la nación a la que el mundo debe la Revolución Socialista y la Victoria de 1945.

En marzo de 1976, con la gentil colaboración de la BBC, Solzhenitsyn adoctrinó al público inglés: “En los años cincuenta, terminada la guerra, mi generación estuvo literalmente adorando a Occidente como el sol de la libertad, de la firmeza de ánimo. Era nuestra esperanza y nuestro aliado. Todos pensábamos que nos costaría trabajo liberarnos, pero que Occidente nos ayudaría a sacudirnos la esclavitud”¹. Una declaración de tanto alcance precisaría puntualizar quiénes eran esos “nosotros” y qué debe entenderse por “generación”. Eso lo encontramos en el tercer tomo del *Archipiélago Gulag*: “Como la generación de Romain Rolland se sintió deprimida en su juventud por estar esperando de continuo el desencadenamiento de la guerra, así nuestra generación carcelaria se sintió deprimida por la ausencia de aquélla”. Entretanto, lo que más preocupaba a quienes habían estado al servicio de los hitlerianos y a los criminales de guerra encarcelados eran “las noticias de Corea... Esos soldados de la ONU eran lo que más nos alentaba: ¿qué bandera era esa, a quién

¹ *The Listener*, March, 1976, p. 261.

agrupará? El prototipo del futuro panhumanismo”. Reanimados por el hecho de que se les brindaba a los extremistas la oportunidad de desencadenar la tercera guerra mundial, esos detritus del género humano ladraban desde detrás de las rejas: “¡Ya vendrá Truman por vosotros, canallas! ¡Ya echará sobre vuestras cabezas la bomba atómica!”

No cabe duda de que los traidores, que no se habían hartado de guerrear al lado de los nazis, mantenían ese punto de vista y lo siguen manteniendo. La UPT y Solzhenitsyn brindan un ejemplo por excelencia al respecto. Todos ellos exhortan a emprender una nueva invasión a la URSS. Fue el propio Henry Kissinger, Secretario de Estado a la sazón, quien definió lacónicamente la esencia de las verbosas exhortaciones de Solzhenitsyn: “si sus concepciones pasaran a ser la política nacional de los Estados Unidos, nos enfrentaríamos a una considerable amenaza de conflicto bélico”¹. Véase también lo que escribió J. Kraft en *The Washington Post*: “Para él (Solzhenitsyn), el comunismo es la encarnación del mal... Desde ese punto de vista, cualquier contacto entre el mundo occidental y el comunista es malo... Pero es que la aplicación de una moral estrechamente individual a las relaciones internacionales no desemboca en una buena política... Y puesto que los criterios de Solzhenitsyn están tan poco ligados a la realidad norteamericana, las alabanzas a su estancia en el país suenan algo funestas.”²

Algunos consejeros del presidente Ford advirtieron a este: Solzhenitsyn es a todas luces un desequilibrado mental.

En la primavera de 1976, se le organizó al literato una serie de intervenciones en Francia, Inglaterra y España. Aún antes de que su poco aseada barba apareciera en las pantallas de los televisores, era predecible el habitual repertorio anticomunista de sus palabras. Pero lo que sí pareció curioso fue el horario de las emisiones: en Francia, entre las dos vueltas de las elecciones municipales; en España, simultáneamente con la conferencia de la organización de veteranos de la guerra, una institución sumamente reaccionaria³. La ampliamente leída revista española *Blanco y Negro* dijo que los discursos de Solzhenitsyn irritaban a los extremistas de izquierda y despertaban alegr-

¹ *The New York Times*, July 11, 1975.

² *The Washington Post*, July 3, 1975.

³ *Teleexpress*, 22.3.1976.

ía y exaltación en la derecha. Era lógico, pues al ver que él les hacía falta, Solzhenitsyn dijo barbaridades de marcado corte fascista.

Su principal tesis vibró de modo singular en su comparecencia en un programa de la televisión francesa el 9 de marzo de 1976. “La actual situación de Occidente —dijo— no es sólo una crisis política, sino también una crisis espiritual que, posiblemente, tenga ya unos 300 años. Debe su origen a que desde el Medioevo nos lanzamos a la materia, quisimos vivir en aras de lo corporal, olvidándonos de las misiones morales”. Si se apartan las peroraciones místicas, el quid del asunto emerge con diáfana claridad: según Solzhenitsyn, a partir, por lo visto, de la revolución inglesa, el mundo se descarrió. Dijo eso y fue más allá que sus antecesores espirituales. Recuérdesse: “Actuamos como la antítesis respecto al conjunto de las ideas del año 1789” (Benito Mussolini). “El año 1789 será tachado de la historia” (doctor Goebbels). Huelga decir que tanto Mussolini como Goebbels fueron tachados de la historia, ambos. Tal vez sea este un ejemplo digno de consideración para su fascistizante continuador ideológico.

Esperaba que sus palabras fueran acogidas favorablemente en España. Para ello elogió al franquismo que, según dijo, había dado “libertad absoluta” al pueblo español. Pero, el pueblo orgulloso tiene una opinión diferente al respecto. La revista *Cambio 16* escribió que la intervención de Solzhenitsyn iba destinada a gente de escaso entendimiento. Un dirigente político español moderado dijo: Debemos preguntarnos enseguida si ese escritor padece o no una seria afección psíquica que ha trastornado sus aptitudes de pensar correctamente en el plano político, y ha dado a los extremistas de derecha la oportunidad de aprovechar su personalidad como instrumento para atacar la causa de la democracia social, los derechos humanos y la libertad obrera.

No cabe duda de que muchos europeos se hartaron de las apocalípticas digresiones y las paranoicas exhortaciones de Solzhenitsyn. Al presenciar en acción al presunto profeta, algunos no pudieron callar sus impresiones y se apresuraron por hacerlas llegar a los periódicos. Una carta publicada en el diario inglés *The Times* prueba que “la guerra relámpago” lanzada por Solzhenitsyn contra las Islas Británicas no había extinguido en los ingleses el sentido del humor. Un tal Kenneth Tynan escribió:

“Estimado señor, ahora que Solzhenitsyn ha puesto en penitencia a Inglaterra, muchos de sus lectores pueden pensar que el escritor

exiliado considera como perdida la causa de todo el mundo occidental. Me siento dichoso al poder aseverarle que no es así. El señor Solzhenitsyn vislumbró al menos un faro de esperanza en la absoluta oscuridad circundante. En el curso de la reciente entrevista de 48 minutos por la televisión española, se refirió con entusiasmo al triunfo de Franco en la guerra civil como la victoria de “la concepción del cristianismo”. Luego felicitó al pueblo español, entre el cual pasara ocho días, por estar gozando, según él, de “absoluta libertad”. Por eso, con la conciencia tranquila, podemos calificar de extremistas bolcheviques a aquellos ciudadanos de España cuya primera intención, después de escuchar esas palabras, fue el notorio deseo de escupirle la cara al gran moralista. Sinceramente suyo, Kenneth Tynan.”¹

La gira europea de 1976 puso de manifiesto que Solzhenitsyn evidentemente no servía para los fines de la política corriente, por lo que la CIA pasó al “profeta” a la reserva. Sus intervenciones son una rareza; es decir, le han puesto un tapabocas, aunque sí, se le ha mencionado a menudo como “luchador” contra el comunismo, etc. que está viviendo en Occidente. La CIA ha echado mano a una táctica harto conocida y tradicional en las actividades de los cuerpos de los servicios especiales de por allá. A su tiempo, tanto la Abwehr como las SS alemanas trataron de igual modo a Vlášov, antecesor espiritual de Solzhenitsyn. Se le asignó el avituallamiento de la Wehrmacht, prohibiéndosele prácticamente, sin embargo, usar de la palabra, aunque Goebbels y su aparato propagandístico manipularon sin cesar el nombre del traidor. Naturalmente, los tiempos han cambiado: en la Alemania nazi que iba camino a su desaparición, Vlášov no disfrutó de mucha generosidad que digamos; la CIA, en cambio, cuenta con posibilidades materiales muchos mayores, por lo que el “profeta” vive mejor, pero confinado en un lugar cercano a Cavenish, pueblo en Vermont.

Un periodista estadounidense que visitó a Solzhenitsyn en su domicilio en 1977, describió con lujo de detalles el lugar, pero su artículo salió con un título de doble sentido *Paraíso de Solzhenitsyn: una cárcel de su propia invención*. Lo de “propia” fue dicho —de eso se puede estar seguro—, por estricto respeto a la CIA. Cabe suponer que los expertos profesionales de la Agencia trabajaron duro

¹ *The Times*, April 8, 1976.

para habilitar bien esa “cárcel”. Naturalmente, el periodista no pudo informarse de más detalles, pues no se deja entrar a nadie en la residencia, pero sí pudo observar la impresionante cerca que rodea el terreno. Aparatos electrónicos de todo tipo “protegen” a Solzhenitsyn de visitantes indeseables. Los vecinos de Cavendish hablaron mucho del nuevo morador cuyo teléfono no figura en el directorio telefónico de la localidad. Una vecina que vio a Solzhenitsyn por la calle, lo saludó por su nombre. “Se asustó mucho por haber sido reconocido” —dijo ella al periodista.

En junio de 1978, Solzhenitsyn apareció en carne y hueso en la Universidad de Harvard, donde, junto a otras once personas, recibió el título de doctor honoris causa. El discurso que pronunció fue la misma versión de lo que había dicho al llegar a Occidente, sólo que corregido por los censores de la CIA. Pero, probablemente en su ímpetu oratorio se fue algo de la lengua en sus reproches a Occidente: poca decisión en la lucha contra el comunismo, algo por el estilo. Tal vez eso fuera tolerable, pero el agregado pareció ofensivo. Solzhenitsyn aclaró: “El mundo occidental ha perdido su arrojo social... Todas las autoridades de los países occidentales se han debilitado mucho”. Pero, éstas, “las autoridades”, después le tiraron de las orejitas al orador desbocado.

La revista *Posev*, vocera de la UPT, que con gran tardanza publicó el discurso de Solzhenitsyn, suspiró: “En los EE.UU. se acaba de descubrir una nueva fuente de inquietudes: Solzhenitsyn”. También *The New York Times* lo calificó de “obsesionado que padece de ideas maniacales y complejo mesiánico”. Remitiéndose a *Veji*, la revista insistió en que no se había entendido bien a Solzhenitsyn — éste no había querido ofender a las autoridades, sino que se refería a otra cosa —: “Partiendo del análisis de las tendencias fundamentales de la cultura de los tiempos modernos, los de 'Veji' predijeron la revolución rusa y sus consecuencias. Hoy, Solzhenitsyn reenvía esas predicciones, pues la situación de la vida occidental permite hacerlo, ya que es similar, hasta en detalles, a la existente en la Rusia prerrevolucionaria”.

Esas aclaraciones van destinadas a una ínfima parte de los emigrados. *The New York Times*, en cambio, tiene un peso completamente distinto.

Cuando, desde comienzos de 1980, arreció bruscamente la campaña antisoviética en Occidente, también se oyó hablar a Solzhenit-

syn. De buenas a primeras, la revista *Foreign Affairs* le publicó, en abril de 1980, una nueva frenética prédica antisoviética, en plena consonancia con la estrategia de la CIA: tratar porfiadamente de socavar por dentro a la URSS. Solzhenitsyn insiste en que “aun unido hasta el fin, Occidente podrá triunfar solamente si se une” a los contrarios del socialismo en el interior del campo socialista. De inmediato, “dejar de creer en la distensión”, por cuanto “es imposible coexistir con el comunismo en un mismo planeta”.¹ No es gran cosa en la campaña antisoviética. No obstante, también vale. La aparición de Solzhenitsyn en la gran prensa de Occidente demuestra claramente que el imperialismo ha reunido todas sus reservas para llevar el mundo a otra guerra fría. Reagan iba camino de la Casa Blanca.

7

Pero, en general, gente como Solzhenitsyn sirven para la guerra psicológica mientras se hallan dentro de la Unión Soviética. Cuando llegan a Occidente, constatan que se les admite únicamente determinados actos por los servicios especiales. Nada de su propia cosecha. Hacen falta sólo sus nombres y su fama escandalosa. Los renegados que llegan a parar a Occidente, lo experimentan en su propio pellejo.

Sirve de ejemplo el caso del connotado delincuente Bukovski, de cuya suerte propalaron las versiones más increíbles los medios masivos de información occidentales. Según decían, estaba en las últimas: pero he ahí que el tal “mártir” apareció en Occidente “vivito y coleando”. Pronunció discursos, concedió entrevistas, desarrolló actividades que sólo un individuo de mucha salud puede acometer, y hasta se mereció una recepción en la Casa Blanca en febrero de 1977. Se le hacían elogios, y no era para menos, pues el delincuente echaba inmundicias verbales a torrentes contra la Unión Soviética.

Al informar sobre esas actividades, del agrado de la UPT en todos los sentidos, *Posev* escribió: “Es de esperar que los políticos y las personalidades públicas de Occidente aprovechen algo de la experiencia de Bukovski para sus relaciones con la Unión Soviética”. Sin embargo, en pleno esplendor de su gloria de antisoviético, el criminal, como es propio de delincuentes profesionales, se mantenía en guardia: “Cuando se le preguntó a Bukovski qué actitud debería

¹ *Foreign Affairs*, April 1980, p. 833, 834, 797.

asumir Occidente, repitió que no podía ni dar consejos ni imponer sus opiniones”.

Pero, no pudo mantenerse por mucho tiempo en esa actitud, y creyéndose un estratega, acabó por repartir consejos. Para la CIA, dueña y señora, aquello era algo ridículo e intolerable: el títere quiere dar instrucciones a quienes lo manejan. El resultado fue que Bukovski se quejara ante los reunidos en un conclave antisoviético en París, en septiembre de 1977: “Cuando me encontré en el Departamento de Estado de los EE.UU., descubrí de repente que el señor que responde por toda la política oriental... tan gordo, muy importante, me miraba como a un bichito que arrastrándose se atraviesa en el camino. El sabía mejor que yo lo que necesitan los EE.UU. y lo que necesita la Unión Soviética. No pude demostrarle nada”. Pero aun quejándose, Bukovski era circunspecto hasta lo loable: hacía referencias al Departamento de Estado y no a la gente de la CIA, con quienes le tocaba vérselas más a menudo.

En una cosa tenía plena razón: esos renegados son para la CIA unos “bichitos”, cuando más. Entre la imagen que de ellos difunden, por orientación de los servicios especiales, los medios masivos de propaganda occidentales, y la verdadera significación de aquéllos a los ojos de dichos servicios, hay un trecho enorme. En la CIA han determinado con exactitud el valor de cada uno de ellos, y si viene a mano, aplastarán a cualquier “bichito” que haya disgustado a la Agencia. Será bien sencillo; los maestros de la tortura al servicio de la CIA tienen sobrada experiencia. En todo caso, cuantos se le atraviesan en el camino a la CIA en los EE.UU., van a parar a los mortíferos calabozos de la Agencia, listos siempre para recibir a nuevas víctimas, que desaparecen en ellos sin dejar huellas. De esto son conscientes quienes colaboran con la CIA (para que no se desvíen), aunque, naturalmente, los calabozos de la Agencia están destinados en primer término a los contrarios clasistas del régimen imperante en los EE.UU.

El semanario *Voz de la Patria*, órgano de la Sociedad Soviética de vínculos culturales con los compatriotas residentes en el exterior, publicó en septiembre de 1978 un artículo del jurista soviético A. Trainin, titulado *Hablando en plata*, en el que se analiza la práctica del ensañamiento sin juicio ni causa en los EE.UU. El articulista escribió:

“En los Estados Unidos, las personas sospechosas de ser 'agentes'

al servicio de otro país, por lo general, no llegan a los tribunales, ya que se las mata en las mazmorras de los servicios especiales, luego de arrancarles las correspondientes ‘confesiones’. O perecen sin decir una palabra. Y eso que se trata de ciudadanos estadounidenses que, según la retórica oficial disfrutaban en su país de todos los derechos humanos.”

Las listas de los torturados hasta morir, cuyos nombres no han trascendido a la “prensa libre”, deben estar “enterradas”, probablemente, en los archivos supersecretos de los servicios especiales de los EE.UU. No obstante, sabemos de la suerte corrida por algunos que desafiaron a la dictadura de la bota de hierro.

Los más recientes ejemplos están al alcance de la mano. La primera mitad de los años 70 estuvo marcada en los EE.UU. por fuertes críticas a la CIA y a toda la comunidad de inteligencia, en general. Esas críticas denotaban tanto la indignación de personas decentes como la preocupación de algunos círculos por la poca eficiencia de los servicios especiales. Ante esa ofensiva, la CIA “desató un nutrido fuego” al editar libros de sus empleados que ponían por las nubes “los méritos” de la Agencia, fiel defensora de los intereses de la bota de hierro. Entre tales obras laudatorias figura, por ejemplo, el libro *Sin la capa ni la espada. La verdad sobre el nuevo espionaje* escrito por Miles Copeland, ex funcionario de la CIA¹.

El libro en cuestión expone las confesiones de un profesional en la materia.

Su autor aseveró a los verdaderos dueños de los EE.UU. que la defensa de sus intereses de clase está en buenas manos. Copeland relató con exactitud qué le espera a quien resulte considerado políticamente sospechoso en los EE.UU.: “Si los agentes de los cuerpos de seguridad del Estado están convencidos de la culpabilidad del sospechoso, no tienen otra alternativa que la de arrestarlo y hacer todo lo necesario para obtener la verdad, aún cuando esto signifique la eliminación de toda posibilidad de entregarlo posteriormente a los tribunales. Si el detenido se niega a hablar, los agentes de la seguridad del Estado lo llevan al sótano y allí, según dijo un amigo mío de mucha sangre fría —trabajábamos juntos en la CIA—, ‘se esfuerzan por hacerlo entrar en razón’. La Agencia Central de Inteligencia

¹ M. Copeland. *Without cloak and dagger. The Truth about the New Espionage*. N.Y., 1974, pp. 26-28, 182, 186, 188, 257.

prefiere que el interrogado 'muera de sarampión', como los graciosos de la CIA califican ese desenlace, a que sea castigado mediante un procedimiento judicial. Después de los interrogatorios en las mazmorras de la CIA, el interrogado se encuentra en tal estado que imposibilita su comparecencia ante los tribunales y 'se lo elimina por procedimientos horrendos, imposibles de describir'."

A título de ejemplo, Copeland relata el caso de un funcionario público estadounidense, al que apoda Mickey, asesinado en 1964. "Mickey" fue detenido y, murió "de un síncope" cuando la investigación estaba a punto de terminar... "En su caso no se detectó nada fuera de lo común" —informó el responsable de la investigación al almirante William Raborn, entonces director de la CIA... Del caso "Mickey" no se habló en la prensa, por cuanto la publicidad no arrojaría beneficio alguno.

Lo de la prensa está claro, pero no es lo mismo con los parientes y los allegados. "Por cuanto Mickey murió de un síncope (y como causa de la defunción podría figurar cualquier enfermedad escogida al azar) —remarca Copeland—, sus colegas y las familias de éstos se mostraron tan solícitos y cordiales con la familia del difunto como lo habrían hecho con la familia de cualquier colega occiso."

En los muy raros casos en que se pone en libertad a quien ha pasado por los horrores de las mazmorras, es para que siga viviendo el resto de su vida en algún lugar apartado, sometién dosele a estricta vigilancia. Pero, eso sí, siempre que sea en provecho de "los intereses estatales". Desde luego, ni una sola palabra al respecto en la prensa.¹ En general, los EE.UU. hace mucho que habían avanzado muy lejos en su política punitiva; el régimen carcelario en ese país siempre ha descollado por su extrema ferocidad. Ya en los años 30 del siglo XIX, el francés Alexis de Tocqueville (cuyos libros sobre los Estados Unidos son considerados clásicos) anotó horrorizado unas palabras de Elam Lynds, carcelero neoyorquino: "Durante nuestras conversaciones que se prolongaban horas enteras, el señor Elam Lynds volvía siempre a un preso".² Hace mucho más de un siglo, F. Gray, reformador de las cárceles estadounidenses, insistió: se debe "quebrantar y destruir mediante un trato severo" el espíritu y

¹ *Hablando en plata*. Moscú., 1972, pp. 42-44.

² A. Tocqueville. *On the Penitentiary System in the United States and its Application in France*. Philadelphia, 1833, Appendix A.

la voluntad de los presos.¹ Y así siguen destruyendo, orgullosos sobremanera de su experiencia de casi doscientos años en la materia. J. Mitford, periodista estadounidense, que en 1975 publicó un estudio bastante ilustrativo acerca de las modernas cárceles estadounidenses, recalca: “He descubierto que tanto la administración carcelaria como las huestes de bien intencionados reformadores siguen persiguiendo hasta nuestros días esa doble finalidad, en esencia, aunque no hablan con tanta franqueza como el celador Lynds, y a pesar de que, con los años, han variado notablemente los métodos empleados para alcanzar ese objetivo.”²

Han variado, ante todo, porque la CIA ha impartido las correspondientes “recomendaciones científicas”, incluidas las relativas a los métodos de la violencia física a ejercer sobre los presos. Una petición elevada a la ONU por los reclusos de las cárceles estadounidenses en 1972 pone de manifiesto uno de los resultados de las instrucciones impartidas por la CIA a los carceleros. Los infelices señalaron, por ejemplo, que en la cárcel federal Marion, Illinois, está en uso el programa denominado “Asklepieion”. La petición enumeraba los 24 métodos utilizados para ejercer violencia física y psíquica. En los EE.UU. no se manifestó gran indignación. No se pasó de citar únicamente al señor M. Groder, responsable de la aplicación de esos métodos, ante un comité de Congreso, donde el citado expuso largas disquisiciones señalando el gran provecho de lo que vulgarmente se denomina torturas por la gran “democracia”. Los analistas estadounidenses de esa cuestión A. Schefflin y E. Opton, definieron en 1978 la esencia de esos métodos: “La reformación de la razón consiste en ‘descongelar’ las anteriores ideas del preso acerca de sí mismo (o sea, reducirlas a cero), ‘modificar’ su personalidad y ‘congelar’ sus nuevas ideas en una nueva personalidad”. Para ello se echa mano a “drásticas medidas de violencia física.”³

La política represiva en los EE.UU. siempre ha tenido un marcado carácter de clase, y su filo va dirigido contra quienes se hallan en la base de la pirámide política. “Las medidas drásticas” resultaron sobremanera oportunas, según el parecer de los potentados en los

¹ R. Schwitgelel. *Limitations on the Coercive Treatment of Offenders. Criminal Law Review*, 1972, pp. 269-270.

² J. Mitford. *El negocio carcelario*. Moscú., 1978, p. 51.

³ A. Schefflin and E. Opton. *The Mind Manipulators*, N.Y., 1978, pp. 98-100.

EE.UU., precisamente en los años 60 y comienzos de los 70, época de actos masivos de protesta contra la política del imperialismo norteamericano en el Sudeste asiático... “En ese contexto —comenta J. Mitford— ganó mucha popularidad el término ‘presos políticos’, introducido por los propios reclusos, condenados por delitos que, comúnmente, nada tenían que ver con la política. Estaban convencidos de ser víctimas de la opresión de clase o étnica, y de que las autoridades utilizaban el encarcelamiento como medio para obligarlos a aceptar su situación de miseria, privación e injusticia”. En los EE.UU. hay actualmente alrededor de 1,4 millones de reclusos, un 80 % de los cuales proceden del sector que percibe ingresos mínimos, el 12 % de la población apta para el trabajo. Los “reforman” para que acepten sin chistar su situación y el sistema político existente en los EE.UU.

Si esto es lo que sucede en las cárceles oficiales, lo que ocurre en los calabozos de la CIA es un secreto bien guardado.

Hizo falta una coincidencia de circunstancias extraordinarias, para que se llegara a saber algo —algo y no todo, ni mucho menos, y bajo un punto de vista específico— de las usanzas vigentes en las prisiones de la CIA. Las audiencias del Comité de la Cámara de Representantes que en las postrimerías de los 70 estuvo investigando los asesinatos de John Kennedy y Martin Luther King, reavivaron el interés por las actividades de la CIA. El Comité interrogó a varios ex funcionarios de la Agencia. En lo tocante al asesinato del presidente Kennedy, volvió a aflorar lo ya conocido: si Kennedy cayó víctima de una conjura o no, y en todo caso, cuál fue en todo esto, el papel de la CIA, el FBI, el servicio secreto y otros órganos. ¿Por qué, al menos, no supieron proteger al presidente? Las “investigaciones” de ese género realizadas por el Congreso desembocan sin falta en que la CIA sale de ellas no sólo “limpia”, sino como un organismo que de continuo vela por “la seguridad nacional” de los EE.UU. Para reafirmarlo, la CIA da a conocer, en el curso de la “investigación”, nuevos hechos.

Así sucedió esa vez. En el otoño de 1978, la CIA presentó al Comité de la Cámara de Representantes pruebas de estar vigilante y hasta supervigilante. El caso era el siguiente: a comienzos de 1964, un funcionario soviético que se encontraba en viaje de servicio en el exterior, traicionó a su patria y recibió refugio político en los EE.UU. Enseguida cayó en manos de los encargados de recibir a los

traidores: un departamento de la CIA. Allí se suele interrogar cruelmente durante meses, a cualquiera que busque asilo en la bendita “democracia”, y solamente después de convencerse de que el traidor ha sido “exprimido”, es decir, que ha transferido al servicio de inteligencia yanqui cuanto sabe de la URSS, se le permite llevar una miserable existencia, a menudo bajo otro nombre y una perenne vigilancia de la CIA. Durante ese procedimiento algunos traidores desaparecen sin dejar rastro, se los elimina por una u otra razón, y de algunos se llega a saber que se “suicidaron” por motivos desconocidos, aunque parecía que tenían lo que buscaban: la “libertad” en Occidente.

Pues bien, el traidor en cuestión, dado el trabajo que realizaba, sabía qué podía interesar a la CIA, por lo que se apresuró a relatar a los interrogadores cosas que constituyen secreto de Estado; pero, por haber sido funcionario de bajo nivel, sabía tan poco, que “la adquisición” le pareció insignificante a la CIA, lo cual despertó lógicas sospechas, porque, para “venderse más caro”, el individuo se había hecho pasar por un importante funcionario. Los de la CIA se encogieron de hombros: un funcionario importante debería saber mucho más. Por lo tanto, los interrogadores se volvieron más quisquillosos, y el imbécil —que para colmo era un borracho consuetudinario—, se enredó perdidamente en sus propias mentiras, tratando de justificar la versión inicial acerca de su importancia. Aparte de cuentos evidentes, el traidor “lo soltó todo” diciendo que había conocido personalmente los pormenores de la estancia de Lee Harvey Oswald en la URSS.

Corría entonces el año 1964, sesionaba la comisión encabezada por E. Warren, presidente de la Corte Suprema de los EE.UU., que investigaba las circunstancias del asesinato del presidente John Kennedy. Una repentina “confesión” del traidor sonó como un tiro para los ejecutivos de los servicios especiales yanquis. Todos sabían de él, pues la decisión de conceder asilo político al traidor no fue tomada individualmente por la CIA, sino por un “comité interdepartamental para asuntos de traidores”. En ese comité figuran, además de los funcionarios de la CIA, representantes del Departamento de Estado, del servicio de inteligencia de la Secretaría de Defensa, del FBI, del servicio de inteligencia de la Marina, del servicio de inteligencia del Ejército y de la Agencia de Seguridad Nacional. Ese Comité resuelve los casos de todas las personas que hayan solicitado asilo en los

EE.UU. El 2 de abril de 1964, Richard Helms, jefe de la Dirección Operativa de la CIA, incorporó a ese asunto a los órganos jurídicos oficiales, al obtener de N. Katzenbach, subsecretario de justicia, la autorización, confirmada por Robert Kennedy, secretario de justicia, para confinar al tránsfuga en una cárcel secreta de la CIA a varios kilómetros de Washington, y someterlo a interrogatorios con torturas.

Lo que sucedió a continuación fue descrito por fuentes oficiales estadounidenses. El traidor, que esperaba el “maná de la CIA”, recibió su merecido: lo encerraron en una celda sin ventanas, le aplicaron los más refinados métodos de violencia física, o sea, lo torturaron. Le pegaron brutalmente, le introdujeron preparados químicos para obtener “la verdad”, y para alterar los procesos biológicos del organismo, le convirtieron alternativamente el día en noche y viceversa. La vestimenta que le dieron era la correspondiente: ropa de soldado ya raída. La alimentación consistía en una papilla de indescriptible sabor y fideos podridos. Así fue durante más de tres años. Un traidor, desde luego, no merece compasión; pero la cuestión no es esa, sino la de los métodos, que este caso ilustra, utilizados por los servicios especiales yanquis incluso contra quienes caen por equivocación en sus manos. Abstrayéndonos de la persona del traidor, cabe preguntarse: ¿en qué medida corresponde todo esto a la cacareada “legalidad” en los EE.UU.? Lamentablemente hay que ilustrarlo con el ejemplo del caso en cuestión, ya que casos similares —no son pocos, indudablemente— jamás llegan a conocimiento público.

La razón que sirvió de fundamento para encarcelar a ese individuo y aplicarle los métodos ya descritos, fue que esperaban les formulara sensacionales revelaciones sobre el asesinato de John Kennedy. El secretario de Justicia, Robert Kennedy, constantemente llamaba a la CIA para saber cuándo, por fin, “cantaría” el recluso. Después de cada llamada se recrudecían las presiones sobre el preso, es decir, más torturas; aunque éste nada tenía para confesar. El 24 de junio, Richard Helms se entrevistó en sumo secreto con el presidente de la Corte Suprema, E. Warren. Nada se sabe de lo que hablaron Helms y el máximo servidor de la Justicia estadounidense, ni tampoco ha sido develada el acta de la reunión efectuada por la comisión Warren aquel mismo día. Comoquiera que sea, ni el informe de la comisión Warren, ni el montón de documentos concomitantes referentes a las circunstancias del asesinato del presidente John Kennedy

dicen una sola palabra sobre el caso en cuestión. El 28 de septiembre fue dado a la publicidad el consabido informe de la comisión Warren, que tampoco decía nada sobre el particular. Por entonces se anunció en Washington que la investigación del asesinato del presidente John Kennedy había concluido.¹

Este caso salió a relucir solamente en septiembre de 1978 en el Comité de la Cámara de Representantes que investigaba las circunstancias de los asesinatos de John Kennedy y Martin Luther King. Según escribe el periodista inglés A. Summers, “cuando ese extraordinario tratamiento (al señor X) llegó a conocimiento del Comité Investigador del asesinato, en 1978, causó indignación en el Congreso”.² ¿Por qué? El mismo Comité Investigador dio la respuesta: “Porque la forma en que la CIA trató a X, los interrogatorios y el confinamiento de éste eliminaron prácticamente la posibilidad de utilizarlo como valiosa fuente de información”.³ Así que esto es lo que lamentan los celosos defensores de la “legalidad” que sesionan en el Capitolio.

La prensa de Occidente se hizo eco del caso en numerosas ocasiones. Merece atención el comentario del relativamente poco conocido periódico francés *VSD*. Refiriéndose a la investigación del caso realizada poco antes en el Congreso de los EE.UU., señaló en octubre de 1978: “Richard Helms, entonces jefe de la Dirección Operativa de la CIA, tomó una decisión de enorme importancia para el curso de la investigación de lo acaecido en Dallas. Sencillamente desechó el testimonio de X. Ahora se justifica diciendo: 'Claro, aquello fue un error mío...'”

Luego siguió lo principal: Helms confirmó que había recibido de Nicolas Katzenbach, subsecretario de justicia, la autorización para someter a X al “interrogatorio para enemigos”, o sea, aplicarle las medidas extremas. Tres años pasó X encerrado en un calabozo de concreto, sometido a violencia física y a la acción de drogas. Todo esto para que se “quebrara”. Extraño tratamiento a una persona que buscaba la “libertad” en los EE.UU. Helms afirma que había recibi-

¹ E. Epstein. *Legend: The Secret World of Lee Harvey Oswald*. N.Y., 1978, pp. 14, 45, 258, 46-47.

² A. Summers. *Conspiracy. Who Killed Presidente Kennedy?* Glasgow, 1980, p. 199.

³ *Report of the Select Committee on Assassinations*. Washington, 1979, p. 102.

do esa autorización de Katzenbach el 2 de abril de 1964. “Nada de eso es cierto—declaró Katzenbach al Comité Investigador la semana siguiente—. El señor Helms jamás me planteó lo de X. Jamás le habría dado esa autorización que afirma yo le di.”

¿Qué significa todo esto? Una posibilidad es que Katzenbach padece amnesia; otra, que Richard Helms, condenado en 1977 a un año de prisión condicional (compensada con el pago de una multa de 2 000 dólares. —*N.Ya.*) por falso testimonio ante el Comité del Congreso, oculta que la decisión referente a X la tomó por iniciativa propia. Otro hecho aún más significativo: el 24 de junio de 1964, Helms se entrevistó en mucho secreto con el juez Warren, presidente de la primera comisión del Congreso que investigó el asesinato de Kennedy. De lo que conversaron, no quedaron apuntes. Tal vez Warren se olvidara de esa conversación. ¿Qué le susurró a los oídos Helms aquel día?¹

El mencionado periódico francés no pudo resolver esa interrogante, pero apuntó muy oportunamente que en los EE.UU. saben borrar las huellas muy bien. También llama la atención que las personas encargadas de mantener la legalidad en los EE.UU. consideran un deber suyo hacer la vista gorda ante casos de evidente violación de aquélla cuando en ello insisten los servicios especiales, en primer lugar la CIA.

Queda poco por demostrar. El traidor fue mantenido en los calabozos del servicio de contraespionaje de la CIA hasta octubre de 1967; las actas de sus interrogatorios llegaron casi a mil páginas. Con el tiempo, la gente de contraespionaje empezó a aconsejarle, con la mano puesta sobre el corazón, que se suicidara, pero dado que se mostraba indeciso, comenzaron a valorar la necesidad de eliminar a un testigo tan fastidioso. La cosa no llegó a tal punto. En aquel momento afloraron agudas contradicciones entre la CIA y el FBI; e incluso en otros departamentos de la CIA empezaron a mirar con escepticismo lo que sucedía: podía ocurrir que, si continuaban haciendo eso, a otros traidores se les quitaran las ganas de “elegir la libertad”, por lo que se perjudicaría el trabajo operativo de la CIA. El resultado del “forcejeo” entre los servicios especiales fue que el canalla se salvó, no se le eliminó como hubiera sucedido en otro caso. En las postrimerías de 1967 lo pasaron a disposición de la

¹ *Vendredi, Samedi, Dimanche*, October, 1978.

Dirección de Seguridad de la CIA, donde lo interrogaron durante un año más y luego lo dejaron “irse en paz”: lo alojaron en una casa adquirida por la CIA, le asignaron una mesada y le concedieron la ciudadanía estadounidense. “A cambio ha prometido no narrar lo que le sucedió en la CIA”.¹ Todo habría terminado allí de no ser por nuevas intrigas interdepartamentales, esta vez en relación con el caso Watergate. William Colby, nombrado director de la CIA, echó a los ejecutivos del servicio de contraespionaje de la Agencia incriminándoles, entre otras cosas, el malgasto de fuerzas y fondos en un asunto que no tenía sentido (aunque a primera vista ya estaba claro que X era un granuja común y corriente y no un “agente soviético” enmascarado).

Otro caso no menos aleccionador. En 1981 fue editado en los EE.UU. el libro de H. Hurt *Shadrin: El espía que nunca regresó*, el cual relataba en forma de novela policial las peripecias de un traidor a la URSS, un tal A., que en los EE.UU. adoptó el apellido Shadrin. En 1959 se fue a Occidente, se enroló en el servicio de inteligencia yanqui, obtuvo la ciudadanía de los EE.UU. y trabajó contra la URSS, pero desapareció misteriosamente en diciembre de 1975. La conclusión que el libro formula es que la CIA eliminó a Shadrin por motivos desconocidos. El abogado de su viuda sostiene la misma opinión.

En diciembre de 1981, *The Washington Post* tronó con motivo de ese libro y del caso mismo. Aparentemente era un golpe contra los servicios especiales, pero en realidad era un acto comprendido en la política de la Administración Reagan, criticando la incompetencia de sus antecesores en el manejo de asuntos turbios. El articulista era nada menos que el varias veces citado R. Keiser. Ante todo señaló la ingenuidad del propio Shadrin. “Veo en Shadrin —escribió Keiser— a un ambicioso y ambiguo individuo que padecía la más grave afección: la de tener una idea equivocada de sí mismo... Esperaba, por lo visto, que su nuevo país, los EE.UU., le brindaría oportunidades no menores de las que tuvo en el anterior, y no sólo oportunidades, en general, sino oportunidades en el servicio gubernamental. Esto no tenía sentido y era hasta una tontería, pues a quien traiciona una vez, jamás se le tiene plena confianza.”

Desde esas posiciones, Keiser le reprochaba a Hurt, autor del li-

¹ E. Epstein, Op. cit., p. 271.

bro, el haber “idealizado” a Shadrin; pero, quienquiera que fuera ese individuo, se lamentaba el articulista, “el Gobierno de los Estados Unidos se portó con él de un modo indignante, mientras tanto... el FBI y la CIA hicieron gala de una peligrosa incompetencia”. Keiser se manifestó incluso a favor de que un Comité del Congreso investigara ese oscuro caso.¹ Los motivos por los que se dio publicidad al asunto, tanto al libro de Hurt como al artículo de Keiser, nada tienen que ver con los deseos de informar al público. Se trata exclusivamente de intereses profesionales de los servicios especiales. En el extenso volumen titulado *Mandato para Dirigir* editado en 1981, con recomendaciones a la Administración Reagan, se dice: “El activo fundamental de las operaciones subversivas son las personas, generalmente extranjeras, con quienes la CIA mantiene vínculos secretos muy estables o tiene razones para esperar establecerlos... Nuestros servicios especiales deben crear una red de agentes secretos lo más extensa y confiable posible, y debemos asignar a este propósito cuantiosos fondos.”² Fruto del trabajo realizado por varios grupos de analistas, estas recomendaciones van cobrando cuerpo en la actividad de la Administración Reagan, algo de lo que se habla con visible satisfacción en el prefacio de dicho libro.

Gracias a las rencillas y las intrigas interdepartamentales y burocráticas, hemos llegado a conocer —en grado muy pequeño, por supuesto— esos turbios manejos. Se proponen extender hasta el infinito la red de espionaje y diversionismo, pero a la vez que torturan y asesinan. Esto señala una falta de sistema. Difícil es, sin embargo, que esas “quejas” de *The Washington Post* le quiten a la CIA el hábito de asesinar.

Independientemente de la miserable personalidad de los protagonistas, son casos sumamente aleccionadores por cuanto vierten luz sobre los métodos de la CIA. Es más, demuestran —a salvo de toda duda— que quienes desde Washington abogan por los “derechos humanos” en todo el planeta, tienen perfecto conocimiento de la vaciedad de estos derechos en su propio país. Por lo tanto, la campaña propagandística yanqui en favor de tales derechos no pasa de ser una maniobra provocadora de la guerra psicológica.

¹ *The Washington Post*, November 24, 1981.

² *Mandate for Change*. Ed. by A. Heartherly, Washington, 1981, pp. 945-946.

En muchos aspectos, esta campaña significa el reconocimiento del fracaso de la línea seguida por la CIA, de los métodos concebidos ya en la OSE, de acciones tipo “la operación Solzhenitsyn”, basadas en la premisa de que la desenfrenada prédica del derrocamiento del régimen soviético encontraría partidarios en nuestro país. Los “disidentes” que actuaron bajo esa consigna corrieron la misma suerte que los bandidos y los terroristas infiltrados en la Unión Soviética por la CIA, en parte por conducto de la NTS. No encontraron ningún respaldo. En octubre de 1977, *The New York Times* tuvo que admitir lo que sigue: La disidencia en Rusia llega al final de su corta vida... Ya es hora de afrontar, por fin, la verdad y reconocer su “obvio fracaso”.¹

Pero la CIA sigue librando la guerra psicológica. La derrota de un destacamento sólo ha motivado que salieran a primer plano los consabidos falsos defensores de los “derechos humanos”. Su presentación en la vanguardia de la actividad subversiva dista mucho de ser novedosa. Políticos y profesores estadounidenses, que editaron en 1978 una recopilación de contenido relativamente realista titulada *El sentido común en las relaciones entre los EE.UU. y la URSS*, apuntaron la continuidad de esa campaña con las acciones antisoviéticas que el capital mundial venía efectuando contra nuestro país desde 1917. Según señaló David Riesman, profesor de Sociología, en su estudio *Riesgos de la campaña pro derechos humanos*: “Desde luego, esa campaña contra la Unión Soviética no la empezó el Gobierno Carter. En cierto sentido se remonta a los tiempos del surgimiento del régimen soviético”. Otro estudioso, Stephen Cohen, anotó que “la Administración Carter ha definido esa campaña en términos de los “derechos humanos” en la URSS, algo que no es válido porque plantea solamente el tema de los derechos o las libertades políticas, en tanto el término “derechos humanos” es mucho más amplio y abarca una amplia gama de problemas económicos y sociales, en cuya solución la URSS puede anotarse en su haber considerables logros en comparación con el resto del mundo”.²

El plan estratégico de la CIA sigue siendo el de minar al régimen soviético, sin proclamar su derrocamiento como objetivo, aun cuan-

¹ *The New York Times*, October 4, 1977.

² *Common Sense in U.S.—Soviet Relations*. Washington, 1978, pp. 50, 52.

do realmente se trata de eso. En la CIA aprovechan las enseñanzas de “la operación Solzhenitsyn” y otras por el estilo. En documentos, no dados a la publicidad, abundan pruebas de este modo de razonar, por cierto, un razonamiento más claro. En tiempos del presidente Lyndon Johnson, un influyente ayudante suyo, Eric Goldman, profesor de historia, escribió con suma aprobación respecto a un documento: me atrevo “a proponer la más minuciosa y escrupulosa evaluación de sus ideas”. Posiblemente tuvo éxito en ese empeño. ¿A quién se refería? En el archivo del presidente Johnson en Austin, Texas, se guarda una carta dirigida al Departamento de Estado por un tal Mangold, ingeniero que trabajara por contrato en la URSS, de 1934 a 1936. Fue él quien puso eufórico a Goldman, al presentar en 1964 un informe donde aseveraba que, de seguirse sus recomendaciones, los EE.UU. triunfarían en la lucha contra la URSS. El mero hecho de que el informe en cuestión presentado oficialmente a la Sección de la URSS en el Departamento de Estado llegara al nivel cumbre, testimonia la importancia que Washington le confirió. La sabiduría que poseía Mangold consistía en lo siguiente:

“En 1917 —escribió en su informe—, en Rusia existía una clase media relativamente débil. Hoy existe una numerosa clase intelectual media, en su mayoría no afiliada al Partido. Esta clase puede ponerse a la cabeza de una revolución popular, y deseará también una democracia con garantías constitucionales... (es decir, “democracia” al estilo de los EE.UU.—N.Ya.). Debemos identificar nuestros intereses políticos con los de esta clase sin partido y no con los de los comunistas “prósperos”. La revolución democrática en Rusia desembocará en la descentralización y el derrumbe del poderío ruso. Brindará mejores posibilidades de ganar decididamente en la guerra fría, sin correr el riesgo de provocar una catástrofe nuclear capaz de conducir al exterminio universal...

Pero ninguna insurrección popular amplia es posible mientras millones de comunistas adoctrinados y sinceramente adictos controlen las fuerzas armadas: comandantes, coroneles e incluso generales. Se podrá realizar una revolución popular únicamente si se llega a desmoralizar a estos comunistas e incitarlos a pelearse entre sí. Se los puede desmoralizar ideológicamente sólo empleando argumentos irrefutables desde el punto de vista de su propia filosofía política... Yo pude “lavarles el cerebro” a los comunistas convencidos. La técnica utilizada es muy sencilla.” Luego, seguían los consejos de

cómo deformar los fundamentos de la filosofía marxista leninista. En general, eran absurdos estúpidos, pero Mangold proclamaba triunfal: “Puede disuadir a cualquier comunista leal, en el tiempo debido: generalmente dos o tres meses, siempre que lo encuentre una vez a la semana, como término medio. Después de semejante “lavado de cerebro”, los comunistas convencidos se convertían en algo intermedio entre oportunistas descarados y opositoristas convencidos.”¹

En su afán de descubrir la piedra filosofal que les diera el triunfo sobre la URSS por los métodos de la guerra psicológica, los jerarcas estadounidenses no dejaron de verificar ni una sola piedra, prestando seria atención incluso a proyectos demenciales al estilo del recién expuesto. En todo caso, está claro hacia dónde apunta su pensamiento “creador”. Se han habituado a endosarle a la URSS el descontento debido a la realidad capitalista en los EE.UU., inculpándola de todas las dificultades que Washington debe afrontar. En la Casa Blanca se ha creado —al menos en los años de la guerra en Vietnam—, un estereotipo de pensamiento que sorprendió incluso a Goldman, y éste, como ya dijimos, era un hombre que había visto mucho. En sus memorias, Goldman describió una escena presenciada en el despacho presidencial en 1966, donde se reunieron para escuchar las revelaciones del primer mandatario un miembro de su gabinete y tres de sus asistentes.

“El presidente Johnson daba palmadas en mis rodillas y en las de otros, exclamando: 'Vaya, críticos liberales. Detrás de todos ellos están los rusos'. Elogiaba al FBI y la CIA, que le informaban de cuanto ‘sucede en realidad’... Los rusos fueron quienes promovieron toda esa agitación... Los rusos sostienen vínculos permanentes con senadores que se oponen a la guerra, y empezaron a barajarse sus nombres. Esos senadores asistían a comidas en la embajada soviética, los hijos de sus ayudantes acudían a citas amorosas con rusos. 'Los rusos inventan a través de esos senadores lo que deben decir. Frecuentemente sé de antemano lo que dirán en sus discursos'. Yo estaba realmente aturdido. ¿De veras creería Johnson que sus críticos eran marionetas al servicio de los rusos? ¿Pesaría tanto el macartismo sobre su mente?... Estaba claro que los otros tres presentes no le dirían ni una sola palabra en contra. Un asistente se había encogido

¹ K.P. Mangold to Robert Owen of the Soviet Affairs at the State Department, March 17, 1964. Lyndon B. Johnson Library, Ex. Co 303.

incómodo en su sillón; otro permanecía imperturbable y era obvio que pensaba lo mismo. El miembro del gabinete se balanceaba distraído en el sillón, dando a entender por su pose: bueno, qué se le va a hacer, éste es el precio que hay que pagar por el cargo. Yo no quería manchar mi conciencia manteniéndome callado cuando el presidente de los EE.UU. decía barbaridades tan peligrosas. Lyndon Johnson llegó al punto de decir que durante las audiencias en el Senado acerca de la guerra de Vietnam, un funcionario de la embajada soviética entregó instrucciones a uno de los miembros del comité senatorial. 'Señor presidente...' —tercié yo, pero era difícil interrumpir su monólogo. Por fin, logré abrimme paso: 'Señor presidente, lo que usted está diciendo no es así'. El presidente me miró sorprendido. Posteriormente, recordé a menudo su mirada tratando de adivinar su significado.'¹

Significaba algo bien sencillo: al cabo de poco tiempo Goldman dejó de figurar en la plantilla de la Casa Blanca. Este episodio pone de manifiesto, una vez más, no sólo la manera de ser de los gobernantes de los EE.UU., sino, además, algunas fuentes de esa especie de ferocidad hacia esos rusos, quienes, según dicen literalmente, no los dejan vivir en paz. Por supuesto, no fueron los rusos, sino Johnson y sus asesores, quienes sumieron a los EE.UU. en el tremedal de la guerra de Vietnam.

Con esa mentalidad, se aprovechaba hasta la menor posibilidad para emprender una enérgica ofensiva contra la URSS y renovar la consabida campaña sobre los “derechos humanos”. Lo más probable es que quien sentó las bases de la ésta fuera Zbigniew Brzezinski, quien pasó fugazmente por el escenario de la política estadounidense durante las postrimerías de la presidencia de Johnson, pero pasó a primera fila bajo la presidencia de James Carter. El antes citado jurista soviético, Trainin, explicó el mecanismo orgánico de esa “actividad en defensa de los derechos”. Dado que trabajó con las fuentes originales, es mejor no glosar lo escrito por él, sino reproducir enteramente esa parte de su extenso artículo.

9

“En febrero de 1974, Solzhenitsyn fue expulsado de la Unión Soviética, lo cual causó una perplejidad difícil de describir en los

¹ E. Goldman. *The Tragedy of Lyndon Johnson*. N.Y., 1969, p. 500.

enemigos de comunismo, dondequiera que se encontraran. Sin embargo, esa perplejidad no puede igualarse, en modo alguno a la furia que se apoderó de los servicios especiales de Occidente, ya que con ese acto se había puesto punto fin a “la operación Solzhenitsyn”, considerada muy prometedora en la labor de zapa contra la URSS. La nueva situación demandaba el análisis y la elaboración de nuevos planes. No se trataba de que los servicios especiales se desvivieran por el propio Solzhenitsyn (una carta matada no amerita gran interés). Se trataba de algo mucho más importante desde sus puntos de vista: determinar si eran apropiados y efectivos los métodos empleados en relación y en torno a ese personaje.

Esta tarea se le propuso el Instituto de Estudios del Comunismo, de la Universidad de Columbia, de la cual era director en aquel entonces Zbigniew Brzezinski. En 1975 vio la luz el estudio: un volumen de casi 500 páginas de pequeño cuerpo de letra, titulado *Disidencia en la URSS: política, ideología y pueblo*. Cuando se publicó ese libro, la recién mencionada entidad había cambiado de nombre: Instituto de Investigación de Cambios Internacionales. Un nombre diferente, pero el director era el mismo: Brzezinski. En el prefacio, el profesor Tokes —a cuyo cargo corrió la edición del estudio—, dirigió a Brzezinski cálidas palabras de agradecimiento por las orientaciones, etc. Tokes hizo constancia aparte que su mejor brigada ideológica —trece autores—, acordó terminar la exposición en febrero de 1974, momento que, en opinión de ellos, es “un importante jalón en el historial de la disidencia contemporánea en la Unión Soviética”.

Tokes precisó que los autores entendían por disidentes a cuantos eran contrarios a la Revolución de Octubre de 1917, que diera vida al Estado soviético. Tokes y compañía intentaron evaluar las fuerzas de la disidencia en la URSS, no por amor a la investigación, sino por una razón de contenido muy práctico: esclarecer por fin hasta dónde eran auténticas las informaciones sobre el amplio respaldo que en la Unión Soviética se daba, digamos, a Solzhenitsyn. Era sumamente necesario —aunque sólo fuese para determinar los fondos a asignar— averiguar la eficiencia propagandística de la “disidencia”. Efectuados los cálculos respectivos, los resultados no pudieron ser más sombríos. A través de todo el libro se reitera la siguiente conclusión: “Los ‘disidentes’ acaso sean un producto natural en la historia soviética en más de cincuenta años, pero igualmente natural es su fracaso en despertar la más mínima comprensión en el pueblo”. Los

analistas estadounidenses se enfadaron mucho con los “disidentes”, quienes resultaron —vistos con lentes de aumento— un miserable grupúsculo de renegados. Se supo, asimismo, que todas las aseveraciones que en abundancia proporcionaban a los servicios especiales de Occidente no eran más que “paquetes”. Con el corazón adolorido hubo que hacer constar que: “Es completamente obvio que el cauteloso optimismo que aún existía entre algunos disidentes soviéticos y observadores extranjeros, en 1970, abrió paso, en 1974, a un hondo pesimismo”. ¡Ay, qué desgracia! Resulta que el poder del pueblo no tiene opositores en el seno del pueblo. Cosa, por cierto, obvia desde siempre, y para comprenderla no había necesidad de aventurarse en tan costoso estudio.

El publicista George Feifer, que más de una vez visitó la URSS, no encontró mejor manera de aprovechar su tiempo que la de frecuentar las “madrigueras” de “disidentes” (exactamente, madrigueras, ya que, según él mismo reconoció, el rasgo característico de un “disidente” es la tremenda suciedad en su vivienda). Señaló a las claras, quiénes habían estado inflando ante los ojos de Occidente la importancia del grupúsculo de renegados. Véase cómo describe el ambiente en un apartamento de Moscú, adonde llegó “con su gente”:

“Después de abrimos paso a través del recibidor atiborrado de ropas colgadas, llegamos a un cuarto de dormir infestado de humo, parecido a cientos de otros, en los que habita un pequeño círculo de jóvenes intelectuales “muy listos”. Muebles baratos, iconos, cuadros viejos, obras de arte de los tiempos del zarismo medio deshechas — todo esto amontonado y metido entre mesas, sillas y sofás; las paredes están tapizadas con papel barato. En los armarios y el piso abundan libros atados en pilas rodeadas de botellas vacías y platos sucios. En su mayoría, son ediciones amarillentas prerrevolucionarias y obras editadas en Occidente que no se publican en Rusia.”

La conversación giraba en torno a temas agradables para Feifer. Uno de los borrachines decía querer “ametrallar” al gobierno soviético. Así son los “disidentes” en su vida cotidiana, observados por un publicista occidental hostil al comunismo, sin lugar a dudas. Pero, tal vez, lámentase Feifer, esos miserables son la única esperanza de Occidente, de “cambiar” el régimen soviético por dentro.

El mecanismo empleado para glorificarlos es muy sencillo. Desde luego, subraya Feifer, los disidentes viven de acuerdo con sus propias ideas sobre las realidades de la vida y no con arreglo a estas

últimas. Ridiculizan a su propio pueblo por ser muy atrasado... Nuestros expertos en asuntos soviéticos, que se ocupan casi exclusivamente de los disidentes, escriben de éstos cosas completamente irreales, a veces... Conozco a varias personalidades en Occidente que, a pesar de no dudar de la decencia de algunos disidentes, se abstienen, no obstante, de escribir sobre ello... Incluso corresponsales occidentales en Moscú no consideran necesario informar de lo inconcebible, pues varios disidentes famosos son personas enviciadas y no merecen que se los respete, ni mucho menos... No cabe suponer, en contra de lo que algunos hacen, que la disidencia, de por sí, transforma al individuo en una persona intachablemente virtuosa. Para evitar una amarga decepción, ante todo no se ha de abrigar ilusiones al respecto.”

Pero, basta de hablar de las características personales de los “disidentes”, descritos por uno, quienes le hablaban con la mano sobre el corazón y se franqueaban largo y tendido. Como vemos, Feifer no sintió por ellos nada más que repugnancia. ¿Cuál es su peso en cuanto a la lucha contra el Poder soviético? El veredicto de Tokes no puede ser más categórico: “Incluso habiendo voluntad de alcanzar el poder —y esa voluntad se deja ver apenas en unos pocos disidentes—, la total ausencia de respaldo no autoriza considerarlos revolucionarios en el sentido práctico de la palabra. Para una revolución hacen falta no sólo voluntad y apoyo, sino también dirigentes que, unidos a las masas disidentes, puedan desafiar a las autoridades con algunas esperanzas de éxito. A excepción de las debacles al estilo de la guerra termonuclear, está prácticamente descartada, en un futuro previsible, la creación de semejante alianza antigubernamental revolucionaria en la URSS.”

¡Por favor! ¡Por fin se nos ha convencido de lo firme que es el Poder soviético, porque no lo hubiéramos sabido de no ser por las revelaciones recién hechas por unos señores en los EE.UU.! Pero retornando a hablar en serio: el libro en cuestión debería convencer a cualquiera de cómo pierden el tiempo quienes se dedican a dar blasones a los “disidentes”. Esta ocupación no tiene posibilidad de prosperar, conclusión avalada por estudios “científicos” de esa entidad, en el curso de los cuales se revisó y analizaron todos los actos de los disidentes, toda su producción: desde la voluminosa grafo-manía de Solzhenitsyn hasta las inscripciones en las paredes en los retretes públicos. Era el momento oportuno de poner punto final.

Pero, nada de eso. No era lo que pretendían los sesudos analistas. No se esforzaron en dejar zanjado el asunto al describir la falta de perspectivas de las vías seguidas con anterioridad. Buscaban un sendero nuevo por donde proseguir la lucha contra la Unión Soviética y tratar de minarla por dentro.

Los teóricos yanquis del anticomunismo cayeron en la cuenta de que todos los males provenían de una sola cosa: los renegados plantean muchas cosas “en contra”, pero no ofrecen nada “en pro”, es decir, no cuentan con ningún programa positivo. Aquí es donde hemos llegado a lo principal: salió a un primer plano la cuestión de los “derechos humanos”. Quizás aquellos que al poco tiempo comenzaron a balbucear sobre los “derechos humanos” ni siquiera habían oído antes decir esas palabras, pero se les explicó enseguida de qué se trataba. Es que el término “luchador por los derechos humanos” sería “un medio de automanifestación”, al tiempo que “el movimiento pro derechos humanos sería una genuina oposición política”. Pero, lo principal consistía en que sería más fácil obtener apoyo de Occidente, y que no se repetirían casos como, por ejemplo, cuando el Secretario General de la ONU, U. Thant, se negó a examinar varios mensajes dirigidos a él, alegando que quienes los habían escrito no representaban a nadie.

Cuando los “disidentes” en la URSS se pertrechen de las con-signas de los “derechos humanos”, muchas cosas se simplificarán. Incluso Feifer, furioso crítico de los “disidentes”, exclama: “Todos estamos por los disidentes... Para ayudarlos en su causa, váyanse a Rusia, si es posible, y averigüen qué servicio pueden ustedes prestarles, o búsquense una ocupación para auxiliarlos desde Occidente”. Eso sí, a renglón seguido advierte: “Es difícil esperar que los disidentes resulten unos santos, después de haber pasado tantos sufrimientos”. Dicho en otras palabras, por mucho que se les proclame “defensores de los derechos”, quedarán siendo inmundicia humana. Pero, es que en la URSS no hay otro material humano disponible para Occidente. Por muy lamentable que resulte, ¡a trabajar con este material! Así fue formulada la estrategia a seguir. Quedaba llevarla a la práctica cuando aparecieran ejecutores adecuados dentro de las fronteras soviéticas.

La historia de nuestro país denota una regularidad: cualquiera que se oponga al Poder soviético acaba por pedir ayuda a los enemigos del comunismo allende las fronteras soviéticas. Es fácil de com-

prender: no pueden hallar apoyo en un Estado creado por el pueblo y para el pueblo. Así sucedió en los primeros años de existencia de nuestro país cuando los contrarios al poder soviético apelaron a los ejércitos intervencionistas. Así sucedió posteriormente.

Bien se sabe en qué terminaron las invasiones armadas, por lo que el imperialismo, consciente de las amargas lecciones del pasado, no porfía en arremeter de frente, dada la actual correlación de fuerzas en el mundo.

La historia brinda asimismo otra enseñanza: nuestros enemigos intentaron contraponer al ideario de Octubre, fundamento del Estado soviético, consignas “democráticas”, entre las cuales figuraban invariablemente la de los “derechos humanos”. Los enemigos del Poder soviético necesitaban la retórica en torno a los “derechos humanos” sólo para intentar diluir la base popular del respaldo a los bolcheviques. A ese mismo propósito responden las actuales digresiones de los “disidentes”. Pero, lo más sorprendente es que en su defensa actúan Solzhenitsyn, calificado incluso por los ideólogos occidentales como partidario del autoritarismo, y Sájarov, poseído de ideas tecnocráticas. También es significativo otro hecho: Solzhenitsyn y algunos otros renegados resultaron impotentes (o no lo quisieron) para romper rotundamente con las tradiciones familiares, por ejemplo. Ellos proceden de familias burguesas, de vida acomodada antes de la revolución. En sus libros, Solzhenitsyn lamenta a voz en cuello, las pérdidas, por sus padres, de los derechos a una gran fortuna. No cabe duda de que todos ellos han hecho suya la herencia espiritual de quienes se aferraban, en 1917, a sus propiedades y se oponían a la revolución. Lógicamente, sus pensamientos y deseos son afines y comprensibles para los potentados del mundo capitalista.

Cuando entregaron el cetro de líder de los “luchadores por los derechos humanos” a Orlov, escogido para que llevara a cabo una nueva acción antisoviética concebida por los servicios especiales de Occidente, los orquestadores estaban seguros de la lealtad de aquél. Un articulito escrito por Orlov en diciembre de 1975 y distribuido por canales clandestinos obró de carta de presentación a los ojos de dichos servicios. Basto leerlo en los Estados Mayores de estos últimos, para que los acontecimientos se desarrollaran automáticamente: en mayo de 1976, Orlov y varios correligionarios suyos anunciaron que de ahí en adelante informarían a Occidente sobre la situación en materia de “derechos humanos” en la Unión Soviética. El “grupo”,

como tal, no existió nunca, se hacía referencias al mismo para dar realce a acciones individuales de varias personas, realizadas con un marcado carácter antisocialista.

Vivimos en una época de progresivo desarrollo del socialismo. Es una realidad objetiva. Millones de personas ven en el socialismo el futuro del mundo. Vientos de cambios soplan sobre nuestro planeta, algo que, desde luego, incomoda a los señores capitalistas y junto con éstos, al señor Orlov. Refiriéndose a la dirección general del progreso social, ese señor proclamó: “Demasiados consideran en el mundo que la propiedad de todo por el Estado ha de ser la única alternativa a la propiedad privada... El ansia de cambios, particularmente cambios de índole socialista, ha llegado a ser literalmente una enfermedad de la época. Naturalmente, este deseo se asienta a menudo en un justo sentimiento con motivo de la explotación capitalista y del egoísmo de las clases potentadas; pero, además de en los sentimientos, se asienta también en una falsa idea general de que la gente puede resolver todos sus problemas mediante transformaciones sociales, y sobre el mito aún más falso del 'socialismo científico'... Si no llega a fortalecerse con un alto potencial ético y una mejor comprensión de sus objetivos, la democracia occidental no podrá resistir eficazmente el empuje del socialismo totalitario.”

No está dicho con mucho conocimiento de la materia, las definiciones “cojean”, pero el sentido está expuesto con diáfana claridad: señores burgueses ¡a las armas! ¡A los bastiones! ¡Pongamos el pecho en defensa de nuestras bolsas de dinero! Acuérdense de la Rusia zarista, en la que “a causa del egoísmo, la inflexibilidad y la miopía de la cúpula gobernante, el desarrollo social estuvo retenido por un tiempo demasiado largo, de modo que las reformas aplicadas después de 1905 no debilitaban, sino recrudecían, las fuerzas del odio acumuladas”. Así las cosas, Orlov se lanzó a resguardar al capitalismo por métodos y acciones que lo llevaron directamente al banquillo de los acusados.

Volaron a Occidente materiales calumniosos fabricados por Orlov y sus cómplices. Para impresionar más, en la hoja titular de cada libelo aparecía impreso el rótulo “grupo”. Apuntemos de paso que esos “defensores de los derechos”, que tanto preconizaron su fervoroso deseo de contribuir al cumplimiento de los acuerdos que buscan consolidar la paz y la colaboración internacional, se dedicaron, en cambio, de mala fe, a una actividad completamente contraria, deseo-

sos de dinamitar ideológicamente la política de distensión internacional.

En la instrucción judicial se estudió detenidamente el contenido de las octavillas calumniosas entregadas, por acuerdo previo con los servicios especiales de Occidente, a los medios masivos de información y difundidas por todo el mundo capitalista. Se efectuaron pruebas periciales, se interrogó a decenas de testigos y se demostró que todos “los documentos”, sin excepción, eran elucubraciones calumniosas dirigidas contra el régimen social y el Estado soviético, y a frustrar los esfuerzos de la URSS por desarrollar la colaboración internacional.

A menudo, los hechos descritos por Orlov eran fruto de su exclusiva imaginación. Empero, para una campaña en grande “en defensa de los derechos humanos”, promovida por los servicios especiales de Occidente, hacían falta recursos mayores, los materiales inclusive. Necesitaban, asimismo, un canal semilegal para la circulación en ambos sentidos: dinero desde Occidente, “información” desde la URSS, información factible de utilizar con fines de denigración. Esos deseos de los servicios especiales coincidieron como en un foco en un individuo ya conocido para nosotros: Guínsburg. De este modo, al “teórico” Orlov le fue “conectado” el “práctico” Guínsburg, quien también hizo pública su preocupación por los “derechos humanos” en la Unión Soviética.

“Las cartas credenciales” de Guínsburg, aunque de índole diferente a las de Orlov, también eran intachables a los ojos de los ejecutivos de los servicios especiales. Guínsburg ya se había destacado en la “lucha por los derechos humanos”, aunque fuera en una escala más menuda y en lugares más alejados...

Según testimonios de quienes habían cumplido junto a Guínsburg condena entre 1968 y 1972, él llegó al reformatorio con mucha pompa: el parásito y vago se hizo pasar por poeta. Desde luego, no dijo nada de que su grado de instrucción no pasaba del escolar.

Guínsburg —o, como lo llamaban en el reformatorio, Alik—, era, en efecto, una figura notable: sus dueños extranjeros no lo tiraron al olvido, le enviaban paquetes y dinero, con lo cual pudo rodearse de amigos.

Cuando Guínsburg se vio en libertad, en 1973, decidió reproducir su práctica de la cárcel a una escala mayor, no por gusto había establecido extensos vínculos en el mundo del crimen. En abril de 1974,

“las voces radiales” de Occidente anunciaron que los disidentes ya tenían en la URSS su propio benefactor: Guínsburg, establecido en Tarusa, provincia de Kaluga, había asumido la misión de administrar el “fondo Solzhenitsyn”, instituido para prestar ayuda a los “perseguidos en la URSS por motivos políticos”. También especificaron la dirección del “benefactor”: una casa en la calle Lesnaya, adquirida con dinero de procedencia dudosa, porque el ganado honradamente por Guínsburg en toda su vida habría bastado únicamente para comprarse uno o dos pantalones, cuando más. Según declaraciones “autorizadas”, hechas por Guínsburg ante corresponsales extranjeros el 2 de febrero de 1977, gastó de tal ayuda, en dos años, el equivalente a nada menos que 360 000 dólares.

En la instrucción sumarial y en el juzgado, se interesaron, naturalmente, por el destino que Guínsburg había dado a tan gruesa suma de dinero. El luchador por los “derechos humanos” permaneció en orgulloso silencio, por lo que hubo que examinar escrupulosamente a su clientela. Entre ésta no se detectó a idealistas que pensarán en mejorar la vida en el planeta. Los beneficiarios eran todos criminales responsables de delitos sumamente graves contra el Estado. Era lógico según reconoció un tal F..., beneficiado con 900 rublos procedentes de dicho “fondo”. Guínsburg había concebido esa idea ya en el reformatorio y en conversaciones sostenidas con reclusos, entre los cuales estaba dicho F..., dictaminó que “pueden tener derecho a usar el fondo solamente individuos condenados por agitación y propaganda antisoviéticas, así como por traición a la patria en grado de conspiración para conquistar el Poder, que no hayan censurado sus actividades durante la permanencia en la reclusión”.

Ante los jueces de instrucción desfiló una retahíla de esos “luchadores por los derechos humanos”, según afirmaba la propaganda occidental, a quienes “el filántropo” Guínsburg había prestado ayuda. Por ejemplo, un tal K..., nacido en 1956. Delincuente reincidente: primero robó una cafetería en un comedor obrero, luego se dedicó a la agitación y la propaganda antisoviéticas. Escolaridad: siete grados de enseñanza media. Escribió “Carta a Su Majestad”, pero no la remitió por desconocer dónde se encontraba “el monarca”. En lugar de quejarse ante el zar, acudió a Guínsburg para lamentarse del Poder soviético (lo cierto es que también había escrito desde el reformatorio al senador Jackson, pidiéndole entrada a los EE.UU.). Véase

a continuación un fragmento de sus declaraciones: “A base de mis pronunciamientos, Guínsburg entendió que yo estaba dispuesto a no abandonar la lucha contra el régimen en la URSS (razón por la que percibió, con cargo al “fondo”, unos 1 000 rublos —*N.Ya.*). A su vez, de las conversaciones sostenidas con Guínsburg deduje firmemente que era un convencido contrario del Poder soviético, capaz de emprender, en su lucha, cualquier paso, los extremos inclusive”.

Esa labor criminal de Guínsburg justificó que se le aislara de la sociedad. No sólo se dedicaba él mismo a difundir calumnias contra la URSS, “informándose” al respecto en el mundo criminal, sino que instigaba directamente a otros a cometer delitos sumamente graves.

Guínsburg y sus cómplices giraban moderadas sumas de dinero a centros penitenciarios. Asesinos y bandidos se sorprendían al recibir los giros. ¿De dónde vendrían? Un tal S..., recluso, declaró: “Muchos condenados de nuestro reformatorio se sorprendieron al ver que algunos de quienes habían recibido esos giros nada tenían que ver con la “disidencia política”, pero sí tenían relación directa con los asesinatos. Un tal J..., que recibió dinero del “fondo”, era criminal de guerra convicto; otro, un tal T..., era terrorista: mató a un soldado e hirió a otro”. Así sucesivamente.

Esta es la imagen real de ese suspirador por los “derechos humanos”, la imagen que emerge de las actas de la instrucción judicial, y que tiene dos caras. Una dirigida a los elementos criminales, entre quienes había intentado forjar una unidad sobre la base del odio al Poder soviético; y otra mirando a Occidente, ante el cual se deshacía en verbosidad defendiendo a esos mismos criminales y describiendo, entre otras cosas, un espeluznante cuadro de sus “martirios” en los centros penitenciarios. Guínsburg sabía por propia experiencia de cinco años de reformatorio, que todo lo que decía era una mentira descarada.

En el curso de la instrucción judicial se detectó algo más: Guínsburg estafó en grande tanto a los servicios especiales de Occidente como a Solzhenitsyn, quienes le habían confiado el dinero para sus actividades subversivas. La mayor parte de los mencionados 360 000 dólares fue a parar, indudablemente, al bolsillo del “benefactor”, cuyo espléndido tren de vida cuando era “administrador del fondo” asombraba a quienes lo conocían. Por cierto, como es propio de un delincuente, no sentía gran afecto por aquél en cuyo nombre le llegaba el dinero para las actividades subversivas. A Solzhenitsyn se

refirió en los términos siguientes: “Desde luego, no es un grande en Rusia, pero de todas las mediocridades contemporáneas es el primero, sin lugar a dudas”.

Es que Guínsburg mismo pretendía llevar la batuta. Según contó el testigo X..., que lo conocía por su vida en Tarusa, bastó que las emisoras de Occidente anunciaran la participación de Guínsburg en la campaña pro “derechos humanos”, para que “se le viera alegre con motivo de esa apreciación dada a sus actividades”. Comentó que todo ello confería mayor ‘peso’ a su personalidad tanto en nuestro país como en el exterior y dijo: “de cualquier cosa que me pase ahora acusarán a la KGB”.

Otro vecino de Tarusa, un tal G..., que había conversado mucho con Guínsburg, relató que su interlocutor abordó en muchas ocasiones el tema de la táctica, insistiendo en que “hay que protestar siempre y con mucha bulla”. Realizaba trámites y peroraba sobre “la necesidad de escribir diversas protestas y de promover una nueva ola del “samizdat”, lo cual permitiría, en su opinión, provocar la correspondiente repercusión política”. ¿Con qué fin?

Guínsburg, continúa su relato G..., “no me ocultaba que sólo lo apoyaba un grupo poco numeroso de intelectuales, por lo cual cifraban sus esperanzas sólo en Occidente y hacia allí dirigían sus llamados de ayuda. Según él, esto se hacía con el único fin de ejercer presiones políticas y especialmente económicas sobre la URSS por los países capitalistas industriales. Una presión organizada de los países occidentales obligará al Gobierno soviético a liberalizar (término empleado por Guínsburg.— N-Y.) el poder existente, cosa que beneficiará tanto a los disidentes en el país como a los dirigentes de los Estados capitalistas...

Como hemos visto, las actividades delictivas de Guínsburg y sus cómplices respondían, entre otras cosas, al propósito de movilizar a los criminales bajo las banderas de la “disidencia” y utilizarlos en la lucha contra el Poder soviético. En esencia, la agitación y la propaganda antisoviéticas “arman”, en la acepción estricta de la palabra, al individuo, que ya había entrado en conflicto con la sociedad. Varios ejemplos pueden demostrar fácilmente que individuos de pasado criminal emprenden —bajo el efecto de esa agitación y esa propaganda— delitos sumamente graves contra el Estado. De la participación en la “defensa de los derechos humanos” a la colocación de bombas no hay más que un paso.

En 1976, la prensa georgiana informó ampliamente sobre el juicio seguido contra un tal Zhvania. Juzgado con anterioridad en tres ocasiones por delitos criminales, ese individuo hizo explotar tres artefactos de fabricación casera en Tbilisi, Sujumi y Kutaísi. Actuaba con alevosía, escondía sus artefactos en urnas y otros lugares. Las explosiones provocaron víctimas: un muerto y varios heridos.

En el curso de la instrucción judicial se esclareció la trayectoria seguida por ese criminal. Su participación en la “lucha por los derechos humanos” resultó el jalón crucial en su abominable historial. Al enterarse de esa “lucha” por las transmisiones radiales en georgiano desde Occidente, creyó que esta tenía lugar en efecto, y empezó por escribir cartas y libelos contra el Poder soviético, terminando por colocar bombas. El criminal recibió un severo y justo castigo.

En el haber de Bukovski, elogiado ahora en Occidente como “defensor de derechos humanos”, figuran intentos de crear “quintetos” terroristas. Estos no llegaron a existir por razones ajenas a la voluntad de Bukovski. No llegó a reunir ni cinco estúpidos dispuestos a seguir a semejante “líder.”¹

10

Occidente, por supuesto, no dejó de ocuparse de sus agentes. Las recién descritas actividades delictivas de estos en “defensa de los derechos humanos” se las preconiza como causa sagrada de diáfana pureza. En todo caso, no las relaciona en modo alguno con la CIA. Esto no sólo es la versión propagandística, sino también la operativa, utilizada por algunos de los sorprendidos con las manos en la masa.

Muy prosaicas se vuelven en las salas de los juzgados, las instrucciones de la CIA y la doctrina de “la negación verosímil” redactada en los Estados Unidos, en medio del silencio y la seguridad de los despachos, por los expertos en la guerra psicológica. Otra cosa es la propaganda occidental que porfía en aseverar que las medidas legítimas tomadas en la URSS para poner coto a estas actividades delictivas, son “tenebrosas”. Lamentablemente, no sólo los propagandistas oficiales, sino también personas que se consideran “científicos” comparten en los EE.UU. ese punto de vista. Tal vez sea para

¹ *Hablando en plata*, pp. 45-58.

producir una honda impresión en los filisteos, ya que este tipo de individuo suele hacer gala de “independencia” intelectual. Así, el ya mencionado historiador de la Universidad de Princeton, S. Cohen, estima —en el arriba citado libro *El sentido común en las relaciones entre los EE.UU. y la URSS*— en todo congruente con ese sentido afirmar que “lo más nefasto de la reciente reacción soviética (ante los delitos cometidos por Guínsburg y otros. —N.Ya.) es la campaña oficial soviética que vincula a los disidentes y potencialmente a cualquier reformador a las acciones del Gobierno estadounidense y especialmente a las de la CIA. La inconsistencia de semejante acusación puede compararse sólo con el renacimiento tenebroso del peor pasado stalinista”. Eso lo dice no un libelo antisoviético cualquiera, sino un libro con artículos de analistas reconocidos. En el prefacio de ese libro, el ex senador James Fulbright advirtió: “Los artículos del presente libro no están escritos por extremistas. Sus autores son expertos y eminentes conocedores de las relaciones estadounidense soviéticas. Su extensa experiencia en esta materia, reflejada en los artículos, denota la comprensión del problema, las perspectivas y el sentido común .. Merecen la atención del más amplio público posible en los EE.UU. y la URSS.”¹ (Abril de 1978.)

Ese mismo mes, el 12 de abril de 1978, el comité ejecutivo de la UPT emitió una declaración con motivo de la condena impuesta en Leningrado, por traición a la patria, a un tal Lubman. Toda la culpa de ese individuo, decía la NTS, consiste en haber escrito un libro sobre problemas de índole económica y haber pedido a la esclavista italiana Gabrielli que “sacara su trabajo para editarlo en el extranjero...”

La NTS llama la atención sobre el hecho de que las autoridades vuelven a emplear los métodos tan predilectos para ellas en los tiempos de Stalin, en que se tildaba de “espía” a todo el mundo... La NTS no va a la URSS portando pistolas, micrófonos, cámaras fotográficas, sino libros, folletos, revistas”. Vaya sorprendente coincidencia —tanto en tiempo como en la manera de expresarse— entre las manifestaciones del señor Cohen y las de los saboteadores de la NTS al servicio de la CIA.

Estamos lejos de imputarle a Cohen designios malignos, pero uno tiene que saber de qué escribir cuando se sienta detrás de una máqui-

¹ *Common Sense in the U.S.—Soviet Relations*, pp. 1, 24.

na de escribir. La realidad es que el tal Lubman estuvo vinculado a la NTS, que Gabrielli era un enlace de esa organización, y que se le incautó, efectivamente, un escrito de Lubman de 248 hojas durante la inspección de Aduana en el aeropuerto de Sheremétievo. A la emprendedora dama se la dejó ir, mientras que al autor se lo procesó por haber escrito de problemas nada económicos. Su voluminosa obra llevaba un impresionante título: *Una improvisación para la entidad del señor Turner, la CIA*. Lubman, quien ya había prestado algunos servicios a los cuerpos de inteligencia de Occidente, en su obra advertía al director de la CIA, Turner, al que se ofrecía como amigo íntimo: “No quisiera estar de brazos cruzados”, ya que los EE.UU. deben darse prisa para eliminar a la URSS “con el concurso de cualquier medio al alcance de la civilización”.

Por razones ajenas a la voluntad del autor, ese llamado no lo vio su destinatario, el almirante Turner, sino la fiscalía de Leningrado, la cual reseñó la obra de Lubman en el auto de acusación del caso: “Envío a la CIA, en los EE.UU., documentos preparados por él entre 1976 y 1977, exponiendo datos que constituyen secreto de Estado y formulando recomendaciones con miras a intensificar la labor subversiva contra la URSS mediante espionaje, terrorismo, sabotajes y propaganda radial”. Para eso hubo de escribir 248 hojas. El fruto de las meditaciones de Lubman se incorporó al expediente como prueba material, mientras el Juzgado de segunda instancia de Leningrado condenó al autor según el inciso “a” del artículo 64 del Código Penal de la RSFSR y lo envió a un reformatorio a que siguiera meditando, concediéndole para ese saludable propósito un plazo lo suficientemente largo.

Así son en la realidad los “defensores de los derechos humanos”, y tal es el desenlace cuando se ponen a sacar castañas del fuego en provecho de la guerra psicológica que la CIA libra contra la URSS.

11

¿Cómo se explican con “su gente” los “defensores de los derechos humanos” en la URSS y con sus cómplices y superiores en Occidente? Los medios de información masiva de los EE.UU. y otros países ofrecen una emocionante imagen de cualquiera que se haya dedicado a la labor subversiva en la Unión Soviética. De creer en lo que dicen la prensa escrita, la radio y la televisión occidentales,

se trata de personas intachables, valientes y totalmente desinteresadas que, movidas por su conciencia, propugnan los “derechos humanos” y otras beldades. En fin, que son tan sólo auténticos idealistas de pura cepa.

En cambio, los tribunales soviéticos, que se guían por la Ley, no pueden compartir de ninguna manera ese júbilo, por la sencilla y fundamental razón de que comparecen ante ellos individuos culpables de haber cometido delitos de Estado muy concretos, imponiéndoseles las sentencias que se merecen. Si las condenas son severas o no, lo veremos más ahora, veamos qué sale a relucir en el curso de las audiencias.

Observemos el caso de una tal Velikánova que, en compañía de otras personas, confeccionó por cuenta propia, reprodujo, guardó y distribuyó en el territorio de la URSS materiales contentivos de elucubraciones calumniosas que denigraban el régimen estatal y social soviético. Esta mujer inventó toda clase de infundios sobre su país. Esa inmundicia la estuvo enviando a Occidente durante diez años, desde 1969, para que se difundiera en la mayor escala posible por la radio y la prensa. Velikánova fue advertida y se la previno en más de una ocasión, pero ella creía hallarse por encima de las leyes soviéticas, considerándose “defensora de los derechos humanos” a escala mundial. Todo terminó tal como era de esperar: el 1º de noviembre de 1979, Velikánova fue procesada por haber realizado propaganda y agitación antisoviética, acusándosela conforme a lo establecido en la Parte I del artículo 70 del Código Penal de la RSFSR.

A renglón seguido se escucharon en Occidente voces clamando en pro de la idealista dama “injustamente” detenida. La UPT que, dado su género de actividades, es la que está más íntimamente relacionada con los asuntos de los “defensores de derechos humanos” en la URSS, estimó: ¡no hay persona “más abnegada y más modesta, más desinteresada y más delicada, más valerosa y más veraz. Ella jamás dirá una mentira, ni incluso para su propia salvación”. Durante la vista de la causa, la señora mantuvo un altanero silencio, pero fue por una razón imprevista por la UPT: nada tenía que decir.

Empezaron a “hablar” las pruebas y los testigos. Creyéndose un personaje histórico, Velikánova conservaba cuidadosamente cada página de su inaudita correspondencia con sus correligionarios en Occidente. Un montón de cartas, recibidas y enviadas, vertió luz sobre el mundo íntimo de esta señora (cosa, tal vez, de interés para

los psicoanalistas) y sus quehaceres concretos (sujetos a la incumbencia de los tribunales).

Llegaron a disposición del tribunal cartas “de negocios” referentes al financiamiento de las actividades subversivas en la URSS escritas en lenguaje de Esopo, mejor dicho, en lenguaje secreto.

Varios individuos que comparecieron ante los tribunales soviéticos en 1980, acusados de delitos punibles según el artículo 70 del Código Penal de la RSFSR, resultaron ser agentes a sueldo de la CIA, lo cual fue demostrado con pruebas documentales y declaraciones de testigos. Por cierto, en el trato con “su gente”, los “defensores de los derechos humanos” no ocultan ser conscientes de actuar al servicio de los servicios especiales de Occidente. En una carta enviada a Velikánova desde los EE.UU., Litvínov dejó escapar lo siguiente: “Lo que digo es exclusivamente para usted, para los demás, si usted lo desea, pero sin hacer referencias a mí. Hay mucha verdad en lo que dice la KGB acerca del universal entrelazamiento organizativo procedente de un solo centro. Desde luego, mucha más cultura y suavidad, pero lo suficientemente efectivo, y la mayoría de los emigrados pican el anzuelo, y tanto más por ser pobres —y he aquí, que hay gente muy simpática, animada al parecer por los mismos afanes, que los ayuda de buena gana, imprimen, etc. Toda esa actividad de los emigrados ha llegado a ser parte del *establishment* occidental; la intelectualidad, digamos, se ha dado cuenta hace mucho y sabe qué dirá con tal o cual motivo.”

Lo de “muchísima cultura y suavidad” dista mucho de ser cierto. A Velikánova se le había planteado una misión operativa: a la hora de preparar nuevos informes calumniosos, “sería bueno abordar el tema sindical en los casos oportunos y hasta ir en busca del éste, tal vez. Ahora esto es una importantísima tarea... También vale mucho ahora cada obrero que haya emigrado a Occidente. A Ivanov lo hemos utilizado en Italia, y trataremos de conectarlo, también aquí, a los sindicatos y a Radio Libertad, etc.”

Lo que resultó de todo esto, es hartamente sabido por boca de ese mismo Ivanov, que emigró de la URSS a los EE.UU., a mediados de 1978. En una carta enviada de los EE.UU. a *Literatúrnyaya gazeta* el 20 de agosto de 1980, contó que, al principio, lo habían recibido con abrazos y de inmediato lo incorporaron a la labor subversiva contra la Unión Soviética; pero, al cabo de poco tiempo, Ivanov vio que la realidad occidental no era como él se la había imaginado escuchando

las distintas “voces” radiales. “Se me fue creando la impresión de que todo ese ajeteo de los disidentes es un elemento integrante de un poderoso mecanismo de carácter casi global”. Después de “despertar”, empezó a actuar.

Replicó a los representantes de la NTS, Radio Libertad, etc. Los resultados no tardaron en dejarse sentir: a Ivanov, instalador eléctrico de oficio, lo despidieron de la planta de Edison Price, donde lo habían colocado a trabajar al principio. El último suceso de su vida del cual informó en su carta a *Literatúrnyaya gazeta* fue que un tal Y. Mashkov, uno de los reclutadores que trabaja para las diversas organizaciones antisoviéticas, “envió una carta muy formal y extensa, con esta frase: ‘No obstante, tú figuras entre aquellos que no sólo pueden morir a manos de los asaltantes.’” Los comentarios huelgan.

Pero volvamos a aquellos que fueron condenados por los tribunales soviéticos en 1980. Velikánova fue condenada a cuatro años de privación de libertad; el tribunal tomó en consideración la edad y el estado de salud. Algunos de los procesados por agitación y propaganda antisoviéticas se habían arrepentido de sus actos y fueron condenados condicionalmente.

Importa hacer constar que en estos procesos, celebrados a puertas abiertas, no se dieron a conocer, por razones fáciles de comprender, todos los hechos establecidos en el curso de la instrucción de los casos correspondientes acerca de la dirección y el financiamiento por la CIA de la labor subversiva contra la URSS. Con el tiempo se hablará de ello, naturalmente, pero mientras tanto no hay ninguna necesidad de informar a los enemigos de cuánto saben los organismos soviéticos competentes.

Una última cuestión: la de la sanción que se impone a las personas que cometen delitos como los recién mencionados. Creo oportuno retrotraernos, con este motivo, al citado artículo de Trainin. En septiembre de 1978 escribió:

“Los juicios seguidos contra Orlov y Guínsburg, condenados según el artículo 70 del Código Penal de la RSFSR, dan mucho que pensar. Estimo que el tribunal impuso, especialmente a Guínsburg, la mínima pena posible. Los materiales de la instrucción judicial constatan que el objetivo del nefasto “Fondo” administrado por Guínsburg consistía, entre otras cosas, en reclutar individuos para que continuaran su actividad antiestatal.

El testigo K... declaró: “He llegado a la firme convicción de que

el 'Fondo de ayuda a presos políticos' está destinado a apoyar a individuos que tengan posiciones antisoviéticas, realicen actividades hostiles —en una u otra forma— al régimen existente en la URSS o que se preparen para iniciarlas, o bien, sean capaces, bajo determinadas circunstancias, de emprender esas acciones.”

El testigo I... manifestó: “Todos cuantos reciben ayuda procedente del 'Fondo Solzhenitsyn', debían asumir firmes posiciones antisoviéticas y debían realizar actividades antisoviéticas y participar en los 'actos' organizados por Guínsburg y sus partidarios.”

Ejemplos de esta índole abundan. Algunos individuos, después de conversar con Guínsburg y recibir ayuda del “Fondo”, cometieron delitos en extremo graves contra el Estado y fueron condenados. Así, en las actividades de Guínsburg se manifiestan rasgos de un delito sujeto a condena según el artículo 65 del Código Penal de la RSFSR: traición a la patria. Veamos ese Código y echemos una ojeada al artículo 64. Este especifica que el cuerpo del delito de traición a la patria comprende “la prestación de ayuda a otro Estado en la realización de actividades hostiles a la URSS”.

El Comentario al Código Penal de la RSFSR (Moscú, 1971, cláusula 159) dice: “La prestación de ayuda a otro Estado en la realización de actividades hostiles a la URSS significa la comisión por un ciudadano de la URSS —por encargo de un servicio de inteligencia u otro órgano interesado o por un representante de otro Estado, o bien por voluntad propia del sujeto— de todo acto que contribuya a la realización por otro Estado de alguna acción dirigida a socavar o debilitar al Estado soviético. Estos actos pueden consistir en el reclutamiento de individuos para que realicen actividades hostiles a la URSS, incluso para la comisión de delitos sumamente graves contra el Estado...”

Huelgan los comentarios al “Comentario”. El tribunal tenía pleno fundamento para calificar, según el artículo 64 del Código Penal de la RSFSR, con todas las consecuencias emanantes de este en lo tocante a las sanciones, los peligrosos delitos cometidos por Guínsburg. Al no optar por ello en el caso de Guínsburg, como en el de Orlov, el tribunal soviético puso de manifiesto una notable paciencia. Pero incluso la paciencia tiene límite. Veamos cómo fueron desarrollándose los acontecimientos en adelante, o sea, si decayó o no el celo de los servicios especiales de Occidente, en primer término los estadounidenses, en su actividad subversiva contra la URSS.

Cuando Orlov, Guínsburg y Scharanski ya estaban bajo instrucción sumarial y recluidos, en los Estados Unidos se editó el libro *Operaciones Secretas de la CIA*, escrito por Harry Rositzke, quien había sido funcionario encumbrado de la Agencia. La finalidad de esas operaciones, se dice en el libro, es “combatir a los regímenes comunistas en su propio territorio ayudando al movimiento de resistencia allí y debilitando la lealtad de la ciudadanía por medio de programas radiales, octavillas y literatura occidental”. Todo esto, subraya Rositzke, entra en la concepción de la guerra psicológica, que se libra contra la URSS. “Probablemente, los resultados más apreciables de la guerra psicológica han sido los contactos establecidos por los norteamericanos con los disidentes en la Unión Soviética... Se comenzó a publicar en Occidente materiales clandestinos soviéticos; y en muchos casos se los pasa secretamente otra vez a la URSS, para una mayor distribución. La colecta y la publicación de manuscritos procedentes de la Unión Soviética han devenido actualmente un gran negocio en el que intervienen muchos conocidos y no conocidos.”

Rositzke ubica las actividades en este campo en las “operaciones secretas” cuya realización Washington niega invariablemente por la siguiente razón: “Al emprender cualesquiera actos, pero sin asumir la responsabilidad oficial por estos, el Gobierno de los EE.UU. se guía por la doctrina de “la negación verosímil”. Esta doctrina estipula que no debe dejarse seguir el hilo de ninguna operación secreta hasta llegar al Gobierno, la Casa Blanca, el Departamento de Estado, la Secretaría de Defensa o la Agencia Central de Inteligencia. Esto significa que, si una operación fracasa, enseguida viene un mentís: no ha sido oficialmente autorizada, con lo que el Gobierno evita que se le pruebe haber actuado directamente.

La doctrina de “la negación verosímil” se practica por varios métodos: extranjeros que reciben fondos por canales secretos; se crean instituciones privadas, tanto en los EE.UU. como en el exterior, aparentemente establecidas por personas particulares y a su cargo, que reciben dinero de cuentas falsas (recuérdese el “Fondo Solzhenitsyn” —N.Ya.) y de benefactores ficticios; funcionarios estadounidenses que participan en acciones “extraoficiales”, como particulares. Cuando se planean operaciones encubiertas, se inventa siempre leyendas a las que darles una explicación inocente. El objetivo es invariablemente encontrar peleles.”

Hacemos constar nuestro reconocimiento al elocuente jubilado Rositzke, quien hizo recordar muy a tiempo —a mediados de 1977— el mecanismo de las “operaciones encubiertas” de la CIA. Siguiendo ese mismo esquema, concretado durante el sumario y la instrucción judicial en los casos de Orlov, Guínsburg y Scharanski, habían sido ejecutadas las actividades delictivas de estos sujetos. La operación “derechos humanos” fue inventada en las profundidades de la CIA, y de seguro contó con el beneplácito de los superiores (de lo contrario ¿a qué vienen tantas verbosas “negaciones verosímiles” como las que estamos escuchando ahora, después de condenados los delincuentes?), mientras que los sorprendidos con las manos en la masa fueron los consabidos “peleles”. El tribunal soviético los identificó como agentes a sueldo de la CIA, y la justicia se impuso.

12

Dado que hemos comenzado a hablar de espías, también yo me he decidido a probar mis fuerzas en el terreno del jurista Trainin y dar a conocer una pequeña historia. Desde luego, por dedicarme a disciplinas históricas no estoy “pertrechado” debidamente: las sutilezas jurídicas son para mí un hueso duro de roer, mas, no obstante, voy a arriesgarme.

Un día cayó en mis manos un articulito del género detectivesco, titulado *Acerca de los espías*, escrito por dos individuos que han visto mucho mundo. En la URSS ambos trabajaron con afán por la gloria del imperialismo, ganándose merecidas condenas, perfectamente ajustadas a lo que habían cometido, y después de cumplirlas se fueron a Occidente. No aprendieron nada, ya que siguen ganándose el pan de cada día propalando calumnias contra nuestro país. En ese articulito —muy severo, dicho sea con franqueza—, lanzaron rayos contra los servicios especiales (probablemente basándose también en su propia experiencia) por haber mantenido total indiferencia hacia sus agentes capturados en la URSS, y citaron ejemplos de las impresiones obtenidas en los encuentros con esa gente, en lugares expresamente destinados a esta última.

Uno de los mencionados en el articulito, un tal Jramtsov, había desertado del Ejército Soviético muchos años atrás, fugándose a Alemania Federal. “En la RFA —según afirmaban los severos autores—, Jramtsov terminó una escuela estadounidense de espionaje y

en 1953 se le confió la misión de penetrar en el territorio de la URSS y localizar, al parecer en los Urales Norte, instalaciones nucleares. Con anterioridad a la época de los satélites artificiales, las informaciones de esa índole se obtenía mediante la infiltración de agentes”. Luego de desembarcar secretamente en la costa, Jramtsov fue capturado y condenado.

En el campamento, prosiguen los plumíferos, Jramtsov no daba su brazo a torcer repitiendo: “Soy ciudadano de los EE.UU.”. Hagamos constar —entre paréntesis— que jamás habría obtenido beneficios por hallarse al servicio de una rica y poderosa potencia. Quienes lo enviaron a la muerte, lo habían olvidado. En 1972, cuando Nixon visitó Moscú, los reclusos hicieron llegar a sus amigos en libertad, por intrincadas vías, la petición de ayudar a Jramtsov. Lo comunicaron a la embajada de los EE.UU. Esta pasó mucho tiempo reuniendo informes y luego contestó: “La embajada de los EE.UU. se congratula de haberse enterado de que el señor Jramtsov está vivo”. Nada más... ¡Oh, mala suerte la de ese “ciudadano de los EE.UU.”!: el país de sus antepasados se le echó encima con su puño de acero, mientras el casquivano país de sus ensueños le dio la espalda.

Da pavor, sencillamente, cuando uno lee el relato de en qué paró el caso de “míster Jramtsov”: cumplida la condena “se instaló a un centenar de millas de Moscú”. ¿Qué más? “Confiaba en recibir ayuda de la potencia más rica, pero acabó pobre y en cueros como Jehová”. Así que avergonzaron a la CIA con referencias a la Biblia y con decir la distancia en millas respecto a Moscú. Tal vez comprenderán que “el martirizado” está cerquita...

También están tras las rejas otros dos granujas rematados: Grigorían y Kapoyán. El padre del primero, estafador consuetudinario, fue a dar “a la sombra”, para purgar una buena condena por un delito. El hijo se empeñó en “vengarlo”: reunir y vender información secreta a la CIA, por conducto de Kapoyán. Así actuaron, informan los severos autores del artículo en cuestión: “Cerca de año y medio, sin cesar. Una vez, Kapoyán trajo a su compañero una grata noticia: el presidente de los EE.UU. les había expresado su agradecimiento personal por los valiosos datos informados por ellos”. El final del caso no podía ser otro. En el sumario aparecieron pruebas irrecusables: informes de espionaje. “Por cierto —gimieron los articulistas—, el papel elaborado donde escribió sus informes, resultó ser totalmente legible, aunque los yanquis juraron que la KGB jamás daría

con el misterio”. El tribunal impuso las condenas correspondientes por actividades de espionaje.

Se lamentan los autores del artículo: “Al despedirnos, Kapoyán pidió a uno de nosotros: ‘Escriban de mí a los norteamericanos. Quizás puedan hacer algo por mí. Yo trabajé honradamente para ellos y en nada les fallé. Comoquiera que sea, su presidente nos expresó agradecimiento personal. Tal vez se acordarán de ello’.

Intentamos recordarlo verbalmente: en vano; escribimos, pero no recibimos respuesta”.

No les respondieron y ¡a quienes! Nada menos que a ellos, “su gente” de la CIA, según creían. Por lo tanto, escribieron enfurecidos ese articulito y lo metieron en la revista *Continent* (N 29/1981), haciendo reproches a la CIA desde las páginas de una publicación subordinada a la Agencia: “Por cuanto se trata de gente en desgracia, nos permitimos no moralizar sobre un tema tan delicado: el de la colaboración con el servicio de inteligencia extranjero. No obstante, creíamos que:

1. El sistema soviético se encuentra en estado de guerra contra el mundo democrático, por lo que las operaciones de inteligencia contra aquél no sólo están justificadas, sino que son vitalmente necesarias.

2. El agente del servicio de inteligencia tiene derecho al amparo por el Estado, en aras del cual se arriesga tanto”, etc.

Más tarde se supo que uno de los autores del artículo *Acerca de los espías* era Valeri Repin, antiguo obrero leningradense, jefe de redacción de *Continent*. En la actualidad, Repin se dedica a tutelar a esos mismos espías capturados: Grigorián y Kapoyán. También se supo que el valedor de los espías —Repin—, mantenía amistad con un tal Lubarski, el cual abandonó la URSS a mediados de los años 70, y vive ahora en Múnich. ¿Quién es ese Lubarski? El periódico *Golos Rodiny* imprimió en febrero de 1980 un artículo escrito por V. Neiman. He aquí el fragmento referente a Lubarski:

“Lubarski que, en lugar de ejercer en la URSS su profesión de astrofísico, se convirtió en antisoviético desde mucho tiempo antes, esperaba que en Occidente le darían gratis una vida regalada. En otro tiempo anduvo en cuestiones del “Fondo Solzhenitsyn”, administrado por decisión de los servicios especiales de Occidente por Guínsburg, delincuente reincidente. Ambos sacaron muchas castañas de aquel “fondo”; y cuando las autoridades separaron del “fondo” a su

administrador, llegaron los días felices de Lubarski. Un testigo describió en los siguientes términos la época en que Lubarski estuvo instalado en casa de Guínsburg en Tarusa: “Los delegados de los ‘disidentes’ pululaban en Tarusa. Lubarski los dividía en importantes y no importantes, recibiendo a los primeros con lujo imperial, sin escatimar manjares extranjeros, y brindándoles té al instante... ‘Avaros, mezquinos, infames e hipócritas’ son calificativos que servirían perfectamente para caracterizar la personalidad de los ‘disidentes’. Yo los he visto precisamente como son, despojados de sus máscaras después del arresto de Guínsburg... Engullían ‘el pastel del Fondo’ empujándose unos a otros, cual puercos en el comedero... Conscientes de que no habría nuevos ingresos al ‘Fondo’, lo engulleron todo, decidiéndose a largarse al extranjero. Vale decir, a la fuente misma de los bienes.”

Una vez junto a esa fuente, Lubarski se quedó pasmado y chilla ahora en sus cartas: “El trabajo es para nosotros, los emigrados, un gran problema, naturalmente. Aquí, en general, se obtienen los medios de vida bajo una sola condición seria: hay que trabajar a conciencia como nosotros no sabemos. Aquí no hay sinecuras... No sabemos trabajar así, ni aguantar ese ritmo y esa intensidad... En la mayoría de los casos, nuestros emigrados comienzan a quejarse de la inseguridad en el porvenir, pero esto es culpa de ellos (mejor dicho, su desgracia), ya que para recibir algo hay que saber dar. En Europa esto no se siente con tanta agudeza. En los EE.UU. se siente más. Puestos hay; el problema está en cómo ocuparlos.”

Cómo se les va a ocupar cuando ese mismo Lubarski hace mucho que perdió la costumbre de trabajar. Para él, sumido hasta la garganta en el lodazal de la palabrería antisoviética, “el trabajo profesional ya no existe”, según se desprende de su carta. Y aun cuando existiera, la perspectiva de encontrar comprensión, digamos en Austria o Italia, es nula. Por una razón de mucho peso, después de mirar a los lados, Lubarski sentenció: “Con su grosería, rapacidad, trapacerías, robos en hoteles, pillería y mugre, nuestra gente ha llevado, durante años... a los vieneses y los romanos a un estado de permanente odio hacia nosotros”.

¿Y de qué vive entonces “el astrofísico”? Descubrió que los “fondos” existían para él y sus similares solamente cuando “metían bulla” desde la URSS. Ahora le toca trabajar por cada centavo recibido, trabajar dando vueltas por diversos países, con la lengua al

hombro, cansada de pronunciar discursos antisoviéticos en toda clase de reuniones. Con esto se gana la subsistencia.

Desde luego, esa gente no tardó en comprender que sería poco prudente, por no decir otra cosa, mordisquear la mano que da de comer. Por eso, en público guardan silencio, saludan y agradecen; pero, en las cartas se desahogan: huyeron a Occidente confiados en convertirse en oráculos, cuando menos, pero en realidad resultaron ser insignificantes tornillos en el enorme mecanismo de la propaganda anticomunista. En cuanto a sus “sufrimientos”, a nadie le importan. Según escribió Lubarski, “nadie luchará por uno ni por hacerle bien”.

En efecto, visto de cerca, el muy publicitado modo de vida americano ha resultado bien distinto a los ojos de quienes llegaron decididos a sacarle tajadas a lo ajeno. Por eso se quejan a escondidas de “los hospitalarios dueños” a sus amiguitos en la URSS. “Nueva York me causó espanto —informa Lubarski—. Jamás he visto tanta suciedad, incomodidad y depresión como en Nueva York.”

Por lo tanto, decidió instalarse en Múnich, ciudad donde también habían sentado su casa elementos de los servicios especiales, en primer término agentes de la CIA. Desde allí, Lubarski —como hemos visto— se puso en contacto con Repin. Debido al acuerdo entre el especialista en “fondos” y el muy modesto editor del semanario, éste comenzó a prodigar dinero.

En ocasiones la vanidad no conoce límites, y si, además, el individuo determina su lugar en la vida por el número de billetes de banco (no importa cómo los obtiene) en su bolsillo, le revientan las ganas de demostrar a todo el mundo su propia grandeza, su superioridad sobre los demás mortales. Con mucha seriedad Repin se le pegó a un periodista haciéndole el cuento de que era un personaje de importancia mundial, el administrador del “Fondo Solzhenitsyn” en Leningrado. El periodista, atolondrado, creyó que aquello era fruto de la desenfadada imaginación de Repin. Este, sin embargo, sacó de un escondite un impresionante fajo de billetes y dijo en tono muy significativo: “está calentito”, recién lo había recibido de un extranjero.

A renglón seguido empezó a soltar nombres y toda clase de detalles. Entonces salieron a relucir los de aquellos dos espías. Después de hurgar en sus papeles, Repin sacó un tarjetero de “presos políticos” en la URSS. Entre los más “destacados” nombró a ambos esp-

ías. En la tarjeta de Grigorián había una nota hecha por Repin: “Cuando cometía actos dirigidos contra el régimen comunista no aceptó la gratificación pecuniaria que los representantes del mundo libre le ofrecieron por la información suministrada. Entre muchos reclusos tiene fama de ser hombre cauteloso, no muy agradable, aunque también existe la opinión contraria”. De Kapoyán se decía que era “ensimismado”. El periodista, con el consentimiento de Repin y conservando la redacción de éste, copió estos detalles curiosos y una misma frase final estampada en ambas fichas: ‘necesita apoyo material y moral’.

“Realmente, el tarjetero de Repin había reunido a una compañía magnífica: B..., condenado por traición a la patria. La familia se separó de él. Nota de Repin: ‘Necesita apoyo moral y es deseable que su hija le remita cartas a nombre de él’ (nacida, por cierto, en 1967). B... es un asesino. Nota de Repin: ‘Poco desarrollo. Necesita apoyo moral y material, ya que sufre por estar a la sombra. Es de desear una correspondencia con él de carácter educativo, para que adquiera seguridad y verdades morales’. B... es convicto de traición a la patria. Una nota: ‘Ayudar a desarrollar una extensa correspondencia con sus paisanos’. G... es un criminal reincidente, alias Lucifer. Nota: “Ayudar”. E... intentó trabajar para la CIA. ‘En vista de su firme actitud y su participación en la lucha por los derechos humanos... necesita apoyo moral reforzado. También material’. B... fue policía al servicio de los hitlerianos, criminal. ‘No se le ha notado desviaciones malas respecto a la moral penitenciaria. Al parecer es una persona decente (puntualizar). ¿Necesitará apoyo material?’

D... fue condenado por intentar armar un escándalo ominoso. Nota: ‘Necesita apoyo moral y material, no es impertinente’. Z... fue condenado por intentar desviar un avión. Nota: ‘Practicó homosexualismo. Apolítico. Necesita un fuerte efecto moral a través de cartas’. K... es convicto de espionaje. Nota: ‘Anticomunista convencido. Emprendió la lucha para ayudar al mundo libre. Necesita un reforzado apoyo moral y material.’”

El panorama está más que claro. Por distintos canales, Repin fue investigando al contingente de los reclusos de los campamentos penitenciarios. Posiblemente no fuera él solo el que decidiera quiénes necesitaban ese “apoyo”, aunque éste no llegaba a todos los espías, los asesinos, los bandidos y los demás criminales. Se lo daba únicamente a quienes habían participado en “actos”; es decir, a quie-

nes aun en centros penitenciarios intentaban exteriorizar su feroz odio por todo lo soviético. Aunque alguien hubiera sido el más bravo de los espías, si se había arrepentido y había emprendido el camino de la reeducación, en la ficha aparecía: “podrido”, y lógicamente, no podía esperar “apoyo”.

No hay ninguna fantasía en esto; todo es pura repetición del designio de Guínsburg en torno al “Fondo Solzhenitsyn”. El trillado esquema: la CIA, en nombre del “ex mártir” remesa dinero bajo cuerda a los “mártires” actuales.

Todo es conocido y asqueante. Esa ayuda no es gratuita, sino en pago por los servicios prestados: la labor subversiva, que no se debe interrumpir ni aun cumpliendo condena. Puesto que, por razones fáciles de comprender, escoltado uno no puede espiar, saquear o asesinar; entonces que participe en “actos” contra la administración de los centros penitenciarios, y que se haga pasar por “preso de conciencia”. Por esos servicios recibirá una miserable paga: diez o veinte rublos al año y no siempre; pero, eso sí, escuchará palabras alentadoras a media voz. Estas no valen mucho. El aliento tampoco llega siempre, porque los designios de la cadena de “benefactores” —la CIA, la UPT, Lubarski, Repin y los intermediarios incógnitos—, apuntan en una dirección harto distinta. Entretanto, antes que el importe, de seguro exiguo, asignado por la CIA a “la causa sagrada”, llegue a manos del “mártir”, irá mermando en cada eslabón de esa cadena, porque cada servidor a la “causa” se apresura a recompensarse a sí mismo por el trabajo realizado. Dicho más llano: roba, siguiendo el ejemplo del fundador, el pillo Guínsburg.

Una de las cartas enviadas clandestinamente a Repin desde el exterior lo dejó absorto. Se le exigía reunir datos que constituían secreto de Estado. Además le llegó la orden de informar sobre el comportamiento de los individuos que tenía fichados y una severa amonestación con motivo de los datos reportados a Occidente sobre un tal Lubman (ustedes recordarán a ese aventurero que intentó colocarse como agente de la CIA): “La descripción del caso Lubman está mal redactada. Es un revoltijo de sentimientos, pero sin una biografía ni un expediente concretos. Ese revoltijo no sirve para nada”. En el tarjetero de Repin figuraba también Lubman, cuyo caso estaba expuesto: “Lubman aconsejó a radioemisoras occidentales a preocuparse más por la exactitud y la veracidad de sus informes, a utilizar en mayor escala los artículos críticos procedentes de la prensa soviética

y complementar la información sobre el tema de que se trataba”.

Ya hemos visto que Lubman no fue procesado por haber expresado buenos deseos, sino por delitos graves y bien concretos. Mas, en este caso, es comprensible el descontento de la CIA y la NTS con su informador de pacotilla, quien tuvo la torpeza de transmitir a Occidente “una leyenda” que, tal vez, el propio Lubman difundía sobre sí mismo, tratando de hacerse pasar por un corderito injustamente condenado. Entretanto, según las pautas más recientes de la CIA, hay que jactarse de otra cosa: la labor subversiva realizada contra nuestro Estado y nuestro pueblo.

Una aburrida y repugnante historieta de comienzo y final triviales: A mediados de 1982, el descarado Repin fue arrestado, y así quedó frustrado otro intento de la CIA de organizar fuerzas hostiles a nuestro Estado. Fuerzas que no comprendían a los debiluchos “defensores de los derechos humanos” que habían quedado en pleno aislamiento en nuestra sociedad, sino a individuos que, en opinión de la CIA, eran más duros. Uno de los cuestionarios enviados a Repin por la CIA a través de la NTS (10 páginas de texto menudo, 68 preguntas y muchas decenas de preguntas secundarias), sencillamente no tiene parangón, pues resulta que los cuadros para las impías huestes había que reclutarlos entre individuos que habían desafiado el Codigo Penal.

Véanlo ustedes mismos. “Pregunta 15. La proporción aproximada en porcientos de los reclusos del campamento (cárcel) según los tipos de delitos cometidos: a) vandalismo, b) asaltos, c) robos, d) depredación de bienes públicos, e) asesinatos, f) violaciones, g) delitos políticos; especificándose el artículo del Código Penal según el cual ha sido condenado, y una breve reseña del caso, h) otras causas.”

Los llamados “presos de conciencia” tienen pleno fundamento para sentirse gravemente ofendidos. Debido a que no habían conseguido ningún respaldo en el pueblo, se les relegó; colocándoselos, en la valoración que hace la CIA, detrás de los maníacos sexuales y delante de la chusma de delincuentes. Entretanto, la CIA se propone reclutar para sus unidades de guardia a vándalos, asaltantes, ladrones y asesinos. ¿Qué otra conclusión puede sacarse de todo eso?

¿De qué escribe la revista *Posev*, vocera de la UPT? Últimamente da con mucha frecuencia “recetas” de índole criminal. Por ejemplo, en su número de octubre de 1981, esa publicación de bandidos —

discurriendo en cuanto a los métodos de financiar “la guerra clandestina” (artículo *Algo sobre la obtención de fondos*)—, recomienda revender autos, abrigos de pieles y otras mercancías “deficitarias”. Muy duchos en esos negocios, los colaboradores de la revista formulan consejos muy detallados de cómo llevar a cabo las correspondientes operaciones ilícitas. En general, subraya el editorial de ese número, hay que buscar gente de confianza en el mundo del crimen. Luego dice, “esta labor requiere, naturalmente, métodos velados y no los empleados por el movimiento en defensa de los derechos humanos”. En su número de marzo de 1982, *Posev* explica: “El movimiento democrático ha cumplido ya sus tareas. Ahora está en el orden del día la tarea de crear una organización revolucionaria popular, encargada de preparar a Rusia para la futura gran revolución”. ¡Vaya, hasta dónde han llegado! Adjetivos grandilocuentes, pero de hecho cosas obvias: el fracaso de los renegados y el apoyo a los individuos que, por encargo de la CIA, estuvo buscando Repin, por ejemplo. La clasificación de los cuadros que la CIA intentó reunir por mediación de Repin caracteriza por excelencia “la grandeza” de dicha revolución y las cualidades de dicha “organización”. Los criminales son el contingente en que pretende apoyarse la CIA.

13

Abordemos ahora otro tema, el de un individuo proclamado en Occidente casi como un profeta: Sájarov. Allí se considera sencillamente indecente dirigirle el menor asomo de reproche o formular cualquier crítica a Sájarov. ¡Todo un profeta, sin más ni más!

Si analizamos las cosas en su esencia, resulta que incluso los enemigos de la Unión Soviética (mejor dicho, “los suyos”) ven completamente distinto a Sájarov. Un tal Tetenok, correligionario de Dudkó, procesado en la URSS, en 1980, por actividades subversivas, escribió a este último el 7 de enero de 1979: “No comparto la actitud de Sájarov. Si usted recuerda, Andrew Young (el embajador negro ante la ONU) declaró allí que en los EE.UU. había presos políticos; y entonces toda la Casa Blanca se le echó encima, incluso Vanee lo fustigó. Luego, cuando se entrevistó por segunda vez con los palestinos, los judíos lo ficharon y lo echaron de su puesto en la ONU. Como ve, la libertad de expresión en los EE.UU. implica ciertas obligaciones, y para ser más exacto: se debe hablar mal de la URSS.

Sájarov se comporta como si estuviera informado de secretos militares, consciente de los planes fraguados. Por su parte, esto es, en el mejor de los casos, una provocación; y en un caso bueno, trabajar para Occidente. ¿Será Sájarov tan simplón que sea incapaz de pulsar el espíritu del pueblo, sus raíces, su historia y su cultura?”

Apreciaciones de esta índole no escasean en documentos “oficiales” de los “defensores de los derechos humanos”. La recién citada carta y otras enviadas a Dudkó, tal vez contribuyeran, en cierto grado, a que éste tomara conciencia de la naturaleza delictiva de la causa que había estado apoyando, incongruente, además, con su condición eclesíástica, y se arrepintiera públicamente, como es conocido.

Aquellos que llevan adelante actividades subversivas contra la URSS ponen el grito en el cielo con motivo del caso Sájarov, documentando cada paso de éste, y reciben indignados la objetiva apreciación dada en la URSS a la actividad de Sájarov.

Mi artículo *El vendido y el simplón*, publicado en el periódico *Golos Rodiny*, en 1977, no tiene ni el menor asomo de “calumnia”, sino que ofrece un análisis de las ideas sostenidas por Sájarov y explica los fines y los métodos de su labor subversiva antisoviética. Muy contento veo ahora que no hace falta cambiar ni siquiera una coma en ese artículo que escribí hace casi diez años. He aquí un fragmento:

Detritus del progreso científico y técnico

Nuestra época de la revolución científica y técnica plantea también ante la humanidad importantes tareas sociales. El júbilo que despiertan las posibilidades de la ciencia y la técnica, en Occidente se trueca con frecuencia en un abismal pesimismo, y entonces se comienza a meditar en los males que pueden generar los milagros del siglo XX en las manos de hombres moralmente inválidos. ¿Cómo organizar la sociedad, cómo integrar las grandiosas conquistas científicas y técnicas en la vida de la humanidad, sin arrancar a ésta la propia vida? En este terreno germinan las más diversas teorías de la “tecnocracia”, queriéndose establecer un signo de igualdad entre los conocimientos técnicos y la capacidad de gobernar la sociedad.

Las desmesuradas pretensiones de los adeptos de la “tecnocracia” constituyen el objeto de estudio de los futurólogos y diana de constantes sátiras de la verdadera ciencia ficción. Uno de los fundadores de este género, el escritor italiano Lino Aldani, puso unas aleccionadoras divagaciones en boca del protagonista del relato breve “La

tecnocracia absoluta”:

“Stive se abismó en reflexiones sobre la tecnocracia... Hubo un tiempo en que la sociedad humana estaba extraordinariamente mal organizada: para los cargos directivos se nombraba a los hombres menos duchos, en tanto que las personas de gran intelecto sólo podían ocupar toda la vida una posición muy lamentable. Así, por lo menos, se decía en los manuales. En el siglo XX reinaba todavía un régimen bárbaro. Los que estaban en el poder no eran especialistas técnicos, sino politicastros. Esta especie de hombres, aquejados de manía de grandeza y de exceso de vehemencia, desapareció al advenir la era de la cibernética y la tecnocracia absoluta... Stive incluso no entendía bien qué era lo que tenía tanto valor en esta tecnocracia absoluta. Sólo sabía una cosa: la tecnocracia absoluta se considera un verdadero bien para toda la humanidad. Había crecido en un religioso respeto a las leyes sociales, aceptándolas con la misma espontaneidad con que se aprende a hablar en la infancia”.¹

Stive, imaginario hombre del futuro, piensa en esas cosas encontrándose en una situación tragicómica: está pasando exámenes de geometría no euclidiana y teoría de la relatividad para obtener una plaza de barrendero de calle de segunda categoría. Aldani invita a los lectores a reírse de los excesos de la lógica culminación de la teoría de la “tecnocracia”. Es realmente cómico, aunque no muy alegre.

Los protagonistas de nuestro relato son personas mucho más serias, a diferencia del simplón Stive, conocen concretamente en qué consiste el bienestar de la “tecnocracia”. Ciertamente Solzhenitsyn, matemático de profesión, y el físico Sájarov consideran su falta de información como el nivel de desarrollo de las ciencias humanitarias. Tampoco saben otra cosa: que en su tiempo, la revolución industrial engendró el anarquismo, y la revolución científica y técnica también tiene sus menos: hay quienes no pueden encontrar el puesto que, según ellos, les corresponde en la sociedad. Sin embargo, esto no los conturba. En una desenfadada carta enviada a los dirigentes del PCUS y el gobierno, fechada el 19 de marzo de 1970, Sájarov, abordando los problemas más complejos de la vida social, trataba de analizarlos, según su expresión profesional, “en su primera aproximación”, o, especificando, “es importante”, como dicen los matemá-

¹ *La luna de veinte manos*, págs. 52-53. Recopilación de cuentos de ciencia ficción, trad. del italiano, Moscú, 1967.

ticos, demostrar el “teorema de la existencia de la solución”. Por lo visto, también aspiraba a decir quién es.

Pertrechados con un método tan exacto y oportuno, erigen el modelo de la sociedad ideal. El primer asalto a la realización de una empresa tan laboriosa ya lo lanzó Solzhenitsyn en *Agosto de 1914*, haciendo sumirse a sus protagonistas en divagaciones sobre cómo colmar de beneficios a la humanidad. El personaje Arjangerodski recrimina con razones de peso a los revolucionarios: “Sois millares. Y hace mucho que ninguno trabajáis, sin que nadie os pregunte nada. Y no sois explotadores, pero chupáis y requetechupáis del producto nacional. ¡Ah, en la revolución se resarce todo!” (p. 534). Este sujeto, dotado de una extraordinaria sagacidad, niega las formas conocidas de organización de la sociedad: “No vayáis a pensar que la república es un pastel, un delicioso manjar. Se congregarán cien orgullosos abogados —¿habrá más parlanchines que ellos?— y departirán unos con otros. Por sí mismo el pueblo, haga lo que haga, no gobernará nunca” (p. 536).

Los rudimentos del abecé de Solzhenitsyn estriban, por consiguiente, en que la política y los partidos políticos son un fardo superfluo para la humanidad. Erraron el tiro los “cien orgullosos abogados” —ese es el número de quienes deliberan en el Senado de los EE.UU.—, lo erraron evidentemente. Malgastando el dinero de los contribuyentes en financiar las emisoras subversivas que contaminan el aire con el rabioso delirio de Solzhenitsyn, perdieron de vista que él ya había dado de baja a los honorables senadores, como personas completamente inútiles. Mas esto es un asunto de ellos. Prosigamos.

Otro manantial de ciencia, poseedor del título de ingeniero y descrito amorosamente en el libro, añade: “Creo que la Unión de Ingenieros podría ser fácilmente una de las fuerzas rectoras de Rusia. Más importante y fructífera que cualquier partido político... Los hombres de negocios, inteligentes, no dominan, sino que crean y transforman; el poder es un sapo muerto, pero si resulta un estorbo para el desarrollo del país, quizás fuese necesario ocuparlo” (p. 527). No fue necesario: en Rusia triunfó la Revolución de Octubre, y Solzhenitsyn vuelve sobre esos planes en *Archipiélago Gulag*, pero ahora en nombre propio.

Falsificando burdamente la historia, afirma que la dictadura del proletariado está enfilada contra los intelectuales técnicos. Enseguida

da rienda suelta a la demagogia: mezcla deliberadamente el concepto político de la dictadura del proletariado y la dirección concreta de la economía. La Revolución de Octubre dejó despejado un vastísimo espacio para que el pensamiento científico y técnico remontara su vuelo, mas para Solzhenitsyn las cosas sucedieron al revés. “¿Cómo podían los ingenieros acoger la dictadura de los obreros, sus ayudantes en la industria, poco calificados, que no entendían las leyes físicas y económicas de la producción, pero que, de buenas a primeras, se sentaron a las grandes mesas para dirigir a los ingenieros?” (p. 395). ¿Dónde vio esto Solzhenitsyn, de no ser en las declaraciones de la “oposición obrera”, censuradas con rigor por el partido? Todos estos absurdos no merecerían que nos detuviéramos en ellos si no fuera porque aclaran la idea cumbre de Solzhenitsyn: en la sociedad debe imperar la “tecnocracia”.

El nivel de la producción intelectual de Solzhenitsyn, alcanzado con el trabajo mental de que son capaces sus fuerzas, podría equipararse acaso con las citadas divagaciones del personaje del relato del escritor italiano, incluida la coincidencia textual. Veamos una confesión de Solzhenitsyn: “¿Por qué no pueden los ingenieros considerar más natural la organización de la sociedad en que ésta sea dirigida por quienes sean capaces de orientar racionalmente su actividad? (¿No es a esto, dejando aparte tan sólo la dirección moral de la sociedad, a donde lleva hoy la cibernética social? ¿Acaso los políticos profesionales no son furúnculos en el cuello de la sociedad que le impiden mover la cabeza y los brazos libremente?) ¿Por qué los ingenieros no han de tener ideas políticas? Cuando la política no es siquiera un género de la ciencia; no es más que un área empírica que ningún aparato matemático puede describir y que está expuesta, además, al egoísmo y las ciegas pasiones humanas” (pp. 392-393).

Hemos llegado al quid de la cuestión que, como hemos visto, encaja perfectamente en el pequeño cuento satírico del mencionado escritor italiano. Aquí, en cambio, se predica con enfático aire de profeta y se pintarraja en el lienzo de una novela de muchos centenares de páginas.

Puesto que Solzhenitsyn ha sacado a colación la ignorada “cibernética social”, descubriendo con ello su bagaje científico, veamos cómo el propio Wiener enfocaba el problema de enriquecer la estructura social con métodos matemáticos, con la cibernética y otras cosas. Poseedor de una conocida magnitud de ideas y apasionado adep-

to de nuevas hipótesis, el fundador de la cibernética estaba bien seguro de que “las ciencias humanitarias son un pobre campo de acción para los nuevos métodos matemáticos”. “Les guste o no a ustedes, debemos dejar mucho al método 'no científico', narrativo, del historiador profesional”¹. En el interesantísimo libro *God and Golem Inc.*, conjuró: “Dad al hombre lo humano, y a las computadoras, lo mecánico”².

La aparición de la cibernética sacó de juicio a los adeptos de la “tecnocracia” de diverso pelaje. Mucho antes de Solzhenitsyn ya habían disparado toda clase de argumentos sobre la gran significación de las ciencias exactas para la vida social. Wiener, observando los esfuerzos de los resucitados “laputanos”, habló de las “vanas esperanzas” puestas en los nuevos métodos de las ciencias exactas. Esas personas “están convencidas de que nuestra capacidad de dirigir el medio material que nos rodea ha sobrepasado mucho nuestra capacidad de dirigir y comprender el medio social. Por ello estiman que la tarea fundamental a cumplir en un futuro cercano consiste en extender a la esfera de la antropología, la sociología y la economía los métodos de las ciencias naturales a fin de lograr los mismos éxitos en estos campos. Del convencimiento de que esto es necesario pasan al convencimiento de que es posible. Afirmo que en este sentido muestran demasiado optimismo e incompreensión de la esencia de todo adelanto científico.”

Con el fin de explicar lo que pensaba en el plano teórico general, Wiener escribió burlescamente: “No podemos conceder excesiva importancia a esta orientación del pensamiento dictada por el deseo. Sus ideas son iguales a las de los ratones de la fábula que querían ponerle un cascabel al gato, para saber cuando se aproximaba. Sin duda alguna sería muy grato para nosotros, los ratones, que los rapaces gatos de todo el mundo llevaran tales cascabeles; mas ¿quién se atreverá a hacerlo? ¿Quién nos garantiza que el poder no volverá a caer en manos de quienes lo ansían más que nada?”³ Wiener se daba perfecta cuenta de que también hay ratones científicos muy mal intencionados. De que las cosas son precisamente así, nos persuade el conocimiento no sólo de la literatura difamatoria de Solzhenitsyn

¹ Norbert Wiener, *Cybernetics or Control and Communication in the Animal and the Machine*. New York, 1961, pp. 25, 164.

² Norbert Wiener, *God and Golem Inc.* Cambridge (Mass.), 1964, p. 73.

³ Norbert Wiener. *Cybernetics...* Op. cit, p. 162.

(a quien, en el dominio de la ciencia, no hay nada que preguntarle), sino también de los itinerarios de paseo del ilustrado académico Sájarov por el País de la Política.

En tanto Solzhenitsyn ha necesitado para expresar sus ideas muchos millares de páginas, amenazando con tozudez grafomaniaca añadir a ellas nuevos “nudos” y “piezas”; el académico es meritoriamente lacónico. En un folleto de 38 páginas — “Meditaciones sobre el progreso, la coexistencia pacífica y la libertad intelectual”—, están reunidas letra por letra todas las ideas de Sájarov. Desde el momento de la aparición de la obra en 1968, el académico no ha agregado nada a su incomparable revelación. Al encaminarse a un país desconocido para él, Sájarov, como es propio de un científico, mencionó, naturalmente, a quien le sirvió de faro: “el notable escritor A. Solzhenistyn” (p. 22). Después de beber “sabiduría” en esta fuente hedionda, el académico empezó a decir disparates y puras sandeces, dedicándose a describir la sociedad ideal que él se imagina, pues el Estado soviético no le cae en gracia.

Sájarov no sólo está de pie, sino hasta tumbado en su plataforma antisoviética. Constantemente aplica a nuestro país el epíteto “vergonzoso”. Mas, ¿por qué? Pues porque, aclara Sájarov, no hay “democratización” y no se tiene en cuenta la opinión de los listos (no es difícil adivinar que se trata del académico y sus correligionarios). Las obsesionadas reflexiones de Sájarov sobre este tema desempeñan el mismo papel funcional que la faramalla de Solzhenitsyn acerca de las infracciones de la legalidad socialista: son el celofán que empaqueta el meollo de sus ideas. Digamos de paso que es un paquete bastante usado. Es el mismo con que en otros tiempos los demócratas constitucionalistas intentaron imponer su credo a los cándidos.

Fueron ellos quienes se autodenominaron “el cerebro de la nación” y, basándose en eso, pidieron apoyo a las masas. Fueron ellos quienes, en el tempestuoso otoño de 1917, llenaron de carteles las ciudades de Rusia con llamamientos a votar en las elecciones a la Asamblea Constituyente por la lista 1 (de los demócratas constitucionalistas o el Partido Libertad Popular). El texto típico de los carteles de aquella época decía: “El Partido Libertad Popular siempre ha exigido el poder del pueblo... El partido de la libertad siempre ha promovido a hombres de Estado con experiencia de la vida y conocimientos”. Es sabido que entonces estaban claras para todos en Rusia las intenciones de quienes se incluían entre los más listos. Sin

asomo de duda, las concepciones de Sájarov son una recidiva de las que sustentaban los demócratas constitucionalistas, adaptadas a la revolución científica y técnica, pues coincide con ellos en lo principal: el poder debe pertenecer al capital.

Reclama la absorción del socialismo en el marco del capitalismo, ya que, según él, el régimen capitalista se acerca más a la perfección. Hay que ver, en efecto, qué magnífico país: “la existencia de millonarios en los EE.UU. no es una carga económica demasiado pesada, debido a que son pocos. El consumo global de los “ricos” no llega al 20 %, es decir, menos del incremento global del consumo popular en cinco años. Desde ese punto de vista, la revolución, que detiene el desarrollo económico por más de cinco años, no puede considerarse económicamente ventajosa para los trabajadores” (p. 20).

Mas hay una dificultad: ¿cómo propagar ese espléndido régimen a toda la humanidad? Para ayudar a conseguirlo, se ofrece, naturalmente, la ciencia, “toda la política internacional debe estar completamente impregnada de la metodología científica” (p. 8). Sólo hace falta una pequeña cosa, acabar con el marxismo, pasarse a las posiciones del “realismo” y así, ¡oh, milagro de los milagros, en el año 2000 se instaurará en la Tierra un Gobierno mundial! Hace mucho que todos los “tecnócratas” lo esperan melancólicamente. Tratan de presentar como partidarios de su imponderable quimera a personas que ni en sueños tuvieron que ver nada con ella. El físico norteamericano Teller, famoso “padre” de la bomba nuclear estadounidense, exclamó con toda seriedad: “No puedo dejar de pensar que el presidente Roosevelt habría podido planear el empleo de la bomba atómica como un potente medio a favor del Gobierno mundial”.¹ En vida de Roosevelt no existía el arma atómica, y todas las divagaciones como las de Teller, comentó el profesor Williams, historiador estadounidense, no pueden ser comprobadas, ya que “son el más puro absurdo las acusaciones hechas posteriormente acerca de que Roosevelt hubiera debido mirar con tres meses de anticipación en la esfera de la física nuclear”.²

La idea del Gobierno mundial se adueñó también en un tiempo de la mente del gran físico Albert Einstein. Cuando habló de esto

¹ E. Teller, A. Brown. *The Legacy of Hiroshima*, N. Y., 1962, p. 21.

² W. Williams, *American-Russian Relations. 1781-1947*, N. Y., 1962, p. 277.

después de la segunda guerra mundial, los científicos soviéticos consideraron indispensable expresar sinceramente su opinión a propósito de ello. Los académicos Vavílov, Ioffe, Semiónov y Frumkin escribieron la carta *Algunos errores del profesor Albert Einstein* (Tiempos Nuevos, 26 de octubre de 1947). En la ella se rendía homenaje a la actividad de Einstein, que “reiteradamente ha elevado su voz contra los bárbaros hitlerianos y, en el período de posguerra, contra la amenaza de una nueva guerra, contra las pretensiones de los monopolistas norteamericanos de supeditar completamente a ellos la política de los EE.UU. Los científicos soviéticos, al igual que toda la opinión pública soviética, saludan esta actividad del científico, movida por un sincero humanismo”.

Sin embargo, lo que se dice sobre el Gobierno mundial, constataban Vavílov, Ioffe, Semiónov y Frumkin, “nos parece no sólo erróneo, sino también peligroso para la paz, por la que quiere luchar Einstein”. Más adelante se explica qué significa la consigna del Gobierno mundial en las condiciones de nuestro tiempo: “El lema de un Estado supranacional encubre con un rótulo muy resonante el dominio mundial por los monopolios capitalistas... La ironía del destino ha llevado a Einstein a apoyar de hecho los planes de los enemigos jurados de la paz y de la cooperación internacional. Precisamente porque Einstein nos merece alta estima como eminentísimo científico y como personalidad y sin ningún artificio diplomático...”¹ Al físico Sájarov le vendría bien releer ahora esta carta de sus colegas mayores.

¿Cuáles serían, en realidad, los frutos que el “Gobierno mundial” reportaría a la humanidad, además del talón de hierro del capital monopolista yanqui? Serían muchos, asegura Sájarov. Aunque alega el peligro de la “tecnocracia”, al que se refería Wiener en su libro *Cibernética*, y mencionando este libro, advierte que no desea convertir a los hombres en “gallinas o ratones” con electrodos incorporados al cerebro para controlar su conducta (pp. 20-21). Sájarov brinda precisamente esa perspectiva a todos los hombres. He aquí, de cabo a rabo, lo que dice: el Gobierno mundial tendrá numerosas posibilidades, ya que desde el momento mismo de su formación “los éxitos de las ciencias biológicas (en ése y en los períodos posteriores) permitirán controlar y orientar eficazmente todos los procesos vitales a

¹ L. Lvov. *Vida de Albert Einstein*, Moscú, 1959, pp. 297-298.

nivel bioquímico, celular, organizativo, ecológico y social, desde el nacimiento y la vejez hasta los procesos psíquicos y la herencia” (p. 35).

¡Bonita perspectiva deparan los “tecnócratas”! He ahí adónde lleva la ideología demócrata constitucionalista en la época de la revolución científico técnica. Un mundo de robots vivos, bajo el ojo avizor y la vigilancia de la oligarquía del talego de oro; mas para esto hace falta nervios de acero, por lo menos a los promotores de acciones tan inhumanas. ¿Tienen esos nervios los “disidentes”? Solzhenitsyn infunde tranquilidad: somos hombres resueltos. En *Archipiélago Gulag* asegura que, junto a sus correligionarios, está dispuesto a todo. “Un mismo hombre —instruye— suele ser completamente distinto en sus varias edades y en las diferentes situaciones que se presentan en la vida. O está más cerca del diablo o más próximo al santo. Pero el nombre no cambia y le atribuimos todo...”

A Solzhenitsyn, hombre de psicología criminal bien determinada, es fácil imaginárselo en ese papel, que no parece cuadrarle bien a Sájarov. A pesar de todo el absurdo de sus juicios, éstos encajan en la categoría de perogrulladas de un “tecnócrata”, y con reírse de ellas estarían bien pagadas. Es posible que convenga aconsejarle algo que constituye una premisa en toda búsqueda científica: mirarse a sí mismo con espíritu crítico. Aunque sea en un espejo. Entonces, muchas cosas quedarían claras.

El expuesto credo teórico de los “disidentes” está en la base de su actividad práctica: en el trabajo de subversión contra la patria. Sus métodos y recursos son variados, pero, últimamente, prevalecen los llamamientos directos a las esferas dirigentes de Occidente, con el encarecido ruego de acentuar las presiones sobre la Unión Soviética en todas las líneas. Aquejado de un estéril y visionario sentimiento político, el inocentón de Sájarov pide al Senado de los EE.UU. que no conceda a la URSS el régimen de nación más favorecida en el comercio. Solzhenitsyn, por supuesto, insiste con mala intención en que los contactos económicos con nuestro país son un “nuevo Múnich”, etc. En fin, ambos pretenden frustrar la distensión internacional, seguros de que mediante la guerra fría se logrará derrotar al socialismo.

Los “disidentes” luchan contra el comunismo, pero nos dañan a todos nosotros, hasta el último ser humano, porque con la distensión y el desarrollo del comercio se beneficiaría cada familia. ¡He aquí

hacia dónde se vuelve la solicitud de los “protectores” del bienestar del pueblo!

Los círculos reaccionarios de Occidente valoran en su justo precio los esfuerzos de los “disidentes”, ya que el modo de actuar recomendado por ellos coincide con la gran estrategia del anticomunismo, en la etapa actual. El científico Sájarov podría sacar oportunas conclusiones de estos hechos evidentes.

El imperialismo acumula potencial bélico, el presupuesto militar de los EE.UU. se aproxima a los 100 000 millones de dólares. Esto obliga, inevitablemente, al Estado soviético a invertir recursos en la defensa. Los partidarios más rabiosos en Occidente de este modo de actuar, que podría ser denominado “teoría del agotamiento”, cifran sus esperanzas en dificultar la obra creadora en nuestro país y provocar cierta escasez que incidiría en el estado de ánimo del pueblo soviético.

Desde este punto de vista, al parecer, observan ellos la actividad de los “disidentes”: ¡fíjense, ya hay quienes se pronuncian por la capitulación ante el imperialismo! En esto encuentran ellos el germen alentador para el empleo de métodos refinados con el fin de aniquilar a la Unión Soviética, puesto que el estricto arreglo bélico del problema no ofrece ninguna garantía de éxito.

A finales de los años 50 apareció en Inglaterra el libro *Siete caminos a Moscú*, del teórico militar Jackson. Pasaba revista a las invasiones realizadas contra Rusia desde tiempos remotos, las cuantificaba en siete y concluía:

“Las campañas armadas contra ella siempre fracasaron, como lo muestran las invasiones de los suecos, los franceses y los alemanes. Es más, las proporciones de las catástrofes fueron aumentando progresivamente después de cada invasión. El único camino seguro a Moscú es el de los vikingos que facilitaron los servicios constructivos que deseaba y pedía el propio pueblo ruso. Confiemos en que a nadie le tiene jamás el deseo de imitar a Carlos XII, Napoleón o Hitler, que intentaron lograr la solución por las armas, la cual, como enseña la historia, fracasará y puede acarrear el exterminio nuclear de la humanidad.”¹

Es a esto, en el fondo, a lo que exhortan los “disidentes”: vengan, domínennos, y nosotros los ayudaremos. El carácter paranoico de

¹ W. Jackson. *Seven Roads to Moscow*. London, 1957, p. 319.

estas intenciones, como la misma concepción “de los vikingos”, no nos ofrece duda a los soviéticos. Mas el trabajo de los “disidentes” alienta mucho a determinados círculos en Occidente: en ese gran país existen, dicen ellos, divergencias internas, la URSS es un gigante con pies de barro. O sea, se ha logrado, al fin, lo que añoraron a lo largo de siglos los enemigos de nuestro país: quebrantar la unidad del pueblo. Pero, recuérdese lo que aconsejó Carl von Clausewitz, apoyándose en el ejemplo de la invasión napoleónica a Rusia:

“Rusia no es un país que pueda ser conquistado realmente, es decir, ocupado; al menos, esto no se puede hacer ni con las fuerzas de los Estados europeos actuales ni con los 500 000 hombres que con ese fin llevó Bonaparte. A un país como ese sólo se lo puede vencer por su propia debilidad y la acción de querellas internas. Estos puntos débiles de la vida política pueden lograrse únicamente mediante conmociones que penetren hasta el corazón mismo del país... La campaña de 1812 se malogró porque el Gobierno enemigo resultó ser firme y el pueblo se mantuvo fiel y decidido, es decir, porque la campaña no podía triunfar.”¹

Los estrategas del Pentágono que preparan el cuerpo de oficiales yanquis sobre la base de la experiencia de la segunda guerra mundial, no dejan de citar estas palabras de la obra de Clausewitz, repitiendo sin fatiga: “Comprendan lo caro que les costó a los alemanes hacer caso omiso de este consejo fundamental de Clausewitz”.²

La actividad de los “disidentes” en la situación actual constituye un claro intento de subsanar los errores de los enemigos de nuestro país y una invitación a seguir contra la Unión Soviética la más dura política. Solzhenitsyn y otros son viles provocadores dispuestos a contribuir a desencadenar incluso la guerra, con tal de alcanzar sus demenciales objetivos anticomunistas. Claro está, esa gente se ha metido en una empresa irrealizable. No obstante esto, sus investigaciones y calumnias contra el Estado soviético complican la situación internacional y deterioran el afianzamiento de la paz universal, pues dan motivo a nuevas campañas antisoviéticas. Dicho en otras palabras, ofrecen la hoja de parra para encubrir las maquinaciones de los círculos más agresivos de la reacción internacional.

¹ Carl von Clausewitz. *Vom Kriege*. Berlin, 1957, pp. 756-757, 758.

² *The German Campaign in Russia (1940-1942)*, Washington, 1955, p. 111.

Escribí ese artículo hace unos diez años. Que conste: en ese artículo no se ha quitado ni añadido ni una sola palabra o signo de puntuación. Ha sido probado por el tiempo, y los acontecimientos posteriores han confirmado cabalmente su certeza. Por ejemplo, el fantástico aumento de los gastos militares por los Estados Unidos y sus aliados de la OTAN. El rumbo hacia el “agotamiento” de la Unión Soviética, de lo que escribí entonces, fue racionalizándose en los términos más generales. ¿Cómo iba a saber yo en 1974, año en que fue publicado el artículo, en qué términos estaba formulada esa política detrás de las paredes de la Casa Blanca? En una reunión con los líderes del Congreso, Nixon subrayó, después de reseñar las relaciones con la URSS:

—“Estamos en condiciones de dejar a los rusos sin camisa, con el trasero al aire.

—¿Con qué? —inquirió el senador Stennis, que no oía bien.

—¡Con el trasero al aire, el culo! —gritó el presidente. Risas.

—Por eso, John, tienes que asignar más dinero para armamentos, en tu Comité”.¹

En esos términos se daba a conocer en la Casa Blanca la intención estadounidense de arruinarnos mediante la carrera de armamentos. Los tiempos han cambiado desde entonces, pero tal vez sólo en que la política de “agotamiento” ha llegado a ser el credo de la Casa Blanca. Esto se repite machaconamente en los EE.UU., como si se tratara del alfa y omega de la política estadounidense hacia la Unión Soviética. Desde luego, sin caer en los excesos verbales del señor Nixon...

Veamos ahora lo que escribieron en el periódico *Komsomólskaya Pravda* del 15 de febrero de 1980 mis colegas A. Efrémov y A. Petrov:

«No hubo nuevo César»

Lamentablemente, no me siento satisfecho de mi rendimiento en el campo del trabajo científico en los últimos años... Soy muy viejo para físico teórico. 1974.

¹ B. Woodward, C. Bernstein. *The Final Days*, N. Y., 1976, p. 2237.

Estoy consciente por completo de mi incompetencia en las complicadas cuestiones de la vida social. 1975.

Hace mucho que no voy al cine. Leo muy poco. No tengo fuerzas ni tiempo para ello. A veces, antes de dormirme, leo novelas policíacas en inglés. 1977.

A duras penas llevo el pesado fardo de la gloria mundial. 1977.

Este epígrafe es, en esencia, el epitafio pronunciado en los últimos años por Sájarov en relación al académico Andréi Sájarov. Todo está en pasado. Quedó en el pasado una vida real, con todas sus preocupaciones y realizaciones. Y, como una lápida sepulcral, le oprime “el fardo de la gloria mundial”, fama ganada en Occidente por todo lo cometido por él, después de truncada su trayectoria como científico.

Lamentablemente, el final es del todo lógico. El camino que lo llevó a la quiebra social e intelectual empezó en la nefasta torre de marfil en la que se encerró aislándose de la gran vida de su propio país. La infancia y la juventud de Sájarov, hijo afortunado de un respetable profesor de matemáticas, transcurrieron en los años 20 y 30. A los padres no se les escoge, naturalmente, pero las familias sí escogen su camino a seguir: en aquellos decenios de vertiginoso acontecer social, la familia del profesor “se encapsuló” herméticamente. Del viejo mundo, el adolescente Sájarov heredó una institutriz alemana y los suspiros por la perdida prosperidad burguesa.

Creía que la profesión que había escogido —física y matemáticas— sería un muro que lo aislaría de la desagradable realidad. Al principio, ese designio pareció certero: las tempestades de la Gran Guerra Patria dejaron de lado a Sájarov, que cumplió 20 años en 1941, el mismo año que segó las vidas de inúmeros coetáneos suyos. Comoquiera que fuese, logró contribuir con su aporte al acontecer de aquellos años: terminó su carrera en la Universidad de Moscú y se dedicó a la labor científica.

Esa labor suya transcurrió con éxito en el seno de un colectivo de eminentes físicos soviéticos, entre los cuales Sájarov llegó a ocupar un lugar de importancia. Junto con sus colegas recibió condecoraciones gubernamentales; y sus logros personales fueron reconocidos con largueza. Al cabo de muchos años surgió en Occidente la leyenda acerca de Sájarov el supercientífico, leyenda que causó sorpresa entre quienes habían trabajado junto con él. Por razones que expon-

dremos más adelante, Sájarov no podía dejar de tomar en cuenta la opinión de aquéllos, por lo que dejó caer a regañadientes: “En la prensa occidental se me llama a menudo 'padre de la bomba de hidrógeno'. Esa característica refleja, en grado sumamente incorrecto, las verdaderas (y auténticas) circunstancias de una invención colectiva, pero no entraré en detalles al respecto”.

El comúnmente conocido gigantesco poderío del arma termónuclear impresionó a Sájarov produciendo en él un cierto síndrome (idea obsesiva). No llegó a marcar una divisoria entre su participación en ese invento y el deseo de poseer la bomba nuclear él solo. Tal vez esté ahí el origen del proceso que desembocó en la desaparición del físico teórico y la aparición del Sájarov de ahora. Es oportuno citar aquí sus propias palabras: “Fueron creados medios de destrucción total, capaces potencialmente de aniquilar la civilización humana; pero me di cuenta de que las palancas de control se hallaban en manos de otros”. Por lo visto, Sájarov mismo consideraba que en recompensa por la creación del arma nuclear el Estado debería cederle a él esas “palancas de control”. ¿Con qué fin? De eso habló en 1968, en un folleto.

Aunque llevaba un título aparentemente inocente *Reflexiones sobre el progreso, la coexistencia pacífica y la libertad intelectual*, el folleto no era una empresa modesta, ni mucho menos. Era el reclamo de liderazgo, el manifiesto de la “tecnocracia” beligerante. A esta proponía Sájarov entregar todo el poder sobre la humanidad prometiendo crear hacia el año 2000 un “Gobierno mundial”. No cuesta trabajo concluir que el autor de tan brillante idea se reservaba un cargo determinado, tal vez hasta el de César universal. Olvidándose por completo de sus ocupaciones científicas, Sájarov se dedicó, en los cinco años siguientes, a tratar de articular una poderosa coalición que lo respaldase. Al principio pensó que sus colegas, siguiendo su ejemplo, abandonarían la ciencia y se alinearían en pos de él. De ahí, la arriba mencionada sobriedad al evaluar su aporte a las investigaciones fundamentales, aunque abrigaba infinitas pretensiones de ascenso al poder. Por razones puramente tácticas, ese “pescador” de almas tenía que mostrarse modesto...

Se llevó un chasco, sin embargo. Los científicos, y a algunos de ellos los estuvo importunando bastante, no se mostraron dispuestos a abandonar sus laboratorios. Se extrañaron de ese llamamiento formulado por el académico y no se dejaron tentar por las perspectivas que

les auguraba: creado “el Gobierno mundial”, aseveraba Sájarov, “los éxitos en las ciencias biológicas (en este y en posteriores períodos) brindarán la posibilidad de controlar y orientar eficazmente todos los procesos vitales a nivel bioquímico, celular, del organismo, ecológico y social, desde el nacimiento y el envejecimiento hasta los procesos psíquicos y los hereditarios inclusive... Semejante revolución es factible e inofensiva únicamente si se cuenta con un Gobierno mundial muy 'intelectual', en el sentido lato de la palabra”. Esa idea olía a autoritarismo y fascismo: tenebroso mundo de hombres robots con los Sájarov a la cabeza. Esa quimera tecnocrática fue considerada —tal y como lo merecía— una extravagancia, ganándose Sájarov la fama de estrafalario. La cosa habría quedado allí, si en Occidente no hubieran aparecido “los amigos” de Sájarov.

Aunque en aquel lustro Sájarov estuvo buscando estrictamente amigos dentro del territorio soviético, sus esfuerzos fueron “justipreciados” por los anticomunistas extremos y los servicios especiales extranjeros, a pesar de que no mantenía con ellos vínculos directos. Se fijaron en que el ambicioso organizador de los problemas de la humanidad exhortaba a que el capitalismo absorbiera al socialismo y se refería con máximos elogios al primero. Por ese motivo, Sájarov merecía —desde el punto de vista de los intereses clasistas de los círculos gobernantes de Occidente— todo tipo de apoyo y estímulos.

El Manifiesto de Sájarov, que éste iba distribuyendo bajo cuerda en la URSS, fue impreso y divulgado en gran escala en Occidente. Henry Kissinger, a la sazón ayudante presidencial en cuestiones de la seguridad nacional y, por consiguiente, jefe de la CIA y demás, proclamó de inmediato: “El de Sájarov es uno de los más importantes documentos referentes a los asuntos comunistas en los últimos años”. Era que el mencionado Manifiesto ya contenía en germen todas las técnicas demagógicas y elucubraciones calumniosas que, posteriormente, servirían de base a la provocadora campaña en defensa de los “derechos humanos”.

Veamos, a propósito, el muy difundido *Manual de Historia Mundial. Concepciones y problemas*, editado a cargo de Joseph Dunner en Nueva York en 1967. En su edición tomaron parte unos cien destacados historiadores y politólogos estadounidenses. El párrafo dedicado a los “derechos humanos” decía lo siguiente: “Un término recientemente aparecido... Dada su vaguedad, el término ‘derechos humanos’ tiene poca significación”.

Consultemos otro diccionario estadounidense: *El nuevo lenguaje de la política*. Incluso en la edición de 1972, el término ‘derechos humanos’ no aparecía aparte, sino que se le daba explicación en el capítulo dedicado a los derechos civiles: “también se está usando el término arbitrario de los ‘derechos humanos’; a menudo lo emplean aquellos que desean expresar una piadosa preocupación por los derechos del individuo, pero sin querer aparecer como partidarios de los negros”. Más nada. En los “derechos humanos” empezó a machacar Washington cuando tuvo que encontrar un pretexto para inmiscuirse en los asuntos internos de la URSS, con el fin de socavar su régimen social y estatal. En el origen de este proceso está Sájarov.

Aquel era el segundo año del Sájarov aventurero político y anti-soviético. Después de fracasar en su empeño de vertebrar un movimiento en pro de conceder el poder a los “tecnócratas”, Sájarov decidió fundar una gran organización en torno a los “defensores de derechos humanos”. En su opinión, el papel funcional de Occidente consistía en asegurar la inmunidad en la URSS a las personas dedicadas a actividades subversivas. A la cabeza de ese movimiento debía estar, lógicamente, Sájarov, dirigente no sólo de los “defensores de los derechos humanos”, sino de Washington también. Así pues, el camino era distinto, pero el objetivo seguía siendo el mismo: erigirse en nuevo César.

Cabe suponer que en las oficinas centrales de los servicios especiales de Occidente, se reirían mucho de las pretensiones del académico y no las tomaran en serio; pero, los métodos propuestos por él los comenzaron a utilizar en la labor práctica de subversión contra la URSS. Así las cosas, Sájarov acabo por convertirse en un mero peón manejado por los enemigos más furibundos de la Unión Soviética. Desde el verano de 1973, Sájarov entabla contactos delictivos con extranjeros en Moscú, concede a diestra y siniestra entrevistas anti-soviéticas, distribuye toda clase de “protestas” y frecuente embajadas de países occidentales. Dado que se puso a disposición de Occidente, los servicios especiales occidentales se apresuraron por sonsacarle cosas que nada tenían que ver con los “derechos humanos”: datos que constituían secreto de Estado. Al estilo de lo sucedido en la célebre fábula del zorro y el cuervo que tenía un pedazo de queso en su pico, los agentes de inteligencia extranjeros se deshacían en lisonjas a un Sájarov, que de tan elogiado abrió el “pico”. El resultado fue que en agosto de 1973 lo invitaron a la fiscalía de la URSS y le ad-

virtieron que lo estaban explotando no sólo fuerzas hostiles a nuestro país, sino también servicios de inteligencia extranjeros.

Después de la entrevista en la fiscalía, Sájarov se volvió más circunspecto, pero no decayó en su empeño en forjar un movimiento antisoviético. Para ello necesitaba dinero y decidió pedirselo a los extranjeros. No podía quejarse de tener escasos recursos, pues percibía del Estado todo lo que corresponde a un miembro de la Academia de Ciencias de la URSS; pero también quería divisas, y éstas le fueron entregadas a Sájarov en 1975 bajo un concepto muy “decente”: el Premio Nobel. Pero, las solicitudes de limosnas continúan. En la primavera de 1977, visita a Sájarov una estadounidense de apellido Murphy, la cual “descubre” que aquél vive en “tremenda pobreza”. A través del periódico provincial estadounidense *Main Line Times*, la misericordiosa dama exhorta a ayudar a los “defensores de los derechos humanos”. Pero ¿cómo ayudar? Los estadounidenses que viajen a Rusia, enseña ella, deben llevar consigo algo que pueda venderse: pantalones vaqueros, suanclerinas, bolígrafos, que los “disidentes” se encargan de comercializar. Por esas mercancías, Sájarov recompensó “debidamente” a su visitante. De regreso a los EE.UU., ella llevó escondidos en sus ropas pasquines antisoviéticos.

El Consejo del condado de Delaware donde reside la aventurera elogió a ésta a domicilio, como quien dice, aprobando una resolución en apoyo al “acto de sumo valor, el de haber sacado de la Unión Soviética cartas de Andréi Sájarov”. Esa resolución evidencia, sin embargo, el alto nivel ético de los aduaneros soviéticos que, en su actividad, se basan en la presunción de la decencia de las personas que visitan la URSS, y no se ponen a hurgar bajo las ropas femeninas.

Pero, no sólo de los ingresos procedentes de la reventa de pantalones vaquero, suanclerinas y bolígrafos viven los correligionarios de Sájarov que, junto con él, desarrollan una labor subversiva contra nuestro país. Entran en juego sumas mucho mayores recibidas de los servicios especiales de Occidente, parte de las cuales distribuye el mismo Sájarov. En la entrevista al periódico francés *France Soir* del 23 de febrero de 1977, Sájarov se lamentó de su grave situación económica, de la necesidad de tener que “ayudar constantemente a nuestros amigos, a personas conocidas y desconocidas”.

El número de personas que viven alimentándose del “cebadero” de Sájarov es bastante extenso, y en él figuran no pocos individuos

de oscuro pasado o presente. Cual un imán atrae Sájarov a elementos antisociales y delincuentes. Ha escogido el papel de “benefactor” como nueva profesión. Es más, exhorta insistentemente a dirigentes de potencias occidentales a unir con él sus esfuerzos en ese campo. Mantiene correspondencia sobre este particular con presidentes y primeros ministros. Por lo general, es una correspondencia unilateral, aunque a veces recibe respuestas. Por ejemplo, sirvió de motivo para el intercambio de mensajes entre Sájarov y el presidente Carter el hecho de haber condenado el tribunal provincial de Chernígov al delincuente reincidente Ruban, culpable de haber robado bienes del Estado. Ruban robaba materiales, fabricaba souvenirs y los vendía. “La verdadera causa (de la condena) —explicó el provocador Sájarov a Carter— radica en haber fabricado él un obsequio al pueblo estadounidense por el 200 aniversario de los EE.UU.: una portada para un libro, representando la estatua de la Libertad”. Naturalmente, no fue éste el motivo de la condena impuesta a Ruban. En efecto, hubo tal souvenir, pero también hubo centenares de otros, incluso con imágenes mucho menos decentes, fabricadas de materiales robados y vendidos bajo cuerda. ¡Y quién lo iba a pensar! El propio presidente de los EE.UU. aseveró a Sájarov: “Tenga usted plena seguridad que el pueblo estadounidense y nuestro Gobierno cumplirán firmemente su compromiso de contribuir al respeto de los derechos humanos no sólo en nuestro país, sino en el mundo entero”. Dicho en otras palabras: ladrones y revendedores, podréis cifrar esperanzas en el dúo Carter—Sájarov.

Pero, lo de “amparar” con el concurso de Occidente a sus secuestrados —que, por cierto, de continuo andan reñidos con la ley, mejor dicho con las cláusulas del Código Penal que tratan de robos y pillaje—, no es más que una de las tantas ocupaciones del académico. Probablemente, hace mucho que se dio cuenta que con esa “tropa” no conquistaría mucho. El papel de tutor de delincuentes agrada a Sájarov, pero no es el principal para él, porque el principal es el de provocador y traidor. Exhorta sin cesar al mundo capitalista a arremeter contra la Unión Soviética. Como es propio de un teórico esbozó la variante “óptima” de las relaciones de Occidente con la URSS, variante basada en que los EE.UU. “tendrían fuerzas 2 o 3 veces superiores a las soviéticas”. En el folleto *Mi país y el mundo*, Sájarov expuso detalladamente, en 1975, la estrategia que Occidente debía aplicar para llegar a esa situación. Veámosla:

—“Solamente tienen posibilidad de triunfar las presiones muy fuertes, a las que son tan susceptibles las autoridades soviéticas.

—Lo más importante es la unidad de las potencias occidentales: la única estrategia en el enfoque a la creciente problemática de las relaciones con los países socialistas.

—La unidad precisa un líder. Como tal se desempeñan los Estados Unidos tanto por derecho como en virtud de su gran responsabilidad.

—Temo que al presente los países occidentales no estén ejerciendo suficientes presiones sobre los países socialistas”.

¿Qué formas deben revestir esas presiones? En una charla con el senador Buckley, a fines de 1974 (precisamente esa charla impulsó a Sájarov a escribir el mencionado folleto), insistió diciéndole al archirreaccionario visitante: “Los países occidentales deben estar dispuestos a asumir determinados sacrificios para alcanzar las metas que ha planteado ante ellos la historia, especialmente el desafío global del socialismo. Presionar a la URSS, limitándola en la importación de alimentos, presionar en la política de precios... Hay que aprovechar todas las palancas de presión posibles: la diplomacia secreta y la manifiesta, la prensa, los desfiles y otros medios efectivos: la temporal negativa de colaborar en tal o cual campo, restricciones legislativas del comercio y de los contactos”.

Esta fórmula expuesta en la charla con Buckley, la viene repitiendo cual exorcismo y casi al pie de la letra. En su libro *Inquietudes y esperanzas*, editado en los EE.UU. en 1978, Sájarov exhorta: “Hay que aprovechar todos los medios de presión posibles: la diplomacia secreta y la manifiesta, los desfiles y otros métodos, para socavar el prestigio, el boicot, la renuncia a colaborar en uno u otro campo, restricciones legislativas al comercio y los contactos”.

Pero ¿en aras de qué? En el folleto *Mi país y el mundo*, el “gran estratega” aclara lo que conseguirá con ello Occidente:

“Estimo que los objetivos de los países socialistas (especialmente la delimitación de las fronteras en la posguerra) no se corresponden por entero con los intereses del futuro de Europa”. Así arremetió contra aquello por lo que derramaron su sangre los combatientes soviéticos, y lo que estaba consignado en los Tratados interestatales de la posguerra: Sájarov demanda la revisión de las fronteras actuales en Europa. Lo que no consiguieron la Alemania hitleriana y sus satélites, Occidente lo conseguirá, según Sájarov, por la vía de las

nefastas “presiones”.

En cuanto a la Unión Soviética, las reformas que se propone llevar a cabo el César Sájarov, una vez instalado en el poder, significan en esencia el establecimiento del régimen capitalista:

“Una parcial reprivatización de todas las actividades, exceptuando, tal vez, a la industria pesada y las principales modalidades del transporte y las comunicaciones... Una parcial descolectivización de la agricultura... Limitación del monopolio del comercio exterior...” ¡Vaya lo que propone!

Sájarov demanda la plena renuncia a cuanto ha dado a nuestro país el Gran Octubre, y puja por hacer retroceder las agujas del reloj de la historia —con el concurso de Occidente— más atrás de 1917. Considera factible lograr lo que no pudo alcanzar el imperialismo internacional en los años de la guerra civil y la intervención armada contra la República de los Soviets. Atenta contra lo que resguardamos en una de las guerras más cruentas, la librada contra la bestia fascista. Con descaro y cinismo se proclama aliado de clase de aquellos que asesinaban a los soviéticos. Aliado de asesinos, nada menos.

Sájarov saludó a la reacción, sin importar en qué parte del mundo alzase su cabeza. Aplaudió, por ejemplo, el sangriento arribo al poder de la camarilla de Pinochet en Chile. Al mismo tiempo, no ocultó su furia por el triunfo de las fuerzas de la democracia en el mundo. Bastó que el pueblo de Vietnam triunfara en su larga y agotadora guerra contra el imperialismo norteamericano, para que Sájarov prorrumiera —en el otoño boreal de 1975— en reproches amargos a Washington. Escribió: “Creo que se habría podido evitar ese trágico rumbo de los acontecimientos (o sea, la victoria del pueblo vietnamita.—*N.Ya.*), si los EE.UU. hubieran actuado más decididamente en la esfera militar, y especialmente en la política. Presiones políticas sobre la URSS, para que desistiera de enviar armas a Vietnam del Norte, el rápido envío de fuerzas expedicionarias, de la ONU inclusive, una asistencia económica más eficiente, la incorporación de otros países de Asia y Europa: todo esto habría influido en la marcha de los acontecimientos.” Le importa poco que los EE.UU. hayan utilizado contra el pueblo vietnamita efectivos que totalizaban unos 600 000 hombres, que haya asesinado a muchos centenares de miles de civiles y arruinado un bello país. ¡Qué odio tan profundo debe sentir Sájarov por el socialismo para escribir, sin vacilaciones, esos renglones propios de un caníbal!

Renegado espiritual y provocador, Sájarov hace mucho que se había situado —con todas sus acciones subversivas— en la condición de traidor al pueblo y el Estado.

Lo que Sájarov venía cometiendo contra su propio país, abusando así de la paciencia del pueblo soviético, constituye un grave delito, según las leyes de cualquier país. Veamos, por ejemplo, el Código Penal de los EE.UU. El artículo 2385, Parte 18, estipula: “Los premeditados o conscientes llamados, los estímulos, los consejos o la prédica de la necesidad, del deber, de la deseabilidad o de la conveniencia de derrocar o destruir al Gobierno de los EE.UU. o al Gobierno de cualquier Estado... o ... con la intención de lograr el derrocamiento o la destrucción de cualesquiera de tales gobiernos, así como la impresión, la publicación, la redacción, la distribución y la exposición al conocimiento público de cualquier material impreso exhortando, aconsejando o predicando la necesidad, el deber, la deseabilidad o la conveniencia de derrocar o destruir cualquier Gobierno en los EE.UU. por la fuerza o la violencia o los intentos de lograrlo..., serán castigados con multa de hasta 20 000 dólares o con encarcelamiento de hasta 20 años, o con ambas penas”. No cabe duda de que si Sájarov hubiera sido ciudadano de los Estados Unidos, y si hubiera practicado esas mismas actividades allí, habría ido a parar, inevitablemente, tras las rejas.

Sájarov pretendía convertirse en César, pero acabó por emprender el camino delictivo.

Las medidas administrativas aplicadas a Sájarov buscan poner coto a su actividad subversiva. Aprobadas completamente por la opinión pública de nuestro país, esas medidas pueden resultar útiles para el propio Sájarov, si este llegara a evaluar con ojo crítico su degeneración.

La propaganda occidental pretende esbozar un “problema Sájarov”. Ese problema no existe, en todo caso para el pueblo soviético. Las preocupaciones de quienes manejaron a Sájarov desde el exterior, son de índole inmoral.

A mi parecer, estos dos artículos delinean, en lo fundamental, los criterios sostenidos por Sájarov y valoran el papel de este en cuanto a la labor subversiva contra la URSS.

Aunque se califique con palabras muy iracundas —bien merecidas por cierto— a Sájarov, éste infunde lástima humanamente comprensible. Ha perjudicado y sigue perjudicando a nuestro pueblo y Estado; pero no cabe atribuirlo todo a su mala voluntad, aunque ella está presente. Sájarov es víctima también de las intrigas que han amañado y siguen amañando en torno suyo los servicios especiales occidentales. Explotando las particularidades de su vida privada de los últimos quince años (de esto hablaré más adelante), los provocadores de los servicios especiales han empujado y siguen empujando a ese individuo moralmente descompuesto a la comisión de actos que contradicen la imagen del Sájarov científico.

Ya hemos visto el deslumbrante nimbo que por indicación de los servicios especiales, la propaganda occidental ha elaborado para Sájarov. En miles de artículos se insiste en que él percibe mejor los problemas del mundo contemporáneo y enseña cómo debe portarse Occidente en sus relaciones con la URSS. Intentemos, sin embargo, indagar cómo están mirando a Sájarov “desde dentro”, o sea, cómo valoran —con fines oficiales— sus concepciones sobre las estructuras sociales y sobre la aplicación de la política aquellos mismos individuos que dirigen la campaña propagandística encaminada a engrandecerlo.

En 1981, el profesor estadounidense Pipes editó a toda prisa una recopilación de artículos suyos escritos entre 1976 y 1980. Su prisa era del todo comprensible, pues la Administración Reagan lo había nombrado para un cargo de responsabilidad en el aparato del Consejo de Seguridad Nacional. Al presente, Pipes figura entre quienes fundamentan teóricamente el rumbo de Washington hacia la Unión Soviética, incluida la labor subversiva. Naturalmente, se desvive por ganar fama de agorero, y puesto que la CIA y compañía han considerado que su coqueteo con criminales en la URSS son la mejor esperanza de socavar al régimen soviético por dentro, Pipes tuvo prisa en demostrar que mucho antes se había dado cuenta de que Sájarov, el ídolo de los “defensores de derechos humanos”, sirve de poco en la labor subversiva.

No cabe duda de que, guiándose por esas consideraciones, Pipes incluyó en su recopilación de 1981 una entrevista efectuada en 1976, no publicada con anterioridad. Pipes parece decir: miren, ya en 1976, cuando de Sájarov se hablaba hasta por los codos, yo había señalado entre los nuestros que sus concepciones eran una tontería, y que no

se le debía tomar en serio. Desde luego, esas revelaciones resultaron posibles, además, porque —desde el punto de vista de la CIA— la utilidad de los “defensores de los derechos humanos” como fuerza real está agotada, dada su bancarrota. Su aprovechamiento con fines de propaganda, es harina de otro costal. Pues bien, véase lo que dijo Pipes en aquella entrevista:

“Los técnicos no son científicos, aunque Sájarov es excepcional... Esos individuos o son apolíticos, o bien, son dóciles en el plano político y, pese a todo el jaleo armado por nuestros intelectuales en los EE.UU., no los encuentro ni siquiera valerosos... A mi parecer, la altanería es el único resultado de haber aplicado la metodología científica al quehacer humano. La mayoría de los científicos que yo conozco —y entre ellos ha habido también Premios Nobel, distinguidos por investigaciones realizadas en sus respectivos campos, al saber correlacionar de un modo muy estricto sus conclusiones con los hechos—, se apartan de este principio tan pronto irrumpen en otras esferas. Irrumpen en la política y la economía, siendo unos lamentables ignorantes de la esencia de los asuntos de que se ponen a discurrir. ¿Cuál es la psicología de esa altivez? Suele suceder que luego de haber resuelto un problema en un campo de la ciencia muy complejo, los científicos llegan a la conclusión de que son capaces de resolver en un abrir y cerrar de ojos problemas mucho más sencillos, a su juicio. Los asuntos humanos —proclaman ellos— no son nada en comparación, digamos, con las moléculas o la estructura de los genes. Allí todo es sencillo. Los científicos estiman que nosotros somos una pandilla de leguleyos que inventamos problemas donde no los hay. Fuera de toda duda, no conozco un solo caso concreto en que un científico —después de extrapolar la metodología científica a la filosofía del quehacer humano— haya progresado en esta última.”¹

Aunque hizo las reverencias propagandísticas a Sájarov, Pipes, sin embargo, no lo excluyó de esa apreciación general del papel del científico en la política, tal y como lo entienden en Washington. En estos términos fue certificado, pues, el pensador Sájarov por aquellos que supieron colocarlo objetivamente al servicio de los intereses del imperialismo. ¿Cómo lo lograron? Pues bien, para dar la respuesta, tendremos que internarnos en la vida privada de Sájarov.

¹ R. Pipes, *U.S. —Soviet Relations in the Era of Detente*, Boulder, 1981, pp. 127-129.

... Todo es viejo como el mundo mismo. Después de morir la esposa de Sájarov, en su casa se instaló la madrastra y echó a la calle a los hijos de aquél; acto este censurable en todos los tiempos y en todos los pueblos. La memoria verbal y la escrita de la humanidad abundan en tremebundos relatos con ese tema. Tan descarado piso-teo de la moral humana no encaja en modo alguno en el marco de esta última, por lo que, para explicarlo, se busca razones del más allá, y a las madrastras de esa clase se las llama, generalmente, brujas. Para avalar tal calificativo, se cita, entre otras cosas, las cualidades “morales” de aquellos a quienes lleva ella a la casa del viudo. Por algo dice el proverbio: del manzano, la manzana; pero de tal palo, tal astilla. Muy honda es la sabiduría popular.

El viudo Sájarov trabó conocimiento con una mujer. Muy libertina de joven, con los años llegó casi al profesionalismo en lo de seducir y desvalijar a hombres adultos y, por lo tanto, acomodados. Un negocio hartó conocido, pero complicado siempre por el hecho de que, como regla, los hombres entrados en años suelen tener cerca a una mujer, generalmente la esposa. Por lo tanto, hay que eliminarla. ¿Cómo? La protagonista de nuestro relato no se andaba por las ramas: desbancó el marido a su amiga enferma, llevándola a la tumba con chantajes y llamadas telefónicas contándole detalles obscenos. Así obtuvo lo deseado: casi llegó a ser la esposa del poeta Vsévolod Bagritski. Pero, qué decepción, él pereció en la guerra. La joven jamás solía batallar en un solo frente, pues era el suyo un espíritu muy emprendedor. Por tanto, había iniciado, al mismo tiempo, un apasionado romance con un gran ingeniero: Moisés Zlótnik. Pero, nuevamente, un lamentable contratiempo: la esposa.

El ingeniero la eliminó, sencillamente la mató y se marchó por muchos años a cumplir la condena. Este caso de mucho revuelo en su tiempo indujo a Lev Sheinin, destacado criminalista y publicista soviético de aquellos años, a escribir el relato *La desaparición*, en el cual la concubina de Zlótnik figuraba como “Lusia B.”. Corrían tiempos de guerra, y la asustadiza pero espabilada “Lusia B.” optó por refugiarse como sanitaria en un tren hospital. En el tren empezó un nuevo idilio: el concubinato con Vladímir Dorfman, jefe del tren hospital, que dada su edad, bien podría ser el padre de la joven.

En 1948, otra aventura amorosa. Esta vez con Yákov Kisselman, un dirigente administrativo de alto nivel, hombre acomodado y, naturalmente, ya entrado en años. Hacia aquel momento, la mujer

“fatal” supo ingresar en el Instituto de Medicina. Allí no estaba entre los últimos, a diestra y siniestra narraba sus “proezas” en el tren hospital, sin relatar, por circunspección, el desenlace de estas. Por fuera no se destacaba mucho de entre los estudiantes de aquellos años de posguerra.

Qué vida con Kisselman, que residía en la isla Sajalín y llegaba al centro en ocasiones. Entretanto, había junto a ella un alumno de su mismo año de carrera: Iván Semiónov, con quien la mujer entabló relaciones de índole fácil de imaginarse. En marzo de 1950 nació su hija Tania. La madre felicitó a los dos: Kisselman y Semiónov, por llegar a ser padres. Al siguiente año, Kisselman formalizó sus relaciones con la madre de la “hija”; al cabo de dos años, también contrajo matrimonio con ella Semiónov. Los siguientes nueve años, la mujer permaneció en matrimonio legítimo con dos esposos a la vez, de modo que Tatiana tuvo siempre dos padres: “el papá Yákov” y “el papá Iván”. Aprendió a distinguir entre ambos: del “papá Yákov” venía el dinero, del “papá Iván”, cariño paternal. La chiquilla resultó ser muy despierta y jamás disgustó a ninguno de los padres contándole que había otro. Es de suponer que obedecía, ante todo, a su madre. Apreciables sumas de dinero giradas desde Sajalín bastaron, en los primeros tiempos, para que los dos “pobres estudiantes” vivieran una buena vida.

En 1955, la protagonista de nuestro relato —llamémosla, por fin, Elena Bonner— dio a luz al hijo Aliosha. Así existió en aquellos tiempos la ciudadana Kisselman-Semiónova-Bonner, dándose una vida alegre y educando de paso a dos criaturas, copias al carbón, ambas, de su mamá: Tatiana y Alexéi. Por aquel entonces, el nefasto Zlótnik, después de cumplir su condena, regresó al centro, a mediados de los años 50, martirizado por los cargos de conciencia. Al encontrarse por casualidad en la calle con aquella a quien consideraba culpable de su trágico destino, se apartó presa de pánico. La mujer, orgullosa, le pasó de lado en silencio: nuevas amistades, nuevas relaciones, nuevas esperanzas...

A fines de los años 60, Bonner dio, por fin, con una “gran presa”: el académico Sájarov, viudo. Pero, qué contrariedad: el hombre tenía tres hijos: Tatiana, Liuba y Dima. Bonner juró amar eternamente al académico y para empezar echó del hogar familiar a Tania, Liuba y Dima, instalando allí enseguida a sus dos vástagos: Tatiana y Alexéi. Al cambiar el estado civil de Sájarov, cambió también el foco de sus

intereses en la vida. El teórico empezó a combinar sus ocupaciones con la política, entrevistándose con quienes al poco tiempo recibieron el apelativo de “defensores de los derechos humanos”. Bonner puso a Sájarov en contacto con ellos, ordenándole de paso que amara —en vez de a los suyos— a los dos hijos de ella, por cuanto le serían de gran ayuda en la ambiciosa empresa que ella había ingeniado: llegar a ser líder (¿líderes?) de los “disidentes” en la URSS.

Puesto que éstos no resultaron muchos, apenas unos cuantos, los “hijos” del académico Sájarov —en número de dos— eran un cierto refuerzo, según su punto de vista. Las sonadas lamentaciones de Sájarov —instigadas, sin duda, por la Bonner— con motivo de la “violación de los derechos” en la URSS se canalizaban a dos niveles: uno, “en general”, y el otro, el ejemplo concreto de las “persecuciones” de que eran víctimas sus “nuevos hijos”. Pero, ¿qué pasó con estos? La familia Bonner fue ampliando sus filas: primero, a cuenta de Yankelévitx, que se casó con Tatiana Kisselman-Semiónova-Bonner, y luego, a cuenta de Olga Léвшina, con quien se casó Alexéi. Guiados por la señora Bonner, todos ellos se dedicaron a la “política”, y para empezar entraron en conflicto con el sistema de enseñanza soviético. Dicho llanamente, resultaron ser holgazanes y vagos. Esgrimiendo esa poderosa razón se proclamaron “perseguidos” a causa de su “padre”, es decir, Andréi Sájarov, cosa que —por los canales correspondientes y, lamentablemente, con el beneplácito de este último— fue informada a Occidente.

Los verdaderos hijos del académico intentaron resguardar su buen nombre. Tatiana Sájarova, al enterarse que le había aparecido a su padre otra “hija” (para colmo, del mismo nombre que ella) que hacía gala de esa condición, trató de hacer entrar en razones a la impostora. Véase qué pasó, según contó ella: “Una vez, yo misma oí que la Semiónova se presentó ante los periodistas como Tatiana Sájarova, hija del académico. Le exigí que cesara de hacerlo. ¿Sabe qué me contestó? ‘Si quiere evitar malentendidos entre nosotras, cámbiese el apellido’”.

La Bonner hacía mucho que le había echado mano a todo el dinero que Sájarov tenía en la URSS. Lo principal ya era otra cosa: por la labor antisoviética se le había adjudicado a Sájarov el Premio Nobel. En sus cuentas en el exterior iban depositándose giros en divisas por toda clase de pasquines escritos contra nuestro país. ¡Dólares! ¿Acaso era posible gastárselos en la Unión Soviética? La vida, con dóla-

res en el bolsillo, allá en Occidente, parecía color de rosa: no habría que trabajar ni estudiar, ocupación esta última aún más repugnante para los zánganos vástagos de la Bonner. Además, se presentaron nuevas complicaciones. Alexéi, ya teniendo esposa, trajo a la casa a una querida, Elizabeth, a la cual —después de practicado un aborto criminal ella— se la colocó a trabajar de sirvienta en la casa, gracias a los esfuerzos desplegados por la Bonner.

Pues bien, así las cosas, no tardaron en escucharse chillidos estridentes, arreglados por las distintas “voces radiales” para tonos bajos: ¡libertad a los “hijos de Sájarov”! También el propio “padre” Sájarov sacó la cara por ellos. Quienes conocían de cerca a la familia comprendieron enseguida el porqué. Era que la Bonner había tornado por costumbre golpear con lo que fuera a su marido, como método de persuadirle a actuar conforme a lo que ella deseaba. Así, a pescozones, enseñaba al intelectual científico a usar una jerga muy familiar para ella. Dicho más llanamente, a intercalar en sus discursos “acusatorios”, palabrotas imposibles de imprimir. ¿Qué hacer? ¿Intervenir? No se podía, se trataba de la vida privada, pues el lesionado no presentaba quejas. Por otro lado, de dejar las cosas como estaban, la mujer acabaría por matarlo a golpes. Optaron por sacar del apuro al académico: ¿quieren libertad? Váyanse a vivir en esa libertad los “hijos” de Sájarov.

Yankelévitx con Tatiana y Alexéi con Olga se fueron a Israel en 1977, luego se trasladaron a los Estados Unidos. Yankelévitx resultó bastante hábil, pues le había sonsacado al académico un poder para administrar todos los asuntos financieros de éste en Occidente, o sea, para disponer a su antojo de cuanto percibía Sájarov por su actividad antisoviética.

Vago e ignorante, Yankelévitx resultó, sin embargo, un tipo emprendedor: se compró una casa de tres plantas cerca de Boston, la amuebló, adquirió varios coches, etc. Echó por la ventana el Premio Nobel y los honorarios de Sájarov. A juzgar por todo, las voraces criaturas de la Bonner iban engulléndose a toda prisa el capital de Sájarov. El dinero iba menguando, pero había que seguir viviendo. Además, estaba la inflación y las usanzas de la “sociedad consumista”; el dinero se esfumaba. ¿Dónde y cómo ganárselo? Decidieron buscarse allí, en Occidente, a gente que apadrinara su “causa” y ayudara a los pobres “hijos” del académico Sájarov. Los filisteos en Occidente desconocían, desde luego, que en la URSS viven, trabajan

y estudian los tres verdaderos hijos de Andréi Sájarov.

En Venecia se celebró en 1978 un aparatoso espectáculo antisoviético. El *cardinato uniato* Slipyj bendijo al “nieto” del académico Sájarov: Mateo. El cardenal es un criminal de guerra, repudiado por los creyentes en las provincias occidentales de Ucrania: el verdugo del ghetto de Lvov. El bebé al que bendijo el verdugo en sotana, era hijo de Yankelévich y Tatiana Kisselman-Semiónova-Bonner.

Mucho han ensuciado los hijitos de la Bonner el nombre del académico soviético. En Occidente formulan innumerables declaraciones sobre las horripilantes persecuciones de que son víctima en la URSS los tales “defensores de derechos humanos”, asisten a cónclaves antisoviéticos, comparecen en la televisión y la radio. En honor a la verdad, cabe señalar que no se les da rienda suelta, los dejan hablar principalmente en el marco de campañas antisoviéticas de toda calaña, cuya importancia se infla desmesuradamente en programas transmitidos a países socialistas. En cuanto al público occidental, éste tiene de qué ocuparse. Además, a los “hijos” del académico no les pagan mucho, pues los burgueses han comprendido, por fin, que son unos papanatas incluso en el sucio negocio al que se dedican.

La directora que llevó a escena la bufonada “Los hijos del académico Sájarov” se llama Elena Bonner. Fue ella quien proclamó a sus creciditos zánganos, “hijos” del académico, fue ella quien arregló los asuntos financieros de aquéllos a expensas de los ingresos indecorosos de su marido de turno, fue ella quien puso el grito en el cielo —cuando sus criaturas se vieron sin recursos para seguir dándose la buena vida en Occidente—, clamando por “reunificar” a la familia y demandando se dejara salir a Occidente a la “novia” de su hijo: Elizabeth, a la que empleaba como su sirvienta. Elizabeth se vio “novia” por la sencilla razón de que Alexéi, una vez en Occidente, se divorció de Olga Léвшina, a la que había llevado con un gran escándalo al “paraíso” occidental.

Blanco de las andanadas propinadas por la Bonner, también Sájarov pasó a pronunciarse en pro de “unificar” a la familia. Al parecer, no se había dado cuenta de que la Bonner armó el escándalo en torno a la “reunificación” para llamar la atención, una vez más, sobre “la familia” Sájarov, pensando sacar de ello una buena tajada material. En esa ocasión, obligó a Sájarov a declararse en huelga de hambre.

Pero Sájarov no vive en un bendito baluarte de la “democracia” occidental, en Inglaterra digamos, donde no se le ponen trabas a la libre voluntad: quieres pasar hambre en señal de protesta y morirte, allá tú, nadie moverá un dedo. ¡”Democracia”! Al niño grande que es Sájarov, se lo hospitalizó, se le dio asistencia médica y alimentación. El seguía en sus trece, la Bonner estuvo en el hospital junto con él; pero eso sí, delante del personal médico, no pudo dar rienda suelta a sus manos. En cuanto a la sirvienta, se le dio permiso para marcharse a Occidente, estimulando con ello al estafalario personaje a reanudar una normal ingestión de alimentos.

Ya en 1976, el periódico *Russki golos*, que se edita en Nueva York, terminó un extenso artículo *Madame Bonner; ¿”genio del mal” de Sájarov?* con referencias a discípulos del físico que manifestaron a corresponsales extranjeros lo siguiente: “En su propia familia, él carece de los derechos más elementales”. Uno de ellos añadió con dolor: “Parece que el académico se ha convertido en un ‘rehén’ de los sionistas, quienes le dictan sus condiciones por conducto de la pendenciera y desequilibrada Bonner”.

Al presente, Sájarov vive en un apartamento de cuatro habitaciones en Gorki, ciudad a orillas del Volga. Se le han notado sistemáticos vaivenes en su estado anímico. Períodos de calma, cuando la Bonner lo deja y se marcha a Moscú; períodos de depresión cuando la señora llega de la capital a ver a su esposo. Llega después de visitar la embajada de los EE.UU. en Moscú, después de entrevistarse con alguien más, después de recibir a nombre de su esposo el salario que le corresponde en la Academia. Luego, el matrimonio redacta un nuevo pasquín, labor a veces interrumpida por escenas bulliciosas con golpes y todo. La parte perjudicada es Sájarov: además, él comprende que es el dolor y la desgracia nuestros. Y se pone a hacer de las suyas.

Pues bien, sobre este telón de fondo habría que examinar las nuevas “revelaciones” transmitidas a nombre de Sájarov por emisoras radiales de Occidente. ¿Por qué digo “en nombre”? Porque, después de analizar detenidamente, grafológicamente si se quiere, sus artículos y otros textos por el estilo (menos mal que son extensos), no puedo quitarme de encima la sensación de que una buena porción de estos fue escrita al dictado o por imposición de una voluntad ajena.

HAGAMOS BALANCE: LO VIEJO EN LO NUEVO

La Administración Reagan emprendió una cruzada contra la Unión Soviética y contra el socialismo. Una cruzada en el sentido estricto de la palabra, porque entre otras cosas, esgrimió contra nosotros la ética y otras normas del cristianismo. Sostiene como su estandarte de lucha una bandera ideológica que lleva escrito el nombre de Dios. Embriagados por el anticomunismo, los actuales gobernantes en Washington se han olvidado de que la propia Constitución de su país, que ellos quisieran imponer sobre la vida del mundo entero, enfatiza: “El Congreso no deberá emitir ninguna ley que estableciere una religión o que prohibiere su libre profesión”. Así dice la enmienda número uno a la Constitución de los EE.UU.

El evangelismo de la política exterior de la Administración Carter, multiplicado por el júbilo religioso de los partidarios de Reagan, ha llevado a un laberinto a los conocedores de esta materia en los EE.UU. En la conferencia de líderes eclesiásticos, celebrada en 1981, usó de la palabra el profesor de historia de la iglesia, Scherer, del colegio luterano de Chicago, quien significativamente para los entendidos tituló su discurso “Cuando la Iglesia y el Estado se marchan al exterior”. El teólogo indicó que “la cuestión de la separación de la Iglesia y el Estado vuelve a colocarse con toda fuerza en el primer plano”. Añadió: “Solamente después de examinar minuciosamente la inconsecuencia y las contradicciones entre la teoría y la práctica, durante más de doscientos años de historia, se puede evaluar debidamente la política exterior”. Según dijo, había encontrado “no pocas infracciones a la enmienda número uno” en el pasado, o sea, casos en que el Gobierno de los EE.UU. se aprovechó de la

Iglesia como instrumento al servicio de sus fines de política exterior.

Establecidas esas circunstancias, en todo incongruentes con las afirmaciones oficiales acerca de la “libertad” de culto, el teólogo sentenció: “En función del mantenimiento de la fraternidad que vincula las iglesias estadounidenses con las iglesias en el exterior, de la orientación axiológica, el idealismo ético y la comunidad teológica derivan conflictos entre los intereses de las iglesias estadounidenses y los del Gobierno de los EE.UU., entre los intereses de las iglesias estadounidenses y las de otros países que se han vinculado con la política del Gobierno de los EE.UU. Dicho escuetamente, las iglesias deberán hacer una dolorosa opción: o ser leales al reino laico o ser leales al reino de Dios”¹.

Una honda preocupación muy lógica, que seguramente comparte cada buen pastor que vele por la salud espiritual de sus feligreses. Pero eso que duele al corazón del profesor de Teología, es nadería para los líderes fundamentalistas que han proliferado en los EE.UU. los últimos años. Tal vez el más conocido de ellos, el reverendo Jerry Falwell, líder de la Mayoría Moral, amigo y admirador de Ronald Reagan, espetó: “Qué más da. La religión y la política. El problema es sencillo y consiste en lo siguiente: los Padres Fundadores que redactaron la Constitución no tenían en mente la separación de Dios y el Estado, sino que pensaban en la separación de la religión y el Estado”.² Un juicio intachable, en opinión de Falwell, pero fue el propio ex presidente Carter, quien propuso acoger con mucho cuidado todo lo que dijera Falwell. En sus memorias, publicadas en noviembre de 1982, Carter advirtió: “El reverendo Jerry Falwell, líder de Mayoría Moral, es uno de los peores líderes religiosos conservadores, porque cuenta con un público numeroso y se toma poco cuidado para con la verdad”³.

Lo que intentan implantar ahora en la esfera espiritual, está en flagrante contradicción con la doctrina cristiana históricamente conocida. A fines de 1982, a los creyentes de los EE.UU. les ofrecieron una edición abreviada de la Biblia, el Antiguo Testamento fue

¹ Y. Scherer. *When Church and State go abroad*, “World view”, February, 1982, pp. 5, 8.

² *Penthouse Interview Reverend Jerry Falwell*, “Penthouse”, March, 1981, p. 152.

³ *Keeping Faith. Memoirs of a Presidente Jimmy Carter*, N. Y., 1982, p. 562.

reducido a la mitad, el Evangelio, en un cuarto. La editorial *Reader's Digest* anunció que la finalidad de esas reducciones era captarse a los lectores, ya que en los EE.UU. son muchas las personas que “jamás han abierto la Biblia, y que ahora podrán leerla entera”¹. Otra iniciativa: basándose en la Biblia, se han editado manuales sobre cuestiones sexuales. Beverly La Haye, que forma parte de la dirección de Mayoría Moral, insiste en que estos libros son muy útiles y que los cristianos que viven según la Palabra de Dios “por lo general, disfrutan más que los no cristianos”, etc.²

Los teólogos estadounidenses tienen mucho que decir respecto a todas esas innovaciones. Están asombrados por la reducción de las sagradas Escrituras y por la introducción de la Biblia en la cama matrimonial. Muchos se sienten indignados y realmente no pueden encontrar palabras para condenar la cínica explotación de la fe y el abuso de los creyentes con fines políticos.

El doctor James Stewart, de la Primera Iglesia Cristiana de Glendora, California, escribió, a mediados de 1982, a la revista *Playboy*: “En los últimos meses ustedes han publicado buena cantidad de materiales críticos respecto a Mayoría Moral y demás pertenecientes a la Nueva Derecha. En la mayor parte, ustedes tienen pleno fundamento para criticarlos. Quiero señalar que cientos de miles de cristianos convencidos que asisten a la iglesia, no aceptan el fanatismo de Jerry Falwell y otros como él. La verdad, gracias a Dios, consiste en que la abrumadora mayoría de los cristianos no comparte el credo de moral política de esos grupos.

A mí, teólogo, profesional, estudioso de la Biblia, me han interesado mucho esas controversias. Creo que el propio Cristo criticaría a la Nueva Derecha, por no ser otra cosa que una versión moderna del fariseísmo. El rigorismo legalista fue el principal rasgo distintivo de los fariseos... Ellos mezclaron la política y la religión cuando convenía a sus propósitos, y así fue ahondándose la fosa que separaba de las masas de creyentes a los líderes fariseos. Con el tiempo, los fariseos chocaron con una retroreacción, similar a la que experimenta la Nueva Derecha, y acabaron por perder su influencia. Sin embargo, personalmente a mí me preocupa el daño considerable que la Nueva Derecha está causando al cuerpo de Cristo que es la

¹ *Bringing down the Bible*, “*Time*”, October 4, 1982, p. 85.

² *The Bible in the Bedroom*, “*Newsweek*”, February 1, 1982, p. 39.

Iglesia”.¹

En efecto, los creyentes, pero no sólo los creyentes, han chocado con lo inaudito: fariseos y sectarios pretenden hacer pasar sus ideas por tradicionales dogmas de fe. Especulando con los sentimientos religiosos, los fariseos y los sectarios pugnan por santificar la siembra del odio y la guerra en el mundo, y lógicamente también la actividad subversiva. La “libertad” de cultos, que tanto preconizan los “reaganianos” se troca en tentativas de asegurar la libertad de cometer actos censurados y censurables indudablemente por el cristianismo.

Estamos viendo —aunque sólo a grandes rasgos— cuál es la doctrina “religiosa” de preferencia en Washington. Los fariseos yanquis la consideran apropiada a sus fines indecorosos. Ante todo para aprovechar la religión como un arma en la guerra psicológica.

Helos ahí, fariseos y sectarios, pugnando por convertir la religión también en frente de guerra e internarlo dentro de los países socialistas. Sin decir, naturalmente, nada acerca de que sus doctrinas están lejos de ser reconocidas en Occidente, pretenden transformar la religión en cuña con la cual escindir la sociedad en los países socialistas. El credo de la Iglesia ortodoxa rusa es hartamente conocido. Según dijo Filaret, metropolitano de Moscú, “aquel que no pueda ser ciudadano de su Estado, tampoco sirve para el reino de Dios”. Pimen, patriarca de Moscú y de Rusia, señaló sin reservas: “La esencia de la Iglesia ortodoxa rusa se manifiesta al máximo en la actividad patriótica, pacífica y ecuménica”.

Abusando de la religión, los enemigos del socialismo intentan promover la glorificación y la aceptación del capitalismo en su forma más tosca y brutal. Cabe recordar, en relación con esos esfuerzos, cómo, látigo en mano, Cristo expulsó del templo a los fariseos. Es una alegoría bíblica hartamente conocida, pero una ocupación mucho más terrenal que la exégesis de las Sagradas Escrituras que corre a cargo de la UPT en los últimos años.

Desde 1977, la UPT se puso a editar la recopilación *Nadezhda* (esperanza, en ruso) dirigida a incautos presentándola como compendio de materiales religiosos. Esa empresa parecía sobremanera atractiva a la gente de la UPT—CIA, por el hecho de que una tal Z.

¹ *Playboy*, June 1982, pp. 72, 74.

Krajmálnikova, residente en la URSS, se había comprometido a preparar los materiales (al menos, en parte). Ella se desempeñó en esa tarea transmitiendo clandestinamente todo lo reunido a Occidente, donde era impreso. Luego, seguían las tentativas de introducir esos materiales en la URSS. En agosto de 1982 se puso punto final a las intensas actividades de Krajmálnikova, las cuales comprendían también vínculos con agentes de los servicios especiales de Occidente. A renglón seguido se escuchó un frenético alarido de Antonio, arzobispo de Ginebra y de Europa Occidental: “Al perseguir a los autores de la recopilación, las autoridades relevan, una vez más, su esencia de anticristos”. La UPT agregó: “Lo que ha pasado hoy prueba una abierta persecución y acoso a la fe y a Cristo”. Lamentaciones hipócritas por decir poco. ¿Quién protesta? Nada menos que la UPT. No se trata de protestar un imaginario pisoteo de la fe, sino de razones mucho más materiales. En 1977, en el número 1 de dicha Recopilación se decía: “La editorial *Posev* aceptó encargarse de la parte técnica de la edición, la defensa de los derechos de autor de los colaboradores de la recopilación, la distribución comercial de ésta en el exterior y, en lo posible, del envío de una parte de la tirada a Rusia”. Ya hemos visto qué clase de “cristianos” se refugiaban bajo el techo de esa fábrica de maculatura. Se enfurecen, naturalmente, por haber fracasado en otra operación subversiva.

El contenido de la Recopilación prueba que la edición en sí misma y los intentos de distribuirla tuvieron precisamente ese carácter. A menudo, los textos “religiosos” incluidos encerraban una buena carga semántica poco afín a cuestiones de la fe. Marcó la pauta el primer artículo, escrito por un anónimo sacerdote e inserto, al parecer, como modelo a seguir. A todas luces, ese individuo cambia la conciencia cristiana por una divisa hereje (quizás, los dólares). Escribió: “El mundo ha pertenecido, pertenece y pertenecerá sólo a Dios, cualesquiera que sean las fuerzas que administren temporalmente el mundo. ¿Acaso significa esto que el hombre no tenga ni pueda tener ninguna propiedad? Todo lo contrario, la propiedad humana tiene su fundamento indeclinable en la existencia de la propiedad en general. Por lo tanto, la propiedad puede ser dada, si existe dueño auténtico. Qué inmensidad, qué honda argumentación de la posesión auténtica... La propiedad es el vehículo entre el amor divino y el humano”.

Esta prédica va dirigida a la gente de un país donde se realizó

una revolución que puso fin a la propiedad privada y a la explotación del hombre por el hombre. Ese tipo de verdades “cristianas” predicaba *Nadezhda*. ¿Dirigidas a quiénes para ponerlas en práctica? Las palabras “cristianas” se entrelazaban en *Nadezhda* con hechos de la actividad subversiva de los servicios especiales de Occidente, que creyeron haber descubierto a quienes harían propias esas prédicas. Durante 1982, en la UPT se estuvo discutiendo sobre los problemas económicos en la URSS, sobre cómo galvanizar a los elementos capitalistas, como si esto fuera posible.

Pero aun en los círculos de la UPT parecen ridículos los intentos de restituir el capitalismo en la Unión Soviética. Obolénskaya, activista de la UPT, bajó los humos a sus correligionarios: “La empresa privada, en general, y el mercado negro, en particular, provocan en el presente una reacción de rechazo entre la población, especialmente entre los rusos. Esto ocurre porque, las más de las veces, el hombre tropieza con los dilapidadores de la llamada propiedad socialista. Semejante persona, que se arriesga para lucrar, posee rasgos específicos. Esa fisonomía del “nuevo empresario” despierta protestas y contrariedad en el consumidor que acude a usar los servicios de aquél forzosamente... Se los podrá considerar como lumpenproletariado urbano, pero no conviene hacer hincapié en ellos ni en política, ni en economía”.

Un círculo vicioso para los “teóricos” de la UPT al servicio de la CIA. Tomando en cuenta esa discusión (por supuesto absolutamente vacua, pero muy real para las entendederas de los agentes de los servicios especiales de Occidente), resulta clara la misión funcional de sus ejercicios en el campo de la religión. *Nadezhda* daba esperanzas de llegar a resolver de algún modo el problema de la cuadratura del círculo; santificar con las ideas del cristianismo un lucro soez y trivial y, en aras de este último, la disgregación de los cimientos económicos del socialismo. Viviendo bajo el capitalismo es posible se pueda llegar a creer en la posibilidad de lograr ese objetivo. ¿Acaso no se admite allí, como estado natural de la sociedad, la explotación del hombre por el hombre, incluso por la religión? Por eso, los millonarios y multimillonarios que mandan en la CIA, le plantean a la UPT tareas que a su juicio son totalmente factibles.

Literalmente detrás de cada campaña desatada en Occidente con motivo de “las persecuciones” a creyentes, afloran —vistas las cosas de cerca— delitos comprendidos en el Código Penal. Sobre media-

dos de 1982, radioemisoras occidentales anunciaron con trémula voz que en Moscú habían sido procesados “cristianos” de buena fe. En realidad no se trataba en absoluto de “convicciones” religiosas. Era un grupo de individuos, encabezados por un tal Burdiuga, todos sin ocupación determinada, que con fines de lucro se dedicaron entre 1979 y 1982 a editar clandestinamente libros de contenido religioso. Practicada la instrucción sumarial, muy engorrosa, resultó que dichos individuos habían obtenido ganancias por 43 600 rublos, habiendo pagado 164 000 rublos por concepto de retribución de la fuerza de trabajo. La magnitud de ese negocio ilícito motivó que los delincuentes fueran condenados según el artículo 162, Parte II, del Código Penal de la RSFSR, en diciembre de 1982. No hubo nada de “política”: pura delincuencia. Por cierto, uno de los procesados, Rosánov, fue condenado, además, según el artículo 88 del Código Penal de la RSFSR, referente a la infracción de las reglas de operaciones con divisas.

Los defensores occidentales de la “libertad de cultos” prestan especial atención a quienes —en opinión de ellos— podrían rivalizar en nuestro país con la Iglesia ortodoxa rusa. Así, el referido cardenal Slipyj anda en ajetreos con su idea de crear un patriarcado católico de Kíev y Galitzia, con jurisdicción sobre toda Ucrania. Ese criminal de guerra que en su tiempo había bendecido la creación de la división SS “Galítchina”, no puede conformarse, en modo alguno, con la decisión tomada por el concilio de Lvov, en 1946, suprimiendo a la Iglesia Uniata de Brest, por lo que la Iglesia uniata greco católica dejó de existir en Ucrania.

Slipyj envía emisarios a nuestro país. Uno de los casos es muy aleccionador. El 30 de mayo de 1979, en el puesto de control Sheguinia, provincia de Lvov, fue detenido un Mercedes Benz negro. El conductor del cual, el sacerdote italiano Bernardo Vincenzo, fue arrestado, acusándosele de practicar contrabando, delito comprendido en el artículo 70 del Código Penal de Ucrania. El indecoroso ministro del culto llegaba a la URSS por cuarta vez; en viajes anteriores había traído en secreto y entregado a ciertos individuos cuantiosas sumas de dinero soviético. Esta vez se le incautó unos 13 000 rublos, guardados en un escondite, y varias maletas llenas de prendas de mujer.

Ante una inminente perspectiva de encarcelamiento por contrabandista, Vincenzo prefirió arrepentirse y decir la verdad. Resultó

que venía a la URSS con la finalidad de reunir información sobre las “persecuciones” contra aquellos que apoyan a la Iglesia uniata. Esa misión, según dijo Vincenzo, se la había encomendado el cardenal Slipyj. Los vínculos de éste con la CIA están fuera de toda duda. Vincenzo esperaba recibir del cardenal “alguna gratificación.” Eso fue todo.

Vincenzo no llegó a cumplir su misión. Después de arrepentirse ante el juez de instrucción, se dirigió al Presidium del Soviet Supremo de la URSS rogando por el indulto. “Estoy dispuesto a arrodillarme ante cualquiera —escribió— y pedir perdón por cuanto he cometido en Lvov.” Lógicamente, lo cometido durante viajes anteriores. Dejó caer una lágrima más: “Yo podría llegar a comprender qué es el comunismo, si me indultan y ponen en libertad. Posiblemente me dé cuenta de que el comunismo es más justo y humano que otro sistema político y hasta la propia Iglesia católica”.

En conferencia de prensa, cuyos materiales fueron publicados en *Lvóvskaya pravda* el 3 de noviembre de 1979, Vincenzo declaró: “He tenido la oportunidad de ver pruebas documentales, incluidos documentos cinematográficos de la segunda guerra mundial, que evidencian la estrecha colaboración de Josef Slipyj y otros sacerdotes uniatos con los nazis y los líderes de partidos burgueses de nacionalistas ucranios. He visto cómo, con su apoyo y bendición, los hitlerianos y los nacionalistas aterraban a la población de Ucrania, asesinaban a personas pacíficas, entre ellas niños, mujeres, ancianos... He comprendido que se me había involucrado en un acto político, cuyo espíritu y cuya finalidad se hallan en plena contradicción con mis convicciones de individuo y de sacerdote. Lejos de justificar las acciones antisoviéticas de Slipyj y Ortynski (el que lo había ataviado directamente para el viaje —*N.Ya.*), me siento indignado porque me utilizaron como instrumento para un negocio tan sucio como es el contrabando, inclusive el contrabando político. Siento remordimientos de conciencia y arrepentimiento por haber actuado en detrimento de los intereses del Estado soviético”.

Bueno, más vale tarde que nunca. En virtud de una Resolución del Presidium del Soviet Supremo de la URSS, Vincenzo fue exonerado de responsabilidad penal y expulsado de la URSS.

Entre aquellos que apoyan a la Iglesia uniata (y precisamente a ellos había intentado contactar, en este caso, el emisario de Slipyj y la CIA), figuran fanáticos sectarios. El año siguiente del fallido viaje

del sacerdote italiano, la fiscalía de Drogobych, ciudad cercana a Lvov, estableció una demanda penal con motivo de un hecho sin precedente. En la noche del 19 de enero, un grupo de sectarios obligó a una mujer de 26 años, dependiente de una tienda local, a caminar descalza por la nieve durante 14 horas; luego le dio un “bautismo”, manteniéndola por la fuerza en las glaciales aguas del río Tismenitsa. El resultado fue que a la mujer hubo que amputarle ambas piernas congeladas. La perjudicada se hallaba en estado de psicosis reactiva y no pudo ofrecer una exposición racional de lo ocurrido; pero, paulatinamente, se fue desenredando la madeja de detalles, identificándose a uno de los cabecillas de los sectarios, un tal Skalych. Nacido en 1920, escolaridad cuatro años de primaria, sin ocupación determinada, vago, que ya había cumplido una larga condena por actividades antisoviéticas.

Entre personas incultas iba predicando en plena consonancia con las instrucciones de los dirigentes de la secta: “Si nuestros enemigos dicen que estamos contra la autoridad, débese contestar: acatamos la autoridad superior a nosotros, y por encima de nosotros está la autoridad de una sola potencia, una sola fuerza, la de nuestro Señor Jesucristo... Si preguntan dónde están domiciliados, respóndase: estamos domiciliados en el libro de Cristo; si piden pasaporte, respóndase: no somos súbditos soviéticos, sino que vivimos en meditación religiosa. Nuestros padres no tuvieron pasaporte, y todos portamos sobre nuestros pechos la santa cruz. Los pasaportes son para los caballos; y nosotros no somos caballos, así que no hay que pedirnos pasaporte. Tenemos el pasaporte de Cristo”. ¿Fanatismo? ¿Ignorancia? ¡Naturalmente! Pero los emisarios uniatos buscan precisamente a individuos de esa condición, ya que son aptos de servir a los fines más abominables.

Se hicieron pesquisas para determinar la “mundividencia” de Skalych. Resultó una hedionda cloaca: elogio a los nacionalistas burgueses ucranios, a los sangrientos crímenes cometidos por las bandas de éstos durante la guerra; reproches a los fascistas que no supieron “dominar” a la Unión Soviética; esperanzas cifradas en una nueva guerra, etc. Por reincidente en extremo peligroso, el tribunal provincial de Lvov impuso a Skalych, en agosto de 1980, una larga condena penitenciaria. ¿Qué: otro “perseguido” por la “fe”?

Para “demostrar” la existencia de tales “persecuciones” por la fe, se hace llegar a diversas organizaciones internacionales, la ONU,

por ejemplo, y al secretariado de la Conferencia de Madrid, listas de personas que “ansían”, según se dice, ejercer en Occidente la “libertad” de cultos. Así las cosas, hubo que verificar por muestreo, a fines de 1982, las “solicitudes” que figuraban en los foros internacionales. La bautista A. I. Strelkova, vecina del pueblo Kvitnevo, provincia de Lvov, vio asombrada su apellido en la lista de “perseguidos”. En una solicitud presentada al Soviet rural, el 7 de diciembre de 1982, hizo constar su indignación por los documentos atribuidos a ella. “Los veo por primera vez—escribió—. La firma al pie de esos documentos tampoco es mía, y quién la ha estampado no lo sé. Quiero que se encuentre al malhechor y falsificador que lo ha hecho, y se proceda contra él”. Otra bautista, Pischak L. N., vecina de ese mismo pueblo, escribió aquel mismo día: “No experimento ningún tipo de restricción a mis derechos por ser creyente. Es la primera vez que veo el texto presentado a mí, en el cual se dice que yo quiero abandonar el territorio de la URSS”. Los esposos Serafinchane, residentes en la provincia de Chernígov, declararon, el 12 de diciembre de 1982, que la solicitud enviada a nombre de ellos era una calumnia y pidieron “se encuentre al individuo que, en nombre nuestro, está calumniando a nuestro país: la URSS”.

Ejemplos de esta índole no escasean. La moraleja es bien sencilla: estamos en presencia de una burda tarea realizada por agentes de los servicios especiales de Occidente que pretenden denigrar — mediante la falsificación y cuentos estúpidos— la libertad de cultos en la Unión Soviética. En fin, estamos frente a una Gran Mentira.

Qué cínicos son, de punta a cabo, esos individuos que enfrascados en una abominable actividad no se cansan de invocar a Cristo como testigo de “la pureza” de sus anhelos. ¿Qué otra cosa puede esperarse de los fariseos yanquis?

En cuanto a la fisonomía moral de quienes en nuestro país coquetean en secreto, a través de los agentes de los servicios especiales de Occidente, con los fariseos de allende el Atlántico, cabe traer a colación las palabras que dijo a fines de 1982 el jerodícono de la Iglesia Ortodoxa Rusa, Varsofonio, un clérigo “disidente”: “Los hechos prueban que en nosotros mismos, que nos llamamos cristianos, no hay ni siquiera una aproximación a lo que debe ser el cristianismo”.

Fue impreso en una edición de emigrados.

Toda esa labor de subversión, descrita, que envenena el ambiente internacional y las relaciones soviético estadounidenses, no sobrepasa, sin embargo, las acciones de las fuerzas de vanguardia del imperialismo. Detrás de estas se halla el poderío nuclear de los Estados Unidos. Tal como lo definieron las directrices del Consejo de Seguridad Nacional, ya en la segunda mitad de los años cuarenta, y lo reafirmaron más de una vez desde entonces, ese poderío será puesto en acción, siempre y cuando la correlación general de fuerzas favorezca al imperialismo. Los programas armamentistas dados a la publicidad por la Administración Reagan no dejan lugar a dudas al respecto, ya que buscan, ante todo, alterar la paridad estratégica.

Puesto que ello es, en la actualidad, un objetivo oficialmente enunciado por Washington, algunos de los ocupados en la labor subversiva contra la URSS, se sintieron sobrantes. En efecto, para qué gastar fuerzas en tratar de “socavar” por dentro a la URSS, si el imperialismo yanqui está decidido a resolver —mediante la eliminación física de los pueblos de la URSS— la disputa histórica entre los dos sistemas sociales opuestos. En todo caso, esa fue la conclusión sacada, por ejemplo, por el furibundo antisoviético Alexandr Solzhenitsyn. En mayo de 1982 no acudió a un almuerzo con Reagan en la Casa Blanca, al que el presidente había invitado a renegados de renombre. Con ello hizo pública su “protesta”.

Los potentados de los EE.UU. difícilmente tomarán en consideración la rebeldía del arrodillado.

No obstante, la CIA sacó sus conclusiones respecto a Solzhenitsyn. En septiembre de 1982 lo dejaron salir de los EE.UU., por primera vez desde su catastrófica gira por Europa en 1976. Salió, pero escoltado por seis guardaespaldas, para permanecer durante unas tres semanas en Japón bajo el seudónimo de Alexander Voss, sueco. De la estancia de Solzhenitsyn en Japón los japoneses se enteraron por el anuncio de una conferencia de prensa celebrada al final de su viaje y a la que él no asistió¹. Desde luego, también en adelante, la CIA aprovechará su nombre, pero lo seguirá manteniendo bajo control. Esta es la real situación en que se halla quien, en otro tiempo, creyó obtener alta tribuna en Occidente.

Es comprensible, pues la CIA es una organización clasista, que fue fundada y se desenvuelve sólo en beneficio del gran capital. La

¹ *The Japan Times*, October 12, 1982.

dirigen representantes selectos de este último. Ellos se encargaron de enraizar en las actividades de la CIA las normas de la élite financiera. No son normas éticas inventadas, la adhesión al cristianismo y a otros altos principios, las que determinan el comportamiento en las actividades prácticas, sino el patológico afán de lucrar, de preservar, resguardar y acrecentar los capitales. Con ese mismo afán, animada de móviles indecorosos, la dirección de la CIA, va llevando a cabo en el mundo entero su actividad subversiva. Fines soeces determinan métodos no menos soeces.

De todo eso no se puede hablar públicamente, de ahí el secreto que rodea las actividades de la CIA, y que, con la Administración Reagan, va aumentando en progresión geométrica. Cuando sobreviene un nuevo fracaso, entra en juego la doctrina de la “negación verosímil”. En los nuevos Estatutos de la CIA, aprobados por Reagan el 5 de diciembre de 1981, esa doctrina aparece por entero, a saber: “Operaciones especiales significan actos realizados en apoyo a los objetivos de la política exterior del Estado, que se planean y llevan a cabo de modo que no se vea ni se reconozca públicamente el papel del gobierno de los EE.UU.”¹.

La actitud oficial de Washington, que reafirma abiertamente el fariseísmo y la mentira, sirve de base a la política estatal. De aquí se desprende inevitable la siguiente conclusión: siempre y en todas partes hay que juzgar ateniéndose a los hechos y no a las palabras de los poderosos en los EE.UU., pero para sacar conclusiones certeras hace falta estar alerta, siempre alerta.

¹ *The New York Times*, December 5, 1981.

ÍNDICE

<u>EXPLICACIÓN NECESARIA</u>	3
<u>GUERRA DESPUÉS DE LA GUERRA</u>	15
<u>DE LA OSE A LA CIA</u>	66
<u>EL “CLUB DE LOS SEÑORES” Y LA CIENCIA</u>	125
<u>LA CIA EN LOS CAMPOS DE BATALLA DE LA GUERRA</u> <u>PSICOLÓGICA</u>	156
<u>HAGAMOS BALANCE: LO VIEJO EN LO NUEVO</u>	266

AL LECTOR

La Editorial le quedará muy reconocida si le da usted a conocer su opinión acerca de la traducción del libro que le ofrecemos, así como de su presentación e impresión. Le agradeceremos también cualquier otra sugerencia.

Nuestra dirección:
Editorial Progreso
Zúbovski bulvar, 17
Moscú, URSS